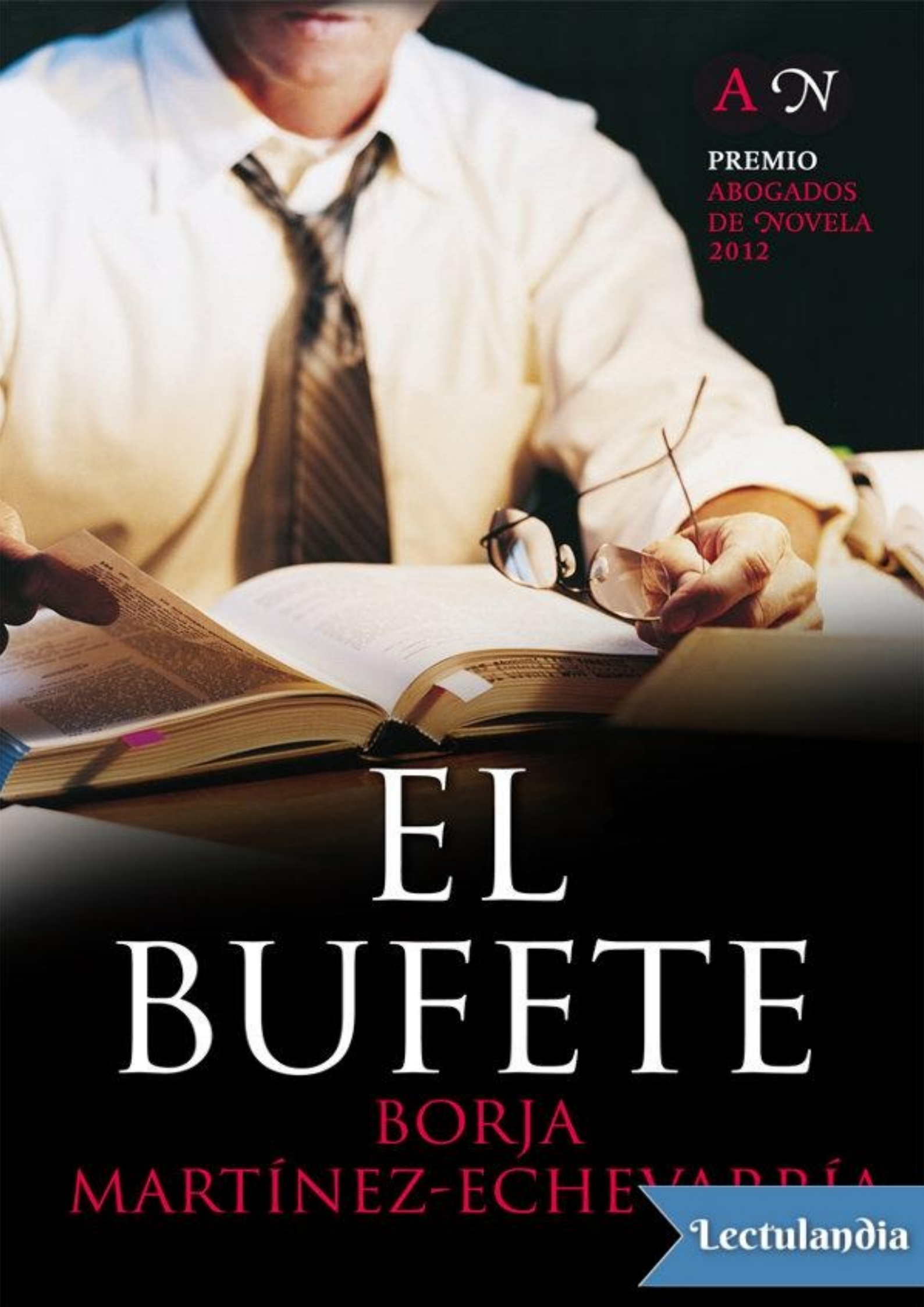


A close-up photograph of a man in a white dress shirt and a patterned tie, sitting at a desk and reading an open book. His hands are visible, holding a pair of glasses. The background is dark, and the lighting is warm, highlighting the man's face and the pages of the book.

A N

PREMIO
ABOGADOS
DE NOVELA
2012

EL BUFETE

BORJA
MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA

Lectulandia

Alberto Spínola es un joven, ambicioso y brillante abogado. Recién terminado un máster de abogacía internacional, es contratado por Kline & Burbridge, un prestigioso bufete internacional que opera en España. La vida le sonríe. Dinero, poder y privilegios llaman a su puerta. Berta es una astuta y tenaz periodista del diario económico *Financiero*. Su nombre empieza a sonar en todos los círculos gracias a sus exclusivas y la forma poco ortodoxa de conseguirlas. Es temida por todos aquellos que reciben una llamada suya.

Las vidas de los protagonistas se cruzarán inesperadamente cuando la multinacional GlobalHerz decide adquirir Petrospaña —la petrolera más grande de España y la cuarta del mundo— mediante una OPA hostil. Una compra que desde el primer momento generará todo tipo de problemas: desde un accidente de la petrolera de incalculable dimensión en el Mar del Norte hasta sobornos, asesinato de niños inocentes y un gigantesco complot...

Lectulandia

Borja Martínez-Echevarría

El bufete

ePub r1.0

dacordase 15.12.14

Borja Martínez-Echevarría, 2012

Editor digital: dacordase
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A las cuatro princesas que me cuidan en la tierra y al angelito que me mima
desde el Cielo*

Alba entró en el servicio de mujeres con el corazón acelerado. Notaba las gotas de sudor recorriendo su espalda. Se situó frente al espejo mientras jadeaba. Se apoyó en el lavabo y trató de controlar el ataque de pánico que estaba sufriendo. Desabrochó con dificultad dos botones de la blusa de seda que su novio le había regalado por su veintisiete cumpleaños y volvió a ver el micrófono que tanto le había costado adherirse al sujetador negro de encaje. Tiró del esparadrapo, recogió el cable que bajaba hasta la pierna y despegó del muslo la grabadora digital de tamaño minúsculo donde estaba registrada la conversación. Abrió el enorme bolso de Prada y escondió la grabadora en el bolsillo interior. Empezaba a encontrarse un poco mejor, pero el sudor le provocaba ahora algo de frío. La joven abogada se ajustó la blusa y se peinó con los dedos, que todavía dejaban entrever un pequeño temblor. Dejó escapar un suspiro. Ya lo había hecho.

Entonces le empezaron a asaltar las dudas. ¿Habría visto Arturo el micrófono? No hubiera sido extraño. En las doce horas que se pasaba en el bufete, el muy cerdo le miraba el escote cada vez que tenía ocasión. Seguro que ni sabría decir de qué color eran sus ojos verdes. Lo cierto era que la conversación se había desarrollado como muchas otras veces. Al final del día era habitual que los abogados se reuniesen en alguno de los despachos y dedicasen unos minutos a los chascarrillos, comentarios o simplemente a hablar de los planes del fin de semana. Arturo, socio responsable del área de derecho inmobiliario del bufete, nunca había tenido reparos en poner de vuelta y media a otros miembros del despacho delante de los abogados de su departamento o airear de forma indiscreta asuntos de la dirección del bufete. Siempre había sido así y todo el mundo lo sabía.

Alba buscó su barra de labios entre todos los objetos, muchos de ellos innecesarios, que habitaban en su bolso. Mientras retocaba sus labios, la puerta del baño se abrió súbitamente. Teresa, un torbellino de mujer que hacía de secretaria de Arturo, irrumpió junto a la abogada.

—Joder, Teresa, qué susto me has dado —acertó a decir Alba mientras se pellizcaba la pierna para quitarse el tembleque de las manos, que se le había acrecentado.

—Perdona, cari, pero es que me estoy meando —contestó Teresa con su finura habitual—. ¿Qué? ¿Vas a ver a tu noviete?

—Sí. Jacobo me va a llevar al teatro. —Alba se dio cuenta de que la voz le temblaba un poco. ¿Había enviado Arturo a Teresa para descubrir algo? No, seguro que no. Él no habría tenido problema en entrar en el servicio de chicas si algo le preocupaba.

Teresa entró a hacer sus necesidades y Alba aceleró su maquillaje para salir cuanto antes del baño. Cuando ya casi había terminado, la secretaria se paró detrás de ella y puso su cara junto a la suya. Los dos rostros se reflejaban en el espejo. Teresa la miraba frunciendo el ceño. Una nueva gota de sudor se sometió a la ley de la gravedad por la espalda de Alba. «¿Qué quería ahora la metomentodo?»

—¿Te encuentras bien, cari? —preguntó Teresa con voz de preocupación—. Estás un poco pálida.

Alba dudó un segundo. ¿Era una prueba? Puso su mejor sonrisa. A cínica no le iba a ganar nadie.

—Como nunca.

Cerró el bolso, se puso la chaqueta que había dejado colgada y salió al pasillo agitando su melena negra.

Teresa suspiró y la envidia llevó un susurro a sus labios: «Zorra».

Berta estaba sentada en el tercer banco de la iglesia. Siempre le había gustado el ambiente que se respiraba en aquel templo. Era una iglesia con mucho movimiento. Los domingos, especialmente en misa de una, no cabía un alfiler gracias a la fama de buen orador que se había labrado el padre Juan Pablo. Pero en días laborables la iglesia se vaciaba después de misa de ocho de la tarde. Un lunes a las nueve de la noche, un grupo de cinco jóvenes que rezaban el rosario a media voz eran los únicos acompañantes de Berta.

El chirrido angustioso de la puerta y el sonido de unos tacones acelerados hicieron sonreír a Berta. «Es ella», pensó. La joven que había entrado en el templo se paró a mitad del pasillo lateral. La tenue luz de las velas que acompañaban la figura de san Antonio era la escasa iluminación aparte del foco que alumbraba el sagrario y la vela que anunciaba la presencia del Santísimo. La joven dudó. Pero la silueta de Berta se recortaba en el banco. ¿Quién iba a estar en aquella iglesia a aquella hora si no era ella? Avanzó hasta la altura del banco, se frenó e hizo un amago de genuflexión, que más pareció un tropiezo, mientras se santiguaba con premura. Pese a que llevaba más de diez años sin pisar una iglesia, salvo en bodas y funerales, sus años en el colegio de monjas salieron a relucir como si le comiese la conciencia lo que iba a hacer.

Con la respiración entrecortada y algunas gotas de sudor surcando la frente, Alba se sentó junto a Berta.

—Te has retrasado un poco —dijo Berta con media sonrisa.

—¡Cómo que me he retrasado! Son las nueve en punto —susurró azorada Alba.

La joven empezó a mirar alrededor como si quisiese comprobar que nadie la había seguido. Se recogió el pelo moreno tras la oreja y se quitó los guantes. Las manos le temblaban. No estaba segura de lo que iba a hacer y la tensión acumulada desde hacía varias semanas salía ahora a relucir.

—¿Por qué me has citado en esta iglesia? —preguntó Alba casi enfadada.

—En una cafetería o en un restaurante siempre existe la posibilidad de que nos encontremos con alguien que nos conozca —explicó Berta, y luego añadió señalando el templo—: ¿Crees que alguien de tu despacho va a estar en esta iglesia un lunes por la noche?

Alba hizo una panorámica de la iglesia y se relajó dando a entender que compartía la teoría de la periodista. Abrió con dificultad la cartera de piel que llevaba y sacó un sobre marrón tamaño folio.

—Aquí lo tienes —dijo a Berta mientras le tendía el sobre—. Está todo.

Berta no pudo evitar que se le agrandasen los ojos y una ligera sonrisa afloró en

sus labios. Por fin lo tenía.

Aquella joven y guapa abogada que estaba sentada a su lado le tendía el pasaporte a una portada segura. Berta cogió el sobre, lo palpó y se lo guardó en su bolso. Sabía, a grandes rasgos, lo que contenía.

—Júrame otra vez que nadie sabrá que yo te lo he dado —suplicó Alba aferrando a Berta por una de sus muñecas.

—Tienes el síndrome de la fuente —respondió Berta mientras cerraba su bolso y echaba una mirada a su reloj.

—¿Síndrome de qué? —preguntó perpleja la abogada.

—De la fuente. Cuando alguien se convierte en confidente de un periodista, es decir, en una fuente, siempre piensa que todo el mundo le va a identificar como origen de la noticia. Pero lo cierto es que nadie puede ni imaginarse que tú me has dado los documentos y has grabado las conversaciones.

—Ya. Pero yo llevo cinco años en el bufete y no creas que me siento muy orgullosa de lo que estoy haciendo —respondió Alba mientras bajaba la cabeza y las últimas palabras se escondían en su chaqueta.

—Lo que están haciendo ellos no está bien y tú lo sabes. Gracias a la noticia que vamos a publicar, las cosas cambiarán. Te lo prometo.

Berta sabía que no podía poner la mano en el fuego por esa afirmación, pero Alba solo necesitaba sentirse segura.

—Eso espero —suspiró Alba mientras se levantaba—. ¿Cuándo lo vas a publicar?

—Pronto. Tú no te preocupes.

Alba alzó las cejas. No le quedaba otra que esperar y confiar en la periodista. La suerte estaba echada. La abogada cruzó por delante de Berta para llegar al pasillo central. La periodista le puso la mano en la espalda.

—Gracias —susurró.

—De nada —contestó Alba sin pararse.

De nuevo un amago de genuflexión y los tacones volvieron a ser el único sonido que se escuchaba en la iglesia. Berta cerró los ojos y disfrutó de aquel momento. Cuando volvió a abrirlos, el padre Juan Pablo se acercaba hacia ella.

—¿Una fuente? —le preguntó el sacerdote.

—Dejémoslo en una conocida —respondió ella.

—Te he dicho que no es bueno que trapichees aquí con información. A la iglesia se debe venir a rezar —le recriminó con una sonrisa el padre Juan Pablo.

—Me acojo a sagrado, Papu —respondió Berta sonriendo.

Hacía diez años que se conocían. Juan Pablo había sido profesor de Berta en la Facultad de Periodismo. Por aquel entonces, ella era una idealista con ansias de convertirse en una brillante reportera y él era un joven ayudante de catedrático que terminaba cargando con la obligación de impartir todas las clases. Berta, con sus dieciocho años recién cumplidos, era una joven de buen ver. Bajita y algo regordeta, pero con un atractivo extraordinario. La cola de caballo en la que recogía su cabello

moreno antes de cada clase se convirtió en motivo de atención para Juan Pablo. Los ojos azules de Berta distraían al inexperto profesor en cada una de las lecciones. Y él acumulaba experiencias que la joven soñaba adquirir: había trabajado como reportero mientras terminaba su tesis doctoral y su solidaridad quedaba manifestada en diversos veranos ayudando como voluntario en una ONG en Mozambique.

Lo uno llevó a lo otro y Berta y Juan Pablo terminaron viviendo un romance que sobrepasó los límites de lo convencional. A sus treinta años, el profesor sabía que se estaba jugando su futuro en el mundo de la docencia, pero el riesgo le valía la pena. Las citas tenían lugar siempre en el piso de soltero de Juan Pablo. Cuando salían a dar una vuelta o querían ir al cine, lo hacían a lugares donde, con toda probabilidad, no serían descubiertos por nadie de la universidad.

Pero cuatro meses después empezaron a bajar la guardia. Una cena en un restaurante caro y romántico les resultó fatal. Pensaron que nadie de la clase de Berta podría frecuentar un lugar tan exótico. Sin embargo, se equivocaron. Las bodas de plata de los padres de Pablo fueron la sepultura de su romance. Con las manos entrelazadas y los labios a pocos centímetros de distancia, Juan Pablo y Berta escucharon un fatídico e irónico «vaya, vaya» a su lado. Allí, de pie junto a su mesa estaba Pablo, un compañero de clase de Berta que, para más guasa, llevaba unos meses tratando de ligarse a la que, según quedaba demostrado, era la novia del profesor de historia del periodismo.

Ninguno de los dos trató de justificar lo injustificable. Pablo volvió a la mesa que compartía con sus padres y hermanos mientras los novios pagaban la cuenta y se retiraban del restaurante contrariados.

Como era de esperar, Pablo no tardó en dar publicidad a su primera exclusiva y Juan Pablo fue invitado a dejar la universidad. A Berta le permitieron seguir con sus estudios, pero la palabra *calientabraguetas* quedó grabada en la mente de cada uno de los profesores, estudiantes y bedeles de la facultad.

Aun así, los dos tortolitos siguieron con su relación. Pero un año después las desavenencias empezaron a surgir. Ambos comprobaron que su historia de cuento de hadas no les llevaba a ningún lado y decidieron quedar como amigos antes que terminar tirándose los trastos a la cabeza.

Cada uno siguió su camino. Berta, como aspirante a periodista y Juan Pablo, tratando de encontrar un hueco en el mundo laboral donde nadie le preguntase por qué ya no era profesor.

Varios años después Berta consiguió entrar a trabajar como becaria en el diario *Financiero*. Después de rotar por varias de las secciones, la joven periodista logró hacerse un hueco en la sección de empresas. Un golpe de suerte le permitió dar su primera exclusiva: la salida a Bolsa de una empresa cementera. Los coletazos de la operación le posibilitaron conocer a los abogados que llevaban el asunto. Berta se quedó prendada de su trabajo y del mundo de los despachos. Poco a poco fue conociendo el mercado de los bufetes. Dentro de la sección de información sobre

empresas, Berta logró hacer un hueco, cada vez más grande, a las noticias sobre despachos de abogados. «Se han convertido en empresas», defendía la periodista ante su redactor jefe cuando le vendía una noticia. Los jefes vieron que las noticias de Berta tenían su público y terminaron por apoyar la jugada.

La historia del padre Juan Pablo era bastante sencilla. Después de una ruptura no del todo traumática con Berta se había lanzado a escribir un libro que sirviese como manual de historia del periodismo en las facultades. Para retirarse unos días del mundanal ruido optó por recluirse en el apartamento que sus padres tenían en la costa gerundense. Una semana después de estar entre el ordenador y la playa, Juan Pablo sufrió una conversión que la caída del caballo de san Pablo se queda en simple tropezón. Si bien era cierto que poseía una buena formación cristiana de colegio de jesuitas, el exprofesor de periodismo nunca llegó a pensar que, tras varios años de avatares y separado de la Iglesia, el Señor le iba a llamar por esos caminos. Ahora llevaba dos años de felicidad regentando la parroquia de Santa María de la Paz en un barrio humilde de Madrid.

—¿Hasta dónde hay que presionar a una fuente dubitativa? —preguntó Berta a Juan Pablo.

—No obligues a nadie a hacer algo que no quiere. No utilices a una persona. Ten en cuenta que, en muchos casos, se pueden jugar sus trabajos. Y ya sabes, como recuerda el Papa cada domingo, «no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hiciesen a ti».

—Sí, ya sé que para ti el Papa siempre tiene la frase adecuada —sonrió con ironía—. Bueno, creo que es el momento de irme.

—Espero que la noticia valga la pena. La chica parecía muy agobiada.

—Servirá para levantar una liebre que puede dar mucho juego. Descansa.

Berta empezó a caminar por el pasillo central de la iglesia. El padre Juan Pablo sonrió, bajó la vista y se sentó para rezar vísperas.

Después de cinco años curtiéndose en la Facultad de Derecho, Alberto había conseguido una beca para realizar un máster de abogacía internacional en el Instituto Europeo de Derecho. Esos dos años en Bruselas le habían convertido en un ser más solitario, si es que eso era posible en su caso. Nunca había tenido problemas en vivir fuera de casa, pero el centro neurálgico de la nueva Europa le había superado. El cielo siempre gris, más lluvia que sol y la personalidad de sus vecinos belgas le habían ayudado a centrarse en sus estudios legales. Solo una compañera inglesa, Samy, le había distraído durante unas pocas semanas de su firme propósito de convertirse en el mejor abogado de España.

A sus veintiséis años, Alberto Spínola acumulaba en su expediente todas las matrículas de honor posibles. Si alguien echaba un vistazo a su currículum, siempre surgía la misma duda: ¿es que este tío solo se ha dedicado a estudiar? Y la respuesta que denotaba el rostro de Alberto era contundente: sí. En el colegio nunca había destacado por nada más que por sus buenas notas. Su padre, un jurista de prestigio en Madrid, le había insistido en lo importante que era estudiar todos los días y lograr un buen expediente. Alberto se lo había tomado tan en serio que nadie en su colegio conocía ninguna afición suya que no fuese su pasión por el estudio.

En la carrera las cosas no habían sido muy distintas. El joven Spínola no malgastaba ni un minuto en la facultad. Asistía a todas las clases y después se marchaba a su casa. La tarde la dedicaba casi íntegramente a estudiar. Eran pocos los amigos que se le conocían y él no hacía mucho por ampliar la lista de amistades. Sin embargo, nadie podía decir que Alberto fuese una persona antipática. Más bien lo contrario. Solía caer bien y su conversación era agradable. Lo malo es que nunca trataba de demostrarlo. Además, su cinismo y sus contestaciones cortantes cuando alguien no terminaba de caerle bien ahuyentaban a los que se acercaban.

Después de su paso por Bruselas el joven abogado había recibido innumerables ofertas de distintos despachos para incorporarse a sus filas. Todos los grandes bufetes internacionales tenían numerosos y prestigiosos equipos en Bruselas. La Unión Europea daba mucho juego legal y había que tener a los mejores representantes en la capital belga. La lista de candidatos era muy importante, pero el máster de abogacía internacional del Instituto Europeo de Derecho era uno de los principales viveros donde las grandes firmas echaban las redes. Y el currículum de Alberto, con cinco idiomas a sus espaldas, llamó la atención de los principales cazatalentos. Sin embargo, Bruselas había deprimido a Alberto. Pensar en quedarse allí le suponía casi un ataque de angustia, así que rechazó todas las ofertas que le hicieron y puso rumbo a España.

Al llegar a Madrid dejó su expediente en manos de los principales *headhunters*. Ahora las cosas habían cambiado. La información era bidireccional entre los abogados que dirigían los despachos y los expertos en recursos humanos que buscan a las mentes más brillantes. El especialista al que Alberto había pasado su currículum se había quedado gratamente sorprendido. Hacía tiempo que no veía tantos conocimientos en un joven de veintiséis años recién cumplidos. Solo había que ponerle un pero. Rafael, el *headhunter*, se lo advirtió:

—Alberto, los despachos buscan talento. Quieren a los mejores... y tú tienes pinta de ser uno de ellos. Probablemente se maten por ti. Pero también es cierto que ya no quieren solo a enciclopedias con patas que se sepan todas las leyes. Ahora lo que buscan son jóvenes talentos que encuentren soluciones innovadoras y que tengan mentalidad emprendedora y comercial. Los problemas que presentan los clientes son cada vez más complejos y...

—¿En serio...? Puedes comprobar mis calificaciones en los casos prácticos. Nadie encuentra soluciones más ingeniosas que yo —respondió Alberto sin dejar de mirar a su interlocutor.

La contestación destilaba unas gotas de arrogancia que a Rafael le supieron a gloria. Pero había que presionarle un poco más.

—Sí, ya he visto tus calificaciones. Pero no pierdas de vista que los despachos sufren con sus clientes momentos de crisis económica y exigen más que excelentes calificaciones. La economía no atraviesa su mejor ciclo y quieren a gente que sea capaz de captar clientes desde el primer momento. Y, la verdad, viendo lo que has escrito en el apartado de «aficiones», me preocupa que no seas todo lo activo que los despachos necesitan —señaló Rafael.

La palabra *NADA* manchaba ligeramente un hueco de casi una página destinado a conocer algo mejor al candidato. Saber qué aficiones tenía el aspirante podía ayudar a un experto a descubrir si era sociable, si sabía trabajar en equipo o si era imaginativo. De Alberto Spínola, ese apartado decía bien poco. Concretamente, nada.

—Cuando vayas a contarle a tus clientes que tienes un candidato con mi expediente, van a ocurrir dos cosas. Primero, te van a pagar un diez por ciento más de tus honorarios habituales para que su despacho sea el primero que visite y que me hables muy bien de ellos. Y segundo, van a despedir a sus responsables de recursos humanos por no haber detectado en el mercado un perfil como el mío. —Alberto terminó la frase ajustándose la corbata de rayas que había elegido para la entrevista.

El *headhunter* se le quedó mirando con un punto de interés y después de unos segundos de silencio dijo:

—¿Sabes que para trabajar en un despacho de abogados te van a pedir un buen comportamiento, compañerismo, buen ambiente..., vamos, *buen rollito*, como se dice vulgarmente?

Alberto se quedó pensativo. No sabía si aquel hombre que le observaba era un *headhunter* o un estúpido con patas.

—Mira... —comenzó a decir Alberto—, sé perfectamente lo que buscan los despachos. Por eso he estudiado toda mi vida como un mulo. No soy un ser muy sociable. Lo sé y lo admito. Pero creo que los socios de los despachos van a perder el culo por contratarme porque a ellos les importan más las dos mil horas facturables que voy a hacer cada año que los amigos que haga en el despacho. Ya me encargaré yo de que mi vida en la firma sea agradable.

—Muy bien. Como tú quieras. —El *headhunter* empezaba a cansarse de aquel niño que tenía delante. Lo único que hacía que no le echase de su despacho con una patada en el culo era pensar en los honorarios que iba a cobrar por encontrar una perla jurídica como Alberto Spínola.

El entrevistador volvió a echar un vistazo al expediente de Alberto. Era excepcional. Detrás de aquel aspecto de mosquita muerta había un abogado en potencia. Un letrado con unos conocimientos técnicos excepcionales y un futuro de límites insospechados. Tenía un carácter difícil, pero los abogados, en su conjunto, eran un gremio de egocéntricos. No importaba echar uno más al patio.

—Tengo un mandato del bufete americano Kline & Burbridge. Tiene una oficina en Madrid. Siempre están detrás de jóvenes promesas. ¿Quieres que les hable de ti?

Kline & Burbridge era un despacho con un prestigio internacional de primera categoría. A Alberto le supo a gloria. Esos sí que eran buenos.

—Por supuesto —contestó decidido Alberto.

—Bien. El próximo jueves tengo que hablar con ellos. Supongo que querrán hablar contigo dentro de poco. Mantén encendido tu teléfono móvil y no hagas ningún viaje. A los de Kline & Burbridge les gusta llamar casi por sorpresa.

Un apretón de manos finiquitó la entrevista. La soberbia del abogado le iba a hacer difícil su encaje en un despacho internacional, pero él iba a cobrar sus honorarios por presentarles un candidato de los que solo él sabía cazar.

El ejemplar del diario económico *Financiero* cayó en el centro de la mesa con el estrépito que producía su contenido más que su peso. Los más de cincuenta empleados del bufete Luzar McKein se agolpaban en la sala de reuniones. Algunos sentados y otros de pie, mantuvieron el rostro impertérrito ante la portada del diario económico. Douglas Carter dejó el brazo en alto después de haber lanzado el ejemplar como si fuese la última carta en una mano de póquer. El propio Carter, socio director de la oficina española, miraba desde la portada en una fotografía institucional que el despacho había repartido entre los medios de comunicación cuando la firma londinense desembarcó en el mercado español tres años antes. «Luzar McKein repercute a sus abogados una sanción de Hacienda.» El titular era lo suficientemente sugerente como para que cualquier lector, seguidor o no del mundo de los despachos, se interesase en la noticia.

El artículo destapaba que el despacho inglés había pagado a sus profesionales a través de sociedades interpuestas. Esta fórmula en sí misma no era fraudulenta, pero el uso que había hecho el despacho sí estaba fuera de la ley. La firma había sido inspeccionada por Hacienda de forma exhaustiva y la multa, después de sumar intereses de demora y otros añadidos, ascendió a más de dos millones de euros. El despacho no estaba dispuesto a cargar con el pago y había reducido el sueldo a sus abogados más jóvenes como canon «voluntario» de ayuda al despacho. La medida, presentada a los gestores mundiales como una fórmula para contener el gasto, se había impuesto a los profesionales. A ellos solo les quedaba la posibilidad de aceptarlo. La alternativa era dejar el bufete en un momento en el que era extremadamente difícil encontrar un puesto en otro despacho. Además, los socios ya habían hecho ver a los jóvenes abogados que, si optaban por la salida, ya se encargarían ellos de levantar el teléfono y mancillar su prestigio para que ningún otro despacho se interesase en ellos. Una presión demasiado fuerte.

El texto de la noticia contaba con pelos y señales los detalles de la inspección realizada por Hacienda, los pasos seguidos por el despacho, las amenazas y la decisión «unánime» de los abogados jóvenes de reducirse el sueldo. Estaba claro que la periodista había contado con ayuda desde dentro. El artículo estaba trufado de detalles sutiles, palabras intercaladas e insinuaciones que demostraban que la noticia había salido de las entrañas del despacho.

Un par de llamadas a Hacienda habían servido para apuntalar los detalles de la historia. Y la grabación que había obtenido Alba, donde se escuchaba a Arturo contar con ciertos alardes la decisión de la junta de socios, dio a Berta suficiente munición para llamar al despacho inglés para corroborar los datos. Douglas Carter había tratado

de despejar todas y cada una de las preguntas de Berta Salgado y había puesto en solfa alguna de las informaciones que la periodista demostraba que tenía bien atadas. No sirvió de nada. Ni tan siquiera una llamada de última hora al director del periódico había servido para parar la noticia. Carter esperaba que, por lo menos, quedase algo diluida con las medias verdades que había transmitido a Berta y al director. Pero el efecto había sido el opuesto. El interés del abogado por parar el artículo había hecho que el director olfatease que la historia era jugosa y le dio a Berta la oportunidad de llevar a Douglas Carter en portada. El efecto fue devastador.

—Hay un gusano en esta sala... y no soy yo.

La frase de Carter quedó suspendida en el aire y empezó a calar en la mente de cada uno de los asistentes a la reunión.

—Quien haya contado esta sarta de mierda a esa zorra es el mayor hijo de puta que he conocido en mi vida —prosiguió Carter—. No voy a parar hasta encontrar al traidor. —El tono de voz era cada vez más amenazador—. Sé que está en esta sala y quiero advertir que cuando termine con él su carrera como abogado estará acabada. Será su final. Lo más cerca que va a estar de un juzgado será repartiendo periódicos gratuitos en la boca de metro de Plaza de Castilla. No pararé hasta verle de rodillas en mi despacho suplicando clemencia. —Hizo una pausa y moderó el tono de voz. Se mesó su pelo largo y moreno. Recorrió con la mirada a los abogados que se sentaban frente a él. Fijó los ojos en la cristalera para que nadie se sintiera aludido directamente y prosiguió—: Sin embargo, si el traidor quiere aplacar mi enfado, tiene hasta las dos de la tarde para presentarse en mi despacho, confesar y buscar perdón.

Todos olieron la mentira tras las palabras de Carter. Sabían que eso era imposible. El socio director no tenía precisamente fama de que le temblara el pulso a la hora de cargarse a un empleado.

Los abogados y el resto de la plantilla prefirieron mantener los ojos fijos en el ejemplar de *Financiero*. Cruzar la mirada con un socio o con otro compañero podría arrojar un mínimo atisbo de culpabilidad al que se agarrase Carter para depurar responsabilidades.

Alba llevaba histérica los días que habían pasado desde la grabación hasta que se publicó la noticia. Cualquier mirada, comentario o sonrisa llevaba a la abogada a la misma conclusión. «Me han pillado», pensaba. Cuando un *mail* de «Reunión urgente» remitido por Douglas Carter saltó en su ordenador, las pulsaciones se le dispararon. «Ahora no hay salida. Todo se ha terminado», era el pensamiento fatalista de la abogada. Había entrado en la sala de reuniones como una oveja en el matadero dispuesta al sacrificio final. ¿Qué iba a hacer ahora? Ni sus dos másteres, ni sus cuatro idiomas, ni sus preciosas piernas le iban a ayudar a encontrar trabajo. Todo el mercado jurídico de Madrid la tildaría de traidora y ningún despacho la querría en sus filas aunque la experiencia de Alba la convertía en una abogada interesante. Nadie arriesgaría. El talento estaba caro, pero ningún socio director en su sano juicio apostararía por ella. ¿Qué diría su madre? Ella la había sacado adelante después de

enviudar. Se dejó la piel trabajando como una esclava para que a su hija no le faltase de nada. A los dieciocho años, Alba había salido de un pequeño pueblo asturiano junto a los Picos de Europa para ir a la capital a estudiar. Una residencia, la manutención, los gastos..., mucho dinero había fluido hacia Madrid. Alba había respondido con un expediente repleto de matrículas de honor. Pero nunca podría agradecer los desvelos de su madre. Y ahora tendría que volver a trabajar en la oficina de Correos o en una sucursal bancaria del pueblo. ¿Entendería su madre que lo había hecho porque estaban siendo víctimas de una injusticia? Su madre lo perdonaría todo, pero seguro que se perdería cuando Alba le explicase las sociedades interpuestas, la base imponible, Hacienda, los recortes... El miedo de Alba se acrecentó cuando entró en la sala de reuniones y Arturo, el socio de inmobiliario, le cedió el sitio. No era una galantería. Seguro que lo hacía para poder tener una mejor perspectiva de sus pechos. ¿Se olía algo Arturo? ¿Se había dado cuenta de que parte de la información provenía de aquellas reuniones informales al finalizar el día en las que estuvieron todos los miembros del departamento y en la que él había hablado más de la cuenta? Alba agradeció el gesto de Arturo y vio en sus ojos el miedo aderezado con las gotitas justas de cabreo.

Y entonces fue cuando Alba se sintió segura. Arturo sabía que había cometido un grave error al comentar con su equipo una información que era del ámbito exclusivo de los socios. Él, mejor que nadie, sabía que la información se había gestado en aquellas reuniones. Pero no podía acusar a nadie. Por lo menos nueve personas habían estado presentes en distintos momentos. Tendría que investigar, acusar y presionar uno por uno a los abogados y secretarías bajo su mando. Y, aunque terminase encontrando al culpable de la filtración, tendría que presentarse ante sus socios y reconocer que él había traicionado la confidencialidad impuesta a las reuniones que trataron sobre el *affaire* con Hacienda. Ese sí que hubiera sido su final. Sabía que había un traidor en su departamento, pero no podía dejarlo al descubierto. Cualquiera al que acusasen desvelaría, a las primeras de cambio, la primera fuente de la noticia: Arturo.

Alba descifró el temor en los ojos de Arturo. El artículo de Berta no daba ninguna pista de quién había podido hacer la filtración. Más bien al contrario, hacía planear una sombra invisible de sospecha sobre todos los miembros del bufete. Si se leía entre líneas, hasta el conserje podría haber sido el origen de la noticia. Demasiados sospechosos como para lanzar una caza del topo. Y Douglas Carter lo sabía. Nadie daría un paso al frente. Además, solo ella podría darlo y estaba segura de que no iba a hacerlo. El pulso se relajó, sonrió mentalmente y empezó a disfrutar del espectáculo de ver a su socio director fuera de sí. El mismo que les había recortado el sueldo para pagar su incompetencia era ahora el que tendría que tomar medidas para que la imagen del despacho no se viese mancillada.

Carter adoptó un tono paternalista.

—No esperaba esto de ninguno de vosotros. En Luzar McKein os hemos cuidado

como a hijos y os hemos dado una oportunidad única de estar en uno de los despachos de abogados más grandes del mundo.

La sensación de vómito se debió extender por la mente de todos los presentes, incluso de algún socio. Allí estaban para trabajar. El dinero era mucho y la proyección importante. Pero decir que les habían cuidado como a hijos era traspasar una línea que a ningún abogado le había gustado.

—Espero que esto se solucione pronto. Podéis marcharos.

Nadie dijo una palabra y los empleados empezaron a salir de la sala. Alba pudo atisbar un ligero cerco de sudor en el cuello de la camisa de 400 euros de Arturo. Él sí que lo estaba pasando mal. Cuando salió de la sala, Carter hablaba con Mónica, la encargada de las relaciones con la prensa.

—... y quiero a esa zorra hundida en el fango... —escuchó Alba. El socio director se debía estar refiriendo a Berta. Pero ella sabía que la periodista era la que se encontraba en la posición más fuerte. Lo que había contado era verdad y lo podía demostrar. Las víctimas se iban a producir en el bando de Luzar McKein. La noticia llegaría a Londres y Douglas tendría que dar muchas explicaciones. Él podría ser la primera víctima. El bufete había tenido que pagar dos millones de euros a Hacienda y la imagen del despacho se había deteriorado. Estas circunstancias no pasaban desapercibidas en Londres. Otra víctima sería Mónica. Los socios daban por seguro que ella tendría que haber parado la noticia. Como si fuesen responsabilidad suya los tejemanejes de los gestores del despacho. Su cabeza también rodaría. Alba lo sentía por ella.

Entró en su despacho. Encima de su mesa había un sobre a su nombre que había llegado por correo urgente. Alba lo abrió después de asegurarse de que no había moros en la costa. El sobre contenía una postal de la iglesia de Santa María de la Paz. El reverso tenía escrita una palabra: «Gracias».

—Gracias a ti —susurró la abogada.

«Luzar McKein recula y mantendrá el sueldo de sus abogados.» El titular del día siguiente en *Financiero* tampoco se podía considerar como negativo para la firma. Douglas Carter había decidido mandar una nota de prensa en la que se aseguraba que la política de la firma era recortar gastos, pero que, debido a la buena trayectoria del despacho en Madrid, los sueldos no se verían afectados por las necesidades del despacho.

Quien supiese leer entre líneas identificaría un reconocimiento de la noticia del día anterior y una bajada de pantalones ante el resto del mercado. Los abogados de otros despachos tomarían nota de cómo se las gastaba Luzar McKein por si alguna vez les llegaba una oferta para ir allí a trabajar.

Dos días después el puesto de jefa de comunicación de Luzar McKein estaba vacante.

El teléfono sonó como un huracán en medio de la peluquería. A Alberto le irritaba que le molestasen cuando se estaba cortando el pelo. Aunque no era un maniático de la imagen, le gustaba llevar el pelo arreglado y pasaba por la tijera cada mes y medio. El joven abogado había captado el mensaje del *headhunter* y quería estar presentable para cuando le llamasen de Kline & Burbridge. Ahora tenía que atender la llamada, especialmente porque podía ser del despacho para convocarle a una entrevista.

—¿Señor Spínola? —preguntó una voz sugerente aunque algo madura—. Soy Carolina, la secretaria de don Gustavo Lozano, socio director del bufete Kline & Burbridge. —A Alberto se le congeló la sangre por un instante. Solo oír el nombre del gran gurú de las fusiones y adquisiciones en el mercado español le aceleró el pulso—. ¿Le puedo pasar con él?

Alberto miró alrededor. Además de Manolo, el peluquero, y un par de ancianos que iban a pasar la mañana a la peluquería para poder hablar de fútbol, nadie más estaba en el local. Por eso le gustaba a Alberto aquella barbería de barrio. Tenía ese aroma añejo de los negocios artesanos en vías de desaparición. Se levantó del sillón y miró a Manolo con un gesto que solicitaba comprensión. «Es un minuto», susurró Alberto, y recuperó el tono para contestar mientras salía del local sin haberse quitado el babero lleno de pelo recién cortado.

—Sí, sí. Ahora es buen momento.

—Le paso.

Alberto se sorprendió al comprobar que en lugar de la clásica música de espera al otro lado del teléfono se oía un sonido que recreaba la brisa helada de lo que parecía un puerto de alta montaña. El sonido de algún pájaro y las reminiscencias de vegetación que contenía la cinta ayudaron al joven abogado a relajarse.

Solo habían pasado unos días desde su visita al *headhunter*. El muy listo se había dado prisa en ir a Kline & Burbridge a vender su presa. Estaba claro que no quería perder la oportunidad de embolsarse un buen pellizco por presentar a un joven abogado tan brillante como él. Los cazatalentos habían surgido como champiñones en el mercado legal español. Cualquier sector era susceptible de terminar bajo sus garras. Después de haber trillado mercados como el de los directivos o los bancos de inversión, los *headhunters* habían diversificado su negocio y ahora hacían búsquedas para los despachos. Pero había mucho cantamañanas en ese mercado. Muchos, simplemente, habían abierto una división de «legal» sin tener ni experiencia ni conocimiento del mercado. A Alberto le habían contado casos de todos los tipos. Un *headhunter* había llamado una vez a un socio de laboral de un bufete para ofrecerle un puesto... ¡en el mismo despacho! El socio se encargó de retirar el mandato a ese

buscador.

El negocio era rentable. Los honorarios de un *headhunter* por una búsqueda de postín como podía ser la de un socio estaban estipulados en el 30 por ciento de la retribución anual que iba a percibir el abogado, variable y bonus incluidos. El pago se fraccionaba según se iban cumpliendo las etapas de la identificación de «objetivos», puesta en contacto y fichaje final. A modo de seguro, las empresas de búsqueda de talentos ofrecen a sus clientes una cláusula de satisfacción. Existe un período de prueba de un año. Si durante ese tiempo el despacho no queda contento con el fichaje, la agencia se compromete a realizar una nueva búsqueda.

—Un momento, por favor, que enseguida le paso —dijo la voz sexy.

Alberto había tenido poco trato con los *headhunters*, pero los consideraba unos aprovechados. «Unas sanguijuelas dispuestas a adherirse a cualquier ente», eran sus palabras exactas. No era habitual que un cazador buscara talentos tan jóvenes. Para eso tenían sus equipos los propios despachos. El joven abogado estimaba que los honorarios que iba a facturar su «colocador» si finalmente fichaba por Kline & Burbridge serían muy bajos, apenas 12 000 euros, según sus cálculos. Lo que él no sabía era que el cazatalentos había pactado un plus de 50 000 euros por encontrar piezas como él. Provenientes del extranjero, sin identificar en el mercado, con sólida formación técnica, idiomas e inteligencia. Otra cláusula adicional le aseguraba otros 50 000 euros si el candidato alcanzaba la condición de socio antes de diez años. Aunque podía parecer una estupidez, ya que los despachos podían ralentizar la carrera del abogado hacia la sociatura, lo cierto era que cualquier frenazo en una trayectoria meteórica ponía en guardia al abogado, que entonces podía empezar a moverse buscando otro despacho si sospechaba que no le iban a hacer socio. Además, se trataba de una cantidad que un bufete pagaría encantado si le llenaban la mesa de expedientes de abogados jóvenes con madera y conocimientos para convertirse en socios.

La espera empezaba a pasar de los cinco minutos y la mañana madrileña era fría y despejada. A Alberto se le empezó a enfriar la nariz.

—¡Alberto! —Una voz fuerte y segura sonó al otro lado del teléfono—. Encantado de conocerte. Soy Luis Delgado. Perdona la espera, pero a Gustavo le ha llamado el ministro al móvil justo cuando le iban a pasar contigo y no había forma de cortarle. Me ha dicho que hablase yo contigo. ¿Cómo estás, chaval?

Después de cinco minutos bajo el frío de la capital a Alberto se le habían quitado las ganas de broma y hasta se había molestado un poco. «¿Ministro? ¿Qué ministro?», pensó Alberto. Si lo había hecho para darse un aire de superioridad, con él no iba a funcionar. Alberto se había estudiado la página de internet de Kline & Burbridge de arriba abajo y sabía que Luis Delgado era el socio encargado del departamento de derecho fiscal. Un abogado con experiencia, pero con poca repercusión en las publicaciones especializadas. Eso sí, había oído que era un magnífico comercial. Pero no le iba a dar el gusto de darle a entender que le conocía.

—Encantado, don Luis, ¿y usted es...? —dijo Alberto tranquilo.

—No, por favor, tutéame. Entre compañeros hay que evitar los formalismos —dijo Delgado rebajando el tono y con el orgullo algo herido—. Soy el socio de fiscal. El caso es que nos gustaría invitarte a comer. Nos han hablado muy bien de ti y queríamos que vinieses al despacho para conocerte.

Los dos sabían quién y cómo les había hablado de él, pero prefirieron dejarlo en el limbo de lo sobreentendido.

—Sería magnífico —contestó Alberto con un punto de ilusión pero sin caer en el servilismo—. ¿Cuándo sería?

—Pues mira, la verdad es que me preguntaba si podrías venir hoy mismo. A Gustavo le han cancelado un almuerzo y con la agenda tan complicada que tiene podríamos aprovechar para vernos hoy. ¿Cómo lo tienes?

Si estaba intentando impresionarle, no lo estaba consiguiendo. Más bien estaba apuntándose tantos negativos. ¿Iba a tener que trabajar con aquel colega? Menos mal que el derecho fiscal y él siempre se habían llevado mal.

—Bueno, la verdad es que no muy bien —a tío ocupado no le iba a ganar nadie —, pero puedo cancelar una cosa.

—Genial. Pásate por el despacho a eso de las dos.

Después de despedirse Alberto consultó el reloj. Tenía apenas dos horas para terminar de cortarse el pelo, ir a casa, ducharse y salir hacia Kline & Burbridge. Estaba seguro de que era el comienzo de su carrera hacia el éxito.

Cuando franqueó la entrada del edificio que marcaba el centro exacto del paseo de la Castellana, Alberto sabía que había llegado su gran momento. Se quería mostrar tranquilo ante el socio director de Kline & Burbridge y por eso había dejado que los nervios se apoderasen de él durante el trayecto en metro. Esta vez no había podido pararse a escuchar a aquel anciano que le sacaba música celestial al violín mientras su esposa, una señora de cincuenta años que aparentaba ochenta, le sostenía las partituras. Siempre estaban en el transbordo de Nuevos Ministerios y apenas nadie se paraba a escuchar su música. Pasaban con indiferencia a su lado, y, en alguna ocasión, alguien depositaba unos céntimos en la funda del violín. A Alberto le gustaba quedarse apoyado en la esquina contraria dejándose embriagar, al menos unos segundos, por la música que el anciano arrancaba acariciando las cuerdas.

Hoy no había sido posible. Una corbata de rayas gruesas con sencilla combinación de colores había sido el complemento perfecto para su traje azul marino de espiga. Un traje en el que Alberto había invertido lo que para él era una fortuna, pero que daba la imagen de un joven de buena posición.

El vigilante de seguridad le pidió los datos antes de poder acceder al edificio.

—¿A quién viene a ver?

—A Gustavo Lozano. —Alberto degustó sus palabras demostrando a aquel vigilante con aire de chulería que no se trataba de un abogado cualquiera, sino que venía a hablar con el mandamás.

—Décima planta —dijo el guarda con un resquicio de molestia.

Alberto subió en el ascensor. Kline & Burbridge ocupaba tres plantas de un edificio que acababa de ser remodelado hacía dos años. Alberto vio su silueta distorsionada en el metal del ascensor y corroboró que el traje le quedaba como un guante.

La recepción era acogedora y funcional. El aspecto del despacho era idéntico al que percibía un cliente que entrase en la oficina de la firma en Nueva York, Praga o Hong Kong. Esa era la mentalidad corporativa del bufete. Cuando abrían una oficina nueva, el elegido para socio director tenía manos libres para contratar a los abogados y personal de apoyo, pero de la decoración se tenía que olvidar. Un equipo de veinte personas llegaba a la ciudad en cuestión y tenía el encargo de levantar una nueva sede en un tiempo récord. El socio director podía opinar en algunas circunstancias sobre la ubicación de la oficina o el número de despachos necesarios. Tenía voz —solo en algunas cuestiones—, pero no voto. A él se le pedía que fichase, en primer lugar, a una persona que se encargase del día a día. Esa persona, normalmente alguien con capacidad de gestión, dotes de mando y facilidad para solucionar problemas, era el

nexo con el equipo de creación. El color de las paredes, el tipo de muebles, las lámparas, los cubiletes para lápices..., no se dejaba nada a la improvisación y todo era igual en todas las oficinas de Kline & Burbridge en el mundo. El objetivo, como no se cansaban de explicar los socios, era que los clientes se sintiesen como en el despacho de su ciudad si tenían que viajar al extranjero. La imagen del bufete hacía que el cliente se sintiese parte del proyecto.

La decoración era sencilla. Austera sin caer en detalles cutres. Había mucho dinero invertido en la imagen, pero no se podía notar. La mayor preocupación de los abogados era que el cliente no viese mucho lujo a su alrededor. Si veía obras de arte y un gran despliegue decorativo, adivinaba que el coste de los lujos terminaba reflejado en sus minutas.

Preguntó por Lozano. La recepcionista le acompañó hasta una pequeña sala de visitas donde Alberto tuvo que esperar un par de minutos. La puerta se abrió y Gustavo Lozano entró por ella.

—¿Alberto? Soy Gustavo Lozano. Encantado de conocerte —dijo el abogado mientras estrechaba su mano.

—Igualmente. Muchísimas gracias por haberme invitado —dijo Alberto.

—Por favor, gracias a ti por responder a una invitación casi a traición. Sígueme y vamos hablando mientras te enseño el despacho.

Las canas se mezclaban con el pelo castaño y la gomina justa para no parecer exagerado fijaba los cabellos menos junto a las orejas, donde las patillas de las gafas habían revuelto una y otra vez el pelo. Los ojos azules le daban un toque de dulzura a una expresión dura y cincelada por una trayectoria repleta de noches sin dormir. Tenía una estatura ligeramente superior a la media. La justa para demostrar superioridad, pero sin que nadie se sintiese avasallado. Vestía elegante, pero sin ser presuntuoso. Alberto no era un experto en moda, pero suponía que el traje que llevaba no le había costado menos de dos mil euros, aunque no lo aparentaba. Eso era lo que tenía la gente elegante. La capacidad de llevar con normalidad y sencillez semejante traje. La corbata, lo mismo. Donde sí se veía algo más de esmero era en los zapatos. Ni aunque Alberto hubiese estado toda su vida cepillando los suyos hubiese conseguido un brillo igual.

El socio director guio a Alberto por los entresijos del despacho. Primero vieron la zona noble, donde se recibe a los clientes y a los socios de otras oficinas. Era lo que se podía denominar como la cara amable del despacho. La fachada. Lo que nunca se enseñaba era la «sala de máquinas» donde los abogados, especialmente los más jóvenes, trabajaban a destajo. Allí había hasta tres asociados por despacho y la intimidad brillaba por su ausencia. Aunque a los socios de cualquier bufete se les llenaba la boca hablando de lo importante que era que los abogados tuviesen un buen espacio de trabajo, al final los costes eran los costes y se apiñaba a los profesionales hasta que alcanzaban una posición importante en el bufete.

Llegaron frente al despacho de Luis Delgado, el socio que había hablado con

Alberto por teléfono.

—Luis, te presento a Alberto Spínola —dijo Lozano.

—¡Hombre!, ¿cómo estás, campeón? —dijo Delgado mientras levantaba su culo gordo del asiento.

Alberto intentó disimular la indiferencia y el asco que le producían personas como Delgado. Esa gente que te habla como si te conociese de toda la vida o como si supiese cuál es tu marca de whisky preferida. Alberto se fijó en que el traje que llevaba Delgado era casi igual que el de Lozano, pero la diferencia a la hora de llevarlo era abismal.

—¿Qué? ¿Te ha gustado el despacho? —preguntó Delgado como el que pregunta a un chaval de catorce años si le ha gustado ver a su vecina en bikini.

—La verdad es que es impresionante. Se ve que cuidáis hasta el último detalle. — A Alberto le hubiese gustado recalcar el hecho de que le parecía una humillación que trabajaran tres abogados dentro de cada despacho y que él no pensaba admitirlo, pero lo cierto era que nadie le había dicho todavía que fuesen a ficharle.

—Así somos los grandes, Alberto. Así se llega a ser el mejor despacho del mundo —respondió Delgado.

—Eso no es lo que dicen los *rankings* especializados —dijo Alberto con un punto de mala baba que dejó helado a Delgado, quien buscó a Lozano con la mirada.

—Bueno, a nosotros nos gusta pensar que somos los mejores —sonrió Gustavo más por el corte que Alberto le había dado a Luis que porque le gustase que le recordaran que no siempre aparecía en el primer lugar en las clasificaciones de mejores despachos de abogados—. Venga, vamos a comer.

El comedor era, en realidad, una sala de reuniones reconvertida. Lozano, que sabía manejar la situación, se había sentado de espaldas al gran ventanal que presidía la sala. De esta forma Alberto vería una silueta recortada contra la luz y tendría más dificultades para distinguir las expresiones de la cara del socio. Sin embargo, Lozano vería perfectamente cada gesto de Alberto. Delgado se sentó en la cabecera de la mesa para que no pareciese una entrevista de trabajo.

El camarero había servido con extraordinaria delicadeza la ensalada de bogavante con nueces y la lubina al horno. Dos platos sencillos, pero que habrían hecho correr lágrimas de placer por las mejillas del mejor *gourmet*. La conversación había girado en torno a asuntos que, para cualquier otro, hubiesen sido banalidades. Sin embargo, Alberto había descubierto la intención oculta en cada una de las preguntas. Hasta el hecho de que le hubiesen insistido en que tomase postre era una forma de comprobar su capacidad de autocontrol ante los placeres más cotidianos de la vida. Estaba siendo una entrevista de trabajo en toda regla y Alberto sabía que había llegado el momento fuerte del encuentro.

—Bueno, Alberto, y ¿a qué te dedicas ahora? —preguntó Lozano.

—Busco trabajo.

—¿Lo encuentras?

—Hay cosas, pero todavía no me he decidido.

—¿Muchas ofertas?

—Poco jugosas.

El desparpajo y la seguridad con las que Alberto seguía la conversación empezaron a cautivar a Lozano.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Trabajar en un bufete.

—Nosotros somos un bufete —intervino Delgado.

—Vosotros sois «el» bufete —recalcó Alberto—. No nos engañemos. Si a cualquier chaval salido de la facultad o de un máster le preguntasen en qué bufete le gustaría trabajar, Kline & Burbridge sería la primera respuesta de todos los entrevistados —se sinceró Alberto.

—Hay otros bufetes muy buenos —dejó caer Lozano.

—Ya, pero hay una sola vida.

Lozano levantó ligeramente la comisura de los labios en señal de asentimiento. Alberto había cogido la confianza necesaria para hablar sin tapujos. Era un diamante, en bruto, pero un diamante en toda regla. Los doce mil euros que iba a tener que pagar al *headhunter* se le empezaban a antojar baratos a Lozano. El cazatalentos le

exigiría un plus de 50 000 euros, pero habría tiempo para negociar.

—Alberto, dime una cosa. En el hipotético caso de que quisiésemos contar contigo para nuestro despacho, ¿qué tendríamos que hacer para convencerte? —preguntó Lozano.

El joven abogado paladeó la pregunta. Eso era una oferta. Miró a Delgado y a Lozano. Fijó la mirada en el socio director y dijo:

—Querría trabajar en las mejores operaciones, los mejores asuntos. Necesito un plan de carrera por escrito y entrar con la consideración y el estatus de asociado de tercer año y no como un simple júnior. No quiero hacer rotación de departamentos. Estoy especializado en derecho de la competencia y...

—¿Especializado? Chico, no tienes experiencia. Me parece que te estás subiendo a la parra —dijo Delgado. Había visto que su jefe se estaba quedando prendado de Alberto y no quería un gallo como ese en el corral. Lozano le fulminó con una mirada que borró la sonrisa de su rostro. Como si nada hubiese pasado, Alberto siguió con sus peticiones.

—... me gustaría colaborar con el área de mercantil. Estar metido en el equipo de una operación desde el principio. De sueldo, hay otros despachos que están ofreciendo treinta y cinco mil euros a sus juniors de primer año. Quiero cuarenta y cinco mil. Sé que podéis pagarlo.

El silencio se hizo en el comedor. El camarero entró en ese momento y sirvió un segundo café a Lozano. Este lo removió aunque no le había puesto azúcar. El único ruido que se escuchaba era el tintineo de la cucharilla. El camarero ya estaba acostumbrado a esos silencios. Había cosas que, aunque se confiase en la discreción del servicio, no debían ser escuchadas. Cuando volvieron a quedarse solos, Lozano sonrió ligeramente y dijo:

—Son unas condiciones muy ambiciosas. Es verdad que tienes un buen currículum y destilas un aire que te hará triunfar en la abogacía, pero no pierdas de vista que, como dice Luis, no tienes ninguna experiencia. Ningún socio director con dos dedos de frente las aceptaría.

Alberto se jugó el órdago final. Todo o nada.

—Si de algo se puede vanagloriar un socio director de un despacho es de descubrir talentos. Ni tan siquiera una opa hostil da tanto gusto como ver a un joven abogado por el que se ha apostado y que crece dentro de la firma. La satisfacción de poder decir delante de los competidores «yo lo descubrí» no tiene comparación posible. Hay otros bufetes dispuestos a pagarme muy bien, pero Kline & Burbridge, y especialmente su socio director, se darían de cabezazos si un día, no muy lejano, me ven al otro lado de la mesa en una negociación y consigo que mi cliente salga ganador. «Podría haber sido nuestro» será el reproche que escuchéis en vuestra cabeza hasta el momento de la jubilación. Soy joven y tengo una magnífica formación. Contrátame y no te arrepentirás.

La arrogancia que emanaba de cada una de sus frases ponía de los nervios a

Delgado y provocaba un éxtasis a Lozano.

—Es mucho dinero por alguien que no tiene experiencia... —planteó el socio director.

—Vale. Contrata a otro por diez mil euros menos, y, cuando te haga la primera cagada, calcula si ese fallo te cuesta más o menos de diez mil euros.

—¿Quieres decir que no cometerás errores? Eso es imposible de asegurar —sonrió con sarcasmo Delgado.

—Eso lo dicen los perdedores —apuntilló Alberto.

Lozano terció antes de que la batalla se encarnizase. Le gustaba su arrogancia, su desparpajo y sus conocimientos. Habría que domarle un poco para sobrevivir al trabajo en equipo, pero la experiencia le decía que allí había un gran abogado, y aunque los cursos de posgrado llenaban el mercado de futuros buenos abogados cada mes de junio, aquel chaval parecía especial. Y, qué coño, claro que disfrutaría presumiendo de descubrimiento cuando pasasen los años.

—Bueno, Alberto, nos gustaría que empezases a trabajar con nosotros. Tengo que hablar con mis socios sobre ti —mentira, ya había tomado la decisión—, no todos los juniors entran en la firma con cláusulas y condiciones especiales. Te llamo en un par de días. Y, por favor, no aceptes ninguna propuesta sin escuchar la mía. ¿De acuerdo?

—No se preocupe. Esperaré su llamada. —Alberto sabía que Delgado le iba a calentar la cabeza a Lozano sobre la inconveniencia de aceptar en la firma a un niñoato presuntuoso y prepotente como aquel. «¿Qué van a decir el resto de los juniors?», clamaría Delgado. Pero Lozano había visto en los ojos de Alberto el destello del éxito. Quizá se había visto a él mismo, veinte años atrás, en su primera entrevista de trabajo. Igual de arrogante. Igual de prepotente. El carácter había sido templado por el paso del tiempo, pero le había ayudado a forjar su carrera.

Berta estaba ensimismada en su ordenador. El fragor de la redacción no le importaba. Sabía abstraerse del estruendo que hacía Patricia con el teclado a su derecha y del susurro continuado que emitía Jesús a su izquierda. Quedaba poco para el cierre de la edición y la redacción estaba en pleno bullicio. Era una planta diáfana con filas de mesas enfrentadas donde los periodistas se dividían por secciones. El trabajo de los maquetadores y los fotógrafos era en ese momento frenético. Todos los redactores querían su foto o su página «para ya». El frenesí que a Berta le había cautivado en las películas de cine no se correspondía con lo que era en realidad, pero a veces se le asemejaba.

Un cuadro con los despachos que habían intervenido en las principales operaciones de los últimos dos años ocupaba la pantalla del ordenador de Berta. La cabeza de Andrés Roca, el redactor jefe de la sección de empresas, apareció junto a su ordenador.

—Princesa —Roca siempre tenía una palabra cariñosa para todos—, me ha llamado el socio director de Luzar McKein. Quiere que te eche un rapapolvo por las noticias que has sacado estos días. Dice que, si no te ato en corto, pedirá una rectificación pública de la noticia.

Sin dejar de mirar la pantalla, Berta se quitó las gafas y preguntó.

—¿Y tú qué le has dicho?

Una sonrisa empezó a aflorar en las caras de los que, aunque metidos en sus artículos, no podían evitar escuchar la conversación. Sabían cuál iba a ser la contestación.

—Le he dicho que hablaría contigo, pero que, si no quería perder el tiempo, podía ir metiéndose la rectificación por el culo... ¡Ja, ja, ja! —se rio estruendosamente Roca.

Si por algo se caracterizaba el rollizo redactor jefe era porque siempre había defendido a ultranza a sus periodistas. Confiaba en ellos y ellos en él. No había nadie que, después de dos días trabajando a sus órdenes, no confiase ciegamente en él. Exigía trabajo y compromiso, pero dejaba que sus redactores se moviesen como quisiesen para conseguir las noticias. No había horarios y la única regla era una: que lo que escribas sea verdad.

Roca se limpió el sudor que le había provocado el ataque de risa y se pasó el pañuelo por su calva brillante.

—Bueno, princesa, no sueltes la presa. Si están enfadados, es que estás sacando las noticias que les interesan a nuestros lectores. Sigue así.

—¡Roca, ven a ver esto! —vociferó un maquetador desde el centro de la

redacción.

—¡Voy para allá! —contestó—. Y no olvides que mañana tenemos el desayuno con el ministro de Justicia. A ver si le sacas alguna frase jugosa. A ese gordo cabrón es más difícil sacarle un titular que a mi madre una obstrucción intestinal... ¡Ja, ja, ja! —Su risa se perdió en el fragor de la redacción mientras se marchaba.

Berta sonrió y volvió a fijarse en la pantalla. Los ojos empezaban a dolerle por la mala iluminación y por esas gafas nuevas que, según ella, le daban un «asqueroso aire de repelente sabionda».

—Cuando terminemos, vamos a ir al Gallo Azul a celebrar el cumpleaños de Marta. ¿Te apuntas?

La voz de Jesús sonó apocada. Desde el primer día se había quedado prendado de los ojos azules de Berta. Los dos años que llevaban coincidiendo en el periódico habían sido una historia de amor-odio para el corazón de Jesús. Después de una fiesta de Navidad, y desinhibido por algún *gin-tonic* de más, Jesús había intentado besar a Berta en el baile. Ella le apartó de un manotazo y Jesús terminó dando con sus huesos en mitad de la pista de baile ante las risas de los compañeros del periódico. Berta le había perdonado. Ella se lo había tomado como una chiquillada. Lo que más le fastidió fue que se convirtió en la comidilla de la redacción y se quedó como la anécdota de la fiesta en el recuerdo de los compañeros.

—No, gracias. Creo que me voy a ir a casa —contestó Berta mientras miraba el reloj—. Es más, me voy a ir ahora. Aquí poco puedo aportar ya.

Cerró su ordenador, recogió las cosas y se pertrechó para salir al frío de Madrid, que ya empezaba a cortar la piel. Jesús volvió a quedarse embelesado siguiendo sus pasos con la mirada.

El frío barrió de un plumazo todos los pensamientos que Berta llevaba en la cabeza.

A Berta lo que le gustaba de verdad era el mundo de las empresas, pero el trato con los bufetes se había hecho más frecuente. Aunque los abogados cumplían religiosamente su secreto profesional, Berta había logrado más de una vez información jugosa que le había servido para seguir pistas y terminar dando varias exclusivas de mucha importancia en el sector empresarial.

El paseo de la Castellana estaba casi vacío. Un miércoles de noviembre no era el mejor momento para pasear por Madrid. Pero ella disfrutaba. El frío despejaba y el paseo de media hora hasta su apartamento en la calle Trafalgar era más productivo que sentarse ante el televisor a seguir cualquier programa de telebasura o un debate político en el que cada periodista defendía a un partido como si le fuese la vida —y el sueldo— en ello. Era algo que a Berta le repugnaba. Ella prefería pasear. Oxigenar su vida, darle vueltas a sus problemas y recordar, por enésima vez, que tenía que visitar a su padre en su Córdoba natal. Se abrochó el abrigo y subió las solapas para protegerse la garganta, se arrepintió de no haberse llevado los guantes y aceleró un poco el paso. Ya que no tenía tiempo para hacer deporte, por lo menos que un paseo a

buen ritmo le ayudase a quemar calorías.

El sonido de una sirena de policía rompió la tranquilidad. Berta no se inmutó. Era su móvil. Su sobrino de doce años le cambiaba la melodía cada vez que se veían. Alguna vez se había llevado un buen susto, como una noche en que una voz de ultratumba le espetaba desde la mesilla de noche: «Cooooge el teléfono, Beeeerta».

—¿Sí?

—¿Berta? Soy Rodrigo.

—Hola. ¿Cómo vas? —Rodrigo era un socio fiscalista del bufete Melquíades y Asociados. Se habían hecho amigos hacía un año. Era un abogado que disfrutaba representando el papel de confidente. Se había convertido en una fuente muy fiable que siempre tenía cosas interesantes que filtrarle. Berta siempre había estimado que no necesitaba muchas fuentes, sino que lo importante era contar con pocas pero de confianza. Rodrigo era una de sus *gargantas profundas*.

—Todo bien. Con mucho trabajo, por eso te llamo tarde. No te quito tiempo. ¿Sabes quién es Felipe Abad?

Berta dudó un momento.

—¿El secretario de Estado de Economía?

—Exacto. Pues parece que está un poco harto de trabajar como un mulo y ganar cuatro perras mal contadas. Es inspector de Hacienda en excedencia. No hace ascos a moverse a un despacho. Ya lo ha dejado caer en algunos ambientes. Y ¿sabes a oídos de qué socio director ha llegado?

La periodista procesó la información. En su archivo mental saltó la información.

—Manuel Cruz dijo el otro día en una entrevista que estaba detrás de alguien para dirigir el departamento de fiscal para cuando se jubile Jorge Martín.

—Así me gusta. Que estés en todo. Pues hoy estaban comiendo Cruz, Abad y Martín en el restaurante del hotel Hesperia.

—A lo mejor Abad pedía consejo sobre la reforma fiscal que están preparando.

—Sí, seguro. O a lo mejor solo esperaban una cuarta persona para jugar al mus. No me jodas. Le están tanteando fijo. Blanco y en botella. Es una noticia clarísima. —Rodrigo se fue acelerando por momentos. Berta pensaba que era abogado por equivocación y que tendría que haber sido periodista.

—Es una buena información. Te lo agradezco. Me pondré detrás del asunto.

—Que no te pisen la noticia. De verdad, creo que está más avanzado de lo que parece. No tenía pinta de que fuese el primer contacto entre ellos.

—Vale. Le doy prioridad. Y ahora te dejo, que se me está empezando a congelar la mano —se quejó Berta.

—Ciao, ragazza.

—Ciao.

Berta guardó el móvil y apresuró el paso. El frío empezaba a ser muy intenso. Mientras subía por Martínez Campos, la joven empezó a sonreír. La noticia que le había soplado Rodrigo era de las buenas.

Después de realizar la entrevista al ministro de Justicia, Berta llegó a la redacción acompañada de su redactor jefe. Roca había estado todo el trayecto rajando sobre la dirección del periódico. El diario económico *Financiero* pertenecía a un grupo que también poseía algunas revistas especializadas todas ellas en asuntos económicos y empresariales. Roca se conocía todos los entresijos de la compañía y disfrutaba haciendo alardes de sus secretos. Era la mejor fuente de información que tenían los periodistas para saber si la empresa iba bien o mal.

Su primera actividad al llegar a la redacción era revisar el correo electrónico, las cartas que había recibido y echarle un vistazo a la prensa. Después, Berta levantó el teléfono y llamó a la extensión directa de Manuel Cruz, socio director de ADC Abogados, el bufete más grande del mercado español.

La secretaria de Cruz contestó al tercer tono.

—Hola, Susana. Soy Berta. ¿Qué tal tus pequeñas? —Berta sabía que el mejor modo de localizar a un abogado era a través de su secretaria. Por ello trataba de llevarse bien con ellas. No era muy difícil. Su condición de mujer en un ambiente hostil como el periodismo le hacía granjearse la simpatía de las ayudantes de los socios.

—Hola, cariño. Pues muy bien. Siguen creciendo. Cada vez que salgo de casa por la mañana me entran ganas de mandarlo todo al garete y quedarme con ellas. Pero, hija, hay que pagar las facturas —se sinceró la secretaria.

—Te entiendo perfectamente. Lo mismo me dice mi prima. A ver si tu marido te retira...

—Eso le digo yo. ¿Quieres hablar con el jefe? Espera, que te lo paso. Un beso, guapa. —A Berta le hacía gracia. Nunca se habían visto y, sin embargo, Susana siempre le decía lo de «guapa». Era absurdo, pero a ella le gustaba escucharlo.

—Dime que no vas a pegarnos otro palo... —La voz de Cruz sonó abatida al otro lado del teléfono. La última vez que habían hablado había sido para que el socio le confirmase que iban a cerrar la oficina que tenían en Lisboa porque generaba más quebraderos de cabeza que negocio.

—Los palos no los doy yo. Os los dais vosotros mismos —respondió con media sonrisa Berta.

—Sí, pero los clientes no aceptan de muy buen grado una mala noticia en la prensa. Les entra el pánico, se creen que es el final del despacho y algunos se plantean irse a los competidores. Y no estamos como para perder trabajo. Son muchas bocas las que tenemos que alimentar.

—Y muchos bolsillos que llenar —apuntilló Berta.

—No seas mala.

—Es la verdad.

—Ya, pero no me la recuerdes. Prefiero sentirme un filántropo. ¿Qué querías? Espero que no me hayas llamado para recordarme lo malvados que somos...

—Vas a fichar a Felipe Abad para dirigir el área de fiscal. —A Berta le gustaba soltar la bomba por sorpresa. Dar los hechos como ciertos y así su interlocutor se tenía que poner a la defensiva. Por eso se saltaba los departamentos de comunicación. Había que buscar la sorpresa. El silencio de apenas dos segundos que siguió a la afirmación de Berta delató a Cruz.

—¿Quién te lo ha contado? —Cruz se había confesado con la pregunta que más le gustaba hacer a los abogados aun sabiendo que se iban a quedar sin respuesta.

—El frutero —bromeó Berta.

Había tres tipos de socios directores a la hora de afrontar una situación así. Estaban los que evadían la cuestión, los que negociaban y los que mentían. Los últimos salían escaldados. No era bueno mentir a un periodista. El beneficio que se obtenía a corto plazo era calderilla comparado con el destrozo que un juntaletras te podía provocar si le cabreabas. Cruz era de los segundos.

—Mataré a quien te lo haya contado. No me jodas, Berta. No puedes publicarlo. Me hundes el fichaje. Si sale en prensa, Abad se va a echar para atrás. De verdad que el fichaje no está cerrado. Espera un par de semanas y te mantengo al tanto de los avances.

—Es un secretario de Estado. Se va a filtrar en cuanto lo diga en el ministerio. Sabes que es imposible pararlo —explicó la joven periodista. No era la primera vez que, por hacer un favor a un abogado, le habían pisado una buena noticia.

—Puedo hablar con él y manejar el tempo. De verdad, espérate y te damos una entrevista en exclusiva —gimió Cruz.

—Manuel, sabes que tengo que soltarlo. Estas noticias se pudren en las manos.

—Pero es posible que no se haga. —Ahí estaba mintiendo y los dos lo sabían. La voz del abogado demostraba que empezaba a sentirse desesperado. Quería mantener el aplomo y la serenidad, pero la incorporación de un gran profesional que, además, les iba a reportar clientes y buenos contactos podía irse al traste si salía en prensa antes de tiempo—. ¿Puedes aguantarlo un par de días? Déjame que hable con Felipe y vemos cómo lo gestionamos.

—No puedo prometerte nada. En principio lo voy a publicar mañana y...

—Berta, fíate de mí. No hay nada cerrado. Vas a meter la pata si das por hecho el fichaje.

—Pero estáis negociando...

—Lo que tú digas..., buf... Se va a ir todo a la mierda.

—Tranquilo, lo trataré bien.

—Ten piedad...

—Adiós.

Berta colgó el teléfono. Con lo que tenía ya valía para soltar la información y ganar un hueco en portada. Pero prefería darle más jugo a la noticia.

—Oye, Jesús, tú tienes el móvil de Felipe Abad, ¿verdad?

—Sí, te lo paso.

La periodista tentó a la suerte y marcó el número de teléfono. Después de varios tonos, saltó el contestador automático. A Berta le sorprendió que todo un secretario de Estado permitiese que le dejaran mensajes en el contestador. Prefirió no dejar mensaje.

Dos minutos después volvió a intentarlo. Esta vez Abad sí atendió el teléfono.

—Señor Abad. Buenos días, soy Berta Salgado, redactora del diario económico *Financiero*. No sé si puede atenderme un...

—Si quiere algo, hable con mi gente de prensa. Gracias —cortó en seco Abad. Justo antes de que colgase, Berta consiguió colocar una frase.

—Sé que deja el ministerio y se va a un bufete...

La cuña había hecho efecto y había llegado a los oídos del secretario de Estado antes de que hubiese cerrado el teléfono. El silencio en la línea fue cortante.

—No sé de qué me está hablando —logró decir Abad.

—Sí lo sabe. Está negociando su salida del ministerio y la incorporación en un bufete. Para más señas, ADC Abogados.

—Señorita, le agradezco su interés, pero no tengo ningún comentario que hacer.

—Señor Abad, mañana vamos a publicar que está usted en negociaciones con el despacho de abogados. Le llamo simplemente para darle la oportunidad de que exprese su opinión. —Berta sabía que el tema se encontraba más adelantado que lo que daban a entender tanto Abad como Cruz.

—Señorita Salgado, respeto mucho su trabajo, pero le agradecería que no me molestase con rumores infundados.

—Usted sabe que no son rumores y que no son infundados.

—Y usted sabe que si lo publica y no dejo el ministerio, será un duro golpe para su credibilidad profesional. —Ahora Abad estaba lanzando un órdago y Berta apretó al máximo.

—No voy a publicar que usted se marche. Voy a publicar que está negociando y eso nadie lo puede desmentir. A no ser que usted prefiera perder una oportunidad profesional como la que se presenta simplemente por hundir a una periodista del montón. —No había nada como quitarse importancia para que el interlocutor se diese cuenta de la trascendencia de dar un paso como desmentir una noticia cierta.

El silencio se hizo en la línea durante unos segundos. Berta no tenía prisa. Lo mejor era darle espacio y tiempo. Casi podía oír en el teléfono las crepitaciones del cerebro de Abad trabajando a toda máquina para tratar de salir ileso del trance.

—Veo que está muy segura de su información. ¿Le puedo pedir que aguante la información dos días? El lunes se lo diré al ministro durante una cena informal en mi casa. No va a poder filtrarlo hasta el día siguiente. Publíquelo el martes y nadie le

pisará la noticia.

A Berta no le gustaba quedarse con información así esperando durante tanto tiempo. Necesitaba una contraprestación.

—¿Qué me da a cambio?

—Una entrevista, cuando usted quiera, y creo, además, que le vendrá bien que yo le deba un favor.

La oferta era tentadora. Tenía riesgo, pero una fuente como Abad era un tesoro que Berta no podía rechazar.

—Está bien. Pero le advierto: si veo algo publicado antes del martes, contaré que no ha sabido cumplir una promesa.

—Alguien se puede adelantar...

—Que no ocurra.

—¿Es una amenaza?

—Solo un consejo.

—Gracias.

—Adiós.

Si nada se torcía, podría abrir el periódico. Y eso estaba muy cotizado.

Lozano había llamado a Alberto aceptando todas sus condiciones. El joven abogado sabía que, después, muchas de las peticiones quedarían en agua de borrajas, pero ya tenía firmado su contrato con un sueldo estratosférico para un chaval como él y con un plan de carrera, diseñado por el propio Lozano, en el que se habían incluido unos atajos que podían convertir a Alberto Spínola en el socio más joven de la historia de Kline & Burbridge.

El suyo no había sido un proceso de selección al uso. Lo habitual en el mercado de los abogados era que pasasen varios meses y se produjesen algunas entrevistas antes de que el candidato recibiese el visto bueno para su incorporación. En este caso todo había sido muy distinto. La pieza parecía valer la pena y por eso Lozano se había apresurado a cerrar el contrato. Además, si después se demostraba que el chaval no valía, se le pondría de patitas en la calle sin miramientos ni contemplaciones. Si el fichaje hubiese sido de un abogado con más experiencia, entonces el camino hubiese sido mucho más complicado.

Alberto cruzó la puerta del despacho en su nueva condición de empleado de la firma. Preguntó por Lozano. Sin descolgar el teléfono, la recepcionista le acompañó hasta el despacho del socio director. Lozano estaba esperando a su joven valor.

—Bienvenido. —La expresión del socio director era de absoluta satisfacción. Alberto sabía que, con el paso de los días, el encantamiento iría evaporándose y, ahora que ya estaba fichado, las congratulaciones y parabienes se irían diluyendo en el día a día del trabajo. En poco tiempo se convertiría en uno más. Con el inconveniente añadido de que el resto de los abogados sabrían las condiciones que había impuesto para su fichaje. Alguno de los socios se iría de la lengua y el chismorreó se iría filtrando hacia las capas bajas del bufete. En la ciencia de la rumorología, un despacho de abogados era como una verdulería con un punto de falsa sofisticación. Contaba con ello y no había entrado en Kline & Burbridge para hacer amigos, sino para ser el mejor abogado.

Lozano cogió la chaqueta de su silla y empezó a revolver entre los papeles que tenía sobre la mesa.

—Tendría que entregarte a las implacables garras de la gerente del despacho. Ella tiene que enseñarte el funcionamiento del bufete, la forma de facturar, el trabajo en red y todas esas cosas. Pero va a tener que esperar. Quiero que me acompañes a una reunión.

—¿Ahora?

—Dijiste que querías estar en las grandes operaciones —le dijo Lozano retándole con la mirada—, y hoy vas a tener una buena ración.

Era un caramelo que Lozano ponía en la boca de Alberto. Los dos sabían que no había nada como estimular el ego de un abogado para terminar de convencerle de que su fichaje por Kline & Burbridge era la mejor decisión que había tomado en su vida. A eso había que unir el convencimiento que arrastraba Alberto de que no estaría en los grandes asuntos. Al menos era un brindis al sol que Lozano no podía asegurarle por diversos motivos.

Salieron del despacho. Abajo les esperaba un taxi Mercedes. Era un servicio especial que el despacho pagaba gustoso. Qué menos que los abogados de Kline & Burbridge se moviesen en taxis de alta gama por Madrid. Había una imagen que mantener. Lozano se recostó en el asiento y se dirigió a Alberto:

—Vamos a la sede de Real, la empresa de Jaime Oliván. Somos sus abogados de siempre. Nosotros les llevamos la compra de Reladrillo y, desde entonces, hemos llevado todos sus asuntos. Ahora tienen un problema y no sabemos muy bien cómo resolverlo.

El tráfico era fluido y llegaron a la sede de Real en pocos minutos. La constructora ocupaba varias plantas de una de las torres Kio. Tras pasar por recepción, Lozano y Alberto entraron en la sala del consejo de administración. Una enorme mesa redonda ocupaba la parte central de la sala, en aquel momento vacía. Veinte asientos se repartían alrededor de la mesa. Cada puesto contaba con los mayores adelantos tecnológicos. Dos pantallas planas ocupaban gran parte de las paredes, donde no había sitio para cuadros ni adornos innecesarios. Allí entraban para trabajar y nada debía distraer a los consejeros. La constructora era una de las compañías más fuertes y solventes de la Bolsa española y su expansión internacional estaba siendo un éxito.

—Siéntate en esta silla detrás de la mía y no hables salvo que yo te dé permiso, ¿entendido? —Alberto asintió y se sentó detrás de Lozano, que ocupó su puesto de secretario del consejo. A los pocos segundos, la puerta de la sala se abrió de par en par y la secretaria que les había atendido entró seguida por todos los miembros del consejo de administración, que fueron ocupando sus asientos. Lozano y Alberto se levantaron y varios de los consejeros se acercaron a saludar al experimentado abogado. Nadie se fijó en Alberto. Una vez que todos se hubieron sentado, el presidente tomó la palabra.

—Apenas quedan dos días y no hemos tomado una decisión —dijo el empresario mientras cerraba su robusto puño alrededor de un lápiz de la compañía. Alberto pensó que no le hubiese gustado ser ese lápiz—. Es mucho dinero el que hay en juego y no podemos permitirnos un descalabro.

Alberto trataba de captar toda la información posible para entender de qué iba el asunto. Lozano no le había dado detalles sobre el problema y el abogado se veía como un pasmarote sentado tras su jefe.

—Yo no sé de leyes, pero espero que hayas encontrado una solución, Gustavo. —El presidente se dirigió a Lozano, que había abierto una carpeta azul con el logo del

bufete.

—La verdad es que el asunto es complejo. La legislación es clara y no admite dudas. Si la empresa quiere hacerse con más del 25 por ciento de Construction y hacerse con el control, tiene que hacer una oferta por todas las acciones por mucho que nos pese. Y, además, hay que notificarlo a la Comisión Nacional de la Competencia —explicó Lozano. La Comisión Nacional de la Competencia tenía el cometido de velar por el libre funcionamiento del mercado persiguiendo las concentraciones de compañías que pudieran convertirse en un monopolio.

Para Alberto quedó claro el asunto. Real era un grupo empresarial de gran envergadura con intereses y participaciones en empresas de construcción, servicios y muchos otros sectores. Los consejeros querían entrar a saco en el sector de la construcción y hacerse con el control de Construction. Los asuntos de derecho de la competencia eran la especialidad de Alberto y sabía que, además, la ley obligaba a que si una empresa compraba más de un 25 por ciento de otra empresa cotizada, tenía obligación de lanzar una oferta al mercado por todas las acciones de la compañía. De esta forma se salvaguardaban los intereses de los pequeños accionistas, que en muchas ocasiones eran burlados. Las grandes empresas se embolsaban pingües beneficios mientras que el pequeño ahorrador se quedaba con un palmo de narices.

—Joder, Gustavo. Os pagamos una millonada para que nos busquéis soluciones —exclamó Oliván.

Lozano, acostumbrado a las quejas de sus clientes, mantuvo la compostura.

—Presidente, no se puede hacer nada. Si quiere el control, hay que lanzar la oferta.

—¡Nos costaría 3500 millones! ¿No tienes otra solución?! Joder, y para esto pagamos los abogados. Si me vas a leer lo que dice la ley, para eso contrato una jodida cacatúa y no un abogado que me cobra 700 euros la hora. —Oliván iba aumentando el tono de voz—. Y, mientras tanto, los cabrones del Gobierno están maquinando para cambiar la ley y hacerla cada vez más dura. ¡Así es imposible competir en igualdad de condiciones, me cago en la puta, joder!

Lozano sabía que la retahíla de tacos no había hecho más que empezar. No había solución posible, se pusiese como se pusiese el presidente de la compañía. El abogado sabía que su consejo suponía dar al traste con la operación. El coste era implanteable. Después de haberle dado vueltas con su equipo durante muchas horas, no habían encontrado solución posible. Ninguna legislación, ni tan siquiera la europea, apoyaba los planes de Real.

—No notifique la operación.

La voz de Alberto resonó en toda la sala. Todos los miembros del consejo parecieron darse cuenta en ese momento de que el abogado estaba sentado detrás de Lozano. El socio director se dio la vuelta y mató con la mirada a Alberto, aunque le hubiese gustado hacerlo con sus propias manos. Miró a su joven promesa y le susurró:

—¿Qué parte de «y no hables salvo que yo te dé permiso» no has entendido? —susurró Lozano cerca de la cara de su nuevo fichaje.

Alberto dudó por un momento. Pero había entendido el problema y le había buscado una rápida solución. Sabía que lo que iba a hacer le podía costar el puesto, pero la insolencia y la convicción de que era una solución desesperada para un presidente desesperado le empujaron a repetirlo:

—No notifiquen la operación... o, por lo menos, retrásenla.

—¿Y este quién es? —preguntó Oliván fijando la cara de sorpresa en Lozano.

—Es un abogado de mi equipo que ya no va a molestar más.

—No, no. Déjale hablar. Total, ya no hay nada que perder.

Alberto se levantó de la silla para que todos le viesen. Notaba los cuchillos que salían de los ojos de Lozano y se clavaban en su pecho.

—La norma, efectivamente, dice que estaríamos obligados a lanzar una opa por el total de la compañía. —No había nada como incluirse en el problema para que el cliente se sintiese verdaderamente apoyado por su asesor legal—. Y que hay que notificar esa operación a la Comisión Nacional de la Competencia. Pero ustedes lo que quieren, si no me equivoco, es el control de la compañía, ¿no es así? —El silencio fue una clara aceptación—. Da igual. No contesten. Podemos hacernos fuertes en el consejo con solo un 24 por ciento de las acciones.

Los consejeros no entendían por dónde quería ir el joven abogado. Lozano había entornado los ojos mientras escuchaba a Alberto. Lo hubiese querido matar hacía unos segundos, pero ahora había dado con la tecla.

—El espíritu de esa ley es que un comprador no se haga con el control de la compañía con solo el 25 por ciento. Si creo ver por dónde va Alberto, lo que podemos hacer es llegar a un acuerdo con Banco Alianza y comprarle su 24 por ciento en Construction. Dentro de dos semanas es la junta de accionistas de la empresa. Si hacemos la compra de forma rápida, podemos presentarnos en la junta como el grupo más fuerte y nombrar un número de consejeros que nos otorgue el control del consejo de administración.

—¿Y la notificación a Competencia? —preguntó un consejero.

—Podemos retrasarla unos días. —Alberto estaba lanzado y Lozano le miraba con la satisfacción de quien sale de un atolladero en el que no veía la luz—. Está claro que en un sector tan poco concentrado, Competencia no va a poner trabas a que Real se haga con un 24 por ciento de Construction. Pero retrasemos la notificación. Hagámosla, por ejemplo, dos días después de la junta.

—Pero podrían anular la compra...

—No. La ley es dura pero clara. Te obliga a lanzar una opa sobre el cien por cien de la compañía si quieres hacerte con el control de la empresa mediante sus acciones. Pero no dice nada de qué pasa si te haces con el control mediante el nombramiento de consejeros.

A Oliván se le iban iluminando los ojos a medida que escuchaba la nueva versión

de los abogados. Se relamía mentalmente pensando en la jugada maestra que iba a ejecutar.

—Tendría que ser una operación rápida y sin filtraciones. Habría que hablar con Miguel Rivero, el presidente del Alianza, y convencerle en poco tiempo. Y, por supuesto, hacerle una oferta muy superior al valor de mercado de su 24 por ciento. —Lozano también se había espoleado.

—¿Pero eso no es fraude de ley? —Un consejero trató de aplacar los ánimos apelando a la conciencia de sus compañeros de consejo.

—Digamos que es aprovecharse de las lagunas del derecho —respondió Alberto.

—Pero necesitaríamos más de un 30 por ciento para tener el control verdadero de la compañía —planteó Oliván.

Eso era un inconveniente que se sumaba a la compleja operación que había que montar y ejecutar en apenas dos semanas. Alberto se cruzó de brazos y puso gesto de concentración. Había que encontrar una solución.

—Provoquemos a la autoridad —apuntó Lozano. Ahora salía el abogado brillante del que Alberto tanto había oído hablar.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Oliván cada vez más impaciente por ponerse en marcha.

—Es sencillo. —Lozano se levantó y se situó junto a su pupilo—. El Ministerio de Economía se va a dar cuenta de que no notificamos la operación a Competencia y tendrán ganas de hacer cumplir la ley. Lo más probable es que abran un expediente administrativo. No sería de extrañar que nos pusiesen una multa y nos obligasen a lanzar una nueva opa. Saben que no pueden obligarnos a comprar todas las acciones, pero querrán hacer el típico gesto de cara a la galería que aplaque las quejas que van a surgir entre los pequeños accionistas. Probablemente nos obliguen a comprar un diez o un veinte por ciento adicional para que los minoritarios también se beneficien de nuestra entrada. De esa forma nos haríamos con un 35 o un 45 por ciento de la empresa sin obligación de comprarla toda.

—¿Pero vamos a aceptar que nos pongan una multa? —suspiró el vicepresidente.

—¿De cuánto sería la multa? ¿De un millón de euros? ¿De cien? —Alberto empezó a caminar mientras alzaba ligeramente la voz captando la atención de los miembros del Consejo—. Es calderilla si lo comparan con la obligación de lanzar una opa que nos costaría cuatro mil millones de euros. —Alberto arrastró las palabras finales para que se quedasen bien grabadas en la mente de los consejeros.

—Una multa sería una mancha en nuestra carrera empresarial —espetó el vicepresidente, que se sentaba a la derecha de Oliván—. ¿Nosotros? ¿Culpables?

—Culpables, no. Listos. —La frase de Alberto mientras se llevaba el dedo índice a la sien fue el gesto definitivo que terminó de convencer a los consejeros. El silencio se podía cortar y todos miraban a Oliván. Los tirantes verdes se podían intuir en las sombras que provocaba su chaqueta. El presidente se puso en pie y dijo:

—Luz verde. Espero que no la caguemos, Lozano —y, señalando a Alberto,

añadió—: Y trae más veces a este chaval. Que hoy te ha mojado la oreja.

Alberto entró en la sede de Kline & Burbridge con el orgullo que produce haber dado una solución ingeniosa a un cliente con un problema de los gordos. Lozano le había citado a las cuatro de la tarde para empezar a diseñar la operación de la compra de Construction. La nueva estrella del bufete se acercó al despacho de Lozano. La puerta estaba cerrada, pero la pared de cristal permitía ver lo que ocurría dentro. Lozano estaba con Miguel Juan, el socio de procesal, pero al ver a Alberto le hizo un gesto para que pasara.

—Culpables no..., listos..., ¡con dos cojones! Ja, ja, ja —Las carcajadas de Gustavo Lozano se oían desde cualquier parte de la planta principal del despacho. Alberto acababa de entrar por la puerta y vio cómo Lozano se llevaba el dedo a la sien imitando el gesto que él había hecho por la mañana en la sala del consejo de Real. El socio de procesal, que escuchaba entre divertido e intrigado el relato de Lozano, sonrió a Alberto. Él sabía mejor que nadie que se trataba de la sonrisa de la envidia. Un socio director que, en tan poco tiempo, ensalzaba tanto a un abogado le hacía un flaco favor a su pupilo. Lo único que podía generar era tensión y animadversión hacia Alberto por parte de sus compañeros, pero él estaba exultante.

—Has estado bien. Me hubiese gustado matarte, pero he de reconocer que has estado genial.

—La parte importante de la solución la aportaste tú. —Alberto no quería dejar escapar la oportunidad de arrullar a su jefe para que no se sintiese humillado por el hecho de que un novato hubiese estado más listo que él ante las mismas narices de uno de los principales clientes.

—No me hagas la pelota, cabroncete. La solución es muy buena. Se la estaba contando a Miguel. Él tendrá que ayudaros a los del departamento de competencia si el asunto llega a la Audiencia Nacional. Miguel, quiero que ayudes a Alberto en lo que pueda necesitar. Y tú, pipiolo, quiero que aprendas de Miguel todo lo que puedas y más. Es el mejor abogado procesalista que hay en España y te puede enseñar mucho. —Lozano sabía que repartir halagos entre sus socios entraba dentro de sus competencias.

—Eso se lo dirás a todas —bromeó el litigador.

—Sabes que no.

El resto de la tarde se convirtió en un infierno. Más de ocho horas sin parar pintando los trazos generales de una operación que daría bastante que hablar. Un equipo de seis abogados, entre los que se encontraba Alberto, se encerró en una de las salas de combate, como les gustaba llamarlas, a revisar leyes, códigos, reglamentos y cualquier texto legal referente a una operación como la que iban a poner en marcha.

El primer objetivo era allanar el camino y comprobar que, sin ningún género de dudas, existía esa laguna jurídica de la que se iban a aprovechar. Alberto terminó exhausto y con los ojos rojos de tanto fijar la vista en la letra mortalmente pequeña de los libros. A eso de medianoche, Lozano los mandó a todos a descansar y los emplazó para el día siguiente a las siete de la mañana. Cuando Alberto se disponía a salir por la puerta, escuchó a sus espaldas:

—¿Quieres que te acerque a casa? —Era Cristóbal Muñoz, uno de los abogados de primer año que llevaba ya tres meses trabajando para Kline & Burbridge. Algo desgarrado y con el pelo alborotado, el abogado levantaba las llaves a modo de reclamo. Alberto prefería pasear a través del cortante frío madrileño. Pero el cansancio de un primer día demoledor le convenció para aceptar el ofrecimiento de Cristóbal.

—Vivo en Ciudad Universitaria —dijo Alberto.

—Me pillas de paso —dijo Cristóbal mientras pasaba por delante de Alberto y enfilaba la puerta de la calle.

El Audi A3 negro era el claro exponente de un chaval que lo había tenido todo en la vida. El coche impoluto demostraba que Cristóbal era cuidadoso.

—¡Vaya primer día!, ¿no? —Alberto no entendía por qué Cristóbal hablaba tan alto.

—Ajetreado.

—Yo diría más bien que ha sido un día completito. Ha debido de estar bien esa reunión en Real. Daría un huevo y mitad del otro por haber estado allí. Tío, ¿cómo se te ha ocurrido la solución? ¿Y cómo se te ocurre hablar? ¡Qué huevos! —Cristóbal despedía una vitalidad tan fuerte después de un día tan intenso que Alberto pensó que estaba pasado de vueltas. Debía de ser algo que les ocurría a los juniors de primer año. Llegaban con la ilusión de llevar casos como los que leían en los periódicos y después se veían relegados a encargarse del trabajo más desagradecido. Ese trabajo que nadie quiere hacer y que nadie reconoce, pero que era fundamental para el éxito de una operación mercantil.

—Ha sido suerte.

—Y una mierda. Suerte es que la secretaria de Javier y Helena me sonría. Lo tuyo es puro talento. ¡Qué *crack*!

Alberto esbozó media sonrisa ante la reacción de Cristóbal. Le estaba cayendo bien y optó por preguntarle:

—Dime una cosa, ¿por qué te decidiste por Kline & Burbridge?

Cristóbal le miró con una sonrisa de desconfianza.

—¿Decidirme? Tú estás mal de la cabeza. Ellos vinieron a buscarme, tío. Fui el mejor expediente de mi promoción en la facultad y eso no se le pasa a gente como la de Kline & Burbridge. No tuve que decidirme. Cuando viene un despacho así y te ofrece trabajo, lo coges y te callas.

Alberto sonrió. Sin duda, Cristóbal no conocía cómo había sido su fichaje y todas

las condiciones que había conseguido colar en su contrato.

—¿Y te has aburrido ya de la abogacía? —preguntó sarcástico Alberto.

—Ni de coña, tío. Es cierto que estaba empezando a notar los primeros síntomas de desmoralización.

—¿Síntomas?

—Mira, cuando un socio te pide por tercera vez que le busques jurisprudencia, te ves como esos estereotipos de becario que hay en otras profesiones. Y hay muchas cosas. Un despacho de abogados es una jungla y tienes diferentes formas de vivir en ella.

—¿Por ejemplo?

—Puedes sobrevivir adaptándote al medio, mimetizándote con el ambiente. Dejar que pasen las semanas y esperar que, algún día, alguien te dé un trabajo más interesante que rellenar cláusulas de cientos de contratos de una *due diligence*. O puedes ponerte como objetivo ser el rey de la jungla desde el primer momento haciéndote respetar por los socios. Yo estaba en la primera actitud, pero cuando llega la oportunidad de trabajar en un asunto gordo como en el que nos han metido hoy, entonces, tío, la cosa cambia. Ya he visto que tú has llegado con ganas de ser el rey de la jungla.

—Dejémoslo en que no me gusta que me ninguneen. —Alberto miró por la ventanilla mientras pasaban las luces de la avenida de la Reina Victoria.

—Déjame ahí delante, por favor.

Alberto se despidió con un apretón de manos.

—Mañana nos vemos a las siete. Adiós, *crack*.

Admiraba a la gente tan jovial y risueña. Alberto se mostraba sorprendido ante un chaval de apenas veinticuatro años que estaba experimentando los peores momentos de lo que supone ejercer como abogado y, sin embargo, parecía que estaba lleno de vitalidad y alegría. La esperanza de salir del pozo de la indiferencia era lo que mantenía con vida a Cristóbal. Alberto se alegró de haber ayudado, de forma indirecta, a que gente como Cristóbal hubiese retomado el gusto por la profesión. Sacó las llaves y subió a su apartamento. Kline & Burbridge, día 1. Sobresaliente.

Berta había podido dar la primicia del fichaje del secretario de Estado de Economía, Felipe Abad, por el despacho ADC Abogados. El subdirector, que se encargaba de configurar la portada del diario *Financiero*, no las había tenido todas consigo para ponerla como principal noticia del periódico. La presión de Andrés Roca había surtido efecto. Los argumentos habían ido desde el clásico, «nunca apostáis por los temas de abogados», al espíritu periodístico, «es un jodido bombazo y como no lo demos bien, la vamos a cagar», pasando por el directo al corazón: «Hazlo por la chica, que está trabajando bien y como se disguste, se la va a llevar la competencia». Berta se había ido del periódico sin saber que su noticia abriría el diario y al día siguiente fue Manuel, su quiosquero, el que le dio la enhorabuena.

—Guapa, hoy vas más sonriente. Se nota que te estás haciendo importante —dijo el quiosquero con su acento castizo mientras exhibía un ejemplar del diario.

La periodista cerró el puño y susurró un «bien» que solo ella escuchó.

—Es la primera vez que soy la primera noticia —sonrió Berta.

—Y que no sea la última, bombón.

—Está complicado.

—Tú puedes con todos.

—Si tuviese suelto, te compraba el periódico.

—Hoy te lo regalo, pero fírmame este, que pienso colgarlo aquí junto con la tribuna de Alfonso Ussía sobre los quiosqueros.

«Para Manuel, a quien no se le escapa una. Muchas gracias, Berta.» Dedicatoria fácil, pero que Manuel agradeció con sarcasmo.

—Ya la venderé cuando ganes el «Pultrizer» ese.

—La quiero ver colgada siempre ahí. Gracias, guaaapo —le dijo Berta mientras le acariciaba la mejilla y se alejaba contoneándose.

—¡Eso es andar... y lo demás es joder el suelo! —gritó Manuel, lo que arrancó la sonrisa de más de un paseante.

Los días se sucedían y el ritmo frenético de la primera jornada no había hecho más que incrementarse. Alberto casi se arrepentía de haber ofrecido una resolución tan ingeniosa. Los efectos habían sido devastadores. Noches sin dormir, reuniones eternas, búsquedas interminables de doctrina y jurisprudencia... Pero la operación había sido un éxito. Real poseía ya el 24 por ciento de Construction y, como habían previsto, el Ministerio de Economía les había obligado a lanzar una opa por un 10 por ciento adicional para que los pequeños accionistas pudiesen beneficiarse de las plusvalías de la venta. Todo dentro de lo planeado. También les habían denunciado ante la Audiencia Nacional, pero eso iría para más largo. Lozano era de la opinión de que les impondrían una multa que no superaría los dos millones de euros. El resultado era favorable. Oliván y su gente tenían el control en el consejo de administración de Construction y solo había sido necesario comprar el 35 por ciento de la empresa.

Todos habían salido ganando. Real se había ahorrado varios miles de millones de euros y tenía el poder total en Construction. Los pequeños accionistas habían podido rentabilizar sus inversiones y el Banco Alianza se había quitado de encima una participación que nunca había funcionado, y lo había hecho con unas plusvalías considerables. Kline & Burbridge había sellado la confianza de un cliente que sería ya para siempre y Alberto Spínola se había convertido en un abogado a tener en cuenta en el despacho en un corto espacio de tiempo.

Los comentarios sobre él en su propio bufete se habían disparado desde el principio. No todos eran amables. Más bien ninguno. Solo Cristóbal, que se había pegado a él desde el primer día, decía cosas favorables de un compañero del que lo más bonito que comentaban los otros era «chupaculos», trepa y capullo.

Para Alberto era una satisfacción saberse el centro de las miradas y los comentarios. Le importaba poco que sus compañeros no sintiesen simpatía por él. Su carrera en Kline & Burbridge sería larga si seguía captando la simpatía y la protección de los socios y, sobre todo, el favor de los clientes.

Después de cerrar la operación, Alberto hubiese deseado dejar de compartir despacho con otro abogado para instalarse en uno de los cubículos individuales de la décima planta. No eran muy espaciosos, pero otorgaban estatus y, además, tenían luz natural. Un lujo con el que Kline & Burbridge Madrid no le premiaba hasta pasados varios años en la firma. Pero sabía que eso no iba a pasar. De hecho, Alberto aceptaba que muchas de las promesas que le habían hecho el primer día se quedarían en papel mojado. Pero había dos privilegios que él quería mantener como fuese: su sueldo y estar en las operaciones importantes. Lo segundo le iba a permitir fajarse con los mejores y en los asuntos más complicados. Y esa era la forma de crecer en un

despacho de negocios. El joven abogado sabía que había tenido suerte y que encontrar un padrino como Lozano era algo que no ocurría todos los días. Pero pensaba aprovecharlo. De eso podían estar seguros.

La vida de un asociado en un despacho de abogados como Kline & Burbridge no era fácil. Un *júnior* de primer año siempre iba a tener que sufrir la indiferencia de los asociados más experimentados y los socios. Una indiferencia relativa. Un socio sabía que un *júnior* sin experiencia podía sacar adelante mucho trabajo de ese que a él no le gustaba hacer: chequear erratas, buscar sentencias, recopilar documentación, repasar los cálculos... Después de muchos años de carrera en un despacho, a los socios parecía que se les olvidaba que ellos también habían pasado por esos escalones previos. Alberto siempre había pensado que no se les olvidaba, sino que, simplemente, querían volcar sobre los nuevos sus frustraciones experimentadas en sus primeros años de ejercicio. Y el caso de Alberto iba a provocar sarpullidos a más de uno. El hecho de convertirse en el niño mimado de Lozano le iba a costar más de una mirada de desprecio.

—Me voy al gimnasio, ¿te vienes? —Cristóbal apareció en la puerta con la mochila colgada del hombro.

—¿Gimnasio? —preguntó Alberto con cara de asco.

—Bueno, no es para ponerse así —dijo Cristóbal mientras se ajustaba las gafas—. Casi todos los abogados van al gym que hay aquí al lado y...

—Perdona, ¿has dicho gym?... lo estás arreglando...

Cristóbal puso cara de extrañeza ante la reprimenda de su compañero.

—Sí, tío. La gente lo llama así.

—Gracias, pero no. No me apetece ir a un lugar donde se concentra la *crème* de la abogacía de negocios madrileña. Es una reunión social más que una necesidad vital. Paso de ir a un sitio que se ha convertido en el patio de porterías de la profesión. He ido dos días, y por allí no me vuelven a ver —contestó Alberto.

—Bueno, bueno..., no es para ponerse así. Después iremos a comer algo rápido. ¿A eso sí te apuntas o también te parece un ejercicio de narcisismo?

—Me lo pensaré. Llámame y dime dónde vais...

—OK.

Cristóbal salió del despacho golpeándose con la estantería, como en él era habitual. Alberto volvió la vista a su ordenador y repasó los últimos puntos de un expediente sobre el que debía informar a su socio antes de terminar el día.

Su teléfono sonó con estrépito.

—¿Sí?

—¿Cómo está mi mejor abogado?

Era el *headhunter*. Después de dejarle unos días para aterrizar en el despacho quería saber cómo le iba a su pupilo.

—Bastante bien. Las cosas parece que marchan —contestó Alberto algo molesto con la llamada. Si el tipo aquel ya había cobrado su comisión, ¿por qué le llamaba

ahora?

—Me alegro. Te llamaba para ver qué tal estabas. Me gusta que la gente que coloco sepa que siempre puede contar conmigo —dijo bajo una sonrisa.

—Tranquilo, si alguna vez te necesito, te llamaré —dijo Alberto. Y colgó.

El teléfono volvió a sonar.

—Oye, deja de llamar...

—Uff, nos hemos levantado de mal humor hoy, ¿no? —bromeó una voz de mujer al otro lado de la línea.

Alberto se quedó algo bloqueado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Tu peor pesadilla. No sé quién te ha estado molestando, pero lo que yo voy a hacer te va a doler más. Soy Reyes, la responsable de marketing, prensa y todas esas cosas en el despacho. Me gustaría verte. Sé que has tenido unos días muy ajetreados desde que has entrado, pero eso no te exime de pasar por mi despacho para que te cuente cómo funciona esto. ¿Ahora te viene bien? —Reyes había soltado su discurso sin dejar que Alberto respondiese.

El abogado dudó un momento. No tenía ninguna intención de perder el tiempo con chorradas de prensa. Él tenía claro que la mejor forma de venderse era haciendo un buen trabajo. Seguía poco los periódicos. Lo justo para saber por dónde se movía el mundo económico y empresarial. No necesitaba hablar con Reyes.

—Lo siento. No puede ser. Me voy al gimnasio...

—¡Ennnk! —gritó Reyes como si fuese una sirena—. Error. No vas al gimnasio porque me acabo de cruzar con Cristóbal y me ha dicho que no ibas. No me mientas. Ni a mí ni a un periodista. Aquí tienes la primera lección. Oye, guapo, ¿por qué no te pasas un momento por mi despacho, hablamos un poco y así pasas el trámite? Estoy en la planta de arriba...

Antes de que Alberto pudiese decir nada, la llamada se había cortado. El abogado suspiró. Un descanso no le vendría mal.

Salió de su cubículo, subió las escaleras y abrió la puerta que daba acceso a la planta. Preguntó a la recepcionista por el despacho de Reyes. Avanzó por el pasillo lleno de cuadros a cuál más difícil de describir que el propio Lozano, neófito amante del arte contemporáneo según él mismo se definía, había encargado. En aquella planta los despachos sí que eran amplios, llenos de luz y con preciosas vistas sobre el paseo de la Castellana y sus alrededores. El gusto, y el gasto, sin ser excesivo era el adecuado para que cualquiera de los abogados que trabajaban en la «sala de máquinas» deseara con todas sus fuerzas llegar a alcanzar la condición de socio.

Alberto se paró ante la puerta entreabierta. Golpeó dos veces y entró sin esperar respuesta. Detrás de la mesa estaba Reyes.

—Hola, soy Alberto Spínola —dijo el abogado ofreciendo la mano.

—Hola, soy Reyes Lezcano —dijo la jefa de prensa ignorando la mano y besando con esmero las mejillas del abogado—. Siéntate.

La jefa de prensa era extremadamente atractiva. Los ojos color miel y el pelo castaño corto le daban a su cara un aspecto de angelical demonio. Era muy guapa y ella lo sabía. La blusa blanca, cuidadosamente desabrochada, dejaba intuir unas curvas que hacían las delicias imaginativas de los abogados. Alberto todavía no había cruzado dos palabras con ella, pero, desde luego, Reyes cumplía los estándares de belleza que parecía que Lozano exigía para que una chica trabajase en su despacho.

—Bienvenido a Kline & Burbridge, Alberto —sonrió Reyes.

—Bueno, lo cierto es que ya llevo un tiempo —contestó Alberto tratando de mantener la compostura.

—Lo sé. Pero, técnicamente, no se puede decir que estés en este bufete hasta que no hablas conmigo. Aquí hay dos cosas a tener en cuenta. Por un lado, está la parte técnica. Seguro que eres un magnífico abogado y por eso el despacho ha apostado por ti de la forma que lo ha hecho...

—¿De qué forma lo ha hecho? —interrumpió Alberto.

—Bueno, se oyen rumores de ciertos privilegios.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Enkkk! Otro error. Nunca pretendas que nadie te revele una fuente. A lo que iba. En la parte técnica manda Gustavo. En todo lo demás, yo. Yo soy quien dirige la imagen del despacho. No solo hay que ser buenos, sino parecerlo, y para eso hay una estrategia a seguir. El primer mandamiento es: en este despacho no se habla con la prensa sin mi permiso. —Reyes se recostó en su silla y dejó ver las piernas. El movimiento parecía estudiado, pero surtió su efecto—. Un periodista es un ser despreciable. Es como una exnovia, solo quiere lo peor para ti. Ellos viven de noticias que a nosotros no nos gustan y, en la mayoría de los casos, quieren buscarnos las cosquillas. Para ellos solo es interesante lo que no queremos contar, y lo que sí queremos, prefieren tergiversarlo. Así que ya sabes. No se habla con la prensa.

Alberto ya se había resignado. Tenía claro que no iba a poder hablar hasta que Reyes terminase su discurso, así que se relajó y disfrutó del espectáculo que suponía ver a una mujer preciosa que sabía su papel a la perfección. Y lo debía hacer muy bien porque el despacho gozaba de una imagen excelente entre los medios de comunicación.

—Supongo que no tengo que recordarte que los abogados estáis sometidos al deber de confidencialidad. Es decir, tu trabajo, tus operaciones, tus clientes son confidenciales. No debes hablar sobre esos temas con nadie. He conocido a abogados magníficos que han tirado por la borda sus carreras por indiscreciones intentando impresionar a una querida o a los amigos en una noche de copas. Así que no la jodas. Te vas a enterar de transacciones que cualquier periodista soñaría con adelantar. Pero tú no vas a decir ni pío. ¿Está claro?

—Cristalino —sonrió Alberto.

—Vale. Así me gusta. También tengo que decirte que en el despacho se valora la proyección pública de los abogados. Normalmente no hablaría de esto contigo porque

eres un júnior, pero Gustavo me ha dicho que te tenga en consideración, y así lo voy a hacer. —La jefa de prensa se incorporó y fijó la vista en la pantalla del ordenador—. Si te gusta escribir tribunas de opinión, lo puedes hacer. Pero siempre pasando bajo mi supervisión. Nada de estrellitas que hablan directamente con los periódicos. Y si alguna vez te llama algún periodista, quiero que me llames de inmediato. ¿Entendido? —dijo Reyes fijando la mirada en el abogado.

Alberto esbozó la mejor de sus sonrisas y asintió.

—Mañana es la fiesta por el veinticinco aniversario del despacho en España. ¿Sabes que estáis todos invitados?

—Lo sé.

—Vale, pues con esto hemos terminado.

El abogado hizo ademán de levantarse y Reyes lo paró.

—Por cierto, que seas el ojito derecho del jefe a mí no me impresiona. Yo ya lo fui y sé cómo se vive.

—No hace falta que lo jures —contestó Alberto, y salió del despacho. Reyes se quedó rumiando la última frase de Alberto.

—Qué hijoputa —suspiró sonriente.

Era el segundo combinado que se bebía y todavía no habían dado las doce del mediodía. El sol pegaba lo suficiente para que la crema protectora pudiese hacer su trabajo con tranquilidad. Era una de las ventajas de poder disfrutar de República Dominicana en los últimos meses del año. Las playas de Punta Cana se encontraban a media ocupación. Por la mañana, después de disfrutar de un opíparo desayuno, siempre había alguna tumbona libre junto al mar. En julio o agosto eso habría sido imposible. Terminó el capítulo que estaba leyendo y llamó al camarero para que fuese enfriando otro combinado. Fijó la vista en las olas que llegaban a la playa. Miró el reloj. Se imaginó a sus compañeros del bufete volviendo de comer en una fría tarde madrileña mientras él saboreaba el cálido murmullo del agua salada casi a sus pies. Pensó en Harry, Andrés, Sofía y Javier. Ellos ya habían disfrutado del medio año sabático que el despacho ofrecía a todos los socios. Era cierto que cuando entró en la firma hacía ya veinte años nunca llegó a imaginar que un día podría estar disfrutando de aquel privilegio. Ya solo entrar en Kline & Burbridge había sido un sueño que se había hecho realidad antes de lo que él había pensado.

Con la licenciatura bajo el brazo y un par de idiomas en el bolsillo se había presentado en las oficinas que el bufete de origen neoyorquino acababa de inaugurar en Madrid. Un brillante currículum, pocos competidores por un puesto de júnior y un caso práctico que resolvió con la dosis justa de leyes aderezado con mucha imaginación y una pizquita de suerte fue la receta perfecta para que le diesen el puesto. Meses después, cuando ya se había consolidado en el puesto, Javier Camas, el socio encargado de la selección, le había confesado que la resolución que había hecho del caso práctico le había sorprendido gratamente. «Aquí necesitamos abogados con recursos e imaginativos. Para saberse las leyes de memoria ya tenemos los tomos de Aranzadi», le había dicho Camas.

Su carrera en el despacho había sido meteórica. Era un buen abogado. Era el mejor abogado, y si los demás no estaban de acuerdo, es que no habían reparado en sus dotes de negociación, en su don para localizar soluciones, su empatía con el cliente y, por supuesto, su profundo conocimiento de los vericuetos más insospechados de las leyes. Había tenido grandes maestros en el despacho. Pero dos acontecimientos habían relanzado su trayectoria como un cohete.

La primera fue su estancia durante un año en la oficina de Nueva York. Llegó como algo exótico. Un español en la ciudad de los grandes abogados. Eso le proporcionó que los socios tuviesen una excusa para conocerle y preguntarle por la sede de Madrid. El equipo español era de los más rentables de toda la red de oficinas, aunque su volumen de facturación apenas llegaba para pagar lo que el despacho

gastaba en un año en lápices. Pero a los socios les gustaba dejarse caer por España al menos una vez al año. La reunión mundial de socios antes de su entrada en la firma había tenido lugar en Madrid y había sido un éxito. No porque se alcanzasen grandes acuerdos estratégicos, sino por la fiesta, el jamón, la paella, la cerveza y las copas que habían saciado con creces las ganas de juerga de abogados muy estresados que habían decidido pasarlo bien un fin de semana. Además, algún que otro socio se fue encantado del carácter más que afable de algunas mujeres de la ciudad. Así que mencionar el nombre de Madrid en cualquiera de las dieciséis oficinas de Kline & Burbridge era traer al recuerdo unos días inolvidables.

Uno de los socios con quien mejor congenió fue con Michael Saras. Dirigía el equipo de mercantil a nivel mundial y, aunque pareciese inverosímil tratándose de un abogado de postín en la Gran Manzana, era un gran aficionado al fútbol. Su madre, una preciosa sevillana de la que Michael había heredado sus ojos negros, se había casado con un empresario estadounidense, pero eso no había impedido que inculcase a su hijo el gusto por el fútbol español. Así que, durante una cena de Navidad, Michael le preguntó sobre la Liga española. Se desató una apasionada tertulia deportiva que dejó atónitos al resto de los compañeros. Hicieron buenas migas, y cuando regresó a Madrid siguieron manteniendo un contacto fluido. Pocos años después, a Michael Saras le nombraron socio director del despacho a nivel mundial. Desde su nuevo puesto, Saras supuso un buen padrino para su amigo de Madrid.

El segundo acontecimiento que relanzó su carrera había sido estar en el equipo asesor de una de las más grandes operaciones que se dieron en el mercado: la compra de la compañía energética Eolo por parte de una multinacional estadounidense.

Dio otro trago a su tercer mojito y recordó aquella operación.

Aunque él había desarrollado un papel de número dos en el asesoramiento, el repentino infarto que le sobrevino a Fernando Murrieta, socio encargado del caso, le situó en primera línea de batalla. El estrés que había soportado Fernando, sumado a su gusto por la buena comida y la mejor bebida, había sido un cóctel explosivo que a punto estuvo de llevarse por delante su vida y la compra de la compañía. Con Fernando en K.O. técnico le había tocado asumir el papel principal en la operación. Aunque pusieron a otro socio al frente de la compra, nadie en Kline & Burbridge conocía tan bien los entresijos. Después de siete meses infernales la operación se llevó a cabo y su nombre saltó a los periódicos como el gran salvador de una compra que había estado a punto de irse al traste más veces de las que muchos podían imaginar. Lo que nadie llegó a conocer fueron las argucias, alguna situada justo sobre la línea que un abogado sabe que no puede traspasar, que tuvo que utilizar para consumar la compra. Apenas un año después era propuesto para convertirse en socio de la firma. Michael Saras, su gran valedor, le apadrinó ante el comité ejecutivo de la firma y se aseguró de que ninguno de los socios más ambiciosos, que veían con malos ojos dejar acceder a su *partnership* a abogados de países periféricos, vetase la propuesta de nombramiento. Desde entonces, la nueva compañía energética se

convirtió en un cliente fiel del despacho y él empezó a ver cómo su cuenta corriente crecía en ceros cada vez que Kline & Burbridge cerraba los números y repartía beneficios.

Ahora, con cuarenta y tres años, un envidiable aspecto físico que le había costado tiempo y dinero en uno de los Sports Club exclusivos de Madrid, y unos ingresos aproximados de casi dos millones de euros si el año era bueno y de 1,5 si el año era algo peor, se permitía el lujo de tomarse esos seis meses de sabático con el que el despacho premiaba a sus esforzados socios. Su sacrificio le había costado llegar hasta aquella situación. Por el camino se había dejado infinitas horas de sueño, vacaciones canceladas en el último momento, un matrimonio con Micaela del que no había quedado descendencia y una costra en la conciencia que a veces le permitía cruzar al otro lado de la línea para lograr el objetivo marcado por el cliente. Pero eso era un secreto que se guardaba para sí sabiendo que era mejor no cacarearlo.

Los días que llevaba en Punta Cana habían desengrasado ya su cerebro. La blackberry desconectada, sin teléfono móvil, sin televisión española, sin internet..., aquello era un sueño. Y todavía le quedaban varios meses de un periplo que le llevaría a dar la vuelta al mundo más gozosa que nadie hubiese podido soñar. Dio otro trago.

Miró por encima de sus gafas de sol cuando una rubia de pelo corto volvió a pasar paseando por la orilla. Se había fijado en ella por la mañana en el desayuno y parecía que había venido sola. No esperaba más y esa noche sería jornada de caza en la discoteca del hotel. Empezó a pensar en el plan para engatusarla. El cortejo sería fácil y rápido. Él no estaba para perder el tiempo. Pensó en hacerle una foto y mandársela a su amigo Juan. La tentación era grande, pero para ello tendría que encender la blackberry y eso le supondría estar conectado al mundo aunque fuese por unos minutos. Alargó la mano y sacó su terminal. Dudó unos segundos. «No va a pasar nada», se dijo a sí mismo. Se ajustó las gafas y la gorra de los Yankees y encendió la blackberry. El teléfono tardó unos segundos en estar operativo. Lo puso en opción «cámara». Encuadró a su preciosa presa y disparó. Parecía más guapa de lo que pensaba. Adjuntó el archivo y buscó la dirección de Juan. «El postre», escribió en el mensaje. Cuando se disponía a enviarlo, el aparato empezó a vibrar. No le estaban llamando, simplemente estaban entrando los avisos correspondientes a los mensajes, llamadas y correos electrónicos recibidos mientras había estado apagado. Durante ese proceso no podría enviar su mensaje. Esperó. Esperó. Esperó. Aquello no era normal. Miró la pantalla. No quería ver ningún mensaje, pero tantos avisos llamaron su atención. Se levantó las gafas. Los últimos diez mensajes que mostraba la pantalla tenían el mismo remitente: su secretaria. Le extrañó, porque Sonia tenía orden expresa de no molestarle salvo cataclismo mundial. Y ella era una chica eficiente. La curiosidad le pedía ver aquellos correos. La prudencia le aconsejaba apagar aquel maldito chisme y seguir disfrutando de la vista. Giró la rueda y la pantalla mostró otros diez correos. Nueve eran de Sonia. Un detalle le llamó la atención. Todos

habían sido escritos en las últimas quince horas. Se preguntó por qué había encendido aquel extintor de bienestar. Volvió a los últimos *mails*. Un nuevo correo saltó en la primera línea. No quería hacerlo, pero se fijó en el asunto del mensaje: «Cataclismo mundial».

Como salido de la nada, un camarero del hotel se puso a su lado.

—¿Don Nicolás Verde? Una llamada para usted.

El acento de los lugareños le ponía nervioso, pero lo que terminó de hundirle fue ver el teléfono que le tendía. Solo su secretaria sabía dónde estaba y la orden de no decírselo a nadie era tajante bajo amenaza de despido.

—Gracias —dijo mientras cogía el teléfono.

Sostuvo el aparato unos segundos. Miró la silueta de la rubia que se alejaba por la orilla y tuvo la certeza de que se quedaría sin postre.

La bronca que Nicolás Verde echó a Sonia, su secretaria, no pasó inadvertida para ninguno de los clientes del hotel que estaban aquella mañana en las tumbonas junto a la playa. Sin posibilidad de explicarse, la experimentada secretaria volvió a cerrar los ojos cuando la voz de su jefe sonó al otro lado del teléfono. Se apartó el auricular. Aunque estaba acostumbrada a las salidas de tono del abogado, en esta ocasión los exabruptos que salieron por su boca sobrepasaban lo tolerable. Ella tenía una larga trayectoria como secretaria de alta dirección y si había decidido aceptar ponerse a las órdenes de Nicolás después de trabajar durante diez años para un socio que ya se había jubilado, era, simplemente, porque el socio director se lo había pedido. Su sueldo de 27 000 euros anuales no cubría, ni por asomo, sus desvelos durante dos décadas en Kline & Burbridge. Nadie en el bufete sabía valorar la importancia de su trabajo. Ella era quien filtraba toda la morralla que llegaba a las puertas del despacho de Nicolás. Eran muchas las operaciones en las que el buen hacer de Sonia había facilitado las cosas a los clientes y a los abogados del departamento. Pero nadie se lo iba a agradecer. Cuando se jubilase le organizarían una cena de despedida, recaudarían unos euros para hacerle un regalito y si te he visto, no me acuerdo.

Sonia volvió a acercarse al teléfono cuando comprobó que la bronca bajaba de decibelios.

—¿Ya? —preguntó Sonia.

Nicolás suspiró tratando de relajarse. Sabía que se sobrepasaba en los rapapolvos, pero, aun así, no le gustó el tono arrogante y chulesco de la secretaria. Por trigésima vez en el último año pensó que era el momento de despedirla. Cuando volviese de su sabático lo haría. También sabía que, cuando llegase al despacho, cruzarían una sonrisa cínica y cada uno seguiría a lo suyo. Mejor tener a una secretaria experimentada que a una de las novatas que contrataba el despacho que lo único que aportaban eran unas piernas de vértigo.

—Sonia, me pareció haberlo dejado claro. No debías contactar conmigo salvo cataclismo mundial.

—Ya lo sé, pero...

—Me pediste que definiese «cataclismo mundial» y creo haber hecho una descripción bastante clara —dijo el abogado antes de apurar el cóctel.

—Lo sé, señor Verde —«¿Verde? De mayor iba a ser un viejo Verde», pensó Sonia mientras sonreía su propia broma—, pero ayer llamó Fernando Ruiz, el jefe de la asesoría jurídica de GlobalHerz. Dijo que llevaba un día tratando de hablar con usted. Tenía el móvil desconectado y el correo electrónico devolvía el mensaje de «Fuera de la oficina». Le dije que estaba de sabático y me dijo que le localizase

«como fuese». Por activa y por pasiva le insistí en el hecho de que no debía molestarle...

—Eres una chica fácil...

—... y me dijo que me estaba jugando mi puesto —contestó Sonia como si no hubiese escuchado el comentario—. Le repliqué que mi puesto me lo jugaba si le molestaba sin un motivo que, de verdad, fuese justificado.

—Lo había dejado claro.

—Él me contestó que si no lograba contactar con usted, ambos íbamos a ser despedidos de Kline & Burbridge.

—¿Y qué coño quería? —empezó a impacientarse el abogado.

—Hablar con usted. Dijo que si usted no le llamaba antes de las ocho de la tarde de mañana, iba a arrepentirse de verdad. Intenté contactar con usted y ahora ya he optado por el último recurso de llamarle al hotel.

—¿Por qué no le dijiste que llamase a Andrés o a Sofía? Si necesita algo del despacho, ellos pueden atenderle.

—Dijo que solo quería hablar con usted y que si se me ocurría decirle a alguien más que había llamado, GlobalHerz..., ¿cómo dijo?... ¡Ah, sí!..., «cruzaré la acera y llamaré al bufete del otro lado de la calle». Esas fueron sus palabras exactas.

Nicolás sabía que se refería a su gran competidor, Morgan, Lipton & Clark, un despacho estadounidense que tenía su sede a escasos metros de las oficinas de Kline & Burbridge.

El silencio se hizo en la línea.

—¿Señor Verde?, ¿sigue usted ahí?

Nicolás miraba a la chica rubia. El abogado tenía el rostro rasgado por una mueca de enfado del que sabe que todos sus planes se están escapando por el desagüe.

—Sí, sí..., aquí sigo. Está bien. Mándame un correo con el teléfono de Ruiz y no vuelvas a molestarme —refunfuñó Verde.

—¿Desea algo más? —añadió Sonia con el retintín de saber que, aunque fuese por primera vez en muchos años, estaba fastidiando de verdad a su jefe.

El abogado colgó sin contestar. ¿Qué quería Ruiz? Aunque era un cliente habitual y recurrente al que siempre había que tener contento, otros abogados del despacho podían atenderle en cualquier contingencia. Tenían una magnífica relación desde hacía años, pero no eran lo que se dice «amigos íntimos». Algo gordo se estaba cociendo. Nicolás se incorporó, cogió la toalla, su libro y las gafas de sol y empezó a caminar hacia su habitación. Si su olfato no le engañaba, no volvería a pisar la playa en mucho tiempo.

—Siento molestarte. Sé que estás de sabático, pero creo que vale la pena —dijo Fernando Ruiz cuando recibió la llamada de Nicolás Verde.

—Espero que me vayas a ofrecer la presidencia de GlobalHerz porque si no es por ese motivo, no te voy a perdonar fácilmente esta llamada, que, por cierto, te voy a cobrar a ratio horario de Nueva York —dijo Nicolás con sarcasmo.

Aunque tenían buena relación, Nicolás no quería faltar al respeto a la persona que decidía qué bufete contratar para los asuntos de una multinacional como GlobalHerz.

—Mejor.

Nicolás estaba tumbado sobre la cama que hubiese preferido compartir con la rubia mejor que con la blackberry. Aunque el aire acondicionado funcionaba de maravilla, un ventilador daba vueltas sobre su cabeza. Era para dar ambiente más que para enfriar.

—¿Mejor?

—Mira, no puedo explicarte mucho por teléfono. ¿Podrías estar en nuestras oficinas mañana a las seis de la tarde?

—Fernando, por si no lo has pillado, estoy en República Dominicana. Hay gente en el despacho que puede atenderte en lo que necesites.

—Nicolás, quiero que seas tú. Si no lo puedes hacer, buscaré otro despacho. Pero no quiero que lo haga nadie más de tu bufete.

El abogado ya había captado que se trataba de un asunto de los gordos. De esos que copan las portadas de los periódicos. Una operación que podía dejar la de Eolo a la altura del betún.

—¿De qué se trata?

—De verdad, no puedo contarte nada. Eso sí, puede convertirse en la operación corporativa más grande realizada en España jamás. —El tono de voz alertó a Nicolás. Su mente empezó a funcionar a toda pastilla. «La operación más grande realizada en España jamás.» Sonaba a música celestial.

—Interpreto que me quedaría sin sabático.

—Si haces la operación, tu nombre quedará grabado con letras de fuego en la historia empresarial española. Y con lo que podéis ingresar, el despacho, probablemente, te premiará con dos años sabáticos. Nicolás...

—Dime.

—Ven o te arrepentirás el resto de tu vida.

No había nada como azuzar los más bajos instintos para conseguir la atención de un abogado de negocios. Fama, gloria, letras de oro en la Historia..., uf, era demasiado tentador.

—Tendré que decirlo en el despacho...

—No puedes dar ninguna información...

—No sonará muy normal que interrumpa mi sabático si no es por algo muy gordo.

—Quiero máxima discreción. Explica lo que quieras, pero no puedes nombrar nuestra compañía. Hay mucha gente en la empresa que hubiese preferido dárselo a otro despacho y yo he peleado por ti.

Nicolás estaba más que convencido, pero quería hacerse el importante.

—No sé si me va a dar tiempo a llegar. No hay un avión que vuele a Madrid hasta mañana a las...

—Nicolás, el avión de nuestra compañía va a aterrizar en Santo Domingo dentro de... una hora y media. Hay un Mercedes esperándote en la entrada del hotel. El chófer lleva un traje oscuro y un cartel con tu nombre. En once horas puedes estar en tu casa. Y a las seis de la tarde de mañana estarás en nuestras oficinas.

—Veo que confías en que acepte.

—Vas a aceptar... o no te lo perdonarías jamás.

El abogado suspiró, cerró los ojos y se dio cuenta de que la curiosidad podía más que sus ganas de descanso.

—¿Y si luego decido no coger el trabajo?

—Eso es imposible...

Berta estaba contenta. Aunque no le gustaba alardear de sus logros profesionales, no podía evitar segregar unas gotas de vanidad al ver una noticia en portada. Además del fichaje de Abad, Berta había cazado en los últimos días varias exclusivas sobre empresas que habían ido en portada. Pero la joven periodista sabía que la suya era una profesión que no dejaba saborear los triunfos más allá de quince minutos. El cuarto de hora que pasaba desde que cogía el periódico por la mañana hasta que terminaba de releer su noticia. Ella sabía que había compañeros que alardeaban de abrir el periódico y otros que eran más habituales a la hora de generar la noticia más importante y que se lo tomaban como algo habitual.

Aunque Berta ya había logrado en algunas ocasiones que la suya fuese la firma que acompañase la noticia principal de portada, no se acostumbraba al cosquilleo que invadía su estómago desde que se levantaba hasta que pasaba por el quiosco o llegaba al periódico y se leía la edición del día con tranquilidad. Pese a que leía y releía sus artículos con una meticulosidad casi enfermiza antes de darlos por buenos, cada mañana volvía a sacarle un pero a su texto. Una coma que estaba de más, un adjetivo que podría haberse ahorrado o una frase con excesiva carga de opinión. Siempre se quejaba de algo.

Pero su gloria era perecedera. Como decían en el argot, por la mañana «el periódico ya solo vale para envolver pescado». Había que empezar a buscar la noticia que ofrecería ese día. Aunque nadie la obligaba a tener un tema cada día, a ella le gustaba exigirse y tratar de levantar un buen asunto que pudiese ir en portada. Ese era el reto. Estar en portada. Unas veces se conseguía y otras no, pero había que luchar por ello.

La batalla comenzaba con una misma. Levantando el teléfono y bombardeando a llamadas a sus contactos y fuentes habituales. Nunca sobraba una llamada. Nadie podría permitirse dejar de darle cinco minutos. Y nunca se sabía dónde podía saltar la liebre. Sus mejores noticias siempre habían estado tocadas por la varita de la suerte. A Berta se le ponía una sonrisa en la boca al recordar aquella llamada al móvil de un mando intermedio de una compañía telefónica. Una voz le explicó, en alemán, que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Bueno, eso había supuesto ella, ya que el alemán no era su fuerte. La periodista comentó en alto: «He debido de pillar a Fulano en Alemania...». Un compañero de la redacción escuchó el comentario. «Qué raro. Él está metido en el tema de la expansión internacional. Hay un rumor que dice que van a comprar una compañía. ¿Será la alemana?» Como el «no» ya lo tenían, ambos periodistas empezaron a buscar información, tocar teclas y sondear a sus fuentes. Al final, saltó la noticia. Efectivamente, el objetivo era una compañía

alemana y, aunque todavía no estaba cerrada la operación, pudieron publicarlo como casi hecho. Las cotizaciones reaccionaron por la mañana y eso era una recompensa difícil de olvidar.

El teléfono sonó por sorpresa. Era Reyes, la jefa de prensa del bufete Kline & Burbridge.

—Hola, Berta. ¿Vas a venir esta noche?

—Hola, Reyes. Qué tal estás y esas cosas —respondió la periodista. Si había algo que odiaba profundamente era cuando alguien se tomaba más confianzas de las que le correspondían. Con Reyes no había hablado más de cuatro o cinco veces y consideraba una falta de educación aquella forma de ir al grano sin preguntar, aunque fuese por cortesía, cómo estaba.

—Hija, te lo tomas todo demasiado a pecho —respondió la jefa de comunicación de forma despectiva. Berta podía imaginársela recostada en la silla de su despacho, jugando con el chicle que acostumbraba a mascar y acompañando la conversación con gestos despectivos que ella, a este lado del teléfono, no podía ver—. Es que voy de cráneo. Lozano me ha dicho que confirme la lista de los invitados vip para esta noche...

—¿Y yo estoy en ella? —preguntó realmente sorprendida Berta.

—Ya sabes cómo es el jefe. Le gusta teneros a todos contentos. Así que los periodistas estáis en la misma lista que los presidentes de compañías del Ibex, los políticos y el mismísimo presidente del Real Madrid.

—Qué honor. Supongo que sí iré. Aunque, si se complica el cierre del periódico, tendréis que vivir sin mí —recalcó con ironía la periodista.

—Berta, déjate de tonterías y ven. No cumplimos veinticinco años todos los días. Hija, ya llevamos un cuarto de siglo en España y creo que es motivo para celebrarlo. Recuerda, a las ocho en el Museo Thyssen. Si te gusta el arte, hay una visita guiada por la exposición de... —Berta se dio cuenta de que Reyes buscaba la invitación para decir el nombre del pintor—, bueno, no sé quién es. Te esperamos. Arreglada pero informal. Sé que triunfarás.

—Veré lo que puedo hacer. Adiós.

Berta colgó el auricular antes de escuchar la última gracia de Reyes. La periodista no tragaba con gusto a los encargados de prensa de las compañías que la trataban como una amiga cuando no habían mantenido más que unas pocas conversaciones. Entendía el papel que tenían que representar con los periodistas, pero no le gustaba que se arrogasen una confianza que, como le pasaba con otras personas, se había fraguado a lo largo de varios años de llamadas, cafés, problemas, ayudas y soluciones. Reyes era el claro ejemplo. Su despacho no era muy amigo de aparecer en los medios de comunicación salvo en casos muy puntuales. Esta circunstancia había generado poco contacto con Berta. Sin embargo, la jefa de prensa se creía con el derecho a tratarla como si se conociesen de toda la vida. Y eso le producía una repulsión que Berta reconocía como enfermiza.

—Habrá que ir... —susurró la periodista mientras marcaba el teléfono del consejero delegado de una inmobiliaria—, pero antes, a ver si pescamos algo...

Era noche cerrada. Aunque no hacía mucho frío, Berta tenía la sensación de que el hielo había anidado en su interior. Ni la calefacción durante el corto trayecto del taxi mitigó el frío polar que tenía. Había optado por una combinación sencilla. Un jersey de cuello vuelto blanco resaltaba las curvas tan perfectas que había heredado de su madre, mientras que un pantalón oscuro de márgenes generosos ocultaba las caderas tan españolas que también llevaban sus genes. Un collar y un juego de pulseras de lo más exóticas le daban un toque de distinción que encajaba como un guante en el ambiente tan selecto que se respiraba en el Museo Thyssen.

Kline & Burbridge cumplía veinticinco años en España y quería celebrarlo con sus principales y más selectos clientes. Una celebración de ese tipo era una demostración de poder. Cuanta más gente vip se pudiese convocar en un evento así, más influencia se demostraba tener. Los competidores no eran bienvenidos en una celebración de semejantes características. Aunque el juego limpio imperaba en la relación entre bufetes —al menos de puertas para fuera—, no era cuestión de poner los clientes más importantes a tiro de los despachos que pugnaban por ofrecer sus servicios a quien fuese menester incluso bajando sus honorarios hasta donde hiciese falta.

El museo brillaba en todo su esplendor. El frío de Madrid le otorgaba una película de cristalina realidad a la fachada tenuemente iluminada. Apenas pasaban unos minutos de las nueve. Berta sabía que llegaba a la hora perfecta. Los peces gordos que hubiesen decidido darle un punto más de glamur a la fiesta con su presencia estarían ahora en el museo.

—Berta Salgado —dijo ella mientras sonreía a una azafata de piernas imposibles que la buscaba en la lista de invitados.

Tras franquear la puerta, Berta hizo un barrido visual de la estancia. Aunque se desenvolvía con soltura en todos los ambientes, no disfrutaba mucho con los eventos sociales de envergadura. A ella le gustaba la noticia, la investigación, el periodismo. Lo que solía encontrar en una fiesta como aquella eran sonrisas vacías, palabras huecas y conversaciones anodinas. Pero había que estar y hacer acto de presencia. Roca siempre se lo decía: «Con un par de copas es cuando la gente empieza a soltar la información». Lo malo era que Berta sabía que, con un par de copas, era ella la que perdía la noción de la realidad.

En una primera panorámica solo pudo ver al presidente del Real Madrid, quien también era la cabeza visible de una de las empresas españolas más importantes. Berta se acercó a la barra para pedir un refresco que la despejase después de una jornada de trabajo complicada. Le ayudaría a hacer tiempo a que los moscones,

pelotas y lameculos hubiesen terminado con sus reverencias de rigor ante los empresarios y políticos.

Berta se quedó absorta contemplando los techos altos de la entrada del museo. La empresa encargada de organizar el evento se había trabajado una espectacular decoración que rebosaba buen gusto sin necesidad de ser ampulosa y desorbitada. Las camareras paseaban con cara de circunstancias unas pesadas estructuras que, a modo de macetas, iban recubiertas de las más deliciosas viandas. Le sorprendió ver cómo aguantaban estoicamente las bromas de los invitados. Ella sabía bien lo que eso significaba. A los diecinueve años había compaginado sus estudios con un trabajo de fin de semana como camarera en un *catering* que servía bodas y bautizos. Aunque no era la más atractiva del plantel de servicio, Berta había tenido que lidiar con todo tipo de fauna. Desde jovencitos con ganas de ligar hasta viejos verdes que no tenían reparos en tirarle los tejos aunque estuviesen sus esposas delante. Alguno había tratado de sobrepasarse con una compañera. Berta daba gracias de que no le hubiese pasado a ella. No sabía cómo hubiese reaccionado, aunque lo había pensado en más de una ocasión. El cuerpo le pedía arrearle un sonoro bofetón al primero que se pasase de la raya aunque le hubiese costado el puesto. Ella habría tirado el mandil al suelo y se hubiese ido con toda la dignidad del mundo. Pero, por fortuna, eso no le había sucedido nunca.

Berta estaba sonriendo recordando las historias que ahora ella veía como ensoñaciones de adolescente cuando se giró y chocó estrepitosamente contra un traje azul oscuro. El sonido del vaso al caer al suelo atrajo, por unos segundos, la atención de todos los presentes.

—¡Uy! ¡Perdón! Lo siento muchísimo —repetía Berta mientras frotaba con una diminuta servilleta los chorros de Coca-Cola que caían por la chaqueta.

—No se preocupe...

—Lo siento, de verdad, no le he visto al girarme y...

—De verdad, no se preocupe.

—La mancha es de las grandes. No sé si saldrá en la tintorería. Por favor, envíeme la factura.

—Déjelo. Casi va a ser más difícil sacar los trocitos de servilleta que me está dejando por todo el traje que la cafeína.

Berta consiguió reponerse del susto que le había provocado el choque por sorpresa y del azoramiento que había sentido al descubrir que se había convertido, por unos momentos, en el centro involuntario de la fiesta. El dueño del traje adelantó la mano y dijo:

—Hola, soy Alberto Spínola.

La periodista controló los nervios, sonrió como una chiquilla y estrechó la mano de su joven interlocutor mientras recogía un mechón de su melena detrás de una de sus orejas.

—Hola, yo soy Berta Salgado. Discúlpame. Mi madre siempre me ha dicho que

me fije por dónde voy.

—Sabio consejo el que le dio su madre —le contestó con una media sonrisa.

El chico era guapo. Bueno, por lo menos tenía su aquel. Los ojos pequeños y oscuros daban mayor protagonismo a una boca que dibujaba una sonrisa natural y espontánea. Iba elegante, aunque algún detalle hacía que el conjunto no cuadrara. La corbata se había salvado en el accidente y la mancha de la chaqueta iría desapareciendo a lo largo de la noche. Berta soltó la mano de Alberto temiendo que un apretón de más de tres segundos fuese tomado como un exceso de confianza.

—Por favor, no me trates de usted —dijo Berta mientras notaba que sus mejillas aumentaban ligerísimamente de temperatura.

—Mi madre me dijo que siempre tratase de usted a alguien que no conozco —replicó Alberto.

—Sabio consejo —sonrió Berta—, pero a mí me puedes tutear.

Berta reparó en que Alberto llevaba una tarjeta de Kline & Burbridge colgada de la solapa.

—¿Trabajas en el despacho? —preguntó señalando la tarjeta.

—Así es. Aunque de los veinticinco años que lleva el bufete en España solo he participado en las últimas semanas.

—¿Solo semanas y te invitan a estas fiestas de postín? Debes de ser alguien importante.

—Todos los miembros del bufete estamos invitados. Sería feo dejar a alguien fuera. No creo que nadie hiciese una cosa así.

—Pues tendrías que ver otros despachos —apuntó la periodista esbozando una media sonrisa. Por detrás de Alberto pudo ver como Reyes, la jefa de prensa, se acercaba a grandes zancadas.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? —preguntó mientras estampaba dos sonoros besos en las mejillas de la periodista.

—Aquí, haciendo amigos desde el primer momento.

—Alberto, ya te avisé de que no se habla con la prensa sin que yo lo sepa —bromeó mientras guiñaba un ojo a Berta.

—¿Eres periodista? —preguntó Alberto con un punto de verdadero interés.

—Claro —se adelantó Reyes dejando a Berta con la palabra en la boca—. Es una de las mejores redactoras del diario *Financiero*. Y como no le basta con sacar grandes exclusivas sobre las empresas, pues también se dedica a olisquear en los despachos. Lo hace bastante bien. Y si no, que se lo pregunten a los de Luzar McKein. Vaya palito que les pegaste.

—Yo no le doy palos a nadie. Solo cuento lo que pasa —se defendió Berta. Reyes no le caía especialmente bien y menos cuando se ponía a interpretar los hechos.

—Eso se lo dirás a todos —dijo antes de reír echando la cabeza hacia atrás—. Así que has conocido ya a una de nuestras últimas incorporaciones: Alberto Spínola. Va a llegar lejos, Berta. Aquí donde le ves, tiene madera de abogado de los buenos. Te lo

digo yo, que conozco bien el mercado. —La última frase elevó la aversión que Berta tenía hacia Reyes. Definitivamente, era estúpida. Como comentaban desde las entrañas de su bufete, Reyes no conocía ni a los abogados que trabajaban en Kline & Burbridge. Berta dudaba de que la jefa de prensa supiese, exactamente, a qué se dedicaba un abogado de laboral. Pero trabajaba para uno de los mejores despachos del mundo. Era uno de los enigmas que generaba hablar bien inglés y tener el punto necesario de picardía para tener contento a más de un socio.

—Bueno, chicos, os dejo, que voy a seguir recibiendo gente. Es que no puedo parar —dijo Reyes llevándose la mano a la frente—. Y ya sabes —comentó mientras cogía a Alberto por la solapa y lo atraía hacia sí—. No hables con la prensa. Son el enemigo. Ja, ja, ja... —rio cínicamente. Berta sonrió con más cinismo si cabía y le gustó ver que Alberto hacía un gesto despectivo hacia Reyes sin que ella lo viese.

—Es algo especial —comentó el abogado.

—No me tires de la lengua. Oye, ¿y en qué equipo estás?

—Dependo del área de derecho comunitario —contestó el abogado mientras se miraba, una vez más, los restos de Coca-Cola.

—¿No haces rotaciones? —Berta había oído que los abogados que entraban el primer año en un despacho sin ningún tipo de experiencia solían hacer una rotación por diversos departamentos del bufete para ver en qué especialidad se desenvolvían con más soltura. Aunque la tendencia de un abogado era a la especialización, siempre les venía bien un barniz de todas las materias, aunque solo fuese para conocer el trabajo que hacían sus compañeros.

—Digamos que soy un júnior con perspectivas distintas —dijo el abogado.

—¿Con perspectivas distintas?

—Sí, bueno, parece que hay alguien que confía en mis aptitudes como abogado y se ha preocupado por diseñarme un plan de carrera a medida. Aunque estoy viendo algunas cosas de otras áreas de práctica, tengo claro que quiero dedicarme al derecho comunitario. Para eso he hecho un máster.

—No todo el mundo lo suele tener tan claro antes de empezar a ejercer —señaló Berta.

—Yo no soy todo el mundo —repuso Alberto con esa pizca de arrogancia que había cautivado a su socio director.

—Hummm..., bueno, chaval, no te revuelvas. Me has parecido más amable al principio —le recriminó la periodista.

—No me gustan los periodistas.

—¿Has tratado a muchos? —preguntó Berta dispuesta a entrar en batalla dialéctica.

—No, pero sé cómo sois. Dispuestos a contar lo que sea sin tener en cuenta a quién puede hacer daño o qué consecuencias pueda tener.

—La gente tiene derecho a saber —reprochó Berta.

—Eso es relativo. No todo tiene por qué conocerse.

—Como quieras. De todas formas, me parece de alguien inculto generalizar de esa forma. Oye, siento haberte empapado de refresco, pero no nos conocemos tanto como para que me juzgues sin piedad. —Berta empezaba a cansarse de aquel abogado que, aunque le había parecido guapo, ahora pasaba a la lista de engreídos que, aunque ella no lo reconociese, ya tenía muchos miembros—. Me alegro de que te hayan fichado en Kline & Burbridge, pero si te vas a convertir en un capullo, te recomiendo que cambies de trabajo. Por lo menos será menos estresante.

—¿Capullo? Creo que ahora eres tú quien juzga sin muchos argumentos —contestó Alberto mientras daba un sorbo a su copa casi vacía.

—No es un juicio. Es una profecía. Encantada de conocerte y siento lo del traje —dijo Berta mientras se daba la vuelta sin dejar que Alberto replicase.

Lo malo de una reacción tan repentina fue que Berta no supo bien hacia dónde dirigirse y optó por entrar en el pasillo que llevaba a la exposición, con tan mala fortuna que lo hizo por el arco destinado a la salida. Un guarda le tuvo que llamar la atención, más que por seguridad, por evitar que hiciese el recorrido al revés. Berta volvió a convertirse en el centro de atención de la fiesta. Era la segunda vez en menos de diez minutos. Vaya nochecita. Berta, con las mejillas tan sonrojadas que delataban su poco afán de protagonismo, retrocedió y entró por el lugar correcto. A la periodista le pareció ver a Reyes Lozano esbozando una sonrisa detrás de una copa de vino. Prefirió ignorarla.

Un elegante Gulfstream 550 esperaba a Nicolás Verde en una zona reservada para aviones privados del aeropuerto internacional Las Américas de Santo Domingo. El abogado no había tardado mucho en hacer la maleta y saldar la cuenta. Hasta el director del hotel había bajado a recepción para interesarse por el motivo de la marcha. Que un cliente como Nicolás se fuese del hotel insatisfecho era una publicidad negativa para su establecimiento. El chófer había conducido a una velocidad considerable por las desgastadas carreteras dominicanas.

El avión era impresionante y, aunque Nicolás había utilizado alguno parecido en otras ocasiones, cuando subió al de GlobalHerz empezó a entender el poder de la compañía. Tenía sitio para catorce personas y un pasajero podía ponerse totalmente de pie. Los asientos de cuero beis eran muy cómodos y una preciosa azafata le ofreció una copa de champán nada más sentarse.

—Póngase cómodo, señor Verde, el vuelo no durará mucho.

«¿Cuánto de cómodo?», pensó el abogado. Aunque el cuerpo le pedía tomarse dos whiskies y pasarse dormido los 6700 kilómetros hasta Madrid, Nicolás pidió un ordenador y empezó a elucubrar con los posibles motivos de la operación. Ahora que ya estaba en marcha, cogió el teléfono del avión y llamó a Gustavo Lozano, el socio director de Kline & Burbridge.

—Soy Nicolás.

—¿Qué haces llamándome? —le amonestó paternalmente Lozano con un infernal ruido de fondo—. ¿No habíamos dejado claro que se trataba de descansar? Tranquilo. Aquí nos apañamos sin ti.

—Estoy volviendo.

—¿Ha pasado algo?

—No, pero va a pasar.

—¿Personal?

—De trabajo.

—Déjate de incógnitas y cuéntame —le espetó Lozano—. ¿Una operación?

—Lo siento. No puedo decir nada.

Lozano sabía cómo funcionaban esas cosas. Un encargo podía estar vedado incluso a los compañeros del abogado que llevaba una operación. Aunque todo el mundo confiaba en la confidencialidad del trabajo de sus abogados, el hecho de que el número de personas involucradas fuese muy pequeño aumentaba las posibilidades de que no se produjesen filtraciones.

—Vale, capto el mensaje. ¿Y no se lo pueden encargar a otro de nuestros abogados? ¿Tienes que ser tú, que estás de sabático?

—Me insinuaron que o iba a Madrid o se lo daría a los de Morgan, Lipton & Clark. A las seis de la tarde tengo una reunión. Joder, ¿qué hora es allí?

—Las once de la noche.

—¿Dónde estás, que hay tanta juerga?

—Estamos en la fiesta del despacho. Es un cuarto de siglo. Tendrías que haber estado. Por cierto, ¿desde dónde me llamas?

—Desde un avión privado.

—¡Ujaaa! —exclamó Lozano—. Así que el asunto es de los gordos.

—No tengo ni idea.

—Vete a saber. Bueno, ¿qué necesitas?

—Quieren que vaya solo a la reunión. Si es tan gordo como parece, vamos a tener que ponernos a trabajar desde el primer minuto.

—Entendido. Nicolás, enhorabuena y gracias por renunciar a tu sabático.

—¿Renunciar? Ni de broma. Cuando termine este trabajo, pienso multiplicarlo por dos. Adiós.

Nicolás volvió a fijarse en el ordenador. Repasó minuciosamente la página web de GlobalHerz. Era una compañía descomunal. Gas, petróleo, electricidad y renovables. Todo tipo de energía al servicio de sus clientes. Era una de las pocas empresas españolas que se podían considerar multinacionales. Un par de buenas adquisiciones en Latinoamérica habían convertido a GlobalHerz en una referencia mundial en el mundo energético. Sus fronteras se habían difuminado y era fácil encontrar a GlobalHerz en cualquier punto del planeta. La capitalización bursátil de la compañía superaba los 150 000 millones de euros.

Aunque el origen de la compañía era español, GlobalHerz no había conseguido hacerse con el mercado petrolífero de España, donde Petrospaña y Calgas, que habían sido un monopolio en sus inicios, eran las que copaban el mercado. GlobalHerz tenía una fuerte representación en el mercado eléctrico y gasista, pero su presencia en el mercado petrolífero era casi testimonial. ¿Qué querría Ruiz de un abogado como Nicolás?

El malestar inicial por su *sabaticus interruptus*, apenas cuando había empezado a disfrutarlo, se empezaba a transformar en una excitación incontrolable acompañada de la curiosidad bien sana por saber qué le iban a ofrecer.

Nicolás se recostó en el mullido sillón y echó a volar la imaginación. Estaba en un momento dulce de su carrera. Ya lo había demostrado todo, había alcanzado la sociatura en uno de los mejores despachos del mundo y había trabajado en alguna de las mejores operaciones corporativas que se habían cerrado en el panorama económico español. El reconocimiento a su labor había llegado desde su propio bufete, desde los competidores —con innumerables y mareantes ofertas para cambiarse de despacho— y desde la prensa. Nicolás se encontraba clasificado en los primeros puestos de los *rankings* que elaboraban editoriales británicas y estadounidenses sobre el mercado legal español. Y eso era de lo que más le gustaba.

Se relamió de gusto pensando en el espaldarazo definitivo que una megaoperación podía suponerle para ser catapultado a la historia de los grandes abogados españoles... ¡e incluso mundiales! El sonido casi lejano de los motores acompañó sus sueños y se durmió acurrucado soñando ya con la gloria que le esperaba.

—**Sonríe, cabrón.**

La frase sonó fuerte, aunque estaba dicha con cariño. El humo de un Marlboro light enmarcaba el rostro del abogado rematado por las gafas redondas de concha que él utilizaba mucho antes de que apareciese Harry Potter. Era joven. El más joven. El júnior por excelencia. Pero se había ganado a todos sus compañeros por su forma de ver la vida. Sí. Él estaba dispuesto a dejarse la piel por convertirse en socio de Kline & Burbridge, pero no sería a costa de su vida. Había otras cosas, aunque a sus compañeros les costase entenderlas. Cristóbal prefería tener vacaciones en verano y pasar la Navidad en la casa que su abuela tenía en Sintra. Le gustaba el deporte, aunque era un negado en la práctica. Saboreaba el cosquilleo que le producía una copa cargada con un poco más de ron del necesario. Silbaba cuando andaba por la calle y se jactaba de conocerse la fachada de los edificios de Madrid mejor que cualquier madrileño. «A mí me gusta mirar hacia arriba en lugar de ir con la cabeza gacha como van todos en la capital», decía Cristóbal con orgullo.

—*Sospechosos habituales*. Cuando hacen la rueda de reconocimiento... —La voz de Enrique Calderón, otro de los juniors de Kline & Burbridge, sonó al otro lado de la mesa. El abogado jugaba con uno de los caracolillos que hacía su pelo al llegar a la frontera entre la cabeza y la nuca. Aunque ya eran las dos de la madrugada, todos seguían apurando una copa tras otra. La fiesta en el Thyssen había terminado unas horas antes y los socios de Kline & Burbridge se habían mostrado muy satisfechos con la celebración. «Ahora espero que toda la parafernalia se convierta en nuevos clientes», había señalado Gustavo Lozano a uno de sus socios. Después de la celebración, los más jóvenes optaron por seguir la fiesta en un local en el barrio de las Letras, en la paralela calle Huertas. Aunque a esas horas predominaban los garitos con música a todo volumen y con alcohol de escaso renombre, los juniors del bufete habían encontrado un local donde se podía mantener una animada conversación sin necesidad de dejarse la garganta en el intento.

—No. Esa sí que no. Esa frase es «dame las llaves, jodido gilipollas» —sentenció Alberto Spínola con conocimiento de causa—. Es mi película preferida y te aseguro que «Sonríe, cabrón» no es la frase más conocida de esa película.

—Yo es que siempre veo las películas en inglés y por eso, a veces, la traducción es distinta —apostilló Enrique mientras daba otro trago a su combinado de importación.

Ese tipo de salidas eran las que Alberto no soportaba. No tragaba a Enrique desde casi el primer minuto. En apenas un mes ya había dejado claro, unas veces con hechos y otras con palabras, que estaba dispuesto a lo que hiciese falta para llegar a lo

más alto. Alberto reconocía en su interior que él tenía el mismo objetivo, pero se juraba que el fin nunca justificaría los medios. Sabía que Enrique no había caído especialmente bien en el despacho, pero él no era quién para juzgar. Prefería pensar que el tiempo pondría las cosas en su sitio. De momento, optaba por mostrarle cierta indiferencia.

—Entonces, ¿de qué película es? —La voz de Susana Llopis apenas lograba hacerse un hueco entre el humo y la música. El pelo corto, la ausencia de pendientes y la extrema delgadez le daban a la joven abogada un aire de fragilidad que generó un instinto protector hacia ella en el resto de los compañeros.

—¡*El último boy scout*! ¡Bruce Willis! ¡No me digáis que no la habéis visto! ¡Es genial! —gritó Cristóbal saltando en su sitio mientras sus compañeros le ponían cara de estar loco.

—Cristóbal, estamos hablando de clásicos del cine. Si vas a sacar una película de Bruce Willis, que por lo menos sea *Jungla de cristal*. Eso sí que es un clásico —comentó Pablo Núñez. El abogado era gordo. Muy gordo. Se notaba que lo estaba pasando mal sentado en aquellos pequeños taburetes sin respaldo, pero no perdía la sonrisa. Su aspecto, según habían podido saber sus compañeros, no tenía nada que ver con ningún tipo de patología, sino con una adicción casi enfermiza a todo lo que llevase chocolate entre sus ingredientes.

—Estoy de acuerdo —sentenció Alberto ante la aprobación unánime de los otros abogados. Aunque no era amigo de trasnochar entre semana, Alberto sabía que le iba bien tender puentes con sus compañeros. En definitiva, eran sus compañeros de promoción en el despacho. Cristóbal le había insistido hasta casi llevarle del cuello. «Alberto, hazme caso. Te va a venir bien.»

—Te han puesto fino el traje —dijo Lola Rúa al volver a la mesa después de pedir otro *gin-tonic*. Era gallega. Con una belleza exquisita y una inteligencia portentosa. Suave en las formas y discreta en el trato, Lola cerraba el grupo de júnior que se habían incorporado aquel año a Kline & Burbridge.

—Una periodista —dijo Alberto sacando la enésima pelotilla de papel que Berta había conseguido incrustar en el traje restregando la servilleta.

—¿Lo ha hecho a propósito? —preguntó Cristóbal con un chispazo de picardía en los ojos.

—Sería presuntuoso contestar que sí —sonrió Alberto.

—Ya lo creo —apostilló Enrique en un comentario apenas audible, pero que llegó a oídos de Alberto. Cristóbal desvió la conversación.

—¿Sabéis en qué se diferencia un perro de un periodista?

—No —contestaron Susana y Lola al unísono.

—Yo tampoco... ¡Ja, ja, ja! —Cristóbal estalló en una carcajada impulsada por el último trago de ron con cola. Los otros se contagiaron y sus risas se escucharon por encima de la música que inundaba el local. Cuando todos se hubieron relajado, Lola miró a Alberto y dijo:

—Pues ten cuidado con los periodistas. En mi familia tuvimos una mala experiencia. A mi tío lo ficharon de otro despacho. Le ofrecieron irse a dirigir una firma que se iba a instalar en España. La noticia se filtró a los periódicos antes de que lo supiesen en su bufete y se armó una buena. Nunca supe las cifras exactas, pero le costó varios cientos de miles de euros para poder llegar a un acuerdo con sus socios. Perdió mucho dinero. Así que llévate bien con la prensa.

—Pues no hemos empezado con buen pie —dijo Alberto.

—¿Lo dices por la mancha? —dijo Lola cada vez más interesada en buscar intimar en la conversación con Alberto.

—No solo. Tuvimos un cruce de palabras algo duras. Le dije que no me caen bien los periodistas y ella me recriminó que era meterles a todos en el mismo saco...

—Pues parece que tiene algo de razón —apuntó Enrique.

—Puede ser.

Cristóbal ya no quiso mediar en más cruces de puñales, así que se levantó de la mesa con algún tropezón fruto de la hora y media que llevaba sentado más que por el efecto de los cubatas.

—Me voy. Alberto, ¿quieres que te acerque a casa?

—Pareces su chófer —comentó Enrique con ganas de meter cizaña—. ¿O es que te gusta?

Cristóbal torció el gesto cansado de las bromitas de adolescente de Enrique.

—Sé que tienes envidia. Pero tranquilo, alguna vez encontrarás a alguien que te quiera... Hoy, de momento, te vas a ir a tu casa en taxi... por gilipollas —sonrió Cristóbal mientras se ponía su chaqueta.

—Hey, no seas así. Era una broma —protestó Enrique.

—Pues la broma te va a costar los veinte euros de la carrera. Seguro que el taxista se va a tronchar con tus bromitas.

Alberto agachó la cabeza y sonrió al ver la cara de enfado de Enrique. Lola acercó su cabeza a Alberto y le dijo:

—Quédate un rato más si quieres. Luego te acerco yo a casa.

Alberto se quedó algo descolocado. La propuesta había sonado como un algo más que no cuadraba con el carácter que Lola había mostrado desde que se habían conocido en el despacho.

—No, muchas gracias. Mañana tengo mucho trabajo...

—Claro —sonrió Lola.

—Otro día, tal vez...

La despedida fue rápida. Total, en unas horas volverían a verse todos en la sala de máquinas del despacho.

Nicolás aterrizó en el aeropuerto de Torrejón después de una pequeña cabezada, una cena deliciosa y mil y una vueltas a la historia de GlobalHerz, las palabras de Fernando Ruiz y el trabajo que se le vendría encima. Un coche de la compañía le llevó hasta la puerta de su lujoso ático de la calle Velázquez. Era pequeño pero con todas las comodidades que uno pudiese imaginar. El abogado encendió las luces. El piso todavía no olía a cerrado. Eran las ocho de la mañana, pero su cuerpo seguía insistiéndole en que eran las dos de la madrugada. No tenía claro si debía dejarse vencer por el sueño o aguantar todo el día para ajustar su reloj vital a la mañana siguiente. Él sabía que debía dormir unas horas. En definitiva, a las seis de la tarde tenía la reunión en GlobalHerz y necesitaba estar fresco. Ya habría ocasión de ajustar horarios.

Nicolás se acercó a la pequeña cava refrigerada donde mantenía sus mejores vinos a la temperatura perfecta. Abrió una botella de Fagus y se recreó con el aroma a fruta que desprendía el caldo traído desde Campo de Borja. Mientras el vino se desperezaba en la copa, Nicolás optó por despejarse con una ducha, efecto lluvia, de agua tibia. Era la parte de la casa que más le gustaba. El piso le había costado seis millones de euros que todavía pagaba en exigentes plazos. Y aunque el elenco de comodidades parecía no tener fin, Nicolás disfrutaba bajo la ducha. Después de divorciarse de Micaela había optado por el lujo y la atracción de la buena vida. Aquel apartamento ya había sido el argumento definitivo para que un buen puñado de mujeres de infarto cayesen rendidas a sus encantos. Su reto de acostarse con cincuenta mujeres durante su sabático quedaba, de momento, aparcado. Nicolás pensó en la rubia de la playa. Habría sido una nueva conquista. Llevaba un buen promedio.

Salió de la ducha y se vistió con una camiseta y unos vaqueros. Quería estar cómodo. Aunque Madrid le había recibido con un frío seco y sin compasión, el abogado disfrutaba andando descalzo por la tarima caliente por la calefacción radial que daba un toque acogedor al apartamento.

Fue a la cocina. Saboreó con la nariz el vino, que ya había empezado su festival de aromas. Beber a las ocho de la mañana no era su estilo, pero quería ayudar a su mente a generar un poco más de sueño. Se iría a dormir a las diez y se levantaría a las cuatro de la tarde. GlobalHerz tenía su sede en el paseo de la Castellana, apenas a diez minutos de su casa. Había tiempo más que suficiente.

Nicolás notaba que un cosquilleo de nerviosismo iba creciendo en su estómago. ¿Qué le iban a proponer?, ¿qué otros despachos estarían en el ajo?, ¿sería él el director de la operación?, pero... ¿de qué operación? Eso era lo que le mataba. No

quería llamar al despacho. Ya daría las explicaciones necesarias al resto de los socios cuando supiese de qué iba la película. Mientras tanto, quería mantener su llegada en el ámbito reducido de él mismo y Gustavo Lozano.

Encendió su pequeño ordenador y repasó su correo electrónico personal y el de trabajo. La sorpresa por la llamada de su secretaria le había hecho olvidarse del resto de los mensajes. No había mucho. Los clientes que había derivado a otros compañeros del despacho habían preferido no copiarle en los correos. Seguro que habían acabado hartos de los mensajes de «Out of the office» que automáticamente generaba la cuenta de Nicolás. Una herramienta técnica que había que modificar urgentemente ahora que estaba de vuelta en la batalla.

Volvió a repasar GlobalHerz. Su historia, crecimiento, últimos movimientos corporativos, resultados..., todo. El objetivo era doble. Por un lado, estaba la vanidad profesional de saber qué estarían tramando antes de que ellos se lo contasen en persona y, por otro, el deseo de conocer las entrañas de su futuro cliente. Era una técnica comercial que había aprendido casi desde el principio. Si el cliente veía que el abogado conocía su mercado, necesidades y competidores, se sentiría más seguro y confiado a la hora de encargar un asunto. Los momentos eran complicados. Los despachos peleaban por los clientes como en cualquier mercado. Se habían acabado aquellos días de vino y rosas en los que las empresas llamaban a la puerta de los grandes bufetes y les encargaban las fusiones más complicadas y los pleitos más rentables. Ahora la competencia era brutal y cada detalle contaba a la hora de ganarse el favor de un cliente. Por eso, conocer sus necesidades era tan importante.

Apenas dos sorbos de vino habían hecho ya su efecto. El abogado se quedó dormido en el sofá del salón con la televisión de sesenta pulgadas encendida pero sin volumen.

A Nicolás se le hacía raro volver a verse con la corbata. Su idea era no haberla usado en varios meses y ahora había vuelto a cambiar el traje de baño por la chaqueta. La sensación de llevar su abrigo de Ermenegildo Zegna era desoladora. Después de pagar los apenas seis euros que le había costado el taxi, el abogado se quedó en la acera mirando el impresionante edificio en el que tenía su sede GlobalHerz. Estaba a un paso de comenzar la operación de su vida. Su padre estaría orgulloso. Bueno, estaría orgulloso si hubiese conseguido desintoxicar su sangre de los litros y litros de vodka que había consumido en sus últimos años. El vodka había matado a su padre y a los pocos años se había llevado a su madre como daño colateral.

Se ajustó la corbata. En su mente ya solo estaba su trabajo. Dejó un pequeño hueco para la vanidad al comprobar lo elegante que estaba con su abrigo beis y la corbata de caballos rojos. Parecía que tenía treinta años. Y la realidad era que se sentía como un niño con zapatos nuevos. Tras cruzar los trámites de seguridad, una preciosa azafata le acompañó hasta el ascensor para invitados vip. Nicolás aseguraba que una empresa se tomaba las cosas en serio cuando tenía a sus mejores azafatas y secretarias en la puerta de entrada. La recepción no podía ser un lugar más. Debía ser el pulmón de la compañía. Había que cuidar a los empleados y no había mejor forma de demostrarlo que alegrándoles la vista cada mañana. Así lo pensaba y así lo hacían en su bufete.

El ascensor le dejó en la décima planta, donde otra azafata de ojos felinos le acompañó a través de largos pasillos semidesnudos hasta una sala de reuniones.

—Don Fernando Ruiz le atenderá en un momento. ¿Desea tomar algo? —preguntó la azafata mientras encendía algunas luces. Nicolás declinó el ofrecimiento, pero se quedó con ganas de pedirle al menos su teléfono.

El abogado estaba inquieto. No tenía documentos que repasar ni códigos que consultar. Solo le quedaba esperar. Enormes fotografías de campos llenos de molinos de viento vestían las paredes de la sala. El sol de poniente se reflejaba sobre las aspas. Daba miedo imaginar la vida entre aquellos gigantes. A Nicolás le dio un escalofrío.

Un golpe en la puerta sacó al abogado de sus pensamientos. Fernando Ruiz apareció en la sala.

—¿Cómo estás, abogado? —dijo Ruiz mientras tendía la mano en señal de paz. Era bajito, con el pelo rubio y un cuerpo que seguro que le permitía comprar las camisas en la sección de niños. Pero era un magnífico abogado. Nicolás lo sabía. Había trabajado para ellos en algunos asuntos puntuales. Nada relevante. Pero había podido comprobar el buen hacer del jefe de los servicios jurídicos de GlobalHerz. Su excelente formación después de haber ingresado en el Cuerpo de Abogados del

Estado y su conocimiento de varios idiomas le convirtieron en un objetivo prioritario de los despachos de abogados. Pero, después de unos años sirviendo al Estado, Ruiz había preferido el ritmo más pausado de una empresa al frenesí combativo de un bufete. Sin embargo, su trabajo, en muchas ocasiones, era sensiblemente más estresante que el que se desarrollaba en un despacho. A Fernando Ruiz no le gustaba cuando se hablaba de forma casi despectiva de los abogados de empresa. Como si fuesen abogados de segunda fila.

—Cansado y blanco —respondió Nicolás esbozando su mejor sonrisa.

—Sí, la verdad es que no tienes pinta de haber aprovechado tus días en la playa...

—No me jodas, Fernando, que estaba plácidamente tumbado en la arena hasta que cometí el error de encender la blackberry.

—Jodidos chismes. Y luego dicen que sirven para facilitarnos la vida.

—¿De qué se trata? —preguntó Nicolás para no seguir andando por las ramas.

—El presidente y el consejero delegado están a punto de llegar —señaló Ruiz mientras se agachaba junto a una nevera camuflada para coger una botella de agua.

A Nicolás se le heló la sangre. Los altos ejecutivos de una empresa no aparecían en escena si no se trataba de algo muy gordo. Aunque Fernando lo había dicho como si fuese lo habitual, Nicolás sabía que el asunto que le iban a encargar ya solo podía tener dos etiquetas: opa o contraopa. O iban a comprar una compañía o se iban a defender del ataque de un competidor.

Fernando casi podía escuchar la cabeza del socio de Kline & Burbridge trabajando a destajo. Sonrió. Sabía que en ese momento Nicolás estaba limitando las opciones que había encima de la mesa. ¿Sería una compañía española? ¿Sería una operación de adquisición en un mercado extranjero?

—Tranquilo. No pienses tan rápido, que te vas a estresar. Ahora te contarán.

Como si se tratase de una coreografía ensayada hasta la saciedad, las últimas palabras de Ruiz dieron paso a la entrada de Santiago Haro y Mateo Blasco en la sala. Haro peinaba muchas canas y lucía una palidez que casi permitía ver el alma detrás de su rostro. Las cejas pobladas acentuaban la sensación de abuelo cascarrabias que proyectaban sus ojos pequeños y claros. Santiago Haro no era precisamente viejo, pero su aspecto sumaba una década a los cincuenta y cinco años que marcaba su DNI. Presidir una compañía de la dimensión de GlobalHerz debía desgastar. Mateo Blasco era la antítesis de Haro. La gomina no permitía que se moviesen ninguno de los escasos cabellos que todavía conservaba. Sus gafas de diseño resaltaban sobre la tez ligeramente morena que, sin lugar a dudas, provenía de una crema autobronceadora o una sesión extra de rayos uva. Los dos vestían impecables trajes azules y corbatas corporativas que a Nicolás le sugirieron una monótona actividad en la empresa. ¿Vestiría todo el mundo de la misma forma en GlobalHerz?

—Nicolás, gracias por venir y perdona las molestias. —Haro estrechó con firmeza la mano del abogado. Sin duda, el presidente de la compañía estaba al tanto de los trastornos que la urgencia de la citación había provocado en la agenda del

abogado.

—Gracias a ustedes por llamarme.

—Por favor, tutéanos, Nicolás. Creo que vamos a terminar siendo casi familia —sonrió Blasco mientras mostraba su dentadura perfecta.

—Supongo que estarás impaciente por saber qué demonios está pasando —dijo Haro mientras se sentaba y con la mano invitaba a Nicolás a hacer lo mismo.

—No es habitual que a uno lo saquen de un sabático cuando apenas ha empezado —apuntó Nicolás.

—Has elegido malas fechas para irte.

—Pensé que eran las mejores.

—Es lo que tiene ser un buen abogado. Puede pasar que alguien te requiera en cualquier momento —señaló Haro mientras ponía sobre la mesa lo que parecía un pequeño guion de la conversación que iban a mantener. El presidente continuó con su exposición:

—Nicolás, he preguntado a Fernando a quién podíamos encargar una operación tan importante y él no ha tenido dudas en que eres la persona adecuada. Tú y tu despacho, del que, sin duda, tenemos magníficas referencias por anteriores trabajos con nosotros en España y en otros lugares del mundo.

A Nicolás le sorprendía la calma con la que hablaba. Era firme y seguro en sus afirmaciones. El abogado estaba tranquilo.

—Como comprenderás, cuando te contemos la operación que queremos hacer, no vamos a preguntar a más despachos. Es un asunto de suficiente repercusión como para permitir que pueda haber alguna filtración haciendo un concurso de belleza entre varios despachos.

El presidente se refería a las subastas de trabajo que hacían las empresas a la hora de contratar a los despachos. En muchas ocasiones ponían una operación encima de la mesa y dejaban que fuesen los propios bufetes los que peleasen por llevarse el encargo. Ahí tenía mucha importancia el número y la calidad de los abogados que ibas a poner en liza y, por supuesto, la rebaja de precios que estabas dispuesto a hacer.

—Confiamos en ti y en tu equipo —prosiguió Haro—, y no pondremos pegas en el precio que vamos a tener que pagar.

Nicolás perdió por un momento la concentración. ¿Había dicho que no iban a poner pegas a los honorarios que él les presentase? ¡Era el cielo de un abogado! Cuando pudiese contárselo a Lozano, iba a dar saltos de alegría. Hizo esfuerzos por no empezar a calcular el bonus que le iba a caer ese año en la firma por llevar semejante operación. Y eso que todavía no sabía en qué consistía...

—Bueno, al grano. GlobalHerz tiene la intención de seguir creciendo a pasos agigantados. Y quiere diversificar las actividades en las que está presente. —Casi inconscientemente Haro había pasado a hablar en tercera persona. De esta forma la compañía tomaba todo el protagonismo. Haro, Blasco, Ruiz..., todos quedaban en un segundo plano. Ahora era GlobalHerz quien asumía el control de la situación—. La

fórmula para lograr esa multiplicación de actividades es la compra de algunas compañías. Algunas piensa adquirirlas de forma amistosa y otras de forma... digamos... más agresiva.

—Vamos, mediante opas hostiles —terció Nicolás.

La economía y la bolsa de valores española no eran ajenas a movimientos empresariales que se habían fraguado sin el conocimiento de todos los actores. Una opa hostil era la forma técnica de referirse a la oferta pública de adquisición que una empresa hacía para comprar las acciones de otra compañía en la que estaba interesada.

—No es lo que más nos gusta, pero digamos que no ha habido otra opción —intervino Blasco con su sonrisa perfecta y su tez morena mientras ajustaba sus gafas de diseño.

—Antes de que sigan tengo que advertirles de que mi bufete se rige por un estricto sistema que evalúa los conflictos de interés y si estima que la compañía que piensan comprar ya ha sido un cliente nuestro, mi deber es levantarme de esta mesa antes de que sigan con la oferta.

—Tranquilo, Nicolás —señaló Fernando, que había ocupado su tiempo en tomar no se sabe bien qué tipo de notas—. He hecho un rastreo general y, de buenas a primeras, no estáis conflictuados.

—Eso lo tendrán que decir mis socios.

—Sin duda. Pero hemos hecho una pequeña investigación previa.

Nicolás miró a Fernando. No quería que se le escapase la posibilidad de llevar una operación que todavía no se había puesto sobre la mesa, pero, incluso a él, le gustaba cumplir los requisitos de conflictos de interés que marcaba el manual de estilo de Kline & Burbridge. Aunque era una norma deontológica de la abogacía en general, los límites para aceptar o rechazar un trabajo eran muy difusos. No estaban las cosas como para rechazar operaciones, pero la norma era la norma. El conflicto de interés era una situación puesta en el tapiz de la transparencia. Parecía claro que si un bufete había asesorado a una compañía en la compra de otra, no podía, a los pocos meses, asesorar al competidor aunque fuese otro asunto distinto. Los abogados, durante el asesoramiento legal, entraban en el corazón de las empresas y, como era lógico, no parecía muy ético que pudiesen utilizar esa información a la hora de asesorar a otras compañías.

En un despacho de abogados el conflicto de interés era como mentar al diablo. Nicolás todavía no sabía de qué operación se trataba, pero no quería que un hipotético conflicto de interés diese al traste con la operación. Había suspendido su sabático, había vuelto de República Dominicana, había perdido mucho dinero en billetes ya reservados —que pensaba cargar a la factura de su cliente— y no quería que las dudas de un conflicto de interés desbaratasen su salto a los libros de la historia jurídica.

—El objetivo es Petrospaña.

Las palabras de Haro quedaron suspendidas en el aire, como colgadas de un hilo de tensión que Nicolás no tenía intención de cortar. El nombre de la compañía entró en la cabeza del abogado. En pocos segundos logró encajar todas las piezas que formaban el rompecabezas. Una petrolera. La más grande de España. Con la etiqueta de «multinacional» que apenas un puñado de empresas españolas lograba obtener. A Nicolás, que no era muy bueno en cifras, se le nubló la mente cuando trató de ajustar los números que iban a construir aquella compra. Las preguntas se le amontonaron en los labios, pero por miedo a quedar como un niño atolondrado ante el beso adolescente de una prima prefirió seguir mirando a sus interlocutores. Pasaron pocos segundos, pero a Nicolás le parecieron suficientes como para envejecer dos años. Petrospaña. El sabático estaba bien amortizado. ¿Cómo se les había ocurrido a aquellos tipos semejante operación? Claro, debían de estar aburridos en su campo de golf hablando de sus empresas y alguien había debido de sugerir: «¿Y por qué no compramos Petrospaña?». Los demás debieron de sonreír ante semejante ocurrencia hasta que uno dijo: «¿A que no hay?». Y claro, habían decidido comprar la petrolera española. Había sido un monopolio hasta no hacía muchos años y contaba con inversiones en Latinoamérica y Asia. Tenía tropecientos mil millones de valor bursátil y miles y miles de empleados y... joder, aquellos tipos debían estar locos. Como si le estuviese leyendo la mente, Blasco tomó la palabra.

—Es una operación más sencilla de lo que parece.

Definitivamente, estaban como cabras. Pero Nicolás les amaba.

—De momento se me plantean problemas de Competencia. La Unión Europea no va a permitir que una empresa energética como la vuestra compre como por arte de magia la sexta petrolera del mundo.

—La cuarta —corrigió Haro sin mover un músculo—. Y no te preocupes. Creo que Europa va a ser nuestro problema más pequeño.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son nuestros problemas más graves? —preguntó Nicolás.

—Eso esperábamos que nos lo dijese tú —respondió Haro. Sin duda, el presidente se conocía la operación al dedillo. Nicolás tuvo la sensación de ser el mal necesario. Él era la respuesta a la obligación que tenían las empresas de someterse al corsé legal que los gobiernos ponían a las magníficas ideas de los empresarios.

Nicolás se dio cuenta de que llevaba toda la reunión echado hacia delante, con los brazos cruzados sobre la mesa y raspando la punta de los zapatos contra la moqueta. Poco a poco relajó los músculos. No quería dar la impresión de que la operación le había impactado. Se arrellanó en la silla y trató de mantener la compostura.

—Bueno, realmente es una operación de mucho empaque. Sinceramente, creo que los principales problemas serán los de Competencia. Tanto aquí como en Europa pueden pensar que se trata de una concentración que crea casi un monopolio. Pero eso se lo dejo a los que saben del asunto. ¿Contáis con más despachos para la operación?

Haro y Blasco miraron a Fernando Ruiz. Todo parecía perfectamente ensayado.

Cada uno sabía qué tenía que decir en cada momento.

—Solo vosotros. Queremos que hagais un equipo completo. Si estimas que algunas de las áreas que conlleva la opa no la tenéis bien cubierta en Kline & Burbridge, me gustaría que discutiésemos las opciones.

—¿Qué plazo tenemos? —preguntó Nicolás. Él no quería saber nada de precios ni financiaciones. Daba por hecho que antes de hablar con él ya habían acordado con uno o varios bancos un préstamo para poder afrontar la compra.

—Poco. Queremos anunciar la opa el 28 de diciembre —respondió Blasco.

—Desde luego, se lo van a tomar como una inocentada. ¿A qué precio?

La pregunta era inevitable. Aunque a él no le incumbía, la curiosidad había sido más fuerte.

—14 euros. Ahora mismo, las acciones de Petrospaña han cerrado a... 11 euros —dijo Blasco mientras consultaba la blackberry. Estaba claro que tenía la cotización de Petrospaña como fondo de pantalla desde hacía varias semanas.

—Un poco caro, ¿no?

—Hay que tener contentos a los accionistas.

—¿Cuánto queremos comprar? —Hablar en primera persona siempre gustaba a los clientes.

—Toda la compañía..., pero sabemos que es casi imposible. Así que limitaremos la opa a conseguir el control de la empresa. La opa será por el cien por cien, aunque sabemos de buena tinta que las empresas que tienen participaciones importantes en Petrospaña no quieren soltarlas.

Nicolás tenía mil preguntas que hacer, pero sabía que Haro y Blasco no se las iban a contestar.

—Bueno, Nicolás. Sabemos cómo funcionan estas cosas, así que esperamos una respuesta tuya antes de veinticuatro horas.

—El comité de conflictos de interés tiene que reunirse. No sé si les dará tiempo a...

—Te aseguro que les dará tiempo —le cortó Haro mientras se levantaba y ofrecía su mano a Nicolás. Y añadió—: Nicolás, confiamos en que vas a hacer un gran trabajo.

El abogado se levantó y estrechó las manos de los ejecutivos. Miró a Fernando. Ahora le quedaba una batería de preguntas que el abogado interno se encargaría de responder. Nicolás observó como el presidente y el consejero delegado de GlobalHerz se dirigían hacia la salida. En el momento en el que Haro giró el picaporte, el abogado dijo:

—Santiago... —El presidente se giró para mirar al abogado. Su número dos hizo lo mismo—. El año que viene Petrospaña será nuestra.

Santiago Haro saboreó las palabras.

—Estoy convencido de ello.

La prisa ya no existía. Las cartas estaban sobre la mesa. Al menos para Nicolás. Hacía treinta horas estaba leyendo en una tumbona a miles de kilómetros de distancia, mojado por el sol del Caribe y quemado por el deseo del descanso. Ahora estaba aterido por el frío madrileño y sufriendo los rigores de un otoño extremo. Nicolás había dejado atrás la sede de GlobalHerz media hora después de que Santiago Haro y Mateo Blasco le descubriesen sus planes para hacerse con Petrospaña. Fernando Ruiz le había dado los detalles de la operación. Nicolás volvía caminando a su despacho mientras observaba con perplejidad el pequeño teléfono móvil que el abogado de la compañía le había entregado. «A partir de ahora cualquier comunicación que tenga relación con la operación deberás hacerla a través de este móvil.» Nicolás se había sorprendido. «¿Tienen pinchado mi teléfono?» «Todavía no, pero prefiero no arriesgar», había respondido Fernando mirando fijamente a los ojos de Nicolás y dejándole con la duda de si lo decía en serio.

GlobalHerz no quería que hubiese filtraciones. Casi más importante que hacerse con Petrospaña era lograr que la operación se llevase con un hermetismo monástico. Nicolás tendría que hablar con Gustavo Lozano. En el despacho habría que explicar su vuelta con tanta antelación de su sabático sin levantar demasiadas sospechas. Todo el mundo sabría que sería por una operación, pero el nombre de los intervinientes se debería mantener en el más estricto secreto para evitar información privilegiada en el mercado. Era la gran tentación de cualquier abogado dedicado a la compra de empresas. Tenían la información por adelantado. Nicolás, por ejemplo, sabía la oferta que una multinacional como GlobalHerz iba a lanzar sobre una compañía sólida como Petrospaña. Era evidente que él no podía comprar acciones de la compañía. La Comisión Nacional del Mercado de Valores hubiese detectado el movimiento. Pero un amigo, un familiar, un conocido o incluso un testaferro podía comprar acciones de Petrospaña a 11 euros con la seguridad de que se las iban a comprar a, por lo menos, 14 euros apenas un mes después. Movimientos así se habían registrado en muchas operaciones parecidas. Pero era muy difícil demostrar que existía información privilegiada. Al final, el dinero se quedaba en el bolsillo del que tenía el chivatazo y la Comisión terminaba archivando el caso por falta de pruebas. «Tuve una intuición», solían contestar los poseedores de información privilegiada.

Era una tentación que se le podía presentar a un abogado en muchas ocasiones. Pero Nicolás prefería imaginar el sabor de la gloria de llevar adelante una compra de semejante magnitud. No tendría un reconocimiento social semejante al que puede recibir un futbolista o un cantante, pero en la profesión su nombre pasaría al escalafón de los elegidos.

El abogado volvió a mirar el teléfono móvil. La agenda contenía ocho teléfonos con nombres en clave. Eran los correspondientes a Santiago Haro (Dios), Mateo Blasco (Maestro), Fernando Ruiz (Fontanero) y demás personas del equipo de GlobalHerz. Nicolás tendría que hacer una lista con sus colaboradores más directos, a los que también se les suministraría un terminal. Pero él seguiría siendo el interlocutor directo.

Casi sin darse cuenta y después de un paseo plagado de pensamientos de todo tipo, Nicolás llegó a la puerta de Kline & Burbridge.

—¿Pero qué haces aquí, Nico? —La voz de Katya, la recepcionista, y sus ojos amanecer sacaron al abogado de su ensimismamiento.

—Parece que el mundo no puede seguir girando sin mí —respondió Nicolás mientras le lanzaba un beso acompañado de un guiño—. ¿Está Gustavo?

—En su despacho. Bueno, y bienvenido. Una noche de estas me contarás cómo es que has vuelto. —Ella era así de directa.

—No lo dudes.

Nicolás fue directo al despacho de Gustavo Lozano tratando de que nadie le viese. Había que diseñar una estrategia para afrontar la operación y Gustavo debía ayudarle, aunque no podía conocer los detalles. Gajes del oficio.

Llamó a la puerta. Gustavo, sin dejar de hablar por teléfono, invitó a Nicolás a que entrase. Su sonrisa demostraba que había desconectado la mente del cliente que hablaba al otro lado del teléfono. Gustavo y Nicolás siempre habían tenido una relación cordial. Ambos abogados formaban parte de Kline & Burbridge casi desde los inicios. A Lozano le gustaba tener contento a Nicolás. De esta forma, el abogado se olvidaría de aspirar al puesto de socio director del que disfrutaba Lozano y que, en cualquier momento, se podía convertir en un objeto de deseo para socios que llevaban el peso de la facturación, como era el caso de Nicolás.

Se quitó el abrigo y se sentó en el pequeño sofá que servía como confesonario a los abogados de Kline & Burbridge que acudían al despacho de Gustavo a contarle sus penas, quejas y aspiraciones. Aquel sofá había escuchado las rencillas más insólitas. Lozano a veces pensaba que estaba tratando con escolares más que con profesionales de talla mundial y cuentas corrientes bien nutridas. «Quiero la plaza de garaje de Fulanito», «¿es cierto que piensas hacer socio a Menganito?», «quiero tener más peso en la dirección del despacho», «debo ser el encargado de la selección de los nuevos fichajes», «Zutano tiene una mesa de despacho más grande que la mía»... Gustavo a veces pensaba que le estaban grabando con una cámara oculta cuando le llegaban algunas de las propuestas.

Nicolás se aflojó la corbata mientras observaba las fotos que copaban la estantería de su socio. Había entrañables escenas familiares del abogado con su mujer, Esperanza, y sus dos hijas. Era un matrimonio roto desde hacía tiempo, pero que seguía unido por el pegamento de la conveniencia. Junto a esos recuerdos de la alegría se mezclaban fotografías de Gustavo con algunos empresarios y políticos de

renombre nacional e internacional. Si se trataba de amedrentar a los visitantes, el efecto estaba conseguido.

—Bye, Cameron —se despidió Gustavo. Colgó el teléfono y se levantó abriendo los brazos a su socio—. Te han jodido bien, ¿no? Un abrazo, cabrón.

Nicolás respondió al saludo con menos entusiasmo del que, seguro, Gustavo esperaba.

—¿De qué se trata? —inquirió sin dar tiempo a que Nicolás se sentase. No hacía falta hacer referencia a la faena que suponía que le hubiesen arrancado de los brazos del placer y el descanso. Se sobreentendía. El año era complicado para el bufete y la presión que llegaba desde Nueva York para que una oficina como Madrid incrementase su facturación pese a la crisis hacía que Gustavo llevase cavilando sobre la operación desde el mismo momento en que Nicolás le llamó desde el avión.

—No puedo decir mucho. —Eso añadía un cero más a la factura. Gustavo sabía de qué iba el juego, pero la curiosidad le podía.

—¿Qué puedes contar?

—Dejémoslo en que los periódicos abrirán con la noticia.

—¿Qué sector? ¿Bancario? ¿Inmobiliario?

—No puedo decirlo.

—¿Es una opa?

—No puedo decirlo.

—¿Sobre una empresa española?

—Gustavo, no insistas. Sabes que no puedo decirlo. Hablo contigo porque tenía que justificar mi vuelta. Me han pedido máxima confidencialidad.

—Está bien —sonrió Gustavo mientras recordaba como un flash su participación en la compra de una compañía telefónica. Había trabajado durante dos meses en la operación con un equipo de cuatro personas. Nadie supo nada. Cuando la compra se hizo pública, sus compañeros de despacho le felicitaron por la discreción con la que había llevado el asunto sin que nadie, ni siquiera sus socios, se hubiesen enterado de los tejemanejes—. ¿Cuánta gente necesitas?

—Puf, no lo sé. Voy a tener que implicar a varios departamentos. No quieren que participen más despachos. Pero quieren equipos pequeños con dedicación casi plena.

—Eso es difícil. Tenemos ahora varios asuntos en marcha que nos están absorbiendo muchos recursos. ¿Necesitas algún socio más?

—Sí. Ya te diré a quién.

—¿Lo has expuesto al Comité de Conflictos?

—No me ha dado tiempo. Quieren una respuesta en veinticuatro horas. Eso sí, espero que no me jodan. No hay conflicto de interés. Te lo aseguro.

—Eso deberán decidirlo John, Herbert y Cummings. Para eso les elegimos. Confía en ellos. Aunque estén en Nueva York, entienden perfectamente la situación de cada oficina. Si no es un conflicto evidente y si la operación es tan grande como parece, darán luz verde. Dime una cosa, ¿te han pedido presupuesto?

—No. Barra libre.

Gustavo silbó mientras se echaba hacia atrás en su silla. Barra libre. Las horas de trabajo que hiciesen falta y sin regateos. El sueño de cualquier abogado.

—Supongo que habrá que rebajar algo cuando hagamos la factura final, pero no quieren atajos. Ni siquiera me han pedido que rebaje la minuta y lo compense por el éxito de la operación. Barra libre.

Nicolás estaba notando el bajón producido por el cambio de horario, el largo viaje y la adrenalina generada hasta que había conocido el encargo. Se mesó los cabellos y suspiró.

—Joder, Gustavo, con lo tranquilo que estaba yo en la playa, con mis mojitos y eligiendo mis conquistas.

El socio director sonrió.

—Te pone más esto.

—No sé yo.

Después de unos segundos de silencio y mirando al vacío, Nicolás se levantó como un resorte y exclamó:

—Bueno, a trabajar. ¿A quién pongo en el equipo?

—No quiero ni saberlo. Cuanto menos se filtre, mejor. Elige a los que quieras. Por cierto, ¿cuánto va a durar?

—Por lo menos un mes.

Nicolás se dirigió hacia la puerta. Estaba soñando con llegar a casa y darse un relajante baño mientras pensaba en los pormenores del equipo que iba a formar.

—Ah, por cierto. Hemos fichado a un nuevo chaval. Entra como júnior de tercer año, aunque no tiene experiencia. Lleva unas semanas con nosotros. Es bueno. Aunque está especializado en competencia, se maneja bastante bien en todas las áreas. Lo digo por si quieres contar con él.

—¿Tu protegido?

—Mejor llámale mi descubrimiento.

—Sabes que no me gustan los tratos de favor.

—Es un *crack*. En unos años estará pagando nuestras jubilaciones.

—A mí me quedan muchos años.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿Cómo se llama?

—Alberto Spínola.

—Lo tendré en cuenta. Hasta mañana.

Nicolás cerró la puerta. Gustavo se quedó de pie en mitad del despacho. Le encantaba saber que un nuevo motor se había puesto en marcha en el bufete, pero le corroía no saber qué combustible utilizaba.

Alberto estaba a punto de cerrar su ordenador. Aunque sabía que tenía que dedicar muchas horas al trabajo, no le gustaba calentar la silla. Si había terminado su trabajo del día, su opción era marcharse. Además, la juerga después del Thyssen le estaba pasando factura. Siempre estaba el abogado capullo que tenía la frase ocurrente cuando un júnior estimaba que era hora de dar por finalizada la jornada: «¿Estás al día de todas las novedades legislativas y jurisprudenciales?». Era la forma de decir: «Tú sabrás si quieres irte ya, pero no creo que sea una buena opción». Los que decían eso solían ser abogados sin familia o con pavor a llegar a su casa. Abogados que preferían seguir en el despacho hasta altas horas de la madrugada antes que tener que afrontar los fantasmas que llenaban sus casas y vidas privadas. Un bufete como Kline & Burbridge era una máquina trituradora de matrimonios, noviazgos, relaciones y amistades. Una vida privada ajena al despacho exigía casi más dedicación y esfuerzo que los propios clientes.

Pero Alberto estaba disfrutando con su trabajo. La exigencia era máxima y especialmente para él. Le habían dado mucho y le iban a pedir mucho.

Cuando se disponía a apagar el ordenador, un correo electrónico saltó en su pantalla. «Operación Plastilina. Confidencialidad Nivel 5.» Alberto se sorprendió. Al principio le pareció una broma, pero recordó la charla sobre operaciones confidenciales que le habían dado al principio de su estancia en el bufete. Nivel 5 quería decir que no podía hablar con nadie sobre el correo electrónico que acababa de recibir. Ni siquiera con el socio que lideraba su equipo ni con el socio director. Nivel 5 significaba «este *mail* no existe». Y también quería decir «estás en la pomada». Una confidencialidad tan extrema significaba que había una operación en marcha que solo unos pocos miembros del bufete conocerían. Si había recibido ese correo, es que formaba parte del equipo. No sabía de cuál, pero formaba parte.

Alberto leyó el remitente: Nicolás Verde. Cristóbal, que era una fuente inagotable de chismorreos y rumores, le había contado que Verde había vuelto de forma precipitada del sabático que estaba disfrutando. Estaba claro que se debía a un asunto de los gordos. No se trataba de un asunto interno del bufete porque Cristóbal se habría enterado. Tenía pinta de ser un trabajo «etiqueta negra», tal y como lo había calificado su compañero.

Abrió el mensaje. Aunque había elegido un despacho como Kline & Burbridge para estar en los asuntos de calado, no esperaba que sonase la flauta tan rápido.

Hola:

Esto es un mensaje de confidencialidad Nivel 5. Te recuerdo que, según las normas del despacho, no podrás hablar sobre este correo electrónico con ninguna persona, ni tan siquiera otros miembros de Kline &

Burbridge. Ni hagas referencia a que has recibido el mensaje.

Realizado este recordatorio, te anuncio que vas a formar parte del equipo que llevará a cabo un trabajo que ha sido calificado como Operación Plastilina.

Mañana, jueves, debes presentarte en la sala de reuniones general a las 8.00 de la mañana. Allí serás informado de tu cometido en esta operación y recibirás más detalles.

Te reitero la necesidad de mantener máxima confidencialidad al respecto.

Gracias por tu ayuda.

El mensaje era escueto, directo y sin florituras. ¿A las ocho de la mañana? ¿Por qué les gustaba madrugar tanto? Alberto tenía entendido que en los bufetes se empezaba a trabajar algo más tarde aunque eso obligase a retrasar la salida.

Alberto esperó diez minutos antes de cerrar el ordenador por si llegaba algún otro mensaje. El anterior tenía pinta de ser el único, pero no quería que hubiese algún cambio por sorpresa y quedarse fuera de juego.

El abogado se ajustó el abrigo y puso rumbo a la salida. Al pasar por recepción, Lola, la belleza gallega, estaba ajustándose un gorro de lana antes de salir a la calle. No sabía por qué, pero Alberto tuvo la sensación de que ella le había estado esperando para hacerse la encontradiza.

—Hola, Alberto. ¿Ha llegado la hora del descanso del guerrero?

—Ha sido un día duro —dijo Alberto mientras se agachaba para recoger un guante que había resbalado del bolso de Lola—. Creo que hoy voy a dormir como un bebé.

—¿Te vas a casa?

—Qué remedio...

—Si quieres, podemos tomar algo —insinuó Lola. Alberto era un clásico y no terminaba de entender que una chica tomase la iniciativa de una forma tan descarada. Sin duda era un romántico.

—Propuesta tentadora, pero mañana tengo mucho que hacer.

—¿No te apetece quedar conmigo?

—No he dicho eso.

—Pues lo parece.

Alberto pensaba que habían entrado en un diálogo que él sabía que iba a perder. Dijese lo que dijese, Lola parecía que sería capaz de sacarle punta y darle la vuelta para que él quedase como poco caballeroso.

—Lola, me pareces una chica estupenda y muy atractiva, pero ahora no estoy con ganas de tener una relación. Quiero concentrarme en el trabajo.

La abogada entornó los ojos, lo que la hacía mucho más sugerente.

—Nadie ha hablado de tener una relación. Pensaba solo en tomar una copa.

—Perdona si te ha sonado grosero, pero prefiero dejar los límites marcados desde el primer momento para que no haya malentendidos.

—¿Vas de Casanova? —El tono demostraba que se había sentido ofendida—. Perdona si te ha molestado la pregunta. Solo tenía intención de salir a dar una vuelta. No tengo en mente ser la madre de tus hijos. Sin duda vas a ser un gran abogado. De

momento, tienes un ego descomunal. Es un buen comienzo —dijo Lola antes de darse la vuelta y salir por la puerta del despacho ante la mirada vacía de Alberto.

El abogado sonrió con un punto de arrepentimiento. Ya se lo había dicho su hermana Toti en muchas ocasiones: «Con las mujeres ten al menos una pizca de amabilidad. Si no, quedarás como un capullo». Ahora había quedado como un capullo.

—Es un momento perfecto para demostrar que somos el mejor bufete del mundo.

Nicolás miraba desde la cabecera de la mesa a los abogados que formaban el equipo. Desde socios experimentados hasta recién llegados. Todos esperaban con un punto de inquietud los detalles de la operación. Era un brillante abogado, pero si había una cualidad que Nicolás poseía de forma innata, era saber arengar a sus equipos. Aunque se le podía tachar de individualista, el socio sabía captar el interés de sus interlocutores y motivar a sus ayudantes.

—Estamos en Kline & Burbridge para hacer operaciones como esta. Necesito vuestro compromiso de que os vais a dejar la piel por nuestro cliente. No es una frase hecha. Quiero que sea un juramento. Grabadlo a fuego en vuestras mentes y dejad que el deseo de gloria y reconocimiento libere vuestra voluntad.

El abogado hizo una pausa. Los que ya habían trabajado con él conocían la actitud dramática con la que Nicolás empezaba este tipo de reuniones. Los más jóvenes miraban entre perplejos y asustados. Alberto pensó que parecía tan capullo como se lo habían descrito. Retomó el discurso con fuerza y eso sacó a Alberto de sus pensamientos.

—Así que os pido que si alguien no va a dar lo mejor de sí mismo, por favor, abandone la sala antes de que entremos en detalle.

Nicolás miró a los abogados, que le devolvían una mirada tensa y retadora. Nadie movió un músculo.

—Bien. Vamos a ello.

Durante una hora Nicolás desglosó los principales detalles de la operación. Desde el nombre de su cliente hasta la pieza que había que cobrarse. El abogado ofreció las líneas generales de una estrategia que ahora tocaba perfilar y completar con los miembros del equipo. A los pocos minutos de empezar se había remangado. Un reloj Franck Muller bailaba en su muñeca izquierda mientras gesticulaba con entusiasmo al repartir el trabajo entre los subgrupos que se habían formado. Alberto calculó que el reloj no había costado menos de 10 000 euros.

—Todos los correos electrónicos que crucéis respecto a este asunto deben contener el título «Operación Plastilina». Recordad que nuestro cliente cotiza en Estados Unidos y, en cualquier momento, le pueden requerir información sobre la operación cuando sea pública. —Nicolás dejó sobre la mesa el rotulador que le servía de batuta y se apoyó en la mesa—. Nuestro sistema informático creará una carpeta para archivar allí toda la documentación. La clave para entrar es «blackgold» y solo nosotros tenemos acceso a ella. En cada planta se va a instalar una impresora por la que saldrán los documentos que se impriman concernientes al caso. La contraseña

para poder imprimir es la misma. Cada documento que salga por allí irá precedido de una carátula avisando de la extrema confidencialidad que reviste el caso. Sin embargo, para que ningún otro abogado del despacho pueda tener acceso a esos documentos, en el momento en el que deis la orden de impresión, id corriendo a recoger los papeles. No se trata de pulsar «imprimir» e ir a tomarse un café. Me da igual si es un párrafo o dos mil páginas. Hacéis guardia junto a la impresora. Cuando alguien dé la orden de imprimir un documento, su nombre quedará registrado junto a la orden. Así que, si alguien la caga, sabremos quién ha sido. ¿Alguna pregunta?

Los socios eran los únicos que habían osado interrumpir en algún momento la explicación de Nicolás. Ahora era un asociado experimentado quien lanzó la pregunta:

—¿Compraremos la petrolera?

—Estoy convencido de ello. Sin embargo, nuestro trabajo es poner las carreteras para que sean ellos quienes hagan los números. Y es importante tener todo listo para la fecha establecida.

El silencio que siguió a la respuesta dejaba claro que la reunión había concluido.

—Bien. Durante las dos primeras semanas nos reuniremos todos los días a esta misma hora —dijo Nicolás. Todos los abogados lograron reprimir el suspiro de desesperación que la promesa de madrugones les había provocado. Alberto recogió sus papeles y colocó la silla para dejar su parte en orden. Le gustaba ser considerado con las personas que limpiaban el despacho. Su madre le había enseñado que un esfuerzo de cada uno podía quitar mucho trabajo a otras personas. El gesto le hizo rezagarse respecto al resto. Cuando fue a salir de la sala, Nicolás le paró.

—Eres Alberto Spínola, ¿verdad? —dijo alargando la mano—. Soy Nicolás Verde. Encantado de conocerte.

—Igualmente —correspondió Alberto al saludo.

—Me han dicho que has empezado con buen pie en el despacho.

—Es un regalo que me hayas elegido para esta operación. —Un poco de jabón a los socios siempre venía bien. Especialmente a uno que se veía que era un pilar fundamental.

Nicolás sonrió. El chaval era listo. Los dos sabían que se había referido a la operación de Real. Nicolás prefirió dejarlo en el ambiente.

—¿No preferirías pasarte al área de mercantil? En este tipo de operaciones, los de competencia son los que suelen joder las buenas noticias.

Cualquier operación de compra o fusión de compañías, a poco que tuviese cierto tamaño, necesitaba del visto bueno de las autoridades que velaban por la competencia leal y limpia en España o en Europa. Nicolás contemplaba a los abogados de competencia como los chicos de las malas noticias. Siempre estaban dispuestos a encontrar un artículo, disposición, añadido, reglamento o incluso una legislación local que impidiese que dos empresas que se amasen vieses trastocados sus planes de boda. Nicolás los equiparaba al personaje de película que conoce algún impedimento

para la boda y no calla para siempre.

—Me gusta el derecho de la competencia y he estudiado mucho para dedicarme a ello —contestó Alberto midiendo sus palabras para no resultar ni descortés ni prepotente.

—Piénsalo. En esta operación nos jugamos mucho.

—Lo imagino.

—Algún día deberíamos comer juntos para intercambiar impresiones.

«¿Intercambiar impresiones?» Más bien le sonaba a «quiero saber todo de ti para tenerte controlado. Aquí no se mueve nada sin que yo lo sepa. Y no quiero que venga un niño bonito ojito derecho del jefe a quitarme protagonismo». Alberto sabía que se trataba de una crítica gratuita. Nicolás, de momento, le había tratado muy bien, pero Radio Macuto había funcionado a las mil maravillas en los pasillos del despacho y Alberto no se había forjado una buena imagen de Nicolás. Quizá solo eran las apariencias.

—Me encantaría. Pero pagas tú, que para eso eres el socio —bromeó.

—No lo dudes.

El frío empezaba a quemar en el trayecto que Berta hacía desde la redacción del periódico hasta su casa después de cerrar la edición. Sabía que en Navidad iba a poder disfrutar de unos días de descanso. Iría a ver a su padre en Córdoba. Allí sí que sabían pasar el invierno con una temperatura más acorde con lo que su piel podía soportar. Su padre volvería a volcarse con ella sacándole jugo a cada segundo de su compañía. Ya era mayor, pero mantenía la vitalidad de un chaval joven. A veces era la propia Berta la que no podía seguir su ritmo. Después de instalarse en Madrid, la joven periodista había pasado malos momentos. Su cabezonería había logrado arrancar a su padre el alquiler de un piso para ella en lugar de la estancia en un colegio mayor. Tenía pánico a enfrentarse a la vida de un colegio mayor. La experiencia de una amiga que había vuelto de Madrid al mes de marcharse y con un proceso depresivo incipiente por las novatadas sufridas por las compañeras de residencia provocó que Berta se hiciese cruces antes de recalar en uno de ellos. Pero vivir sola en un piso en una gran ciudad tampoco había sido fácil. Aunque a ella no le gustaba que su padre apareciese por sorpresa, sus visitas relámpago desde Córdoba le habían ayudado a hacer más llevadera la soledad que puede producir la capital.

Faltaba poco para Navidad. Berta se enfrascó en su abrigo antes de cruzar la calle y saboreó los mazapanes que su imaginación le traía desde el salón de su casa.

Su padre le insistía en que debía echarse un novio, pero ella echaba balones fuera. Tenía miedo de volver a enamorarse como lo había hecho de Papu. Aunque lo había intentado, nunca había dejado de sentir sus dedos en su melena morena. Él era ahora sacerdote. Había entregado su vida a un Amor que Berta no terminaba de comprender. Pero él era feliz y eso se sentía en cada palabra y en cada gesto del sacerdote. A Berta le impresionaba cómo se arrodillaba ante el sagrario. Estaba claro que él creía firmemente que allí dentro había una persona.

Berta sabía que su amor por Papu había sido una chiquillada de universitaria casi adolescente. O por lo menos eso se decía para convencerse de que había que desenterrar las ganas de volver a enamorarse. La relación había muerto de mutuo acuerdo. Eso era cierto. Pero había sufrido. Se echa de menos lo que se ha amado y Berta había idealizado aquellas mariposas que le bailaban en el estómago cada vez que Papu había conquistado su corazón con galanterías y atenciones.

¿Un novio ahora? «Puf», suspiró Berta. Su padre iba a insistir. «¿Qué fue de aquel chaval de Zamora con el que viniste unas navidades?», le volvería a preguntar refiriéndose a Marcos, un compañero de clase con el que había salido durante un año. «¡Se fue con otra, papá!», le gustaría gritar a ella. Pero bajaría de nuevo la cabeza y le diría: «Se fue a estudiar a Estados Unidos, papá». Lo de siempre. Él qué iba a saber si

vivía en una ciudad en la que todo iba a cámara lenta. En la capital había que ser fuerte. Fajarse. Plantar cara y aprender a encajar los golpes.

Berta se paró en el semáforo y por un momento se arrepintió de haber dejado Córdoba.

Las siguientes semanas fueron las peores en la vida de Alberto. Nunca había llegado a imaginar que la falta de sueño pudiese tener efectos tan perniciosos. Aguantar veinticuatro horas sin dormir era soportable, pero llevaba varios días con una media muy baja de horas de sueño. La señora que limpiaba su casa los martes y viernes debía de pensar que o se había ido de casa o se había vuelto muy ordenado. Muchos días terminaba dormido en el sofá de casa sin pasar por la cama. Le dolían todos los músculos del cuerpo y ya no sabía cómo poner el cuello para evitar el dolor de cabeza. Se sentía como un esclavo que remaba amarrado al banco de una galera mientras Nicolás incrementaba el ritmo día tras día.

Se sentía reconfortado porque no era el único. Las ojeras delataban a los miembros del equipo. La confidencialidad le obligaba a guardar el mayor sigilo pese a los intentos de Cristóbal de sacarle información. Había declinado temporalmente las invitaciones de su compañero a llevarle a casa en coche. Por las horas intempestivas a las que salía del despacho y por evitar la cascada de preguntas a la que le había sometido la última vez. Alberto prefería mantener la guardia alta.

El joven abogado estaba sorprendido por el papel de Nicolás en la operación. Parecía que al socio le iba la vida en la compra de Petrospaña. Cuando a las ocho de la mañana comenzaba la reunión, Nicolás ya había leído los periódicos, repasado los correos, estudiado el trabajo realizado y elaborado la estrategia para ese día. Su capacidad de trabajo estaba fuera de toda duda. Alberto se preguntaba cada mañana a cuánto iba a ascender la minuta que le iban a pasar a GlobalHerz. Desde luego, Nicolás estaba contribuyendo decisivamente a incrementarla. Su empuje y ánimo contagiaban al resto de los miembros del equipo. Él era el único que tenía una visión panorámica de la operación. Él estaba en todo. Sus reuniones con los bancos financiadores y con los directivos de GlobalHerz se producían a todas horas en los sitios más insólitos. El pánico de GlobalHerz a que alguien les estuviese espiando hacía que Nicolás fuese un asiduo de parques y jardines municipales, en los que era citado por Mateo Blasco y Fernando Ruiz.

Alberto admiraba la capacidad de trabajo de Nicolás. Era todo por el cliente. Estaba dedicado en cuerpo y alma a la operación. Su situación de sabático congelado hacía que solo tuviese sobre su mesa la Operación Plastilina.

Y exigía a los demás la misma dedicación.

Los fines de semana eran los más productivos. No había abogados a los que ocultar información ni otros clientes que llamasen a los abogados. Se podía trabajar cómodamente y con ropa informal. Los abogados sabían que era un *sprint* de un mes que, si todo marchaba bien, terminaría el 28 de diciembre. Los que tenían mujer, hijos

o novia sufrían el desacuerdo de sus familiares por tener que trabajar en festivo. Jaime Arenas, un asociado de quinto año, recibió una llamada mientras repasaba por octava vez un párrafo de las condiciones de la opa. Era su mujer. Llevaban dos años casados. Acababa de romper aguas. Su madre la estaba llevando al hospital para dar a luz. El abogado había entrado en el despacho de Nicolás:

—Mi mujer está dando a luz...

—¿Y? —respondió el socio después de un breve silencio y sin levantar la vista de los papeles.

El abogado se quedó clavado. Dudó si seguir hablando.

—¿Puedo ir?

—¿Dónde?

¿Iba a ser tan cabrón de no dejarle ir a acompañar a su mujer en esos momentos? Jaime no sabía cómo continuar.

—Al hospital.

Nicolás cambió la mirada al ordenador. Cogió el mando del climatizador y exigió un grado más a la máquina, que ronroneó antes de empezar a funcionar.

—¿Has terminado todo? —dijo el socio. Se arrellanó en la silla, cruzó las piernas y se quitó las gafas para leer. Sin duda le quedaba mejor el traje gris que la camisa azul y los vaqueros lavados a la piedra.

—Bueno... —titubeó Jaime con un temblor de voz que él mismo percibió—. Faltan diez días para lanzar la opa...

—... y tú vas a poder ver a tu hijo los próximos cincuenta años si no te mueres antes —le interrumpió Nicolás—. Así que ponte a trabajar y deja que tu suegra se encargue de todo.

Jaime se quedó mirando al socio. Las horas sin dormir, el estrés, la presión y la tensión del hijo que venía en camino hicieron que Jaime estuviese a punto de llorar. Solo el orgullo le permitió aguantar las lágrimas. Tomó aire y levantó la cabeza dispuesto a mantener la dignidad.

—Nicolás —acertó a decir—. Voy a ir a ver nacer a mi hijo.

El socio no se inmutó:

—Me parece bien —dijo.

El rostro de Jaime delató incredulidad y sorpresa, pero antes de que dijese nada, Nicolás añadió:

—No vengas mañana. Estás fuera del equipo. El lunes pondré otra persona en tu lugar. Recuerda, estás en hibernación. No puedes hablar con nadie sobre la opa, ni tan siquiera con los que sabes que están en el equipo. Borra de tu mente la operación. —Nicolás se levantó de su mesa y fue andando hacia donde estaba Jaime—. Si me entero de que haces cualquier tipo de observación, comentario, pregunta o insinuación que tenga relación con la opa, serás despedido de Kline & Burbridge y me encargaré de que GlobalHerz y nosotros mismos te demandemos por revelación de secreto profesional. ¿Está claro?

No había habido ninguna palabra más alta que otra, pero la firmeza del tono y la amenaza de despido y juicio aflojó los esfínteres de Jaime ante el miedo de verse en la calle ahora que se estaba convirtiendo en padre. Abrió la boca para decir algo, pero Nicolás se adelantó.

—Recoge tus cosas y lárgate.

Nadie del equipo supo a ciencia cierta qué había pasado con Jaime, pero la sucesión de acontecimientos hacía pensar que Nicolás se lo había cargado por falta de compromiso. A Jaime fue imposible sacarle información. El miedo hacía guardar el secreto bajo siete llaves.

Las sospechas hicieron que el resto de los abogados se esmerasen en el ritmo que Nicolás imprimía. Las horas trabajadas seguían incorporándose a la factura de GlobalHerz sin misericordia. Alberto sabía que su hora de trabajo no era cara, pero los setecientos euros que tenía como precio cada hora de un socio hacía que no pudiese ni imaginarse la cuantía que rondaba ya la factura.

Alberto, aunque listo y audaz, era un novato en este tipo de operaciones y por eso se quedaba prendado de la capacidad de Nicolás para llevar las riendas de todos los equipos sin que hubiese retrasos ni adelantamientos. Lo más difícil, según le gustaba decir a Nicolás, era que todo el trabajo debía llegar a la vez a la línea de meta. Y debía haber una coordinación exquisita entre los equipos.

Nadie se movía de su sitio hasta que Nicolás salía del despacho. Si él se mantenía sobre los papeles, el resto del equipo buscaba algo que hacer, repasar o estudiar. Una noche, a las tres de la madrugada, cuando Alberto salió del bufete con ánimo de llegar a casa cuanto antes para poder dormir unas horas, se encontró a Nicolás sentado en un banco del paseo de la Castellana. El frío era intenso pero soportable. El socio estaba con la mirada perdida, el cuello de su tres cuartos subido y un cigarrillo en la mano. Alberto dudó si acercarse. No quería quedar como un pelota que le había seguido para entablar conversación. Pensó en volver sobre sus pasos y dirigirse a la parada de taxis que había más abajo. Sin embargo, algo le empujó a acercarse.

—Nicolás, ¿estás bien?

El abogado se sobresaltó como si la pregunta de Alberto le hubiese arrastrado de vuelta de un mundo a muchos kilómetros de distancia.

—Hola, chaval. Trataba de despejarme un poco.

—¿No vas a casa?

—Me gusta que me espabile el frío. Cuando era pequeño mi padre llegaba tarde de trabajar y le gustaba que diésemos un paseo por el barrio. Era su forma de descanso. Charlábamos de todo menos de su trabajo. Por eso me gusta descargar la mente en la calle y no en casa.

«Joder, hasta parece que tiene corazón», pensó Alberto con miedo de decirlo en alto.

—¿Quieres un pitillo?

Alberto se quedó en silencio mirando el paquete de Lucky Strike que Nicolás le

tendía. Había dejado de fumar hacía muchos años, pero siempre había soñado con volver a sentir aquella maravillosa sensación de aspirar, jugar con el cigarrillo y expulsar el humo tratando de hacer un anillo mejor que el anterior. Echaba de menos el aroma de tabaco tostado que solo Lucky Strike había conseguido. Recordó su primer pitillo con su amigo Gonzalo Moreno en un cine de verano.

—No fumo, gracias.

—Bueno, por lo menos siéntate mientras me termino el mío.

Alberto soñaba con su almohada pero estaba claro que no podía rechazar el ofrecimiento. Por lo menos, él no iba a investigar si Nicolás habría aceptado una negativa.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Nicolás mientras daba una nueva calada.

—Es una forma de verlo.

Nicolás se rio.

—Es verdad que es jodido, pero es lo que tiene ser abogado. Si quieres estar en las grandes ligas, hay que sacrificar sueño y ocio. ¿Te imaginabas algo tan exigente?

—No desde el principio.

El socio volvió a mirar al frente y acercó el cigarrillo a los labios tanto que parecía que se lo iba a comer.

—Cuando empecé la carrera de derecho quería ser un buen abogado. De esos que ayudan a la gente...

—Nosotros ayudamos a la gente.

—Ya me entiendes. De esos que trabajan de sol a sol con un par de ayudantes y una secretaria. Van a los juicios con sus trajes baratos y raídos y casi no llegan a fin de mes porque los clientes no les pagan. Sin embargo, ellos siguen defendiéndoles porque creen en la Justicia. Esos abogados que no aparecen en la prensa y que nunca dejan de trabajar porque no han ganado lo suficiente para asegurarse el futuro.

—¿Y por qué no lo fuiste?

—¿Quién dice que no lo sea?

—Tu abrigo de dos mil euros.

Nicolás se quedó mirando a Alberto durante unos segundos y luego estalló en una carcajada.

—Eres rápido —dijo Nicolás mientras se reía.

—Dejémoslo en observador —respondió Alberto—. ¿De quién fue la culpa?

—Estaba yo en cuarto. Disfrutaba en la facultad y la carrera me estaba gustando. Tenía buenas notas, pero un mal profesor de derecho procesal. Hizo que viese con miedo la posibilidad de enfrentarme a aquellos juzgados sobrecargados de trabajo, con jueces que te ninguneaban y pleitos que podían durar diez años durante los que podía ocurrir que no vieses un duro. Sin duda era un abogado para el que su profesión se había convertido en un martirio más que en una vocación. Y su frustración la volcaba en sus clases aburridas e insufribles. El suyo era el porcentaje más bajo de aprobados que había en la facultad. Fui de los que suspendieron. Ese verano, mientras

mis amigos disfrutaban de la playa, las chicas y las fiestas, yo estaba peleándome con un libro más alto que mi madre. —Nicolás se mesó los cabellos y tiró el pitillo al suelo—. En eso apareció mi primo Mario para pasar unos días en casa. Él tenía treinta y cinco años. Llegó en un BMW descapotable que me quitó el hipo. Con sus camisas de marca y la ropa más alucinante que había visto en mi vida. Guapo, ligón, fiestero y con dinero. Mucho dinero. Trabajaba en Londres en el departamento de mercantil de un despacho de abogados internacional. Trabajaba mucho, pero tenía mucho dinero y parecía que disponía de tiempo para gastarlo. Me fascinó.

—¿Él te convenció?

—Me convenció su imagen y su estilo. Después de diez días con él, solo soñaba con seguir sus pasos. Mi vocación de abogado artesanal se difuminó con las historias de fusiones imposibles y acuerdos a última hora sazonadas con lujo y esplendor que contaba mi primo.

Alberto se sentía incómodo ante el arranque de sinceridad y confianza de alguien al que siempre había visto como un jefe y no como un compañero de profesión.

—Y ahora soy socio del mejor bufete del mundo. En un año gano más dinero que el que habría ganado en toda mi vida como abogado de causas perdidas. Todo por un profesor de derecho procesal amargado.

—¿Cómo se llamaba?

Nicolás suspiró.

—Casimiro Arcilla.

—Se ve que tus convicciones no eran muy sólidas —tanteó Alberto.

—Digamos que la tentación fue muy fuerte.

—¿Y nunca has pensado en cambiar de carril?

—Si te gusta la acción, un despacho internacional es como una droga. Siempre quieres más. Los asuntos son cada vez más complicados y las posibilidades, más interesantes. Exige mucho esfuerzo y dedicación, pero hay recompensas. Es difícil mirar hacia atrás y tomar la decisión de cambiar.

Se levantó del banco, sacó otro pitillo, se lo puso en los labios y cogió el mechero. Antes de encenderlo, se quitó el cigarrillo de la boca y señaló a Alberto.

—Ten claras las aspiraciones en tu vida. Que nadie te las robe. Luego es difícil dar marcha atrás. Y la soledad es muy jodida, aunque sea rodeado de oro.

Se encendió el pitillo protegiendo la lumbre aunque no hacía viento.

—Me voy a casa. Te llevaría si tuviese coche, pero voy andando.

Alberto, sentado todavía en el banco y con las manos en los bolsillos, se atrevió a decir:

—Parece que tienes conciencia.

Nicolás dio una larga calada. Expulsó el humo.

—Mis clientes no me dejan.

Se dio la vuelta y echó a andar.

Al otro lado de la calle, Enrique Calderón observaba la escena rumiando la

envidia de ver a su máximo competidor hablando con Nicolás.

—Pelota de mierda —susurró Enrique mientras Alberto, al otro lado del paseo, se levantaba y miraba a ambos lados buscando un taxi.

El ritmo se intensificó los últimos días antes de lanzar la opa. La mayoría de los abogados habían desistido ya de ir a sus casas a ducharse o dormir un poco. En algunos casos se pasaban más tiempo en el taxi de ida y vuelta que en sus propios domicilios. Por ello, el despacho reservó diez habitaciones en el hotel que había a la vuelta de la esquina. Servía como campamento base para echar una cabezada o pegarse una ducha después de alguna noche sin dormir. Alberto llegó a pedir que alguien fuese a su casa a recogerle ropa. En lugar de eso, una secretaria compró varias camisas y calzoncillos en El Corte Inglés. Por supuesto, todos los gastos irían a engrosar la ya abultada factura de GlobalHerz.

El equipo había crecido a lo largo del proceso a medida que se acercaba el día D. Muchos de los nuevos integrantes no llegaron a conocer todos los detalles de la operación, pero sabían que era algo gordo. Por el camino, además de Jaime Arenas, se quedó otro par de abogados con ataques de ansiedad y proceso gripal sin duda provocados por las maratonianas jornadas de trabajo.

Solo se permitió un pequeño receso para Nochebuena. Los que no habían podido ir a sus ciudades de origen optaron por recuperar parte del sueño perdido. Los demás apenas probaron bocado de las cenas que con tanto cariño les habían preparado en sus casas y prefirieron recuperar la amistad con sus almohadas. El día de Navidad estaban citados a las diez de la mañana en el despacho. La sombra de barba que presentaba Nicolás hizo pensar a Alberto que había dormido en el bufete. Por un momento sintió pena. Fue solo un segundo.

Lo que más había sorprendido a Alberto había sido el recrudecimiento de la enemistad manifiesta que le profesaba Enrique. «¿Qué coño te pasa conmigo?», había llegado a espetarle Alberto. «¡Ohhh! Cuidado, que el niño preferido se va a enfadar.» Alberto no podía poner la mano en el fuego, pero un día terminó suponiendo que le debía de haber visto con Nicolás en el banco. Seguro que el muy capullo pensaba que trataba de ganarse el favor de Nicolás.

Un día, Alberto mandó a imprimir un documento por la impresora reservada para la Operación Plastilina. Justo cuando se dirigía a la impresora recibió una llamada en el teléfono fijo. Volvió atrás, contestó, pero no había nadie al otro lado de la línea. Cuando llegó a la impresora, los documentos que había mandado no estaban. Su agobio creció al ver que el ordenador indicaba que la operación se había realizado correctamente. Buscó durante unos minutos hasta que tuvo que avisar la incidencia. La bronca fue fuerte, pero se incrementó cuando incluso Nicolás empezó a buscar los papeles, que terminaron apareciendo, con la carátula avisando de la confidencialidad, en una papelera cercana a la impresora. Alberto dedujo que había sido obra de

Enrique cuando le vio con esa sonrisa cínica a través del cristal mientras él recibía una bronca descomunal dentro del despacho de Nicolás.

La tarde del 27 de diciembre, Nicolás mantuvo una intensa reunión en la sede de GlobalHerz. Allí, Fernando Ruiz asentía con satisfacción mientras el socio de Kline & Burbridge explicaba a directivos de la compañía y a sus máximos accionistas el diseño de la opa que iba a ser pública a la mañana siguiente. Mateo Blasco, el consejero delegado, sonreía. La confidencialidad se había mantenido hasta el final y la operación parecía magníficamente preparada por los chicos de Nicolás. Le iba a salir caro, pero sería un dinero bien pagado.

Cuando Nicolás volvió al despacho, reunió a todo el equipo en la sala de operaciones. El resto de los abogados del bufete disfrutaba ya de sus familias. Cuando Nicolás dijo que el trabajo había terminado, muchos no supieron qué hacer. Alguien propuso salir a emborracharse, pero los nervios por el día siguiente y el sueño acumulado tumbaron el plan.

—Buen trabajo —fue el máximo piropo que salió de la boca de Nicolás.

Nadie podía imaginar lo que llegarían a torcerse las cosas.

!!!Riiiiing, riiiiing!!!

El teléfono sonó con tal estruendo que Berta estuvo a punto de caerse de la cama. No estaba acostumbrada al timbrazo que pegaba el viejo aparato que tenía junto a la cama. Descolgó sin ser capaz de ubicarse en el espacio y el tiempo. No le dio tiempo ni a preguntar quién era.

—¡¿Qué cojones haces?!! —La voz de Andrés Roca sonó como un bramido al otro lado de la línea—. ¡Llevo media hora llamándote al puto teléfono móvil y lo tienes apagado! Joder, un periodista tiene el jodido móvil encendido a todas horas. En mis tiempos no había esas comodidades. He tenido que llamar a media redacción hasta que alguien me ha conseguido el teléfono de tu casa.

—Buenos días, Andrés, y esas cosas. Son las... nueve de la mañana de un día de diciembre. ¿Qué mosca te ha picado?

—¡¿Qué mosca me ha picado?! —Sin duda no le había sentado bien el comentario—. GlobalHerz lanza una puta opa hostil sobre Petrospaña y nuestra redactora de empresas está dormidita. Perdona si la molesto, alteza.

«¿Opa hostil?» Las palabras despertaron a Berta como si le hubiesen metido la cabeza en un cubo de agua helada. Los turnos de vacaciones de Navidad habían dejado la redacción con un número ajustado de redactores. Lo normal era que fuesen días informativamente muertos. Una opa hostil era una bomba. Y además entre dos compañías de las más grandes de... Berta, de repente, cayó en la cuenta.

—Un momento, Andrés.

—¿Qué pasa?

—¡Ah! Ahora lo pillo. Claro... Ja, ja, ja... Muy divertido. Qué mejor hora que las nueve para llamar a una redactora... ¡y gastarle una inocentada! ¡Vaya! No había caído...

—¡Qué inocentada ni qué cojones! ¡Han anunciado la suspensión de la cotización y GlobalHerz ha convocado una rueda de prensa a las diez en su sede! Así que coge la grabadora y vete para allá. También va Ramiro. He dejado un mensaje en el contestador de Carlos, el fotógrafo, así que quiero todo lo que podáis traer. Ramiro se centrará más en la noticia. Quiero que tú vayas y estés con los ojos y oídos bien abiertos para traerte todas las sensaciones que puedas recabar. ¡Ah! Y a ver si averiguas qué bufetes han asesorado la operación. Debe de estar metido hasta la popotito. ¡Y date prisa!

El telefonazo al colgar el auricular cortó de raíz cualquier pregunta o comentario que Berta pudiese hacer. La periodista se dejó caer en la cama. Miró al techo y suspiró. Le habían fastidiado su semana de tranquilidad. Ella contaba con cubrir el

turno con dignidad y luego marcharse de vacaciones a casa de su padre. Pero una opa como aquella iba a dar juego durante bastante tiempo. Desde el punto de vista profesional, le iba a tocar vivir uno de los acontecimientos económicos del año. Se tapó la cara con el edredón y gritó de rabia mientras se reía.

Había que ponerse en marcha.

Berta había batido todos sus récords personales. En pocos minutos se había duchado, vestido y cubierto el trayecto hasta la sede de GlobalHerz. El tráfico de Madrid había disminuido considerablemente por las vacaciones y el taxista se había llevado una propina de cinco euros por volar sobre el asfalto.

Los periodistas fumaban en la entrada de la sede de la multinacional. Quedaba un cuarto de hora para el inicio de la rueda de prensa. Los cámaras grababan imágenes de la entrada del edificio. Dos personas de la compañía, identificados con chalecos corporativos, trataban de ordenar la entrada y salida de personas a la sede. ¿Los chalecos habían sido fabricados específicamente para aquella ocasión? Berta anotó mentalmente que debía preguntarlo. En uno de los corrillos de plumillas pudo ver a Ramiro, su compañero de redacción, que charlaba de forma animada con periodistas de otros medios. Desde que había empezado en la profesión periodística a Berta le había sorprendido la buena relación que había entre los profesionales de distintos periódicos, radios o televisiones. Mientras estudiaba la carrera pensaba que la rivalidad entre cabeceras impedía o cercenaba la posibilidad de que los periodistas llegasen incluso a trabar amistad. Sin embargo, la actividad del día a día le había demostrado que el compañerismo y el respeto estaban por encima de las guerras editoriales. Para ella había sido una sorpresa y un alivio.

—Hola, Ramiro. Hola, chicos. Vaya bombazo, ¿no?

—Hola, Berta. Creí que no llegabas. Andrés me ha llamado varias veces preguntando por ti.

—Tendrías que haber escuchado la bronca que me ha echado por tener apagado el móvil.

—¿El móvil apagado? Eso no se hace, pequeña —dijo Javier, de *Diario Económico*.

—Ya he aprendido, sabelotodo —sonrió Berta.

Uno de los empleados de GlobalHerz invitó a los periodistas a entrar en el edificio, ya que la conferencia de prensa iba a empezar. Ramiro subió las escaleras junto a Berta.

—Yo me encargo de atender —le explicó Ramiro—. Andrés quiere que hagas una crónica de color: cuánta gente hay, qué sensaciones se mascan, anécdotas y demás. Carlos está a punto de llegar. Si quieres que fotografíe a alguien en especial, se lo dices. Esta opa va a ser la guerra. ¿Tenías planes de vacaciones?... Probablemente tengas que desmontarlos.

—No me jodas, Ramiro. Mi padre me mata si no voy a visitarle.

—Así son las cosas.

Berta puso cara de contrariedad. Entrar en la información de una opa de aquella importancia era genial, pero le dolía dejar de lado a su padre. Tendría que entenderlo.

—Bueno, vamos a por ello —dijo Berta mientras cruzaba la puerta que daba acceso al salón de actos.

El logotipo de GlobalHerz presidía el frontal de la mesa donde se amontonaban las grabadoras y los micrófonos. Unos cuarenta periodistas se diseminaban por las primeras filas de un coqueto salón de actos. Mientras Ramiro se acercó todo lo que pudo a la mesa principal, Berta optó por situarse en uno de los pasillos laterales desde el que podía divisar toda la estancia. Las cámaras de televisión ocupaban la parte trasera, donde se había habilitado una tarima para que pudiesen grabar imágenes de los protagonistas sin interrupciones. Distintos empleados de la compañía, consultores de comunicación contratados expresamente para la operación, algunas azafatas con micrófono, fotógrafos y cámaras de televisión terminaban de llenar el salón y le daban una apariencia de estudiado desorden.

Berta escribía los detalles que le llamaban la atención en su pequeño bloc de notas. Su manejo del bolígrafo le permitía hacer rápidas anotaciones que luego solo ella era capaz de descifrar. A veces se excedía en la rapidez y se le hacía difícil desentrañar el significado de sus propias notas.

La periodista fijó la vista en tres hombres situados al final de la sala y sentados en el extremo más alejado de la entrada. Sin duda querían pasar desapercibidos, algo fácil entre el maremágnum de periodistas que todavía departía con sus colegas. Berta los miró. Uno era Nicolás Verde. Ella le había entrevistado hacía cosa de dos años. Le precedía su fama de *rainmaker* o generador de negocio para Kline & Burbridge. Su nombre era el sueño imposible de cualquier despacho. Facturaba más que algunos departamentos de su bufete enteros, pero llevaba demasiados años en la firma internacional como para escuchar cantos de sirena procedentes de otros bufetes. Empezaba a tener la etiqueta de *crack* en el sector. Pero no todos los comentarios sobre él eran buenos. El motivo de la entrevista había sido el Premio Abogado del año en Europa que le había entregado una revista de Londres por su participación en tres operaciones de gran repercusión en el mismo año. A Berta le había parecido una persona inteligente y accesible pero con un ego desmedido. Su impresión había quedado corroborada por los comentarios de otros abogados cuando habían leído la entrevista. Berta había tenido poco contacto con él en los dos años siguientes. Era un abogado que disfrutaba apareciendo en la prensa, pero que no facilitaba el trabajo de los periodistas, especialmente cuando se trataba de hablar de cosas que a Verde no le interesaban. Allí estaba, sentado, jugando con sus gemelos y con la mirada perdida en el escenario. Parecía bastante cansado. Estaba claro que Kline & Burbridge había participado en la opa. Si quedaba alguna duda, Berta la disipó cuando observó como Reyes, la jefa de prensa del bufete, se acercó a Nicolás y le dijo algo al oído. El abogado sonrió y Reyes pasó por delante de los tres hombres para sentarse en una butaca junto a ellos.

Fue en aquel instante cuando Berta reconoció a uno de los acompañantes. Era aquel abogado casi novato que le había sacado de sus casillas en el Museo Thyssen. ¿Cómo le había dicho? ¡Ah, sí! Que a los periodistas les daba igual las consecuencias de sus noticias. Le había parecido un chulo y un arrogante además de haber provocado que pasase una vergüenza terrible en el museo. Berta trató de recordar su nombre. «¿Espinosa?, ¿Espinós?... ¡Spínola! ¡Alberto Spínola!... Valiente gilipollas», pensó Berta. «Pero metido en todo el meollo», se replicó a sí misma.

Una lluvia de flashes sacó a Berta de sus pensamientos e hizo que desviase la mirada hacia la tarima donde aparecieron Santiago Haro y Mateo Blasco con una sonrisa amplia pero no exagerada como muestra de satisfacción pero no de triunfo. Los dos debían tener claro que el anuncio de la opa era solo el primer paso.

Haro, el presidente de la compañía, mantenía su extrema palidez y miraba a las cámaras con sus ojos casi transparentes carentes de expresión. A su lado, el consejero delegado mostraba la superficie exacta de dentadura perfecta para no parecer un actor de Hollywood. Berta pensó que debía de haberse pasado buena parte de la noche practicando ante el espejo. Lo escribiría en su crónica. Blasco mantenía su mano derecha metida en el bolsillo con un gesto desenfadado que le daba un aire juvenil pese a su calva y el traje de firma. Ambos directivos posaron para las cámaras durante unos minutos hasta que empezó a decaer el ritmo de los flashes.

El jefe de prensa de GlobalHerz cogió un micrófono e hizo las presentaciones de rigor, aunque todos los asistentes conocían de sobra a los intervinientes. El turno de preguntas se dejaría para el final. Santiago Haro tomó la palabra:

—Muchas gracias a todos por venir y perdonad si hemos alterado vuestra agenda de vacaciones —bromeó, y los periodistas correspondieron con una leve sonrisa que corroboraba el trastorno—. El objetivo es explicaros los detalles de la oferta pública de adquisición que nuestra compañía ha lanzado sobre las acciones de la petrolera Petrospaña.

Aunque no miraba ningún guion, Haro parecía tener memorizada su intervención. Los periodistas estaban con los bolígrafos inquietos y los oídos atentos.

—A primera hora de esta mañana hemos remitido a la Comisión Nacional del Mercado de Valores un hecho relevante anunciando la oferta realizada por la compañía.

El presidente fue desgranando uno por uno los detalles de una operación que, según dijo Haro, suponía el «proyecto más ambicioso de la compañía» en los últimos diez años.

Berta buscaba las reacciones de los periodistas, los gestos de accionistas y los movimientos del equipo de apoyo de GlobalHerz. La periodista no podía evitar que se le marchasen los ojos hacia los integrantes del equipo de Kline & Burbridge, que, de vez en cuando, cuchicheaban entre ellos arrancando la sonrisa de Nicolás Verde. A Berta le iba a ser difícil sacarle información a Verde si seguía rodeado de Reyes, Alberto y otro abogado que peinaba algunas canas aunque aparentaba poco más de

treinta años. Debía de ser un asociado del equipo de Verde. Habría que buscar el momento propicio. Especialmente había que evitar a Reyes. A ella le gustaba tener todo bajo control y no iba a permitir que Berta cruzase una palabra con Nicolás si no estaba ella presente. Reyes era ese tipo de encargada de prensa que, en lugar de favorecer la relación de los abogados con los medios, la entorpecía, y gravemente.

Berta fijó la vista en la mesa presidencial por unos segundos. Cuando volvió los ojos de forma instintiva hacia los abogados, Alberto Spínola estaba mirándola. El cruce de miradas sorprendió a Berta. El abogado levantó ligeramente una mano en forma de saludo cínico. La periodista frunció la nariz y negó con la cabeza como rechazando lo que parecía una burla del joven abogado.

Aunque lo intentó, Berta no pudo atender el resto de la conferencia de prensa. La posibilidad de que Alberto la estuviese mirando le carcomía el pensamiento. Ella sabía que no podía moverse. Estaba en mitad de un pasillo, apoyada en la pared y el camino hacia la salida estaba muy concurrido. No había ningún asiento libre cerca de ella y tendría que haber levantado a varias personas para acceder al más cercano. «¿Por qué la gente se sentaba siempre en los extremos de las filas y no en el centro?», maldijo para sí la periodista. No entendía muy bien por qué le importaba tanto si el abogado la estaba mirando o no, pero el hecho era que no paraba de darle vueltas. La obsesión de sentirse observada hizo surgir nuevas preguntas en su cabeza: ¿Tenía limpios los vaqueros? ¿Le favorecía el jersey que llevaba? ¿Por qué no se había sentado en una butaca como habían hecho el resto de los periodistas? Berta empezó a jugar con su pelo y trató de concentrarse en la voz de Blasco, que enumeraba las ventajas de la operación para su compañía.

Cuarenta minutos después finalizaba la rueda de prensa y los periodistas se abalanzaban sobre Haro, Blasco, el jefe de prensa o cualquier otro que pudiese aportar algo de información adicional y diferente. Berta volvió a mirar a los abogados de Kline & Burbridge. Nicolás Verde enfilaba la salida con sus compañeros siguiéndole los pasos. La periodista se abrió paso entre los corrillos que bloqueaban el pasillo. Reyes se había quedado sentada hablando por el teléfono móvil. Los abogados salieron de la sala y Berta logró hacerlo pocos segundos después. Pudo ver cómo Nicolás Verde entraba en el lavabo de caballeros mientras Alberto Spínola y el otro abogado avanzaban hacia la salida del edificio. Era el momento perfecto. Berta sorteó con muchas dificultades a los asistentes que caminaban de forma lenta y bulliciosa hacia la calle. Cuando llegó a la puerta del lavabo, miró hacia atrás. Estaba dispuesta a entrar en el servicio de caballeros si eso le permitía hablar con Verde a solas. Sin duda había sido él quien había montado la operación al menos desde el punto de vista jurídico. La periodista se armó de valor y se disponía a girar el pomo cuando la puerta se abrió de improviso. Nicolás estuvo a punto de chocarse con ella, que consiguió ahogar un pequeño grito.

—Creo que se equivoca, señorita. Este es el lavabo de caballeros —le dijo Nicolás con su mejor sonrisa.

—No me había dado cuenta —dijo apurada Berta. Ambos miraron el cartel que colgaba en la puerta y que no dejaba lugar a dudas sobre quién tenía derecho de uso. Sin embargo, ella prosiguió—: Eres Nicolás Verde, ¿no es cierto?

El abogado la miró entrecerrando los ojos.

—Sí, soy yo.

Antes de que pudiese preguntar quién era ella, Berta adelantó la mano:

—Soy Berta Salgado, periodista de *Financiero*. Te entrevisté hace un par de años.

El abogado reaccionó con rapidez.

—Es verdad. ¿Cómo estás? —preguntó Nicolás mientras plantaba dos besos en las mejillas de la azorada periodista. Los dos caminaron hacia el vestíbulo.

—Muy bien. Aquí, con la «inocentada» que nos habéis montado. Vaya días que nos esperan.

—Soy inocente —dijo el abogado levantando la mano derecha en actitud de juramento.

—Algo habrás tenido que ver...

—Sabes que no puedo hablar.

—Pero habéis asesorado la opa.

—Yo no digo nada, pero es indudable que solo hay una respuesta a mi presencia aquí.

Berta agarró el ariete de la vanidad para volver a golpear los muros del silencio del abogado.

—Debe de ser increíble llevar el peso de una operación de estas características —afirmó Berta insertando la respuesta en la propia pregunta.

—Es una satisfacción..., pero no lo pongas en mi boca.

—¿Han participado más despachos?

—¿Ves a más abogados? —Nicolás disfrutaba con el juego del gato y el ratón. No decía nada, pero lo decía todo—. Puedes preguntarle a Fernando Ruiz. Es aquel señor bajito, rubio y con cara de buena persona. Es el director de la asesoría jurídica.

—Supongo que una operación así se prepara con mucha antelación —dejó caer Berta.

Nicolás soltó una pequeña risa y puso la mano en el hombro de la periodista.

—No quieras ir tan lejos. No puedo decirte más. Si quieres más detalles, pregúntale a Ruiz o a nuestra jefa de prensa.

—Si tengo que esperar a que Reyes me cuente algo, puedo morir en el intervalo. Bueno, gracias de todas formas. ¿Puedo llamarte para ver cómo avanza la operación? —tanteó Berta.

—Puedes hacerlo, otra cosa es que yo te cuente algo. Por cierto, gracias por la entrevista. Quedó fantástica.

Cuando iban a despedirse, apareció Alberto junto a ellos.

—Nicolás, hay un taxi esperándonos.

—Alberto, ¿conoces a Berta Salgado, del diario *Financiero*?

El joven abogado miró a la periodista sin disimular su cara de desprecio.

—Sí, nos conocimos en la fiesta del Thyssen. Me llamó..., ¿cómo fue? ¿Proyecto de gilipollas?

Nicolás alzó las cejas en actitud de asombro y miró a Berta.

—Parece que se te quedó grabado —sonrió Berta con una pizca de cinismo, y añadió—: Veo que subes como la espuma en el despacho. En un par de meses has entrado en el círculo de confianza de los importantes. Conseguirás tu objetivo rápidamente.

—¿Qué objetivo? ¿Ser socio?

—No, ser un gilipollas. Buenos días a los dos —dijo Berta mientras se daba la vuelta. Salió andando en busca de Fernando Ruiz, pero le dio tiempo a escuchar la risa de Nicolás y a imaginarse la cara de Alberto sorprendido por su golpe bajo.

Sonrió.

—No es bueno llevarse mal con la prensa —acertó a decir Nicolás Verde entre carcajada y carcajada—. Creí que Reyes te había advertido.

Alberto estaba sentado en la cabecera de la mesa. El equipo que había participado en la preparación de la opa ocupaba el resto de las sillas y miraba sonriendo a Alberto después de que Nicolás contase el episodio con Berta Salgado en la sede de GlobalHerz.

—No me jodas —contestó Alberto camuflando su enfado tras una sonrisa.

Todos los abogados estaban en mangas de camisa y con las corbatas aflojadas. Lo que había sido el cuartel general de los abogados durante un mes frenético era ahora un lugar de paz, sosiego y sonrisas. Alguno había dormido más de cinco horas seguidas y eso era un gran premio. Lo peor había pasado. La presión de la operación había llevado la capacidad de aguante de los abogados hasta el límite. Algunos ya habían sufrido situaciones parecidas. Para otros era su bautismo de fuego. La opa había provocado que todos los miembros del equipo experimentasen la sensación de aletargamiento que genera un puñado de noches sin dormir. El cansancio había provocado más de un roce entre los abogados. Nadie había llegado a las manos, pero varios se habían quedado con las ganas.

Alberto nunca se había imaginado algo así, de tanta exigencia. Su papel en el equipo había sido secundario en lo técnico. No era más que un júnior recién llegado. Cierto que con un estatus especial, pero un júnior al fin y al cabo. Había aportado muchas opiniones y más de una solución. Pero estaba orgulloso de su aportación anímica. Se había concienciado para trabajar en equipo. No era su especialidad, pero sabía que era crucial para su desarrollo como abogado. Se había fijado en cada socio, en cada asociado sénior, en cada orden, en cada conflicto. La abogacía era un negocio de egos y en una opa como la de Petrospaña se habían enfrentado algunos de los más grandes, empezando por Nicolás. Pero, a su nivel, Alberto también había librado batallas de vanidad y soberbia. Lo sabía. En algunas había salido victorioso. Así lo demostraba el hecho de que, en pocas semanas, se había ganado la confianza de Nicolás. Quizá el socio veía en él un fiel vasallo, sin los vicios ni los errores que iban acumulando los abogados a lo largo de su carrera. ¿Querría convertirlo en otro Nicolás? Todo el mundo daba por hecho que Alberto era el nuevo niño mimado de Nicolás. Y eso le generaba muchos enemigos. Para empezar Enrique, que seguía con su odio público contra Alberto. Y eso había generado bandos. Algo que Alberto repudiaba. Pero era inevitable. Enrique lo había llevado casi hasta el extremo de forzar a sus compañeros de quinta a un «o estás conmigo o estás contra mí». Varios habían preferido desentenderse o, simplemente por llevarle la contraria a Enrique,

ponerse del lado de Alberto. Otros se habían sumado a las fuerzas del mal.

Enrique era más listo de lo que parecía y Alberto evitó la batalla.

Gustavo Lozano se había unido a la reunión ahora que ya era pública la opa. Las palabras de gratitud y reconocimiento por el trabajo realizado eran un escaso premio al esfuerzo dedicado. Pero ahora, una vez terminados los documentos, informes y consultas, todos hacían cálculos imaginándose a cuánto iba a ascender su bonus de aquel año. Nicolás iba a hacerse de oro, pero a todos les iba a caer un buen pellizco.

—Nicolás y yo hemos decidido que os cojáis unos días libres aprovechando las navidades. Haremos varios turnos para que siempre haya un equipo de guardia. El seguimiento de la opa va a ser crucial y no pararemos hasta que sea una realidad.

La noticia fue recibida casi con vítores.

—Antes de que os vayáis, quiero que repaséis vuestras hojas de facturación. No quiero que se quede ni media hora sin cobrar ni un desplazamiento en taxi sin pasar. Hemos hecho un gran trabajo y lo vamos a cobrar. Carmelo —dijo mirando a uno de los socios que había participado en la operación—, haz los turnos de guardia. Que haya gente de cada departamento. Son días de descanso, pero ya sabéis: blackberry encendida y viajes de menos de 600 kilómetros y una lista con los sitios donde vais a estar por si hay que localizaros.

Sonaba a libertad condicional, pero los abogados desmenuzaban con la mente cada minuto de descanso que iban a tener.

—Gracias a todos.

La redacción del periódico estaba en plena efervescencia, y eso que faltaban más de tres horas para cerrar la edición. El grueso de los periodistas que estaban de guardia había sido dedicado a la opa desde los más diversos puntos de vista. Andrés Roca sudaba como un policía estresado corriendo de un lugar a otro dando indicaciones. Aunque su actitud podía aparentar desconcierto, su equipo sabía que todo estaba bajo control. Llevaba toda el día entrando y saliendo de una y mil reuniones con el director, los jefes de sección, los fotógrafos, los documentalistas, periodistas y, si hacía falta, hasta con las señoras de la limpieza. Como si fuesen platillos que tuviese que mantener en el aire, Andrés daba instrucciones mientras contestaba las llamadas que martilleaban su teléfono móvil. No rechazaba ninguna. Incluso tenía tiempo para explicarle a Fernando, su hijo de diez años, por qué no podía irse a dormir a casa de su amigo Jaime.

Dos becarios que estaban a punto de terminar su fase de aprendizaje en el periódico eran los encargados de filtrar los teletipos que iban llegando referentes a la opa. Después de una primera criba los dejaban en la mesa de Andrés o los repartían entre los periodistas encargados de la noticia. «¡Joder! No me dejéis ochenta teletipos encima de la mesa. Se trata de que me entreguéis los más interesantes. ¡Vamos, cojones, que lleváis seis meses en el periódico y ya debéis tener criterio para saber qué es lo importante y qué es la morralla!», les gritaba Andrés con más intención de enseñar que de abroncar. Los más veteranos sonreían. Sabían que, pese al filtrado que hiciesen los becarios, Andrés repasaría hasta el teletipo más insignificante para que no se quedase nada en el tintero.

En momentos como aquel a Andrés se le hinchaba una vena en el cuello. «Debe ser la vena periodística», bromeaban los que trabajaban a su alrededor. Entonces pasaban cosas. Una jornada como aquella junto a Andrés Roca equivalía a un máster de periodismo de dos años. «Quiero imágenes que digan cosas. Para colorear las páginas traigo a mi puto sobrino», espetó a los fotógrafos. Dos mesas más allá, los de infografía trataban de aportar valor añadido a los artículos con sus composiciones y gráficos.

—Berta, ¿cómo va tu artículo? ¿O sigues apagada o fuera de cobertura en estos momentos? —El grito de Andrés atravesó toda la redacción y provocó una carcajada unánime.

—¡Deja un mensaje! —respondió la periodista—. Ahora te lo llevo...

Su artículo de «color» sobre las anécdotas, curiosidades y sensaciones de la rueda de prensa ya había pasado el visto bueno de Andrés. «Me alegro de haber insistido llamándote esta mañana. Buen artículo», dijo el redactor jefe después de acribillar el

artículo con decenas de correcciones con su temido bolígrafo verde. Para Andrés se trataba solo de correcciones de estilo que el periodista podía asumir o negociar. Pero el fondo de la crónica le había gustado y eso era lo importante. «Aquí hay buen periodismo», exclamó Andrés. Una confesión como aquella acrecentaba su fama de que solo él otorgaba los diplomas de buen periodista.

Berta escribía frenéticamente las últimas líneas de su artículo sobre los abogados de la opa. «No quiero saber qué despachos han estado involucrados. Quiero saber qué abogados lo han hecho y cómo.» Andrés había mirado a Berta con fiereza. Era su forma de motivar. Quería un buen artículo y Berta se había puesto las pilas para escribirlo. Miguel, socio de un bufete español, le había dado la percha perfecta para el artículo.

—¿Nicolás Verde? Fuimos compañeros en los primeros años de ejercicio. Es un gran abogado, pero no tiene escrúpulos —dijo Miguel.

—¿Acaso alguno los tenéis? —bromeó Berta. El comentario no debió de hacerle mucha gracia a su interlocutor, que prosiguió como si no hubiese escuchado.

—Lo que voy a decir no lo puedes escribir, pero Nicolás es un abogado capaz de bailar sobre la línea entre lo que es legal y lo que no.

—Es una acusación muy fuerte...

—Por eso no lo vas a escribir. Pero no me extrañaría que GlobalHerz haya buscado no solo al mejor abogado, sino al que sea capaz de hacer lo que sea por el éxito de la opa.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea. Kline & Burbridge es un magnífico despacho y Nicolás, un abogado técnicamente perfecto. Pero a veces hace falta algo más.

—¿Cruzar la línea? —preguntó Berta.

—Solo si es necesario.

El silencio se hizo en el teléfono. Berta sostenía el auricular con su hombro derecho.

—¿Por qué, si no, ha dejado su sabático y se ha venido para llevar la opa? —preguntó el abogado.

—¿Sabático?

—Como lo oyes.

—La operación valía la pena.

—Especialmente si la compañía quiere que sea «ese» abogado el que la lleve. ¿Sabes lo que más impresiona de una operación así? —continuó Miguel cambiando de tercio. Él mismo se respondió—. El silencio.

—No te entiendo —dijo Berta.

—No sé cuánto tiempo lleva Nicolás preparando la opa, pero sí te puedo asegurar que hace dos meses o menos estaba saliendo de España en dirección al Caribe. Lo sé de buena tinta. Sin embargo, se volvió y puso en marcha una maquinaria brutal para llegar a presentar la opa apenas un mes después. ¡Y nadie se ha enterado!

—No te sigo —apuntó Berta tratando de entender algo que debía ser muy evidente, pero que ella no captaba.

Miguel sonrió.

—Lo más difícil en una operación como esta es que se mantenga en secreto. Gran parte del éxito se basa en que no se filtre ni un detalle. De esa forma, las acciones de la compañía que vas a atacar no se inflan. Teniendo en cuenta que mucha gente sabía que Nicolás estaba de sabático y que ha debido de estar un mes por el despacho, lo más normal era que alguien le hubiese visto, por ejemplo, salir de la sede de GlobalHerz después de una reunión. Un detalle como ese en los ojos de un avezado observador y se pueden atar demasiados cabos que hundan la operación.

—Lo cuentas como si fuese una película de espías. Exageras un poco, ¿no?

Miguel esperó para contestar.

—Te falta mucho por aprender, Berta.

—¿Y cómo ha hecho Nicolás para no dejarse ver? —preguntó Berta como si no hubiese escuchado el reproche.

—Ni idea. No me extrañaría que hubiese dormido en el despacho. Nicolás es capaz, pero más por dedicación al trabajo que por miedo a ser visto.

—¿Seguro que estaba de sabático?

—Pregúntale a él. Pero puedes llamar a otros abogados. Lo sabía mucha gente.

—Sé hacer mi trabajo —rechazó Berta.

—Lo sé. Perdona si te he molestado.

Berta suspiró.

—Perdóname tú. Llevo un día largo y agotador.

—Lo imagino. Espero haberte ayudado.

—Gracias, Miguel, y feliz Navidad.

Berta colgó el auricular y se quedó mirando el bloc de notas. ¿Sabático? Sonaba tan bien que la periodista ya veía a Andrés Roca relamiéndose de gusto. Necesitó varias llamadas para atar la noticia. Aunque algún abogado de otro despacho se lo había confirmado, Berta trató sin éxito de hablar con Nicolás. El socio no se puso al teléfono y, en su lugar, Berta tuvo que preguntar a Reyes.

—Hola, guapa. ¿Qué? ¿Vas a sacar algo bonito sobre nosotros mañana?

—No sé si será bonito, pero sí interesante —replicó Berta—. Por cierto, ¿cuándo volvió Nicolás del sabático?

Reyes no supo articular palabra. En décimas de segundo trató de evaluar qué tipo de información debía ofrecer y en qué cantidad.

—¿Sabático?

—Hace un par de meses salió para el Caribe de año sabático y hoy estaba en la presentación de la mayor opa de los últimos años como abogado principal. Supongo que canceló su descanso. No creo que se fuese al Caribe con los deberes hechos.

—¿Vas a escribir sobre eso?

—¿Así que es verdad?

—No he dicho eso —replicó Reyes tratando de escapar de la espada que la atrapaba contra la pared.

Berta saboreó el momento y otorgó clemencia.

—Tranquila. Será solo una anécdota dentro del contenido —aseguró mientras creyó escuchar el suspiro de alivio de la jefa de prensa de Kline & Burbridge.

—Bueno, supongo que no es un secreto.

—Gracias.

—De nada. Por cierto, dile a Nicolás que me llame si quiere.

«Las tumbas de la opa»

El titular de la noticia iba a invitar a más de uno a leérsela. Berta se esmeró en la redacción de cada frase. Era de esos artículos que un periodista disfrutaba escribiendo. Un poco de noticia, dos cazos de datos, un puñado de nombres y una pizca de opinión. La receta perfecta. «Lo van a devorar», pensó Berta imaginando a los lectores.

Nicolás Verde es un fantasma. O por lo menos lo ha sido en las últimas semanas. Cuando la comunidad jurídica pensaba que se encontraba disfrutando de un merecido tiempo de descanso en las playas caribeñas, resulta que estaba capitaneando el equipo jurídico del bufete internacional Kline & Burbridge que ha llevado el peso jurídico de la opa. Su reconocimiento en el mercado como uno de los principales expertos en este tipo de operaciones hizo que Fernando Ruiz y el departamento jurídico de GlobalHerz le confiaran su sed de petróleo. La presencia de Verde en Madrid podría haber levantado sospechas e incluso invitado a la elucubración de todo tipo de teorías. Seguro que en la planta noble de GlobalHerz no hubiesen aceptado ningún rumor que pudiese alterar la preparación de la opa. La confidencialidad ha sido estricta y ha sido la CNMV la primera en tener noticia de la oferta. El secreto impuesto alrededor de la operación otorga un plus de eficacia a la labor de los abogados. Además, añade una carga más en la ya de por sí estresante función del letrado.

Berta continuaba el artículo con varias referencias al deber de secreto profesional que, tan a rajatabla, se había llevado en la operación. Y terminaba con una sentencia:

Los abogados de Kline & Burbridge se llamarán ahora las tumbas de la opa.

Andrés leyó el artículo. Apenas tocó un par de detalles. «Me lo llevo a portada», comentó arrancando la sonrisa a Berta. La periodista, con la sensación del trabajo bien hecho, volvió a su mesa. Ayudó a Marcos en la elaboración de una tabla con las mayores opas de la historia. Cuando todo parecía encarrilado, pero sabiendo que tendría que quedarse a la segunda edición por si había cambios de última hora, descolgó el teléfono y realizó la llamada que había estado evitando desde primera hora.

—Papá...

—¡Hola, mi niña! —La voz de su padre sonó ronca pero llena de vitalidad—. Vaya día que has debido de tener. En la tele han dicho que van a comprar las gasolineras.

—Sí, algo así. La verdad es que ha sido un día de mucho trabajo, pero de los que apetece vivir en un periódico. ¿Cómo estás?

—Muy bien, hija. Aquí en Córdoba está haciendo un tiempo de perros. Menos mal que han llegado ya tus tíos Carlos y Jimena. Se van a quedar a pasar Nochevieja. Creo que va a estar muy divertido. Voy a comprar la carne aquella que te gustó tanto de la tienda de Marcelo. Y el tío Carlos ha traído un vino que...

—Papá, no sé si voy a poder ir.

—¿Cómo? Pero si me dijiste que tenías vacaciones en la primera semana de enero.

La voz de su padre había cambiado de tono. A Berta se le partió el corazón.

—Ya lo sé, papá, pero es que puede que me tenga que quedar. Si la compra de Petrosaña sigue dando mucho trabajo, voy a tener que quedarme. Supongo que me cambiarán los días y dejarán que me los coja más adelante.

—Pero no es lo mismo...

—No me mates, papá. Me siento fatal. Voy a tratar de estar por lo menos en Nochevieja.

El silencio en la línea no duró más de un segundo, pero a Berta le bastó para imaginarse a su padre ajustándose su rebeca azul de estar en casa y tragándose las lágrimas para no preocupar a su pequeña.

—Bueno, tú no te preocupes. Si te puedes venir, fenomenal. Si no puedes, no pasa nada. Lo importante es que tienes un trabajo que te gusta y si te dicen que te quedes, debe ser porque eres la mejor.

Ahora era Berta la que se tragaba las lágrimas.

—Algo así, papá. Bueno. Te llamo mañana, que aquí quedan cosas en las que puedo echar una mano. Te quiero, papá. Un beso.

—Un beso, mi amor.

Berta se secó las lágrimas que empezaban a aparecer en sus ojos. Jesús, desde el otro lado de la mesa, observaba su pena.

—¿Estás bien?

La periodista aclaró las ideas y sonrió lo mejor que pudo.

—Sí, gracias, Jesús. No te preocupes. Esta profesión..., que es muy jodida.

Jesús no supo cómo consolar a Berta.

—Y que lo digas —fue lo único que acertó a comentar.

Alberto tenía perfectamente captada la secuencia lumínica del anuncio de neón que había frente a su ventana. La persiana no cerraba bien y dejaba tres rendijas abiertas por las que se colaba la luz. Estaba en su lista de cosas pendientes que exigir al casero, pero siempre se le olvidaba. El casero debía de estar encantado. Pagaba religiosamente y no daba ningún problema. Era poco amigo de invitar a gente a casa y los vecinos nunca se habían quejado de su comportamiento.

Lo que Alberto no entendía era cómo, después de un mes casi sin dormir, era capaz de estar, a las cinco de la madrugada, desvelado y con los ojos abiertos como platos. Debía ser que su cuerpo se había acostumbrado a tocar diana de madrugada o a chutes de cafeína que hubiesen mantenido despierto a un elefante. El caso era que, después de haber dormido apenas cuatro horas, volvía a estar activo. Y no podía conciliar el sueño.

Vencido por el hastío, se levantó media hora después y se pegó una ducha larga y relajante. En el baño, su pequeño transistor, su mejor compañero, colgado de la percha, emitía el programa que cada mañana durante un mes le había acompañado mientras se preparaba para otra jornada de trabajo. La opa ocupaba las noticias, las tertulias y hasta casi la información deportiva. Alberto sintió un cosquilleo extraño. Era lejano. Casi imperceptible. En la boca del estómago. De satisfacción. El abogado no lo dudó. Debía de ser el ego de todo profesional que se ve involucrado en una noticia que termina abriendo un telediario. El ego del abogado que empezaba a nacer. Alberto sonrió frente al espejo mientras se afeitaba.

Bajó a la calle. El reloj marcaba las seis y media de la mañana. La hora se veía sustituida por una temperatura que quitaba el sueño: dos grados bajo cero. Alberto compró los periódicos en un VIPS y se acercó a la churrería de Tonino. Era el local que más temprano abría de la zona. Además de preparar los churros que repartían entre bares y cafeterías de todo Madrid, Tonino tenía cuatro mesas en las que servía a quien le daba la gana y lo que le daba la gana. En aquel lugar se juntaban trabajadores que terminaban sus turnos de noche y madrugadores que iniciaban su jornada laboral. Alberto llevaba un tiempo pasando por allí y se había ganado la confianza del dueño. Se sentó con el taco de periódicos y esperó a que Tonino le pusiese lo de siempre.

La opa ocupaba todas las portadas. Los calificativos eran de todos los tipos y las opiniones sobre el futuro éxito de la opa se mezclaban con los más agoreros que auguraban un fracaso estrepitoso. En lo que coincidían todos los diarios era en destacar la fuerza de las empresas españolas capaces de ponerse en el centro del mundo económico. Alberto repasó con especial énfasis el diario *Financiero*. Leyó con interés los detalles de la operación —que él conocía al dedillo— y se detuvo en

la lectura de los artículos de Berta. Comenzó con ganas de crítica y a la caza y captura de cualquier error del que poder reírse. Pero, a medida que pasaban los renglones, Alberto convirtió su mueca de burla en un gesto de aceptación. «Buen artículo, sí, señorita», pensó cuando terminó de diseccionar la pieza sobre los abogados de la operación. El joven abogado volvió a notar el cosquilleo que había sentido por la mañana. Sin embargo, en esta ocasión era amargo. «Podría haberme citado en la crónica», pensó Alberto una décima de segundo antes de sonreír por su punto de vanidad.

Después de terminar su café con churros y dar buena cuenta de todos los periódicos, Alberto se despidió de Tonino. Empezó a caminar. Aunque el frío era considerable, el abogado calculó su trayecto hasta el despacho. En un día con ajetreo, Alberto era capaz de cubrir la distancia en menos de 30 minutos. Esa mañana, sin trabajo urgente encima de la mesa, el paseo podía durar casi una hora. Daría algún rodeo para pasar por aquella camisería que Gustavo Lozano le había recomendado. Aunque estaría cerrada, le gustaba ver el escaparate.

Sus pasos eran lentos. No cansinos, pero sí pausados. Pese a las pocas horas de sueño su mente estaba despejada. Sin duda el frío ayudaba a ello. Cuando apenas llevaba diez minutos caminando, Alberto sonrió. Se acababa de dar cuenta de que llevaba todo ese tiempo con Berta Salgado en la cabeza. Como le había dicho Nicolás, no era bueno llevarse mal con la prensa. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar una mano amiga en un medio de comunicación. Pero Alberto no cedería. Aquella pipiola le había desairado en público, dos veces, y no era cuestión de tender puentes. Si se hubiesen llevado bien, probablemente le habría citado en su artículo. Pero él no iba a traicionar sus principios a cambio de poner su nombre en un periódico. ¿O sí?

Sonrió. Ya estaba llegando a la camisería.

Llegó al despacho cuando se cumplía una hora de paseo. El bufete estaba vacío y él casi congelado. Siguió con el abrigo puesto hasta que llegó a su sitio. Encendió el ordenador. Sobre su mesa descansaban algunos expedientes que debía repasar antes de cogerse sus días libres. Era trabajo de júnior, pero, en definitiva, él era un júnior.

Oyó un ruido en el pasillo que daba acceso a los despachos de algunos socios. Salió a ver qué ocurría. Enrique cargaba con varias carpetas. Una de ellas había caído al suelo. Alberto dudó si volver a su sitio. Finalmente saludó:

—Hola, Enrique.

El abogado se dio la vuelta sorprendido.

—¡Ah!..., eres tú —dijo con una mueca de decepción—. Hola.

—¿Haciendo horas extras? —preguntó Alberto.

—Mira quién lo dice. El niño bonito. El preferido de los socios. ¿Qué vas a hacer hoy? ¿Hacerle la colada a Lozano? ¿O acaso vas a recoger al colegio a los niños de Jacobo?

Alberto puso cara de cansancio.

—Oye, tío, no sé qué te pasa conmigo. ¿Acaso te he hecho algo? Pareces un amargado.

Enrique dejó las carpetas sobre la máquina del café y se acercó a Alberto.

—Me joden los pelotas.

«Quién fue a hablar», pensó Alberto. Enrique dio un paso más y se encaró con él.

—Pienso ser socio de Kline & Burbridge. Y probablemente sea el más joven en conseguirlo en toda la firma. Por eso no me gusta la gente que busca atajos tan sucios como hacer la rosca a los socios o malmeter contra los compañeros...

—¿Malmeter?

—... así que piensa muy bien lo que vas a hacer en esta firma. Ya he visto que te has convertido en el perrito faldero de Nicolás. Me da igual. Tarde o temprano verá que soy mejor abogado que tú y me convertirá en su delfín.

—Oye, tío, no sé qué jodida mosca te ha picado, pero no sé de qué coño me estás hablando. Me parece cojonudo que quieras ser socio de esta firma y nadie te va a poner trabas para serlo. Nadie salvo tú mismo. Así que, si quieres, acepta un consejo: déjame en paz y sigue tu carrera. Estás peor de lo que pensaba.

—Nicolás te llevó el otro día a la presentación de la opa. ¿Es que has empezado a lamerle el culo?

—Quizá me llevó a mí porque hice mejor trabajo que tú.

—Eso lo dudo. Pero no te preocupes. La próxima vez estarás fuera y yo dentro.

—Si tú lo dices...

—Lo sé.

Enrique se dio la vuelta, cogió las carpetas y siguió hacia su despacho. Alberto se quedó mirándole. Lo que había que aguantar. Supuso que había gente como Enrique en todos los trabajos, pero seguro que en la abogacía había más de uno por promoción. Se quitó el abrigo y se fue a su despacho.

Enrique no era la peor cara que iba a ver de la profesión.

Salió mal lo que nadie desde GlobalHerz podía controlar. En pocos días el precio de las acciones de Petrospaña se disparó. Nadie quería ser el tonto del pueblo. La Bolsa funciona igual que cualquier otro mercado. Si ofreces un precio y los dueños de las acciones piensan que es bajo, subirá el precio de la cotización exigiendo que incrementes la oferta. Los inversores intuyen que el precio puede ser superior y compran títulos aunque sea por encima del dinero ofrecido por la empresa que lanza la opa. Y si el precio de la acción sobrepasa lo que has ofrecido, date por jodido. Nadie te va a vender las acciones por debajo de lo que valen en el mercado.

Algo así ocurrió con Petrospaña. Los directivos de la compañía habían planteado batalla llamando a sus accionistas a no vender sus participaciones. «Seguro que se puede sacar más», era el eslogan oficioso de Petrospaña. Pero el consejo de administración de GlobalHerz no podía subir mucho su oferta. Medio euro por acción era el esfuerzo máximo que podía hacer. El incremento le iba a costar a la compañía un dineral en intereses a los bancos y el puesto al director financiero.

Nicolás estaba sentado en la misma sala en la que había recibido la propuesta de llevar el asesoramiento jurídico de la opa. Ahora enero tocaba a su fin y Nicolás parecía haber envejecido cinco años. Atrás quedaban sus promesas de éxito en la operación. Como si dependiese de él. Pensó que habría estado más guapo calladito. El mercado es soberano y otorga éxito y fracaso a su antojo. Allí sentado casi percibía el frío de las cadenas de sus palabras. Tanto él como los jefazos de GlobalHerz sabían que el éxito escapaba del control de Nicolás, pero él percibía herido su orgullo de abogado. Nunca había vuelto a la sala fría y austera en la que conoció los detalles de la operación. Fernando Ruiz le había convocado con carácter de urgencia. Fue solo. ¿Por qué no le llevaban a la sala del consejo? A lo mejor esta sala carecía de micrófonos ocultos. Un escalofrío recorrió su espalda. Haro y Blasco le habían contagiado su paranoia conspiratoria.

Fernando Ruiz entró en la sala. Nicolás había llegado a tener la sensación de estar casado con aquel hombre. En dos meses había compartido con él más tiempo que con Micaela en cinco años de matrimonio.

—Vamos a dar un paseo —dijo Fernando saliendo otra vez de la sala sin dejar a Nicolás tiempo para reaccionar.

Bajaron al *parking*. Fernando estaba serio y hablaba de generalidades. Nicolás volvió a pensar en micrófonos y rastreos. Aquello le iba a volver loco. Fernando condujo su BMW deportivo por la calle María de Molina hasta incorporarse a la M-30. Continuaron por la carretera de circunvalación hasta la salida del puente de los Franceses. «¿Por qué aquel rodeo de decenas de kilómetros? ¿Trataba de despistar a

alguien?» Nicolás, que no aguantaba más aquella película de espías, hizo señas a Fernando. «¿Hay micrófonos o cámaras?» El abogado interno se encogió de hombros. La opa estaba a un paso de irse al traste y Nicolás no entendía quién podía seguir interesado en conocer sus pasos y conversaciones.

El tráfico era fluido. Madrid presentaba su peor cara con los árboles pelados y los parques quemados por un invierno que había sido fulminante. Nicolás desistió de mantener una conversación intrascendente y miró por la ventana contemplando a los pocos paseantes que se atrevían a desafiar al frío. El cielo empezaba a ponerse rosa. Probablemente aquella noche volvería a nevar.

Fernando detuvo el coche en la calle General Castaños esquina con Orellana, junto al parque de la plaza de la Villa de París.

—Bájate. Está en aquel banco —dijo el abogado interno metiendo algo de prisa a Nicolás.

El abogado se bajó del coche y caminó hacia el banco que le había indicado Fernando. Allí esperaba Mateo Blasco, el consejero delegado de GlobalHerz. Estaba enfundado en un elegantísimo abrigo que, además, tenía pinta de abrigar bastante. Una bufanda a la última moda rodeaba su cuello. Las gafas de diseño, unos zapatos impecables y su color de piel completaban su imagen de caballero.

—Hace mucho frío —dijo Nicolás a modo de saludo—. ¿Nos siguen espiando? —Sonrió.

—Nunca se sabe —contestó Mateo sin cambiar el gesto serio de su cara.

La opa le había pasado factura al empresario. Su sonrisa ya no era espontánea y el brillo de los ojos se había espesado.

—La cosa está jodida, Nicolás.

Cuando un cliente como aquel recurría al lenguaje del común de los mortales para referirse a una operación, era que la cosa estaba jodida de verdad.

—La opa se va a la mierda por cuatro iluminados que no dejan que una empresa crezca y prospere. Creía que esto iba a ser coser y cantar y ahora estamos en un callejón sin salida.

—¿Y si subimos la oferta?

—El margen es mínimo y la acción está ya fuera de nuestro alcance. No se dan cuenta de que, cuando retiremos la oferta, las acciones se van a hundir.

—¿Puede aparecer otro comprador? —dijo Nicolás.

—¿A estos precios? Imposible. Somos su única oportunidad para que saquen rentabilidad a su inversión y nos están dando la espalda.

—¿Vamos a renunciar?

—Nos dijiste que compraríamos Petrospaña.

—No todo depende de mí. —Nicolás se arrepintió al momento de su comentario. Parecía que él había hecho su trabajo y que acusaba a Mateo de no hacer el suyo.

Mateo le miró y se levantó.

—Demos un paseo.

Dos mendigos de aspecto huraño dormitaban en sendos bancos. No había nadie más. Mateo y Nicolás dieron vueltas por el pequeño parque sin mantener un rumbo concreto. La fachada del Tribunal Supremo y la brisa helada añadían a la escena un punto de melancolía.

Mateo seguía con las manos en los bolsillos de su abrigo y la cabeza gacha. Nicolás trataba de contener las lágrimas que le producía el frío y cubría sus manos con guantes de piel.

—Hay una posibilidad de que la opa triunfe —susurró Mateo sin levantar la cabeza.

Nicolás miró alrededor. ¿Alguien podría estar escuchándoles con algún tipo de micrófono de larga distancia? Lo había visto en alguna película. Pero tantas precauciones le parecían ya de ciencia ficción.

—Eso sería fantástico —dijo Nicolás mientras se secaba otra lágrima.

—Eres nuestro abogado.

Nicolás esperó que Mateo siguiese hablando, pero no fue así.

—Soy vuestro abogado —corroboró Nicolás.

—Y guardarás confidencialidad de todo lo que hablemos.

El abogado empezó a sentirse inquieto.

—Claro.

—¿Seguro?

—Empiezas a ofenderme.

—No es mi intención.

—Pues lo estás consiguiendo.

—Perdona.

—Perdonado..., pero dime qué pasa.

Mateo se paró a los pies de la estatua de Fernando VI, el monarca que había mandado construir aquel Palacio de Justicia. Levantó la cabeza y miró a los cuatro puntos cardinales.

—¿Qué pasaría si las acciones de Petrospaña bajasen su precio súbitamente? —El consejero delegado miraba ahora a Nicolás a los ojos.

El abogado dudó. ¿Era un examen? Su fuerte no eran las finanzas.

—Supongo que sería una buena noticia para GlobalHerz.

—¿Tanto como para que la Comisión Nacional del Mercado de Valores investigase el asunto?

—Depende de la bajada. Pero ¿dónde quieres llegar?

Mateo se ajustó las gafas y se puso la mano frente a la boca. A Nicolás le daba la sensación de que tenía miedo de que le leyese los labios.

—¿Y si ayudásemos a que el precio de las acciones sufriese..., cómo decirlo..., un recorte?

Nicolás dudó si taparse la boca a o no. Todo aquello le parecía absurdo. Finalmente habló moviendo los labios lo mínimo imprescindible.

—Eso es ilegal.

—Todavía no te he explicado el plan.

—Ni hace falta que me lo expliques. —Nicolás levantó la voz mientras Mateo miraba alrededor—. No se puede. No me jodas. Si la opa no sale, pues no sale. Soy vuestro abogado y mi recomendación es que os retiréis. Lo habéis intentado y no ha salido bien. Si no queréis ofrecer más dinero, retiraos de la puja. Una operación así tiene gastos a los que tendréis que hacer frente, pero si no se puede, no se puede... y además es imposible.

—Un millón de euros. —La voz de Mateo sonó casi imperceptible. Era imposible que alguien lo hubiese escuchado. Solo Nicolás había registrado la cifra.

—¿Un millón de euros? ¿De qué? ¿Qué coño dices? —Nicolás empezaba a perder los nervios—. Un momento... Ya sé por qué me has traído aquí. Los barridos.

—¿Cómo?

—Claro. Allí detrás está la Audiencia Nacional, aquí delante el Tribunal Supremo y en aquella acera está el Consejo General del Poder Judicial. Aquí es imposible que alguien nos escuche. Los inhibidores de frecuencia funcionan a destajo. Un micrófono estaría muerto en esta manzana. ¿Pero qué coño está pasando?

—Tenía que asegurarme de que esta conversación no quedaba grabada —dijo Mateo sin mover un músculo.

—¿Piensas que te estoy grabando? —La voz de Nicolás superó los decibelios que Mateo podía permitir.

—Es por seguridad.

—¿Y si me estás grabando tú? —La paranoia de Nicolás iba en aumento. Miró alrededor. Le pareció ver una cortina que se movía en el segundo piso de un edificio cercano.

—Un millón de euros. —Mateo trató de mantener la calma y que Nicolás hiciese lo mismo—. Para ti.

—¿Para mí? ¿A qué te refieres?

—Quiero... —rectificó—, queremos que nos digas qué pasaría si hiciésemos algo para, digamos, ayudar a que las acciones de Petrospaña estuviesen algo más baratas.

Nicolás no sabía dónde mirar. Ahora tenía la sensación de que su cliente le estaba espiando. Quería medir sus palabras. Nunca se sabía si existía una última tecnología capaz de superar los inhibidores de frecuencia de la Policía.

—No te lo recomendaría.

—¿Es delito?

—Es desaconsejable.

—Un millón de euros.

Ahora lo había oído claramente. Sin distorsiones. Nítido. Cristalino.

—¿Qué coño tiene que ver aquí un millón de euros? —Nicolás terminó su frase y se dio la vuelta para huir de aquella situación.

—Para ti.

Nicolás frenó en seco. Estaba dando la espalda a Mateo. Metió las manos en los bolsillos.

—Solo para ti, Nicolás. Un millón de euros por lograr que las acciones bajen de precio. Sabemos que al hacerte la oferta, la empresa se pone en situación de cometer, digamos, alguna irregularidad.

«¿Alguna irregularidad? ¡Es un delito!», pensó Nicolás. Alteración del precio de las cosas. Tenía un nombre y estaba tipificado en el Código Penal. Miró al frente. La fachada del Tribunal Supremo se erguía imponente frente a sus ojos. La bandera de España culminaba el edificio. Aquellas piedras con sus estatuas y volutas representaban todo lo que una vez él había querido defender. La Justicia. Le estaban pidiendo que cometiese un delito. En el fondo de su alma, quizá en un compartimento que había cerrado después de aquel verano con su primo, se revolvió la conciencia. ¿Cometer un delito? ¿Estaba preparado? Sus prejuicios hablaban desde el fondo de la conciencia. Se movían como un feto de tres meses revolviéndose contra su madre. Un millón de euros. Un millón de euros.

—¿Y qué tengo que hacer? —Nicolás no creía haber dicho aquellas palabras.

Mateo Blasco sonrió. Los abogados parecían hechos de la misma pasta que los políticos y el resto de los mortales.

—Tenemos un contacto en un ministerio...

—¿En cuál?

—Dejémoslo en que en un ministerio. Sabemos que van a lanzar una ofensiva contra las petroleras. El Gobierno quiere aumentar el precio de la gasolina. Ya sabes, más impuestos.

—¿Y?

—Queremos levantar al pueblo. No pueden seguir aguantando esa subida de precios. La gasolina es un bien de primera necesidad. Hay que plantarse frente a las petroleras.

Nicolás no daba crédito a lo que escuchaba. El directivo de una empresa que quería comprar una petrolera atacaba a las propias compañías que vivían de la gasolina.

—Hay que boicotear a las petroleras españolas.

La frase cayó como una losa. Mateo siguió con su exposición.

—Hay que lanzar una campaña que desacredite a Petrospaña y levante a los usuarios contra la compañía.

—Hay gente que se puede encargar de esas cosas. Ya sabes, empresas que se dedican al espionaje y cosas así.

—Queremos que todo quede en familia.

—Me da la sensación de que queréis pringarme para ponerme como chivo expiatorio en caso de que algo salga mal.

—Nicolás, si te he traído aquí, es para que estés tranquilo. Sería tu palabra contra la mía. Queremos que nos orientes. ¿Qué podemos hacer? ¿Es posible lo que te he

dicho?

El abogado volvió a mirar a Fernando VI.

—Mateo, como abogado de la empresa te diría que es un delito. Se trata de alterar el precio de las cosas.

—¿Lo harías por un millón de euros?

—No podemos firmar nada.

—La mitad ahora en una cuenta en Suiza y la otra mitad si la opa termina triunfando. Además, no estarías solo. Yo te voy a ayudar. Solo queríamos que nos orientes en determinadas cosas que no pueden aparecer en una factura con el logotipo de Kline & Burbridge.

Nicolás sintió cómo se le corrompían las entrañas. El último reducto de amor por la profesión que le quedaba estaba ardiendo ante el fuego generado por billetes de quinientos euros. La opa saldría adelante y su cuenta engrosaría.

—Dos millones. —Las palabras salieron de la boca de Nicolás como si no controlase su conciencia—. La mitad ahora y la otra mitad si el precio de las acciones baja. Que la opa llegue a buen puerto no entra en juego.

—De acuerdo. —La respuesta inmediata de Mateo convenció a Nicolás de que podría haber pedido hasta tres millones—. Sin ningún rastro. Solo para ti.

—¿Cuánto hay que bajar la cotización? —preguntó el abogado con los últimos rescoldos de remordimiento.

—Lo suficiente para que sea atractivo el precio de la opa.

—Pon una cifra.

—Hasta nueve euros.

Nicolás pensó en su padre, su primo, Micaela, Gustavo Lozano, Kline & Burbridge... Dos millones.

—Lo intentaré.

—No vale con intentarlo.

—Sí..., vale solo con intentarlo.

Nicolás no volvió a mirar atrás. Salió andando hacia el lugar en el que le había dejado Fernando Ruiz. Salió a la calle Génova y bajó hasta el paseo de la Castellana. La mirada baja y las manos en los bolsillos. Quería buscar en el fondo del corazón un motivo para llamar a Mateo Blasco y echarse atrás. Miró en las entrañas de su alma. No había ni un espejismo de aquel abogado dedicado a los más desfavorecidos en el que había querido convertirse hacía muchos años. Se había vendido por dinero. Por puto dinero. ¿No eran suficientes los dos millones que ganaba cada año? Se sintió sucio.

Sin moverse del parque, Mateo Blasco sonrió. Le había convencido y había vuelto a comprobar que casi todo el mundo tiene un precio.

«Tienes un correo. Bernardo.» El mensaje había llegado al móvil que le había suministrado GlobalHerz. El texto carecía de significado para el resto de los mortales, pero para él era la confirmación de que la operación estaba en marcha. Tendría que revisar la cuenta de correo que se había confeccionado a través de una página de internet uruguaya para poder leer el mensaje que acababa de recibir. Pero no podría hacerlo hasta el día siguiente por la tarde. A Nicolás no le gustaba consultar aquel correo electrónico desde el ordenador del despacho. Sin duda, él no era un experto informático y no sabía qué rastro podía dejar en su equipo la entrada en aquella cuenta de correo. Para introducir las claves y consultar los mensajes, Nicolás iba a un cibercafé en la zona de la Puerta del Sol. El lugar estaba muy transitado por inmigrantes y turistas. Allí pasaba desapercibido y el rastro informático no llevaba hasta él. Pero no podría ir hasta el día siguiente. Dos reuniones y una cena con clientes le iban a imposibilitar cambiarse de indumentaria, camuflarse bajo la gorra de los Chicago Bulls que se había comprado y deslizarse hasta el locutorio. Tendría que esperar.

Pero no lo aguantaba. La curiosidad era mayor. Aquello sería el paso definitivo. Quería ver lo que le habían mandado. Era la hora de la comida y no había mucha gente en el despacho. Podía consultar el correo y borrar cualquier rastro antes de que nadie llegase al bufete. Nicolás miró por encima de la pantalla de su ordenador. La puerta de su despacho permanecía abierta como a él le gustaba. Ni siquiera la cerraría. Así daría más sensación de normalidad. Si alguien viese su puerta cerrada, se hubiera extrañado. ¿Iba a esperar un día? Ni de broma.

Abrió una sesión de internet y entró en su correo personal a través de la página uruguaya. Bajo un nombre y unos datos ficticios la bandeja de entrada empezó a llenarse de correo basura y publicidad que él no había solicitado. Hasta que vio el correo. «Bernardo Gómez.» Lo abrió. No llevaba ni asunto ni texto en el mensaje. Solo llevaba un documento adjunto. Se trataba de un pdf que Nicolás se apresuró a abrir. El abogado clicó el archivo con pausa y algo de temor. La pantalla del ordenador se sumió en la más profunda oscuridad hasta que apareció la primera página del documento. «El Gobierno vuelve a subir el impuesto del gasolina.» El estilo y tamaño de las letras y el color rojo llamativo otorgaban al documento una carga de autenticidad que hizo sonreír a Nicolás. Nadie podría imaginar que aquella presentación había sido concebida en la planta noble de GlobalHerz con la ayuda de un abogado. El error de redacción —«impuesto del gasolina»— era la guinda que haría mirar hacia cualquier lugar menos a gente culta y preparada. Pero no había que pasarse.

Las diapositivas se iban sucediendo una tras otra. El texto llamaba a la rebelión. El Gobierno iba a subir el impuesto sobre las gasolinas y «seguro que es con el aplauso de las petroleras». «Seremos los ciudadanos los que pagaremos la subida», rezaba el texto acompañado de una fotografía de unas manos unidas por unas esposas. «¡Hay que decir basta!» «Debemos forzar a las petroleras a bajar el precio de la gasolina.» Una magnífica diapositiva desglosaba el destino del euro que cada ciudadano pagaba por un litro de gasolina. Impuestos y beneficios para las empresas eran las principales partidas. «¡Basta ya!», sentenciaba el texto. «Bajar el precio de la gasolina es posible.» Después de demostrar al ciudadano que las petroleras eran el enemigo, en connivencia con el Gobierno, era el momento de convocarles a cambiar las cosas. «Otras medidas se han tomado contra las petroleras como proponer un día en el que no se eche gasolina... ¡Pero no han funcionado!» Las últimas diapositivas daban las instrucciones sobre lo que se debía hacer. Cambiaba el color. «Vamos a hacer que aprendan.» «Proponemos que no eches gasolina en las gasolineras de las petroleras españolas: Petrospaña y Calgas.» Siguiente diapositiva. «Echa en cualquier otra gasolinera.» «Cuando vean que tenemos la fuerza suficiente y bajan sus beneficios... BAJARÁN LOS PRECIOS DE LA GASOLINA.» El uso de las mayúsculas en un texto era intimidatorio. Demostraba enfado.

Manda este mail a aprox. 10 personas.
Cuando cada una de estas personas envíen 10 mails más de promedio
ya habremos llegado a 100.
Estos 100 mandarán a 1000 personas.
Pronto seremos 1 millón y así sucesivamente.

Sonaba a mucha gente en poco tiempo. El móvil de Nicolás repiqueteó sobre la mesa. El abogado respondió. Era un cliente que, desde que había visto que se había encargado de la opa de GlobalHerz sobre Petrospaña, le llamaba todos los días para preguntarle detalles mientras le regalaba los oídos sobre lo magnífico abogado que era. A Nicolás le hacía gracia y sabía que era un potencial cliente con mucho dinero. El abogado se levantó de la silla y paseó por el despacho mientras hablaba. La conversación era distendida. Nicolás le contó un par de chascarrillos sin trascendencia que servirían para que su cliente presumiese de información delante de unos *gin-tonics* aquella noche.

Alberto se acercó por el pasillo. Llevaba en la mano la carpeta azul en la que recopilaba cada semana las últimas novedades de la opa sobre Petrospaña, que, por desgracia para ellos, no eran muy positivas. Se quedó en la puerta. Nicolás le vio. Alberto levantó la carpeta azul y el socio asintió. «Está en el primer cajón», leyó Alberto en los labios de Nicolás. El joven abogado pasó junto a Nicolás y fue hasta su mesa. El socio seguía enfrascado en su conversación, que parecía de lo más entretenida. Alberto se puso tras el escritorio y abrió el cajón. Sacó la carpeta azul y extrajo los documentos que debía incorporar a su dossier. Cuando levantó la cabeza le llamó la atención el colorido del texto que se podía ver en la pantalla del ordenador.

Miró a Nicolás, que estaba apoyado en la pared. Volvió a echar un vistazo a la pantalla. En un barrido rápido pudo ver las palabras Petrospaña, precio, gasolina, Gobierno y rebelión. Alberto no le dio mucha importancia y no quería parecer un fisgón, así que sorteó a Nicolás, se despidió y le mostró los documentos para que viese que había triunfado. El socio le despidió con un gesto con la cabeza y siguió con su conversación.

A los pocos segundos Nicolás se dio cuenta. ¿Había dejado el documento abierto? Un sudor frío recorrió su espalda. Sin dejar de escuchar a su interlocutor, Nicolás se lanzó a su mesa. Giró la pantalla. El texto parecía ser un cartel de neón. Probablemente era la peor diapositiva que podría haber dejado a la vista. Cerró los ojos. En maldita hora había decidido abrir la presentación. Las dudas le reconcomían la cabeza. ¿Alberto había visto la diapositiva? En caso afirmativo, ¿sabría interpretarla? ¿Qué pensaría? El miedo se apoderó de Nicolás. Cortó la conversación sin despedirse y se quedó mirando la pantalla.

—¡Joder!

El anuncio del Gobierno pilló a Berta en Córdoba disfrutando de la compañía de su padre. La información sobre la opa había cogido un ritmo frenético en Navidad y la periodista no había podido viajar a su casa en Nochevieja. Mientras saboreaba el café que su padre le había dejado hecho antes de salir hacia el mercado, Berta escuchaba las noticias. El Gobierno iba a subir los impuestos sobre las gasolinas. Un estacazo más al bolsillo de los contribuyentes, que ya no podían soportar semejante presión. Sin duda, aquella medida del Ejecutivo iba a soliviantar los ánimos. Berta sonrió. Cuando su padre lo escuchase, se pondría como una furia. Volvería a acordarse de toda la familia del presidente del Gobierno y recordaría aquellos tiempos, para él mejores, en los que no había que estar tan pendiente de los coches y los «cacharros» electrónicos.

La periodista se acercó al ordenador. Estaba descansando de verdad, pero se veía casi en la obligación de mantenerse informada. No podía llegar una semana después como si hubiese estado en Marte. Andrés Roca no se lo permitiría y menos después de toda la responsabilidad y confianza que había derramado sobre ella durante la opa. Berta consultó los principales periódicos en su versión digital. Todos abrían con la decisión del Gobierno. La medida era inminente. «Otra buena noticia para los accionistas de Petrospaña», pensó Berta. En definitiva, se trataba de más ingresos para una compañía que ya se encargaría de redondear al alza el precio de la gasolina con el incremento del impuesto incluido.

El correo electrónico estaba a reventar. No pensaba dedicarle ni un minuto, así que miró por encima la bandeja de entrada y dejó para cuando llegase al periódico un análisis pormenorizado de los correos recibidos. Nada interesante. Convocatorias de ruedas de prensa, notas a mayor gloria de las empresas, estudios cargados de contenido publicitario... Berta se preguntaba por qué no cobraban por publicar ciertas informaciones. En una ocasión no aguantó más y explotó. Una chica del departamento de prensa de una compañía llamó a su teléfono para comentar una nota de prensa que había remitido al periódico. Berta, después de leerla, le dijo que eran 4000. «¿4000? ¿4000 qué?», preguntó la encargada de comunicación. «4000 euros que te voy a tener que cobrar por publicar esta publicidad que me estás intentando colocar. Así que tú verás. O pasas por el departamento de publicidad o no podemos publicar esta basura que me mandas», había contestado Berta. No pudo ver la cara de su interlocutora ni falta que le hacía. Se podía imaginar la boca abierta hasta el suelo y los sofocos de profesional ofendida que atacaban a aquella directora de comunicación. Berta había colgado antes de que se hubiese podido escuchar cualquier contestación. El incidente se resolvió con otro grave fallo de comunicación.

Una llamada a un consejero del grupo editorial al que pertenecía *Financiero* había servido para que a Berta le cayese un rapapolvo institucional acompañado de un respaldo profesional de Andrés Roca y su director. «Un chupasangres de consejero no va a venir a decirme cómo se hace periodismo», había bramado Roca sabiendo que le escuchaba toda la redacción.

Berta tachó de su lista a aquella jefa de comunicación.

Habían pasado algunos días, pero Nicolás no podía quitarse de la cabeza la cara de Alberto Spínola al salir de su despacho. El abogado trataba de escudriñar cada recoveco de su rostro para determinar si el júnior había visto algo sospechoso o se había limitado a recoger los documentos para el dossier. Sabía que era imposible ser objetivo. Estaba seguro de que Alberto había visto más de lo que debía. Sin embargo, había preferido no decirle nada a Mateo Blasco. A lo mejor solo era una paranoia suya y no quería quedar como un patán ante su cliente. Además, un fallo así podía suponer la ruptura de una promesa de dos millones de euros que no estaba reflejada en ningún contrato que Nicolás pudiese reclamar ante un tribunal. Los siguientes días, Nicolás buscó un mayor acercamiento a Alberto para diseccionar sus pensamientos y reacciones. Una opción era preguntarle abiertamente qué había visto o reprenderle por entrar en su despacho con aquella confianza. Sin embargo, podía ser contraproducente. Si no había visto nada que le pareciese sospechoso, una pregunta de Nicolás podía encender una luz en la mente del abogado. Además, él había hecho un gesto para que cogiese las carpetas, por lo que no podía recriminarle su presencia tras su escritorio.

Alguna noche la había pasado casi en blanco dando vueltas en la cama. Seguía solo pendiente de GlobalHerz. No había más clientes. Gustavo Lozano le había aconsejado que no atendiese más casos. Pero la contrarreloj de la opa, los problemas posteriores, la forma en la que había vendido su dignidad y el incidente con Alberto le habían generado una ansiedad que nunca pensó que tendría. «Eso son cosas de perdedores», había dicho más de una vez con el tono frío y seguro de un triunfador que tiene todo bajo control. Pero ahora las cosas habían cambiado. No tenía nada bajo control. Ni siquiera su conciencia. Aunque el caparazón que recubría aquella voz era más grueso que el de un galápago, Nicolás podía escuchar un murmullo en el fondo de su alma. Cuando se tumbaba en la cama y el insomnio le atacaba sin compasión, el abogado recordaba aquellos años de ilusiones y esperanzas bañadas en el anhelo de hacer un mundo más justo.

Pero por la mañana, después de pocas horas de sueño y muchas de preocupación, Nicolás volvía a enfundarse en el uniforme de abogado sin compasión, implacable, arrollador..., un tiburón dispuesto a devorar a todo el que se pusiese por delante. Así se sentía más seguro.

Bajar el precio de las acciones era un plan sencillo y brillante. Para algunas cosas Mateo había sido el encargado de contactar con expertos que sabían encontrar a otros expertos. Nicolás prefería no mezclarse en esa parte del trabajo. Sabía que existían empresas de mejor o peor reputación capaces de mover los hilos para que las cosas se

hiciesen como debían. Se trataba de gente sin escrúpulos capaz de utilizar la violencia en caso necesario. Aunque no tratase con ellos, Nicolás se sentía muy incómodo. Pero ya no había marcha atrás.

Marco era conocido como *Dragón*. El mote no era muy original. Se debía a un enorme tatuaje que le ocupaba toda la espalda. Aun cuando llevaba alguna de sus camisetas con simbología anarquista, la cabeza de un dragón asomaba por su cuello. Aunque le gustaba su sótano, siempre había soñado con poder alquilar una planta de oficinas en San Blas, su barrio de toda la vida. Daría trabajo a sus amigos y su madre sería la encargada de dar de comer a sus empleados. Tenía dinero suficiente para hacerlo, pero Hacienda le preguntaría de dónde había sacado tanto. Aunque le hubiese encantado poder presumir de cobrar por piratear páginas de internet, no se trataba de un negocio bien visto. Él era un experto. Quizá el mejor. La aparición de las redes sociales le había obligado a adaptarse a los nuevos tiempos, diversificar su negocio y ofrecer nuevos servicios. Su nombre no aparecía en las páginas amarillas, pero era fácil contactar con él. Había desarrollado un *software* capaz de generar decenas de miles de perfiles para facebook, twitter o tuenti en apenas unas horas. Todos con sus fotos, aficiones, gustos, grupos a los que se había sumado y amigos que aceptaban la invitación de conocerse. La tecnología, la vanidad y la curiosidad. La mezcla explosiva del siglo XXI.

Dragón se mesó los cabellos. Estaba cansado. El sótano volvía a oler a humedad y llevaba más de treinta horas trabajando sin parar. El encargo valía la pena. No sabía para qué servía, pero estaba bien pagado. Joder, muy bien pagado. Él no hacía preguntas. Era una característica que los clientes valoraban. Además, era un ataque directo al corazón del capitalismo. Las petroleras. Esos «hijosdeputa» que contaminaban el planeta, decidían las guerras, apoyaban a la derecha y se aliaban con el Gobierno de turno para freírles a impuestos. Ojalá su trabajo sirviese para joderles el tinglado. Por eso se estaba esmerando en el encargo. Por eso y por la prima de cien mil euros que le habían ofrecido si terminaba el trabajo en menos de cuarenta y ocho horas.

La primera parte ya estaba acabada. Dragón controlaba más de cien mil perfiles de facebook y otros tantos de otras redes sociales. La segunda parte se había puesto en marcha cinco horas antes cuando había lanzado a la red una presentación en pdf que llamaba a una rebelión contra las petroleras españolas y que su cliente le había hecho llegar en un cedé. El objetivo parecía pegarle un mordisco a las cuentas de las petroleras. Dragón quería dárselo también en las pelotas. El *hacker* tenía en su poder cientos de miles de direcciones de correo electrónico. En un primer envío, el documento que su cliente le había hecho llegar aparecería en la bandeja de entrada de casi medio millón de españolitos. Algunas de esas direcciones estarían obsoletas.

Otras nunca serían consultadas, pero la gran mayoría abriría aquel documento. Lo más difícil era sortear las murallas contra envíos masivos o *spam* que tenían ya casi todas las cuentas de correo. Pero era un obstáculo que Dragón había solucionado hacía tiempo. Unas horas después de lanzar el documento, facebook tendría dos o tres grupos de protesta que llamarían a la rebelión. Por supuesto, serían grupos organizados y dirigidos por los perfiles creados por Dragón. Como se trataba de una llamada que beneficiaría a ricos y pobres, la estimación era que contaría con cien mil seguidores en apenas dos días. Eso era todo un logro. Bueno, era casi un milagro. Pero esa era la labor de Dragón. Generar milagros.

Se recostó en su silla ergonómica y se encendió un Marlboro traído de Montana. A él no le gustaba fumar porros. Prefería degustar un buen cigarrillo. Miró hacia el televisor de 60 pulgadas que colgaba de la pared lateral. Le gustaba disfrutar de los placeres que ofrecía la tecnología. Era anarquista, no gilipollas. Un anuncio de Petrospaña ocupaba en ese preciso momento la pantalla. Unos campos verdes como sacados de un capítulo de Heidi rodeaban una estación de servicio donde todo eran sonrisas, limpieza y comodidad. A uno le apetecía coger la manguera del surtidor y, en lugar de llenar el depósito, prepararse un combinado con hielo. «Hijosdeputa», dijo en alto con su expresión de asco preferida.

El anuncio pareció una señal. Se incorporó y apretó la tecla «enter». El sistema generó los grupos de facebook. El proceso estaba en marcha. Dragón acarició el maletín lleno de euros que descansaba junto a su gato.

Si Alberto Spínola no hubiese conocido un poco el trabajo que se desarrollaba en un despacho de abogados, probablemente se habría suicidado o, por lo menos, habría tirado la toalla en menos de un mes. En el bufete estadounidense Kline & Burbridge había pasado los meses más estresantes de su vida. Dos operaciones de gran magnitud le habían llevado a una velocidad de vértigo por el túnel de la profesión. Pero sabía que eso no sería siempre así. De hecho, los últimos días, después de que Petrospaña hubiese planteado batalla a la opa de GlobalHerz, el ritmo de trabajo había bajado considerablemente para él. Aunque participaba en el equipo que seguía la operación, la necesidad y la exigencia eran mucho menores que cuando se estaba gestando la oferta. El bueno de Cristóbal y el resto de los compañeros de bufete de su edad le miraban con envidia por los trabajos a los que había sido llamado en los primeros meses en la firma.

El joven abogado estaba frente a su ordenador. Había llegado tarde al despacho. Eran las diez de la mañana. Realmente era una hora habitual para presentarse en el trabajo. Muchos abogados preferían empezar tarde y marcharse a casa tarde. Especialmente los que tenían que tratar con abogados de Estados Unidos. De esta forma se mantenían durante más tiempo en el horario norteamericano. Encendió el ordenador. Echó un rápido vistazo al resumen de prensa que cada mañana mandaba Reyes a todos los abogados. Contenía noticias del sector de la abogacía, de empresas que eran clientes del despacho o las relativas a cualquier movimiento que pudiese ser del interés de sus profesionales. De esta forma, los abogados perdían menos tiempo en leer la prensa. Sin embargo, las páginas digitales hacían que el resumen de noticias se quedase obsoleto casi a primera hora de la mañana.

Un mensaje saltó en su pantalla. Era Cristóbal. La noche anterior le había llevado a casa. Nicolás tenía más respeto al frío de Madrid que a los volantazos de su amigo, por lo que había aceptado el ofrecimiento. Durante el trayecto habían conversado sobre el trabajo. Alberto tenía la sensación de que siempre hablaban de lo mismo. Parecía que no había otro tema de conversación con la gente del despacho. La opa sobre Petrospaña había salido durante el trayecto. A Alberto le llamó la atención el asunto del correo. «¿Has visto lo de Petrospaña?» Cristóbal siempre tan misterioso. Abrió el correo. Había un *link* a un vídeo. Era una noticia del telediario de Antena 3 de la noche anterior. Matías Prats, con su gesto de cercanía habitual, hablaba a la cámara. «Las redes sociales están que echan humo», comenzaba con su media sonrisa. «Los usuarios se han levantado en armas contra las petroleras españolas, a las que consideran cómplices de la subida de impuestos aprobada por el Gobierno. Ya son más de [y enfatizaba con su entonación lenta y pausada] cien mil usuarios los que

se han unido al grupo “No eches gasolina en las petroleras españolas. Ataca su bolsillo”. La propuesta invita a los españoles a reducir los ingresos de estas compañías llenando los depósitos en las gasolineras de marcas extranjeras. ¿Es facebook el nuevo chapapote de las petroleras?»

La introducción de Matías Prats era lo más suave. El periodista que había elaborado la noticia, casi sin quererlo, estaba elevando a categoría de catástrofe lo que debía ser solo una anécdota. «Son muchas las iniciativas de este tipo que se habían puesto en marcha contra los toros [imagen de una protesta frente a la plaza de toros de Las Ventas], las pieles [un joven saltaba sobre una modelo que portaba un abrigo de pieles en un desfile de moda] o las guerras [la noticia reflejaba una manifestación contra la guerra], pero el éxito que está registrando en las redes sociales el boicot a las petroleras españolas no se había registrado nunca.» El vídeo seguía afirmando que más de cien mil usuarios se habían sumado ya al boicot contra las compañías. El éxito era rotundo, aunque hasta dentro de unos meses no se sabría el impacto real sobre los ingresos. Ese sería el verdadero termómetro del éxito. «A los grupos creados en facebook se suman los correos electrónicos que desde hace unos días se difunden por la red.» Las imágenes mostraban un documento que parecía elaborado por manos inexpertas que llamaban al boicot. Alberto miraba el vídeo con indiferencia, sin embargo, aquellas letras de colores vivos y las frases directas que mostraba la pantalla le resultaron familiares. Recordó las palabras que vio centellejar en el ordenador de Nicolás. El vídeo terminó. Alberto se recostó en su silla. Aquello sería un problema más para Petrospaña. Lo que faltaba. Además, aquella noticia había aparecido como una curiosidad intrascendente en el telediario de máxima audiencia y el preferido por la clase media española. Se presentaba con amabilidad a las redes sociales. Como una nueva arma que los consumidores podían utilizar contra las injusticias. Si la iniciativa tenía éxito, podía ser una herida mortal en el corazón de las petroleras españolas.

Alberto tuvo curiosidad. Abrió la página de internet de la Bolsa de Madrid. Buscó Petrospaña. El precio de la acción estaba en 14 euros. La cotización más alta se había alcanzado dos semanas antes, cuando la acción había llegado a los 16,47 euros, muy por encima de los 14 euros ofertados por GlobalHerz. El abogado se quedó pensativo. La bajada había sido constante desde hacía quince días. Los accionistas habían perdido la esperanza en una contraopa o en una nueva oferta. Pero el descenso más fuerte se había producido en los últimos seis días. Alberto se quedó mirando la pantalla. ¿Realmente tenía algo que ver aquella movilización ciudadana con el descenso del precio de la acción? Alberto no estaba muy convencido de que así fuese. «Lo siento por ellos», pensó.

Alargó la mano para coger el documento que se había propuesto terminar aquella mañana cuando una idea le cruzó la mente como si fuese un flash. Las imágenes del vídeo que acababa de ver se mezclaban con el recuerdo de la pantalla de Nicolás. Alberto se quedó pensativo. ¿Cuándo había visto aquellas palabras? Tenía buena

memoria. Había sido hacía doce días, cuando elaboraba el dossier de novedades de la opa. Era imposible. Un sudor frío recorrió la espalda de Alberto. ¿Cómo era posible que aquel documento contra las petroleras y el Gobierno estuviese en el ordenador de Nicolás hacía doce días si el ministro no había anunciado la subida del impuesto hasta cuatro días después? Alberto tragó saliva. Era imposible. El abogado trató de quitárselo de la cabeza. No quería ni imaginarse la posibilidad de que el socio de su despacho hubiese sido el artífice de semejante..., pero tenía toda la lógica. Si alguien podía estar interesado en desprestigiar a Petrospaña, era GlobalHerz. Alberto se sintió mareado. No podía ser. Pero los cabos se iban atando sin que él tuviese que hacer el más mínimo esfuerzo. Hacía doce días un documento contra el Gobierno y las petroleras por una subida de impuestos que todavía no se había producido centelleaba rabioso en el ordenador de Nicolás Verde, el abogado de confianza de GlobalHerz. Cuatro días después, el Gobierno anuncia la subida del impuesto. Las redes sociales eran un hervidero. El boicot contra las petroleras se convierte en masivo. Ocho días después, la acción de Petrospaña estaba a punto de romper el suelo de los 14 euros. Justo el precio de la opa. Y aparecer en el telediario solo acrecentaría el interés de los ciudadanos por un boicot que parecía estar teniendo éxito. A la gente le gustaba subirse al carro ganador. Era posible que lo peor no hubiese llegado todavía.

Alberto se puso de pie y trató de poner en orden sus ideas. ¿Y si GlobalHerz era la artífice de semejante boicot? No era descabellado. Ni mucho menos. Era lógico. Era perfecto. Pero ¿y Nicolás? Era imposible que un abogado hiciese algo así con tal de salvar una operación. La sombra de sospecha sobrevolaba la figura de Nicolás. Por más que Alberto trataba de buscarle una escapatoria, Nicolás estaba en el punto de mira. ¿Por qué, si no, iba a tener en su poder un documento que tendría sentido cuatro días después?

Un sentimiento de desesperanza abrumó el semblante de Alberto. Nicolás no le había parecido un ejemplo a seguir, pero su tesón y calidad le convertían en un abogado en el que fijarse para crecer en un bufete como Kline & Burbridge. Pero una sospecha así le destrozaba. Tiraba por los suelos la imagen del abogado en el que Alberto estaba poniendo sus ilusiones.

Pero el abatimiento se convirtió en miedo en décimas de segundo. ¿Sabía Nicolás que él había visto el documento en su pantalla? ¿Podía imaginarse que Alberto había entendido la gravedad de los hechos? Las preguntas saltaban como palomitas de maíz en la mente de Alberto. Empezó a sentirse mal. Si Nicolás pensaba que Alberto tenía cualquier tipo de sospecha de que la campaña contra las petroleras estaba orquestada desde Kline & Burbridge o, lo que era peor, desde GlobalHerz, estaba claro que no les temblaría la mano a la hora de solucionar problemas. O lo que era peor..., eliminarlos. El mareo iba en aumento.

—Alberto, ¿tienes plan para comer? —Nicolás irrumpió por sorpresa en la puerta y asustó a Alberto, que estuvo a punto de caerse de espaldas.

El joven abogado consiguió reponerse.

—¿Cómo? —preguntó Alberto tratando de mostrar normalidad.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Estoy algo mareado. La cena de ayer creo que me está matando. ¿Decías?

—Que si tienes plan para comer. Han venido dos socios de Nueva York y quiero llevarlos a comer. He pensado que te gustaría acompañarnos.

La sonrisa con la que acompañó la propuesta generó en Alberto un estado de casi pánico. ¿Le estaba poniendo a prueba? ¿Quería averiguar algo?

—La verdad es que me encantaría... —¿Podría aguantar una comida junto a Nicolás Verde disimulando todo lo que sabía?—, pero tengo una comida que no puedo suspender.

—Vaya, lástima. Te hubiese venido bien acompañarnos. Otra vez será —dijo Nicolás despidiéndose con la mano y desapareciendo de la puerta—. ¡Por cierto! —Volvió a aparecer en la puerta. Alberto pensó que iba a morir del sobresalto—. ¿Sabes algo nuevo de Petrospaña?

¡Lo sabía! Seguro. Alberto descifró la mirada cínica y fría de la mentira. Entonces se tranquilizó. Ya sabía que debía estar prevenido. Estaba convencido de que Nicolás sospechaba de él. Lo podía leer en sus ojos. Su socio se convirtió en su enemigo de un plumazo. Allí estaba. En la puerta de su despacho tratando de averiguar cuánto sabía Alberto. Pero el joven abogado se envalentonó. El miedo se convirtió en confianza y respondió:

—Pues la verdad es que no. Estaba ahora con otra cosa. ¿Ha pasado algo?

Nicolás le devolvió una mirada retadora. El socio trataba de leer más allá del rostro de Alberto.

Sonrió.

—No, la verdad es que no. Adiós.

Y entonces sí desapareció.

Alberto se sentó. Cerró la página web de Antena 3. ¿Qué debía hacer? ¿Hasta qué punto era ilegal manipular una situación para conseguir un objetivo? El derecho penal no era su fuerte, pero Alberto sabía que aquello no estaba bien. No debía estarlo. Algo olía mal y Alberto lo percibía porque había estado a punto de salpicarle. Aunque se consideraba una persona fría, Alberto nunca había tenido que lidiar con una situación similar. Pensaba que estaba preparado para afrontar una crisis, pero solo la sospecha de lo que estaba ocurriendo a su alrededor le bloqueó la capacidad de decisión.

Trató de calmarse. ¿A quién podía acudir? Pensó en Gustavo Lozano. Era el socio director y había confiado en él desde el principio. Él sabría cómo afrontar una sospecha tan rotunda. Pero Alberto vaciló. No quería pensar mal de Gustavo, pero cabía la posibilidad de que estuviese metido en el ajo. En definitiva, GlobalHerz se había convertido en un gran cliente para el despacho. Quizá Gustavo también tenía especial interés en que la opa sobre Petrospaña saliese adelante. «¡Joder!», murmuró Alberto. Las opciones no eran muchas.

Cogió su abrigo y salió del despacho. No quería cruzarse con Nicolás. Tenía que pensar. El pasillo estaba desierto y Alberto lo recorrió casi a la carrera. La secretaria que atendía su equipo no pudo ni preguntarle adónde iba. Bajó las escaleras y en pocos segundos el sol frío de la mañana madrileña le quemaba la piel. Empezó a caminar sin un rumbo fijo. Él no era abogado para inmiscuirse en esos asuntos. Solo quería ser un buen abogado, tener una brillante carrera y ganar mucha pasta. Y, sin embargo, a las primeras de cambio se le presentaba un dilema deontológico de brutales proporciones.

Notó que le faltaba la respiración.

La ansiedad le estaba oprimiendo el pecho. Nicolás tenía en su poder el documento que ahora circulaba por internet antes de que el Gobierno subiese los impuestos. Lo repetía una y otra vez con la esperanza de que no fuese verdad. Pero él había visto aquellas letras fosforescentes saltando en la pantalla de Nicolás. Unas letras que se convertían en un estandarte contra las compañías petroleras. No podía ser verdad. La negación parecía ser un clavo que apuntalaba la sospecha de Alberto. Sí. Era así. Nicolás Verde y, probablemente, GlobalHerz estaban detrás de un incipiente pero exitoso boicot que tenía como víctima a Petrospaña.

Se apoyó en un árbol en el paseo central de la Castellana y vomitó.

A las once de la mañana la redacción estaba completamente muerta. Berta tenía comprobado que cualquier periodista que se preciase no empezaba a poner la maquinaria en marcha hasta el mediodía. La mañana se iba en ruedas de prensa, desayunos informativos, cafés con posibles fuentes, reuniones con amigos..., una serie de movimientos que parecían intrascendentes, pero que eran los caladeros en los que podía surgir una noticia en cualquier momento. Andrés Roca había aleccionado a Berta desde el principio. «Por la mañana no quiero ver a un periodista en mi redacción», le gustaba decir al orondo redactor jefe. La redacción era su reino y los súbditos debían estar pateando las calles durante toda la mañana. Pasado un mes de su llegada al periódico, Roca le había gritado a Berta una mañana en la redacción: «Mañana quiero que me entregues una agenda para las dos próximas semanas. Cada día quiero que tengas cerrada una cita con alguna persona de una empresa. Me da igual el sector al que se dediquen. Y solo podrás ver a dos directores de comunicación. Esos solo sirven para joderte la información. Así que... ¡andando!». Berta se pasó todo el día concertando citas para las dos semanas siguientes. Cuando le enseñó a Roca su agenda, el periodista le dijo: «Esto está mejor. ¡Pues así todas las semanas!».

Al principio, a Berta, aquel sistema de citas y desayunos le había parecido una idiotez. Varios años después no concebía el periodismo sin aquellas prácticas. Sus mejores fuentes y sus mejores historias habían surgido del desayuno más inesperado y la cita menos esperanzadora. Eso no se lo había enseñado nadie en la carrera. Pero Andrés Roca era toda una licenciatura en sí mismo.

Aquella mañana era distinto. Berta tenía mucho documento que leer para preparar un reportaje sobre las inversiones de empresas españolas en China. Ahora la redacción era una balsa de aceite. Por la tarde se convertiría en la tormenta de todos los días. Estaba en su mesa cuando Pepa, la secretaria de redacción que se sentaba cerca de ella, le dijo con su acento canario:

—Berta, te llaman al teléfono. ¿Te lo paso o digo que no estás?

—¿Quién es?

La secretaria destapó el auricular. Preguntó.

—Un abogado.

—Pásamelo.

Berta descolgó su teléfono y se recostó en la silla.

—Berta al habla —dijo con media sonrisa.

—Hola. Soy Alberto Spínola.

La periodista tardó una décima de segundo en desempolvar en su mente aquel

nombre que había tratado de borrar desde que viviese uno de los momentos más vergonzosos de su vida. Cambió la cara y la amabilidad se tornó en frialdad bañada en antipatía.

—¿Qué coño quieres, capullo?

El silencio se hizo en la línea.

—No te hace mucha gracia que te llame.

—Tú qué crees...

—Oye, perdona si estuve borde contigo.

—¿Es una disculpa?

—Podría.

—Aceptada.

El abogado tragó saliva y suspiró.

—Necesito hablar contigo.

Berta se sorprendió. La voz del abogado sonaba débil y asustada. Con un poco de imaginación diría que estaba enamorado. Berta sonrió para sí.

—¿Qué ocurre? —El sonido de los coches se hacía casi ensordecedor—. ¿Estás en el móvil?

—No. Te llamo desde una cabina. Mira —la voz sonó algo más firme, como si consiguiese reponerse un poco—, tengo una información importante.

Berta entrecerró los ojos. ¿Por qué aquel abogado con el que había tenido dos encontronazos serios la llamaba ahora para darle una noticia? Fue con cautela. No quería caer en una trampa.

—¿De qué se trata?

El sonido de los coches fue lo único que se escuchó durante varios segundos. Berta le dio tiempo. Parecía importante y no quería meterle presión.

—Es mejor que nos veamos.

Todo parecía tan misterioso que Berta empezó a dudar.

—Oye, guapo, si lo que quieres es una cita, la pides como Dios manda. Pero si lo que quieres es reírte de mí, vete a paseo.

Iba a colgar cuando escuchó:

—¡No cuelgues!..., por favor.

Aquel chaval parecía francamente desesperado.

—De verdad, prefiero no contártelo por teléfono. Hay un restaurante vasco que se llama Maitetxu. Está cerca de la plaza de toros de Las Ventas. ¿Lo conoces?

—La verdad es que no.

—Búscalo en internet. Quedamos allí a las tres de la tarde.

—¿Y por qué crees que voy a ir a la comida después de cómo me trataste el otro día?

Alberto dudó. Berta sintió el miedo y la tensión en sus palabras.

—Se trata de Nicolás Verde.

El misterio envolvió entonces toda la conversación.

—Allí estaré.

—Apúntate mi móvil por si pasa algo —le dijo Alberto mientras le dictaba su número de teléfono—. Hasta las tres —dijo Alberto, y colgó sin darle la posibilidad a Berta de cancelar la cita.

La sorpresa se había tornado en intriga. Berta copió el número de móvil en su teléfono y se quedó pensativa. ¿Qué le pasaba a ese chaval? ¿Qué tenía que ver Nicolás Verde en todo ello? Aunque volvió a mirar los documentos sobre las inversiones en China, la cabeza se le quedó dando vueltas alrededor de Alberto, Nicolás y dos nexos que les unían: Kline & Burbridge y la opa de GlobalHerz sobre Petrospaña.

Berta no pudo seguir concentrada.

El taxi dejó a Berta a dos manzanas del restaurante. Era dirección prohibida y la periodista no quería que el taxímetro diese un sobresueldo a su dueño solo por no saberse el recorrido. Fue caminando hasta la puerta del restaurante. El resto de la mañana apenas había podido resumir un par de páginas de su informe sobre las inversiones de España en China. Su cabeza seguía dando vueltas alrededor de Alberto Spínola, Nicolás Verde y Kline & Burbridge. Tenía el estómago cerrado. Quería tener los cinco sentidos atentos para no perder detalle de lo que Alberto le iba a contar. ¿Qué sería? En el taxi había retocado un par de detalles de su maquillaje. Mientras daba una capa de colorete a sus mejillas se preguntó por qué lo estaba haciendo. ¿Acaso se sentía atraída por aquel abogado? Una sonrisa había aflorado en sus labios y ella misma se había respondido: «Es un capullo».

Las letras con la tipografía típica de los asadores guipuzcoanos destacaban entre una serie de locales comerciales insípidos que daban poco lustre a una calle que desembocaba en la de Alcalá. El aroma a tarde de toros impregnaba las paredes y la calzada. Un restaurante como aquel había que conocerlo. No estaba en el circuito de estrellas Michelin ni se encontraba entre las recomendaciones de las revistas que consultaban los hombres de negocios para sorprender a sus invitados. A Maitetxu había que llegar a propósito. Si no lo conocías, no lo encontrabas por casualidad. Berta se quitó las gafas de sol y se desprendió de su abrigo de Zara antes de franquear la puerta.

El local tenía todo el sabor donostiarra, pero estaba salpicado con algunos detalles que le conferían un ambiente especial. Había muchas más mesas de las que podía aparentar el restaurante desde el exterior. Faltaban diez minutos para las tres de la tarde. Berta no sabía por qué Alberto le había convocado tan tarde. La calefacción funcionaba a toda su potencia. Seguro que, después de una comida en aquel restaurante, lo que menos hacía falta era un aparato de calefacción. Miró a los comensales que disfrutaban de sus opíparas viandas. Berta se quedó junto a la mesa que tenía el libro de reservas a la espera de que un camarero la acompañase a la mesa que esperaba que Alberto Spínola hubiese reservado. Nadie se acercó. Berta sabía que la hora era un poco fuera de lugar. Sin embargo, esperó a ser atendida. Se colocó junto al libro de reservas del restaurante y bajó la vista a las páginas subrayadas en color amarillo y verde. Quizá era una deformación profesional. Le gustaba repasar los nombres de las personas que estaban en el restaurante mediante sus reservas. Fue una milésima de segundo. Un rostro. Un gesto. Pero pasó a repasar las reservas. Allí estaba. La quinta entrada de la agenda. «Nicolás Verde. 3 personas.» Entonces Berta se dio cuenta de que el rostro que había pasado por su mente como un rayo era el del

socio de Kline & Burbridge. En una décima de segundo tomó una decisión. Alberto Spínola no podía aparecer por allí si su intención era hablarle sobre su socio de mercantil. Levantó la cabeza. Vio a Nicolás Verde, que la saludaba desde varias mesas de distancia. Ella puso su mejor sonrisa. Levantó la mano a modo de saludo y se arrepintió de mostrar una sonrisa tan abierta. La voz del camarero sonó a su lado como una tormenta.

—¿Tiene reserva?

No sabía qué decir. Esperaba que Alberto Spínola no la hubiese citado en el mismo restaurante en el que Nicolás Verde comía con dos personas que llevaban la etiqueta de «yanqui» tatuada en la frente. Echó un rápido vistazo a la agenda. Buscó por horas más que por nombres. Si era un tema tan misterioso como para citarla en un asador lejos de los restaurantes de lujo, confiaba en que el abogado no hubiese reservado con su propio nombre. Entonces lo vio. A las 15.00. Dos personas. Albert Klinebur. ¡Vaya forma más rara de ocultar su nombre! El joven abogado no servía para espía, pero su indiscreción había servido para que Berta tuviese una pista.

—¡Sí! —casi gritó Berta—. La mesa siete es la mía.

La cara de Nicolás Verde estaba casi a la altura de los ojos de Berta. La periodista puso la mejor de sus sonrisas.

—Hola —dijo el abogado.

—Hola, abogado. —En aquel momento Berta hubiese necesitado un buen trago. Nadie le había explicado que en la profesión de periodista iba implícito el papel de actriz para momentos como aquel.

—Seguro que has quedado con algún abogado que te va a contar las basurillas de algún despacho —dijo Nicolás mientras mostraba la mejor de sus sonrisas ante la periodista.

Berta se sintió atrapada. ¿Estaba intentando flirtear con ella? La verdad es que era guapo. Muy guapo. Pero Berta no estaba para ligues en aquel momento.

—No te puedo contar, malvado —dijo—. Lo siento. He quedado con mi hermano —dijo tratando de desviar la atención de Nicolás del libro de reservas.

—Lástima —dijo el socio de Kline & Burbridge—. Quizá otro día te puedes sumar a nuestro plan.

—Quizá otro día —completó Berta.

El abogado volvió a su sitio mientras la periodista trataba de sentarse en su mesa sin que nadie apreciase su azoramiento. Sacó el móvil. Menos mal que había guardado el teléfono de Alberto. Marcó todo lo rápido que pudo. Los tonos de espera le parecieron interminables. Finalmente, Alberto atendió la llamada.

—¿Sí?

—No vengas.

—¿Cómo? —La voz del abogado reflejaba su extrañeza ante la llamada. Él no tenía memorizado el móvil de Berta y tardó en reconocer la voz de la periodista.

—Que no vengas. Tu socio, *Green*, está aquí.

Si su intención era evitar la atención del resto de las mesas, Berta no lo estaba haciendo nada bien. Miró hacia el socio de Kline & Burbridge, que había vuelto a entablar una alegre conversación con sus amigos americanos.

—¿Dices que Nicolás está en el restaurante? —preguntó Alberto a pocos metros del local.

—Así es.

Berta comprendió que su interlocutor había recibido el mensaje cuando lo vio pasar por la calle, hablando por el teléfono, como si nada fuese con él. La periodista suspiró.

—Bien hecho.

—A las cinco en el bar de la esquina sureste de la plaza del Dos de Mayo —dijo Alberto, y colgó.

Berta apenas tuvo unos segundos para escribir la nueva dirección y se quedó con el móvil en la mano. Ahora tenía el encargo de buscar a alguien que comiese con ella y disimulase el plantón al que iba a ser sometida. ¿La esquina sureste? Este tío era más raro de lo que Berta había podido imaginar.

El camarero sirvió el tercer café. Alberto se había sentado en la mesa que quedaba tapada por la barra al fondo del local. El bar tenía el perfume añejo del Madrid antiguo. No el viejo, sino el desgastado. El sol entraba con fuerza por las cristaleras que daban a la plaza del Dos de Mayo. Los niños empezaban a aparecer con sus balones acompañados de sus madres. La mayoría eran parejas muy jóvenes e inmigrantes. El café era perfecto. Era uno de los bares preferidos de Alberto. Le gustaba sentarse en los días de buen tiempo a disfrutar de un tercio de cerveza congelada acompañado de un buen libro. Hoy el panorama era distinto. La temperatura no permitía que estuviese montada la terraza y el motivo de su presencia allí no era agradable.

Alberto pudo ver el reflejo de un taxi que paraba en la puerta. Berta entró en el bar y se dirigió a la mesa donde estaba Alberto. Las otras tres mesas estaban ocupadas por parejas de enamorados que intercambiaban confidencias y caricias con las cabezas separadas por escasos centímetros. El abogado y la periodista iban a pasar desapercibidos en ese ambiente salvo porque Berta quería hacerle a Alberto algo menos agradable que una caricia. El abogado se levantó para saludar a Berta. Ella no le hizo caso y se sentó. Cuando lo tuvo frente a ella preguntó, tratando de calmar su tono de voz:

—¿Me puedes explicar qué cojones está pasando...? Vengo de comer con un compañero de redacción. Comida que, por cierto —buscó en el bolso y sacó un papel que plantó frente a Alberto—, vas a pagar tú. Hemos estado hablando de nada durante hora y media. Él ya había comido. Menos mal que vive junto a la plaza de toros porque si no es por él, hubiese quedado como una gilipollas plantada frente a tu socio Nicolás. Ya puedes empezar a...

—Perdona. —Alberto interrumpió el discurso de la periodista y fijó su atención—. No me podía imaginar que Nicolás fuese a comer allí. Es un restaurante poco conocido. Ha sido una casualidad. Pero no pueden vernos juntos. Me estoy jugando el pellejo.

Berta suavizó su rostro. Vaya, aquello sonaba a buena historia. Así lo delataba la intranquilidad que rezumaban las palabras de Spínola.

—¿De qué se trata?

El abogado dio varias vueltas a su café. No quería contarle. No quería ser desleal. Pero tenía que hacerlo.

—Creo que existe un complot contra Petrospaña.

—Sí, ya lo sé. Todos hemos visto el *mail* que la pone a parir...

—Es un complot orquestado desde arriba. No son cuatro contribuyentes cansados

de pagar impuestos. El asunto es más gordo. Creo que Nicolás Verde y, por extensión, GlobalHerz están llevando a cabo un boicot cuyo objetivo es rebajar el precio de la acción de Petrospaña.

Berta se quedó mirando a Alberto. Fijamente. Sin mover un músculo. Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. El abogado le devolvía la mirada. Tenía ojos oscuros. Parecía cansado. Alberto siguió hablando.

—Ese documento que da vueltas por internet llamando a un boicot estaba en la pantalla del ordenador de Nicolás Verde cuatro días antes de que el Gobierno subiese los impuestos sobre los carburantes.

La periodista se quitó el abrigo. No le había dado tiempo, pero parecía que aquello iba en serio y quería estar cómoda. Trató de aclarar las ideas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi.

—¿Dónde?

—En el ordenador de Nicolás. Fui a recoger unos documentos a su cajón y observé lo que había en la pantalla. Fue de pasada. No le di importancia, pero allí estaban los mensajes contra el Gobierno. Estoy seguro.

A Berta le hubiese encantado ser fumadora para encenderse allí mismo una cajetilla.

—Pudiste verlo mal.

—Estuve justo delante de su pantalla. Era una de las diapositivas que circulan por internet contra Petrospaña y Calgas. Con la misma tipografía y color.

—¿Nicolás sabe que lo viste?

—Creo que sí.

—¿Pero cómo iba a tener él abierto un documento así en su pantalla?

—No tengo ni idea —dijo Alberto bajando la cabeza—. Yo entré en su despacho para actualizar el dossier con el seguimiento de la opa. Él hablaba por el móvil de forma distendida. No sé si había olvidado que lo había abierto. Pero allí estaba.

—¿Por qué piensas que sabe que tú lo viste?

Alberto meneó la cabeza y frunció la cara.

—No lo sé. Hoy ha venido a mi despacho para preguntarme si quería ir a comer con él y con los dos americanos. Luego me ha preguntado si sabía algo de Petrospaña. No lo sé, pero me da la sensación de que sospecha algo. —El abogado no dejaba de jugar con la cucharilla del café—. Además, lleva desde aquel día como..., no sé cómo decirlo..., como si estuviese muy pendiente de mí. No me refiero a que esté atento conmigo, pero me da la sensación de que me vigila.

La periodista seguía el relato con cierto escepticismo. Si era mentira, era hasta cómico. Si era verdad..., era una historia que superaba la capacidad de Berta.

—Es solo una suposición. Ni siquiera viste seguro ese documento. Podía ser cualquier otro.

—Era ese documento.

—¿Y en qué te basas para decir que es un complot contra Petrospaña tejido por GlobalHerz?

—Piénsalo —dijo Alberto apoyando el pecho en la mesa y bajando la voz para que nadie le escuchara—. Si el boicot contra Petrospaña triunfa, puede hundir las acciones. ¿Has visto la noticia de ayer en Antena 3?

—No.

—Hay grupos en facebook que piden el boicot a las petroleras españolas. Están siendo un éxito.

—A la gente le gusta movilizarse...

—Creo que es una campaña orquestada. Esta mañana, las acciones de Petrospaña estaban a punto de romper el suelo de los 14 euros. Justo el precio de la opa. Qué curioso.

—¿Crees que lo hacen para cargarse a Petrospaña?

—Lo hacen para rebajar el precio. Si la acción cae por debajo de los 14 euros, la oferta que lanzó GlobalHerz volverá a ser atractiva para los accionistas. La empresa se convertiría en la salvadora. Los accionistas prefieren salir de una compañía que se encuentra con el rechazo de la sociedad.

Berta miraba con algo de desconfianza. Su relación con Alberto había sido complicada. No quería ni imaginarse que el abogado pudiese estar inventándose todo aquello, incluso con Nicolás como cómplice, para vengarse de ella.

—Sé que es difícil de creer y que no tienes ni un solo motivo para creerme... —dijo Alberto como si le estuviese leyendo el pensamiento—, pero es verdad.

La joven se quitó un mechón de pelo de la cara y lo recogió tras la oreja. Bajó los ojos y después volvió a mirar al abogado.

—¿Y por qué acudes a mí? Lo normal es que se lo contases a alguien del despacho o incluso a la Policía.

—¿Y si hay alguien más del despacho involucrado? Además, no tengo pruebas.

—La verdad es que es difícil de asimilar —susurró Berta—. Tus conclusiones y razonamientos, aunque muy bien hilvanados, carecen de cualquier tipo de base. Es verdad que GlobalHerz puede ser la gran beneficiada de un hundimiento de las acciones de Petrospaña, pero de ahí a pensar que ellos han maquinado algo así...

—Berta, han sido ellos. Estoy seguro. Tendrías que haber visto los ojos de Nicolás esta mañana. La culpabilidad estaba escrita en su rostro. Y él sabe que yo lo sé. No me preguntes por qué, pero lo sabe.

—Sin duda es un argumento demoledor. Podríamos llamar a un médium como testigo.

—Vi el documento. Si no te lo crees, me voy. Pero es verdad.

El silencio se apoderó del bar durante un segundo. Después, las conversaciones se iniciaron de nuevo como si alguien pulsase el botón de «reproducir».

—¿Es un delito?

—He estado mirando algunas cosas. El derecho penal no es mi fuerte, pero parece

que sí. Se podría decir que es maquinar para alterar el precio de las cosas.

—Eso suena mal.

—Especialmente en la hoja de servicios de un abogado.

—Es curioso...

—¿El qué? —inquirió Alberto algo más sosegado.

—Cuando recabé datos sobre Nicolás Verde para el artículo de la opa, un abogado me dijo que Nicolás era un abogado capaz de bailar encima de la línea que separa lo que es legal de lo ilegal.

—Pues parece que se ha salido de la línea.

—Lo que no me encaja es el motivo —pensó Berta en voz alta—. Es un socio con una carrera brillante y con una retribución que debe superar el millón y medio de euros a final de año. ¿Por qué arriesgarse a una cosa así?

—No lo sé. Quizá la gloria de una opa exitosa frente al olvido de una operación que no cuajó. Tú lo dijiste el otro día. Somos profesionales con ego...

—Mucho ego.

—... y vete a saber si a Nicolás le han puesto encima de la mesa, además, una oferta mareante.

—¿Y se va a arriesgar a que alguien le vea con un documento así en su ordenador? Ahí falla la teoría.

—Berta, insisto. Lo vi. No sé por qué lo abrió ni por qué lo tenía. Pero estaba en su pantalla. Cuatro días antes del anuncio del Gobierno. Quizá un descuido. Un despiste. Vete tú a saber. Pero lo abrió y yo lo vi. No tengo duda.

Berta empezó a tirar de su labio superior en actitud clara de estar pensando.

—¿Quién más puede estar metido en el ajo?

—Ni idea —contestó de inmediato Alberto—. Llevo poco tiempo en el despacho y no conozco lo suficiente a la gente como para saber si puede haber alguien más involucrado. Pero no puedo confiar en nadie.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Francamente..., no tengo ni idea. Pensé que a través de los periódicos puede ser una buena forma de darlo a conocer y que luego sean otros los que terminen el trabajo.

—¿Estás diciendo que publique esto?

Alberto miró hacia los lados como extrañado.

—Pues claro. Si no, para qué te lo voy a contar.

—Mira, tío, no sé qué clase de periodista te crees que soy, pero no voy acusando por ahí a gente de cometer delitos si no tengo pruebas que lo demuestren, no vaya a ser yo la que acabe entre rejas. Así que busca algo más consistente y cuando lo hayas encontrado, me llamas —dijo Berta cogiendo el bolso y el abrigo para marcharse. Alberto le cogió la mano. Ella se quedó sentada sorprendida y sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Ayúdame. Por favor.

Odiaba aquella escena de película, pero algo en el fondo de su mente le empujaba a seguir aquella historia. Tenía visos de realidad. Se quedó mirando a Alberto. Finalmente soltó el bolso y el abrigo.

—Está bien. Vamos a hacer lo siguiente. Voy a llamar a Nicolás...

—¿Cómo? ¿Estás loca?

Berta siguió sin hacerle caso.

—Voy a llamar a Nicolás a ver si puedo quedar con él para charlar sobre la opa o cualquier otra cosa. No es raro que le llame una periodista. Quiero ver cómo reacciona ante algunas preguntas. Él no tiene por qué saber que tú y yo hemos hablado. Sería el último cabo que ataría. En definitiva, Nicolás fue testigo de las borderías que te solté aquel día —sonrió Berta.

Alberto asintió quizá escocido por recordar la humillación pública.

—Necesitamos una prueba sólida —siguió Berta—. ¿Hay alguna forma de entrar en el ordenador de Nicolás y hacernos con el documento? Los archivos tienen memoria y señalan su fecha de creación y últimas modificaciones.

—Pero ya lo habrá borrado. No creo que se haya quedado una copia en el ordenador. Un descuido, vale, pero dos...

—Tendré que preguntarle a nuestro informático. Es posible que incluso lo que se borra deje algún tipo de huella.

Alberto se quedó pensativo. No era un experto informático, pero recordaba la sesión sobre tecnología que había tenido al entrar en el despacho. Había sido hacía poco tiempo, por lo que tenía fresco el asunto.

—Cada documento que se abre en un ordenador del despacho deja una copia en la carpeta de cada uno.

—¿Según quién lo abra?

—No. Según el ordenador desde el que se abre. Es decir, si yo abro un documento en mi ordenador, se genera su «espejo» en la carpeta que la red tiene con mi nombre. De la misma forma, si alguien entra en mi ordenador y abre un archivo, también queda registrado con mi nombre. Así, cuando Nicolás abrió aquel documento, se tuvo que crear la copia en su carpeta de red.

—¿Y él no pensó en ello antes de abrirlo?

—No lo sé, pero, insisto, el documento estaba abierto.

La curiosidad crecía en Berta a medida que iba escuchando más y más cosas.

—¿Y cómo se puede acceder a esa carpeta en red?

—Cada uno puede acceder solo a su carpeta y desde su propio ordenador.

—Caray, no lo estás poniendo fácil —suspiró Berta—. Bueno, pues entonces hay que entrar en el despacho de Nicolás, encender su ordenador, buscar su carpeta, localizar el documento y copiarlo rezando para que quede registro de cuándo y dónde fue abierto el archivo.

—No es tan fácil.

—No jodas, no me había dado cuenta —sonrió Berta con ironía.

Alberto dio un sorbo a su café haciendo que no había escuchado el comentario.

—Pero hay una forma.

—¿Para entrar en su despacho?

—No. Eso sería prácticamente imposible. Cuando Nicolás trabaja, la puerta de su despacho está siempre abierta. Pero si sale durante más de cinco minutos, cierra a cal y canto.

—Pero seguro que hay algún modo de llegar a su ordenador.

—No. Además, si por un casual consiguiésemos quedarnos a solas frente a su ordenador, no se puede acceder a él si no es a través de una contraseña personal.

—Entonces...

—Podemos entrar desde otro ordenador.

—Pero si acabas de decir que solo se puede entrar a la carpeta personal desde el propio ordenador. —Berta no seguía al abogado.

—Desde hace unos años, los socios de Kline & Burbridge tienen una forma de acceder a su ordenador desde otro ordenador. Solo necesitan una clave de seguridad para que el sistema le dé acceso a su escritorio desde un ordenador cualquiera. La clave la genera una pequeña llave electrónica que tiene cada socio. Cada hora, la llave genera una nueva contraseña de diez dígitos para tener acceso remoto a tu ordenador.

—¿Me estás diciendo que cada hora cambia la contraseña y tiene diez dígitos? ¡Será imposible! —levantó la voz Berta, que ya se encontraba muy perdida.

—No es tan difícil. Solo hay que hacerse con la llave que genera el código.

—Si te soy sincera, este plan me está pareciendo muy difícil de llevar a cabo. Tendríamos que llamar a Tom Cruise. Podría hacer una nueva entrega de *Misión imposible*.

—Podemos hacernos con la llave cuando Nicolás vaya al gimnasio. Como casi todos los socios, Nicolás guarda su generador de códigos en el llavero. De esta forma no lo pierden. Solo hay que robarle el llavero en el gimnasio y devolvérselo antes de que salga de allí.

Berta miraba con cara de sorpresa al abogado. Estuvo unos segundos con la boca abierta.

—¡Ah, claro! No lo había pensado. ¿Y qué vas a hacer? Acercarte y decirle: «Hola, Nicolás. ¿Me dejas un momento tus llaves, que vamos a ver si estás cometiendo un delito? Tranquilo. Ahora mismo te las devolvemos». Chaval, creía que exigían algo de ingenio para entrar en un despacho de prestigio. Pero veo que no tienes nada en la cabeza...

—Escúchame, Berta. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre. O al menos eso recordaba ella.

—¡No, escúchame tú! —dijo Berta provocando que el camarero se girase hacia ellos—. Es una locura. No tienes ni la más mínima prueba de nada. Y nada te asegura que en el ordenador haya quedado rastro. Si te pillan..., mejor dicho, si nos pillan, tú

te dedicarás el resto de tu vida a defender a indigentes y yo alimentaré un blog sobre conspiraciones económico-mundiales porque nadie querrá contratarnos. ¿Qué te hace pensar que me voy a jugar el pellejo y mi carrera por un tipo que lo único que ha hecho ha sido humillarme en público?

Alberto miró a Berta. No pestañeó. Atravesó con su mirada los ojos de la periodista. Pasados pocos segundos, Berta se sintió incómoda. Alberto la miraba, pero no parecía ausente. Estaba allí. La periodista ahogó su frustración en los ojos del abogado. No supo por qué, pero se sintió atraída por él. Fue como una idea que pasó por su cabeza como un relámpago, y un instante después, Berta solo creía haberlo soñado.

El abogado se sentía fuerte. Después de haber dado vueltas por Madrid acosado por un pensamiento de deslealtad y traición, había logrado reposar sus sentimientos. Nicolás estaba haciendo algo que atacaba a Alberto de forma directa en tres aspectos: estaba desprestigiando a su firma, haciendo daño a su cliente y pisoteando la ley y el código deontológico de la abogacía. Llevaba poco en la profesión, pero había normas innatas al corazón de un abogado desde su colegiación. Es como el derecho natural. No está escrito en papel, sino en el alma. Y Alberto sentía que casi le dolía el ataque que Nicolás estaba llevando contra la profesión. No lo iba a tolerar.

—Quieres descubrirlo por dos motivos. El primero, porque es la mejor historia que se te ha presentado en tu carrera como periodista. El segundo... —suspiró, miró a la calle y volvió a clavar los ojos en Berta—, el segundo, porque creo que es tu deber como periodista. Se trata de contar la verdad. Defender a la sociedad frente a la mentira y la corrupción. Todo periodista debe ser crítico con el poder establecido. El control que un periodista ejerce en defensa de los ciudadanos no es comparable a nada. No creo que estés en el periodismo para defender los intereses de tu grupo editorial o a los amigos de tu jefe. Estás en esto para servir e influir a la sociedad. Por eso quieres destapar este asunto. Porque quieres llegar al fondo y decir a tus lectores: «Hoy podéis dormir tranquilos. Al menos mientras yo esté de guardia».

Las palabras se quedaron flotando en el ambiente. Las miradas se habían relajado, pero seguían enganchadas. Berta entrecerró los ojos.

—No está mal para alguien que piensa que los periodistas somos unos capullos.

—Lo sois cuando perdéis el norte de vuestra profesión —sonrió Alberto. Berta hizo una mueca.

—Y no intentes impresionarme. La frase que has dicho es de una película.

—¿Cuál? —sonrió Alberto.

—La de «podéis dormir tranquilos al menos durante mi guardia». Es de *Algunos hombres buenos*, y encima no la has dicho literal. Bueno, ¿y quién nos puede ayudar?

Cristóbal pensó que estaba sufriendo una taquicardia. Cuando Alberto le había contado lo de Nicolás, se había puesto casi a gritar. Menos mal que se lo había dicho en el coche camino a casa. De otra forma, cualquiera hubiese pensado que estaba sufriendo un ataque de pánico.

—¿Que quieres que haga qué?! —había gritado—. Debes de estar loco, tío, si piensas que voy a robarle las llaves a Nicolás. Además, no es seguro que haya hecho eso que piensas que has dicho y que no pienso repetir en voz alta.

—Cristóbal, coño, tranquilo. Tienes que confiar en mí. Yo he confiado en ti y te he contado una cosa muy confidencial...

—Preferiría que no lo hubieses hecho.

—... que me puede costar mi carrera.

—Nuestra carrera, te puntualizo.

—Es sencillo. Coges el llavero, me llamas, me dictas el código y devuelves el llavero.

—Tío, me has visto aspecto de Houdini o algo así. ¿Cómo voy a robarle las llaves y luego meterlas en su taquilla?

—Deberás improvisar.

—Claro, lógico.

—Es un plan arriesgado.

—¿Arriesgado? ¡Qué ironía!

Cristóbal se quedó mirando a través del cristal. Él nunca había querido ser un abogado conocido. Ni siquiera tenía una aspiración seria de llegar a ser socio. Él era el claro ejemplo de abogado que se contentaría con un buen sueldo y un horario apañadito. Sin florituras. Lo justo para tener una familia y no perderse la infancia de sus hijos. Tendría que haber aceptado aquella oferta para trabajar en la asesoría interna de una empresa familiar. Pero se dejó cegar por los focos de un bufete internacional. Seguro que en aquella empresa familiar no habría tenido que hacer de James Bond.

—Cristóbal..., lo vas a hacer bien. —Alberto ya no sabía cómo animarle.

Su amigo le miró.

—Cuando entraste en el despacho sabía que me ibas a complicar la vida. Joder, pero no tanto..., está bien. Lo haré.

Scott McManus soñaba con ver a su hijo James, que solo tenía seis años. Mariha, su mujer, le había mandado fotos de su última fiesta de cumpleaños, que él, una vez más, se había perdido. Se sentó junto a la zona de aterrizaje y entornó los ojos tratando de avistar el helicóptero que estaba a punto de llegar. Por primera vez en tres meses no estaba lloviendo. Era lo que tenía el mar del Norte. El ingeniero se quitó el casco y volvió a ajustarse su abrigo polar. El frío era considerable. Pero el sueño de volver a casa después de varias semanas le calentaba el corazón. Amaba su trabajo en la planta petrolífera, pero aborrecía estar en mitad del mar lejos de su familia y sus amigos. Un permiso como el que iba a disfrutar era lo que le mantenía con fuerzas para continuar en un trabajo tan sacrificado. Aunque él sabía que el permiso se iba a retrasar.

Cerró los ojos y pensó en su hijo. Le llevaría a ver el partido como le había prometido una y mil veces. Pero esta vez no fallaría. Y a su mujer la invitaría a cenar en el restaurante de la calle de los Bohemios que regentaba un lituano con aspecto de traficante de armas venido a menos. Casi sentía ya el calor de la chimenea en sus pies. Se sentaría a ver televisión con una botella de whisky y se quedaría allí sentado. Borracho. Dejando que las llamas casi lamiesen sus calcetines. A la mañana siguiente se despertaría con el olor vivificante de unas salchichas haciéndose en la sartén. Después pasearía con su esposa por las calles del pueblo como hacían cuando eran novios.

Su trabajo era inhumano, pero estaba muy bien pagado. Eso era suficiente.

Una alarma empezó a sonar en la planta. Eran las 7 de la mañana. El ruido era ensordecedor. Solo Scott sabía el motivo por el que habían saltado las alarmas.

—¡Qué cojones ha pasado! —gritó un joven al que la alarma había despertado.

—¡Buscad a Marcus! ¡Es en la manga principal! ¡Llamad a tierra. Llamad a tierra!

Aunque las órdenes se iban sucediendo como en un caos interminable, lo cierto era que todo el mundo sabía perfectamente lo que tenía que hacer. El plan de actuación ante una fuga era lo primero que había que saber antes de empezar a trabajar en la planta.

Scott miró al horizonte y divisó el helicóptero que venía hacia la plataforma. Nadie se subiría a él. Nadie podía salir de la plataforma en un caso así. A los pocos minutos, una mancha de petróleo empezó a surgir en la superficie del mar. Aquello tenía pinta de catástrofe. Tarde o temprano volvería a tierra firme. Solo tenía que esperar unas horas hasta que saliese el petróleo necesario. Nadie sería capaz de descubrir que había manipulado las válvulas de seguridad para que dejaran salir el

crudo sin control. Pasarían varias horas antes de que él anunciase que había encontrado el fallo y lo solventase. Solo tenía que dejar que saliese el petróleo suficiente.

Cuando volviese a tierra, se iría con su mujer y su hijo a vivir a otro país. Quizá a España. Allí siempre hacía sol y no como en su tierra. Además, tendría un millón de dólares para empezar una nueva vida. Y James y Mariha vivirían. Scott todavía se estremecía al recordar la voz que le había llamado veinte horas antes. «Tenemos a tu mujer y a tu hijo.» Solo la amenaza de saltarles la tapa de los sesos habría sido suficiente para boicotear las válvulas. Los gemidos de James al ser golpeado y los gritos de Mariha al ver cómo lo hacían eran argumentos más que convincentes. Total, tampoco querían un derrame tan espectacular. Pero además le habían prometido un millón de dólares. «¿Qué extraño?», había pensado él. Pero no era momento para hacer preguntas, sino para actuar. Y él lo había hecho. Había ejecutado las órdenes. Tardaría en ver a su familia, pero él estaba haciendo lo que le habían dicho. Tenía sentimientos encontrados de héroe y villano.

Era un ingeniero listo. Demasiado listo. Por eso nadie podría descubrir que él había sido el causante del derrame. Solo él lo sabía. Había actuado en legítima defensa. Se colocó el casco y comenzó a subir a su puesto de trabajo. Vio cómo el helicóptero daba la vuelta. Subiría a él en pocas horas.

A las diez de la mañana la noticia corría como un reguero de pólvora. Todos los medios de comunicación daban la noticia. Una mancha de petróleo de dimensiones difíciles de calcular se extendía alrededor de una plataforma de Petrospaña en el mar del Norte. Una de las tuberías principales estaba expulsando petróleo a una gran profundidad. Nadie era capaz de responder a la pregunta de qué había pasado. El petróleo estaba saliendo casi a borbotones y la mancha crecía como una sombra de muerte. Las noticias hablaban de catástrofe.

Los responsables de Petrospaña tardaron más de la cuenta en salir a dar alguna explicación, lo que incrementó la sensación de culpabilidad sobre la empresa. Las acciones cayeron en picado y la Comisión Nacional del Mercado de Valores sopesó la posibilidad de suspender la cotización. El precio de la acción se situó en 8,50 euros en apenas unas horas y las órdenes de venta llegaban en oleadas.

Mateo Blasco seguía las noticias desde la televisión de su despacho. Una leve sonrisa permanecía inmóvil en sus labios mientras veía al presidente de Petrospaña sudar como un cerdo ante las preguntas insistentes y sin compasión de los periodistas. Las acciones no valdrían ni para envolver un bocadillo cuando se solucionase el problema. Sacó su móvil con línea de seguridad y marcó el número tres. Una voz contestó en inglés con un fuerte acento eslavo.

—Espero que sea subsanable —dijo Blasco ajustándose sus gafas de diseño.

—Tranquilo. En una hora encontrarán el problema.

—Pero el daño ya estará hecho.

—De eso se trataba, ¿no?

—Sí. La mancha debe ser grande, pero sin pasarse.

—Se van a derramar los barriles necesarios para que cunda la preocupación...

—El dinero está donde convenimos. No quiero volver a saber de ti.

—Tranquilo. Es un placer trabajar con usted..., aunque no le haya visto nunca.

—Así es mejor.

Blasco cerró el móvil. No sabía cómo se había producido el derrame. No quería detalles. Solo quería que ocurriese. Para eso había contratado a profesionales a los que ya había acudido en otras ocasiones.

Volvió a abrir el teléfono y marcó el cuatro. Bastaron dos timbrazos.

—Lo estoy viendo. —La voz de Nicolás sonó grave al otro lado de la línea.

—Creo que es un éxito.

—Lo será si no se extiende mucho.

—Tranquilo, en breve lo solucionan.

—No te creas que estoy muy orgulloso.

—Tu idea ha sido brillante. Rápida y eficaz. Si esto sigue así, vamos a poder hasta rebajar el precio de la oferta. Has cumplido. Tu parte te llegará como convinimos.

—Adiós.

Mateo cerró el móvil. Volvió a fijar la mirada en la televisión. Su sonrisa se hizo más grande al ver al presidente de Petrospaña dar por concluida la rueda de prensa y salir corriendo del escenario.

Ya tenía a Petrospaña donde quería. El resto sería coser y cantar.

—¡Es que no voy a tener un jodido día tranquilo! —vociferó Andrés Roca al entrar en la redacción. La pose de mártir era solo eso, una pose. Cualquiera que le conociese sabía que el periodista disfrutaba con los días de ajeteo en los que se sucedían las noticias sin previo aviso—. ¿El puto pozo sigue echando mierda?

—Es confuso —contestó Jesús—. Ramiro está en la sede de Petrospaña. Acaba de terminar la rueda de prensa. Berta está llegando aquí.

—No quiero noticias. Quiero realidades. Jesús, localiza a Ramiro y dile que quiero hablar con él. Y luego llama a Berta para que se dé prisa. A ver cómo cojones enfocamos esto.

Berta salió del metro y marcó el móvil de Alberto Spínola. Él cortó. Berta volvió a marcar 30 segundos después, tal y como habían convenido para avisar que era urgente que hablasen. El abogado descolgó el teléfono mientras salía de su despacho y bajaba a la calle simulando una conversación con un viejo amigo. Cuando ya estuvo lejos de los oídos indiscretos, cambió el tono:

—¿Has visto lo del derrame?

—Estoy llegando al periódico. ¿Crees que han sido ellos?

—No tengo duda. Petrospaña está sentenciada. El precio de sus acciones está bajando sin parar.

—Pero no tiene sentido. En un desastre así la empresa tiene que asumir un dineral en multas e indemnizaciones. ¿Sabes lo que le puede costar limpiar la mancha que está apareciendo en el mar?

—Sí, la verdad es que no tendría mucho sentido. Desde luego, sabiendo lo que sabemos, esto huele muy mal —dijo Alberto tratando de resguardarse en un portal. Había bajado en mangas de camisa y el frío le provocaba escalofríos.

—No podemos hacer hoy lo del gimnasio —susurró Berta.

—Cristóbal lleva tres días sin dormir. Como le diga que lo retrasamos, le da un patatús. Además, es los jueves cuando Nicolás no falta a su cita con el gimnasio.

—¿Y si hoy no va por lo de Petrospaña?

—Pues entonces lo aplazamos, pero vamos a hacerlo ya.

Berta se quedó pensativa mirando el tráfico de Madrid. Tenía una llamada en espera. Era de la redacción.

—Me llaman del periódico. Tengo que dejarte.

—Vale. Pero a las dos y media en tu casa. ¿Has comprobado que tu ordenador funciona bien?

—Sí, tranquilo.

—No me digas que esté tranquilo porque estoy muy nervioso.

—Te dejo. Adiós.

Berta colgó y cubrió los pocos metros que le quedaban hasta la sede del periódico. Subió y no le dio tiempo a quitarse el abrigo cuando Andrés Roca estaba ya detrás de ella dando órdenes.

El día no había hecho más que empezar.

Alberto salió del despacho cuando faltaban diez minutos para las dos. El abogado solo pudo ver de refilón la cara de cordero degollado que tenía Cristóbal. Ahora estaba él solo. Se las tendría que ingeniar para lograr la llave, pasarles el código de diez dígitos y devolver el llavero a su legítimo dueño sin que se diese cuenta.

El apartamento de Berta no estaba muy lejos de la oficina y decidió ir a pie. Llegó a las dos y cuarto, pero la periodista estaba ya arriba. Ella abrió la puerta. Se sentía extraña. Los nervios empezaban a aflorar. Alberto esperó de pie a que ella volviese de la cocina. Una pequeña mesa de estudio con dos sillas plegables era el lugar donde esperarían la llamada de Cristóbal. Se sentaron. No sabían muy bien qué decir.

—¿Has visto a Cristóbal? —preguntó Berta.

—Está como un flan.

—Como para no estarlo.

La conversación no era fácil. Los ojos de Alberto se alternaban entre la pantalla del ordenador y el móvil. No quería sorpresas como falta de cobertura o algo por el estilo. Cuando Cristóbal les diese la clave, tendrían una hora para buscar el documento, comprobar que delataba a Nicolás, imprimirlo y cerrar la sesión. Si Nicolás trataba de entrar en su ordenador y ellos estaban conectados, sabría que alguien estaba jugando sucio. Y sus ojos recaerían en Alberto.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Berta rompiendo el silencio. Alberto no supo muy bien qué contestar. Lo mismo se había preguntado él desde el primer momento. Hubiese sido más fácil no atar cabos y dejar que se sucediesen los acontecimientos. Parecía que GlobalHerz iba a conseguir hacerse con Petrospaña y él hubiese aparecido en el equipo de los ganadores. Pero su hambre de ser un abogado de negocios no impedía oír la voz de su conciencia. Cada vez que se preguntaba por qué hacía aquello, la fuerza de su respuesta se debilitaba.

—No lo sé. Quizá porque creo en la Justicia.

—Muy bonito —dijo Berta con cierta ironía tratando de rebajar la tensión.

Los minutos pasaban. ¿Cómo estaría Cristóbal?

«Jodida calefacción», pensó Cristóbal. Fuera hacía un frío que se caían los pájaros y él estaba con la camisa empapada de sudor. Kline & Burbridge debía de estar perdiendo un dineral en gas. El calor en el despacho era insufrible. O eso al menos pensaba él. Había visto salir a Alberto unos minutos antes. ¡Qué cabrón! Él estaba con la chica mientras que él tenía que conseguir el código. Sabía que Nicolás saldría en breve hacia el gimnasio como hacía cada jueves. Otros días podía fallar, pero el jueves era sagrado. Cristóbal notaba que no le llegaba la camisa al cuello. Cerró los ojos unos segundos y trató de acompasar su respiración. Ahora estaba un punto más tranquilo. Justo al abrirlos, Nicolás pasó frente a su puerta con la bolsa de deporte al hombro. Había llegado el momento. Lo peor era que Cristóbal seguía dándole vueltas a la forma de hacerse con el llavero. Había pensado mil posibilidades y había desechado las mil. Pero ya no era momento de echarse atrás. Esperó unos segundos y cogió su propia bolsa de deporte.

Salió a la calle y vio a Nicolás llegando al final de la calle. No sería extraño que el socio le viese en el gimnasio. Habían coincidido varias veces. Pero Cristóbal sabía que era mejor no tentar a la suerte. Era probable que Nicolás no se acordase ni de su nombre.

El júnior sacó su teléfono móvil. Marcó el número de Alberto y colgó al escuchar la primera llamada. Era la señal para avisar de que estaba en camino. La gente empezaba a acumularse en el paseo de la Castellana, así como el tráfico. Era hora de comer y mucha gente se movía a esa hora. Cristóbal no perdió la estela de su socio. Había visto muchas películas de espías y sabía que debía darle el suficiente espacio para tenerlo controlado, pero sin que se diese cuenta. Nicolás amagó con pararse a hablar con alguien a quien saludó, pero, por suerte para Cristóbal, el socio siguió su camino y entró en el centro comercial en cuyo ático se ubicaba el gimnasio. Poco después lo hacía Cristóbal.

Nicolás llamó al ascensor y subió hasta la planta donde estaba la recepción del gimnasio. La recepcionista le saludó con el deseo visible de que él le dedicase una pizca de atención. La sonrisa que el abogado tenía para todas fue suficiente para contentarla. Cogió una toalla pequeña y se situó al fondo del vestuario, donde pasaba más desapercibido. El gimnasio se había convertido en un lugar donde solían coincidir un gran número de abogados de distintos bufetes. Era lo malo que tenía el hecho de que todos los despachos quisiesen estar en el centro de Madrid.

Había llegado el momento. Cristóbal se colocó cerca de él, pero detrás de una columna que impedía que Nicolás le pudiese localizar. Mientras el socio se cambiaba con su ritual y parsimonia habituales, Cristóbal se puso sus zapatillas y su

indumentaria en minuto y medio. Se sentó en su banco, resopló e hizo el amago de rezar algo. Era ahora o nunca.

Se incorporó en un movimiento rápido y giró la columna. Se dirigió a Nicolás con determinación. El socio estaba sentado en su banco y no se dio cuenta hasta que lo tuvo casi en sus narices.

—Nicolás, ¿qué tal estás? —dijo Cristóbal con algunos decibelios de más.

El socio puso cara de extrañeza mientras se ataba los cordones. Eran compañeros de bufete, se veían varias veces a la semana en el gimnasio y él sabía perfectamente quién era Cristóbal.

—¿Qué? ¿A machacarte un poco en la bicicleta? —dijo Cristóbal con una sonrisa histérica.

Con un rápido vistazo pudo ver las llaves. Estaban en la única repisa de la taquilla. Nicolás las había colocado junto al teléfono móvil y por delante de los zapatos. Estaban muy accesibles. Al alcance de la mano. Si estiraba el brazo, podría hacerse con ellas. En el llavero identificó la llave de plástico que generaba los códigos. Estaba apenas a unos centímetros de él. ¿La echaría de menos Nicolás?

El socio se sorprendió. Más de una vez había visto a júnior tratando de hacer la pelota a los socios de cualquier forma. Sonrió.

—Pues sí. Aunque estoy con una molestia en las rodillas y no sé si voy a poder darlo todo sobre la bicicleta —dijo Nicolás mientras se agachaba a por la otra zapatilla, que se había quedado bajo el banco en el que estaba sentado.

Entonces Cristóbal actuó como por instinto. Lanzó la mano, agarró el llavero y lo escondió en su pequeña toalla. Se quedó mirando a Nicolás perplejo. Sorprendido por la inconsciencia de su acción. Si volviese a plantearse un millón de veces aquella posibilidad, un millón de veces habría dicho que era una locura. Las llaves estaban en su poder. Era un mal sitio. Deseaba echar el tiempo atrás y dejar las llaves en su lugar antes de que Nicolás se diese cuenta de que faltaban. ¿Era un inconsciente? Le pillaban fijo. Allí estaba a punto de terminar su corta carrera como abogado. No había calculado todas las posibilidades. Pero ya había actuado.

Antes de ponerse la otra zapatilla, Nicolás miró a Cristóbal.

—¿Y tú? ¿Bici o carrera? —dijo el socio.

Cristóbal intuyó que el miedo que sentía en todo su cuerpo debía de estar reflejándose en su rostro. La cara con la que le miraba Nicolás mientras ajustaba los cordones era una confirmación.

—¿Te encuentras bien, Cristóbal?

El pánico, que había producido en su cuerpo una extraña sensación de parálisis, desapareció y el júnior contestó recuperándose del susto:

—Sí, sí. Me encuentro perfectamente. Yo, pues hoy optaré por las pesas —se miró los brazos y añadió sonriendo—: que luego vienen las operaciones grandes y hay que estar preparados. Bueno, pues te veo en la batalla —sonrió el abogado.

—Vale —dijo con extrañeza Nicolás.

Cristóbal avanzó por el pasillo hacia la salida. Notaba las llaves en su puño a través de la tela esponjosa de la toalla. Las aferraba con fuerza. No se le podían caer en ese momento. Cuando abrió la puerta para salir, echó un rápido vistazo atrás. Nicolás cerraba la taquilla. No había echado en falta el llavero. Cristóbal sonrió. Era un *crack*.

Berta y Alberto permanecían en un silencio que a la periodista se le hacía incómodo. No recordaba la última vez que había estado sola con un hombre en su casa y ahora estaba con aquel atractivo abogado mirando cada uno a un sitio esperando una llamada que no se producía. Alberto tocaba el teléfono cada pocos segundos para comprobar que la cobertura era perfecta y que no había problemas.

El timbre del teléfono rompió la calma y provocó que Berta diese un pequeño grito de susto. Alberto miró el teléfono y sonrió a Berta. Era Cristóbal. Antes de que Alberto pudiese preguntar nada, las palabras empezaron a salir de la boca de su amigo como si fuese una metralleta:

—La tengo, tío, tengo la llave. Creí que me había pillado..., joder..., estoy en el baño... Alberto..., me ha pillado seguro..., qué flipe..., él dejó de mirar y yo..., ¡zas! Y ya tenía el llavero y claro, ¿qué voy a hacer? Y él va y me pregunta que si voy a bici o carrera... y yo pensando: «Joder, tío, saldría de aquí cagando leches»...

—¡Tranquilo, Cristóbal, tranquilo! No es momento de detalles. Ya nos contarás tu hazaña. ¿Estás bien? —dijo Alberto con firmeza mientras notaba como Berta le miraba con un reproche para que no fuese duro con Cristóbal.

—Sí, tío, creo que sí. ¡Qué susto!

—Vale, ¿tienes la llave? ¿Puedes ver el código?

—Ehhh, sí. Perfectamente.

—Perfecto. Nosotros estamos ya en la página para entrar. Espera. —Alberto tecleó el final de la dirección web y la página se cargó sin problemas. Un cuadro de diálogo pedía el código de diez dígitos—. Dispara.

—9981012872.

Alberto introdujo los números. Miró a Berta. Suspiró y apretó la tecla «enter». La pantalla se quedó en negro. La periodista y el abogado contuvieron la respiración.

—¡Mierda! —exclamó Berta. Un nuevo cuadro había aparecido en la pantalla. El sistema, aunque fuese por acceso remoto, pedía un nombre de usuario y contraseña como si fuese el ordenador personal de Nicolás.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó alarmado Cristóbal.

Alberto y Berta se miraron sin poder echarse la culpa.

—Nada. Tú tranquilo. Devuelve la llave y que no te pillen.

—Recordad que Nicolás estará en el despacho en menos de una hora.

—Lo sabemos. Buen trabajo. Adiós.

Berta miraba la pantalla como ausente. Se pellizcaba los labios con los dedos y nada hacía presagiar su reacción posterior.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alberto.

—¿Preguntas qué hacemos? —estalló Berta—. Tú eres el jodido abogado de ese despacho. Podrías haberte informado un poco mejor de qué coño iba a pasar cuando nos metiésemos en el ordenador de Nicolás. ¿Una contraseña? ¿No se te había ocurrido? Has expuesto a Cristóbal y ahora nosotros estamos usando unos códigos que, perdona que te lo diga, suena a que estamos cometiendo también algún pequeño delito.

—Tranquila...

—¡No! ¡No me digas que me tranquilice! No soy Cristóbal. Yo estoy aquí y estoy viendo a la perfección que tu plan de maestro se va por el desagüe. ¡Sabía que no debía fiarme de ti! ¡Me estás metiendo en un lío de los gordos!

—Vale. Estamos en un lío. Pero vamos a intentar salir de él. Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza para estar aquí, así que deja de quejarte y vamos a buscar soluciones. Se nos agota el tiempo.

Berta, que se había levantado y paseaba por el pequeño salón, se quedó de espaldas a la silla de Alberto. Le fastidiaba, pero el abogado tenía razón. Se dio la vuelta y suspiró.

—Perdona. Supongo que me he dejado llevar. A ver qué podemos hacer —dijo mientras se sentaba junto a Alberto, que miraba la pantalla como si esperase que la solución fuese a aparecer en letras de colores.

«User.» «Password.» Dos palabras que tenían miles de posibilidades.

—¿Cuántos intentos tenemos? —preguntó Berta.

—Supongo que tres, pero no lo sé —respondió el abogado.

Antes de que Berta dijese nada, Alberto se adelantó:

—El usuario es «nverde» por defecto.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el que le ponen a todo el mundo cuando llega al despacho. La primera letra de su nombre seguida de su apellido. En mi caso es «aspinola».

—¿Puede que lo haya cambiado? —sugirió Berta, que había empezado a morderse las uñas.

—No creo. Los informáticos recomiendan que mantengamos esos usuarios. Luego la gente se inventa combinaciones raras y se les olvidan.

—Vale, supongamos que tienes razón y el nombre de usuario es «nverde», ¿qué pasa con la contraseña?

Alberto tecleó una a una las letras del usuario como si no estuviese escuchando a Berta. El cursor bajó a la casilla de «password». Miró el reloj. No había mucho tiempo. Había que intentarlo rápido. Si pasaban aquel obstáculo, debía quedarles tiempo para encontrar el documento que estaban buscando.

—No sé qué poner —dijo Alberto con los dedos sobre el teclado.

—¿Está casado, tiene hijos, un perro o algo que pueda servir?

—Estuvo casado. Pero se divorció.

—Es verdad. Se llamaba..., espera..., ¡ah, sí, Micaela!

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo en una entrevista.

—¿Y si no es la contraseña?

—¿Se te ocurre algo mejor? —dijo Berta—. Tenemos que darnos prisa.

El abogado tecleó el nombre con parsimonia. «Enter.»

El pitido que salió del ordenador hizo que ambos diesen un respingo. «Invalid password.» El mensaje de error era claro. Habían fallado.

—¡Qué susto me he dado! —soltó Berta poniéndose la mano en el cuello—. Tengo el corazón que me va a saltar.

—Piensa, Alberto. ¿Qué puede ser?

El abogado miró el reloj por enésima vez. Los minutos iban pasando. «Piensa, coño, piensa.»

—Busca su fecha de nacimiento en la web de Kline & Burbridge.

Alberto no lo dudó. Unió los dígitos.

—¿Con año o sin año? —preguntó buscando ayuda en Berta. La periodista no supo qué contestar. Alberto tecleó la fecha de nacimiento de Nicolás y pulsó la tecla «enter».

Pitido. Error. Ya eran dos.

Alberto se levantó y empezó a pasear. Berta se apoyó en el respaldo de la silla mirando la pantalla del ordenador. La lógica decía que no podían cometer otro error. El abogado se mesó el pelo. ¡Cómo había podido ser tan idiota! Tendría que haber pensado que el código de diez dígitos solo era una de las barreras de seguridad. Había puesto a Cristóbal en una situación de riesgo que todavía no había terminado. Se sintió responsable.

Berta se sentó de nuevo frente al teclado. Empezó a pulsar algunas teclas. Era una corazonada. No era jugárselo a cara o cruz. Las posibilidades eran casi infinitas y ellos solo tenían una oportunidad más. La periodista suspiró. Fue a validar el intento cuando Alberto exclamó:

—¡Espera!

Berta mantuvo su dedo sobre la tecla casi con miedo. Alberto se inclinó sobre la mesa. Cogió la mano de Berta y la retiró del teclado. Escribió lento pero seguro. C-A-S-I-M-I-R-O.

Pulsó «enter».

El escritorio de Nicolás Verde apareció ante ellos con todas sus carpetas y archivos ordenados alfabéticamente. Los dos jóvenes se quedaron mirando la pantalla durante unos segundos como si hubiesen descargado toda la adrenalina de su vida.

—¿Quién es Casimiro? —acertó a preguntar Berta todavía con el miedo a que no hubiese funcionado metido en el cuerpo.

—Un fantasma que persigue a Nicolás desde la universidad —respondió Alberto con media sonrisa mientras Berta clavaba sus ojos en el abogado sin entender nada—. Déjalo. Es una larga historia.

El cursor empezó a moverse por la pantalla al ritmo que lo guiaba Alberto. Había que entrar en la red del despacho y buscar la copia, si es que existía, que había hecho el sistema en el mismo momento en que Nicolás había abierto el documento. Llegar a la carpeta de Nicolás no fue difícil. Miles de documentos estaban allí archivados sin ningún orden lógico. Los documentos estaban nombrados con un código alfanumérico que generaba el propio ordenador al crearlos.

—¿Recuerdas la fecha y la hora? —preguntó Berta sin esperar respuesta. Alberto estaba ya sobre la pista.

—Localizado —susurró el abogado.

Allí estaba. Era el pdf que llamaba a una revuelta contra las petroleras españolas y que había sido abierto en el ordenador de Nicolás Verde, socio de Kline & Burbridge y asesor principal de GlobalHerz en su opa sobre Petrospaña, cuatro días antes de que el Gobierno anunciase la subida de impuestos sobre los carburantes que era el objeto principal del boicot.

—¿Demuestra algo? —preguntó Berta con una sombra de duda.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si nos sirve como prueba. ¿Hay alguna forma de grabarlo y demostrar que fue abierto por Nicolás?

—El servidor generó esta copia en cuanto Nicolás consultó el documento. El número de servidor y la fecha y la hora de la consulta están en su memoria, por así decirlo.

—¿Entonces vale? —preguntó Berta algo ansiosa.

Alberto miró el documento.

—Sí, vale —contestó mientras grababa el documento en un pendrive.

Ya tenían material. La justicia se abría camino.

Las gotas de sudor le caían por la nariz como si fuese un grifo abierto. Había descargado todo el estrés sobre la bicicleta y, pese a que había calentado y estirado bien los músculos, los riñones le estaban pasando factura del esfuerzo. La ducha fue un regalo. Por el desagüe se iba, además del sudor, la tensión acumulada en los últimos meses. El derrame de crudo en la plataforma de Petrospaña iba a dejar a la compañía preparada para que GlobalHerz le diese el bocado final. Los riesgos habían sido muchos y hacían falta los dedos de ambas manos para contar las leyes que se habían saltado para lograrlo, pero el objetivo ya estaba muy cerca. Su nombre quedaría grabado para siempre en los libros de grandes operaciones mercantiles de la historia. Nadie tendría que saber que, además del asesoramiento jurídico, Nicolás había aportado otras ayudas extras.

Se tomó su tiempo para secarse, peinarse y vestirse. Quería salir del gimnasio con su imagen impoluta. Se puso la chaqueta y Nicolás apreció el buen trabajo que hacía su sastre. El traje le quedaba como un guante. Guardó su ropa de deporte en la bolsa y cogió el reloj y el móvil que estaban en la taquilla. Entonces se percató. No estaba su llavero.

—¡Mierda! —exclamó mientras se agachaba a buscarlo bajo el banco del vestuario. Miró de nuevo dentro de la taquilla. Abrió la bolsa de deporte para comprobar que no había caído allí dentro. Nada. Sacó las toallas que se acumulaban en la cesta de ropa sucia y agitó todas y cada una de las toallas. Nada. Nicolás empezó a preocuparse. Otros usuarios que estaban en el vestuario vieron la actitud de Nicolás. Un hombre gordo se acercó:

—¿Va todo bien?

—Bueno, es que he perdido las llaves. A lo mejor las he dejado en el despacho —contestó Nicolás sabiendo que las había dejado en la taquilla cuando había vaciado sus bolsillos.

Salió del vestuario y se acercó a la recepción. La pelirroja que le había saludado al entrar mostró la mejor de sus sonrisas cuando el abogado se acercó al mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Creo que he perdido las llaves. No las encuentro y me preguntaba si...

—¿Son estas? —preguntó la recepcionista sacando del cajón el llavero de Nicolás.

—Sí, ¿dónde las has encontrado, preciosa?

—Antes me he levantado para ir a por una botella de agua y al volver estaban sobre el mostrador. Supongo que alguien las ha encontrado y las ha traído aquí.

Nicolás se quedó mirando el llavero con extrañeza. Creía recordar con seguridad

que las había dejado en la taquilla. Arqueó las cejas y volvió a sonreír a la pelirroja.

—Supongo que habrá sido así. Muchas gracias.

—A ti, encanto.

Nicolás volvió a sonreír, guardó las llaves en la chaqueta y salió por la puerta del gimnasio.

Cristóbal sonrió mientras pedaleaba en una bicicleta desde la que se tenía una visión diáfana de la recepción.

La noticia de que el derrame de petróleo en el mar del Norte se había controlado y que la catástrofe ecológica que se vaticinaba se iba a quedar en un pequeño estropicio recuperable llegó con la Bolsa ya cerrada y las acciones de Petrospaña por debajo de los 8 euros de cotización. El golpe había sido muy doloroso. El prestigio de la petrolera caía en barrena. Primero había sido el boicot al que eran llamados los ciudadanos y que estaba teniendo un éxito sin precedentes. Y después el escape de petróleo que había puesto contra las cuerdas a la compañía. La noticia había abierto todos los telediaris. Algunas gasolineras habían necesitado la protección de la policía ante las manifestaciones espontáneas que se habían producido en algunas de ellas promovidas por grupos ecologistas.

A las siete de la tarde, Mateo Blasco comparecía ante los medios de comunicación para expresar la postura de GlobalHerz ante el vertido de crudo en la plataforma de Petrospaña.

—Nosotros seguimos confiando en Petrospaña. Sabemos que los accidentes pueden suceder, pero nuestro objetivo es comprar la compañía y poner todos los medios para que estas cosas no ocurran. Nuestra oferta sigue sobre la mesa porque confiamos en Petrospaña y porque sabemos que una compañía petrolera también puede ayudar a cuidar el medio ambiente.

Las palabras de Mateo se iban sucediendo. Las ideas estaban perfectamente estudiadas y hasta la entonación parecía ajustada para cada frase. El sentimiento generalizado era que GlobalHerz era un salvador que venía a impedir que Petrospaña se hundiese y se perdiesen miles de puestos de trabajo. Gloria a GlobalHerz.

Una vez de vuelta en su despacho, Mateo observó que tenía una llamada perdida en su teléfono de seguridad. Era Nicolás.

—Dime, campeón.

—Creo que he podido cometer un fallo —dijo el abogado sin rodeos.

Mateo se ajustó las gafas y se pasó la mano por la calva. Bajó la voz, aunque sabía que su despacho estaba limpio de micrófonos y su secretaria ya se había marchado.

—A qué te refieres.

—Creo que un abogado del despacho vio el documento del boicot.

—Muchos lo han visto.

—Antes de que lo lanzásemos.

Mateo Blasco movió el cuello con violencia como queriendo expulsar de su cabeza toda la ira que estaba empezando a sentir.

—¿Antes de que lo lanzásemos?

Nicolás se tapó la cara, aunque sabía que su interlocutor no podía verle.

—Eh, sí. Incluso antes de que el Gobierno anunciase la subida.

Mateo Blasco suspiró con fuerza.

—¿Me puedes explicar cómo coño pasó eso y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

El abogado tenía preparadas las palabras que iba a utilizar, pero llegado el momento dudó. No sabía cómo podía reaccionar Mateo. Finalmente, Nicolás asumió su fallo y confesó:

—Abrí el documento en mi ordenador. Fui estúpido...

—Sin duda.

—... pero no pude esperar a ir al cibercafé. El caso es que un abogado entró en mi despacho a buscar unos papeles y creo que vio el archivo en mi pantalla.

—¿Crees o lo vio?

—Estoy casi seguro de que lo vio.

—¿Quién es?

—Alberto Spínola.

—¿El júnior?

—El mismo.

El silencio se hizo en la línea.

—La has jodido pero bien —bramó Mateo—. Ahora que parece que todo salía a pedir de boca, me tienes que venir con esta mierda. ¿Crees que hará algo?

—No creo. A lo mejor ni se dio cuenta de lo que significaba lo que vio, pero creí que sería importante decírtelo.

—Sí, por eso has tardado tanto, ¿no?

—No fui yo el que quiso meterse en esta mierda —replicó Nicolás.

—Ya, pero te llega hasta el cuello.

Mateo reflexionó.

—¿Crees que debemos encargarnos de él? —preguntó el consejero delegado.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el inocente.

—Oye, me parece muy bien que hagamos un par de tejemanejes para que la operación llegue a buen puerto, pero espero que no te estés refiriendo a algo más grave. Yo no acepté que hubiese sangre de por medio. —Nicolás trataba de limpiar su conciencia.

—Querido amigo, hay veces que hay que hacer sacrificios grandes para conseguir objetivos importantes. No te hagas ahora el mojigato. Además, nadie está hablando de derramar sangre. ¿Por quién me has tomado? Pondré alguien a vigilarle. Por si acaso. Y tú estate atento. La operación está a punto de culminar. Ya está solo para rematar a gol, así que no vayas a cagarla otra vez.

—Descuida. Adiós.

Olav limpiaba su pistola con cuidado. En el coche se estaba a gusto. Los treinta segundos que había estado fuera le habían cortado la respiración. La calefacción apenas se escuchaba, pero se dejaba sentir en cada rincón del Volvo. Sonó el teléfono. Sabía quién era.

—Está terminado —dijo Olav.

—¿Del todo? —preguntó Mateo Blasco.

—Del todo. Los muchachos están ahora limpiando el trabajo.

—No quiero detalles.

—Lo sé.

—Quiero que vigiles a una persona. Es un abogado de la oficina de Madrid del bufete Kline & Burbridge. Se llama Alberto Spínola. Jovencito y algo gallito. Queremos saber a qué se dedica, con quién se ve y todos sus movimientos. Un informe cada doce horas.

—Estoy un poco lejos. No podría estar en Madrid hasta mañana al mediodía.

Mateo Blasco pensó.

—Puedo mandar a un amigo a que haga el trabajo hasta mañana —propuso Olav.

—¿Es de confianza?

—Absoluta.

—Entonces de acuerdo. Hablamos mañana.

Gente como Olav no echaba de menos una despedida. Cerró el teléfono y subió un poco más la calefacción. Abrió la ventanilla y dijo a sus muchachos:

—Daos prisa.

Los tres fornidos esclavos aceleraron el ritmo de las paladas. La mirada vacía de Scott McManus estaba clavada en el Volvo de Olav. Ni siquiera había podido dar un beso a James y Mariha. Una bala había atravesado su cráneo antes de que pudiese abrazarlos. Ahora los tres cadáveres descansarían para siempre en un bosque en mitad de ninguna parte.

La casa de Berta volvió a convertirse en el centro de operaciones. La periodista había pedido salir un poco antes después de haber dejado cerrado su artículo. Cristóbal llegó antes que Alberto. Al salir de Kline & Burbridge, Alberto no se percató de que un hombre con gorra y gafas de pasta le seguía a unos metros de distancia. Su «sombra» sonrió. El chaval no podía ni imaginarse que las cosas habían tomado un cariz tan serio.

Berta le abrió la puerta. El abogado entró y dejó el maletín que llevaba sobre la mesita que había en el centro del saloncito.

—Cristóbal lleva unos diez minutos poniéndome al tanto de su hazaña. Hijo, pareces James Bond —sonrió la periodista con todo su encanto.

—¡Hey! No te rías de mí. Me hubiese gustado veros a vosotros en esa situación.

—Me cae simpático Cristóbal. No parece un abogado como vosotros —dijo Berta mirando a Alberto.

—¿A quién te refieres con el «como vosotros»? —bromeó Alberto percibiendo la ironía de Berta.

—Bueno, pues eso, Nicolás Verde, tú... abogados..., sin escrúpulos.

—No pongas a Alberto en el mismo saco que a Nicolás Verde —saltó Cristóbal en defensa de su amigo—. Nicolás es un capullo y un delincuente.

—Gracias por defenderme —dijo Alberto, y Cristóbal continuó.

—Alberto no es un delincuente.

—¿Pero sí un capullo? —dijo Berta.

—Eso lo has dicho tú..., y por lo que tengo entendido, en más de una ocasión —añadió Cristóbal.

—Cabrones —dijo Alberto, y los tres se carcajearon.

El ambiente se había relajado un poco después de la tensión del mediodía, pero había llegado otro momento complicado.

—Bueno, ¿qué hacemos con la información que tenemos? —preguntó Berta mientras iba a la cocina a buscar algo que ofrecer de bebida.

—¿Vale para algo lo que hemos cogido hoy? —preguntó Cristóbal.

—Es una prueba de que Nicolás tenía en su poder un documento que ha servido para, indirectamente, bajar el precio de una compañía que un cliente suyo está intentando comprar —respondió Alberto.

—No soy jurista como vosotros, pero yo creo que no prueba nada —dejó cervezas y coca-colas sobre la mesa—. Ciertamente demuestra que él tenía ese documento, pero no quiere decir que él lo instigase.

—En eso tiene razón —apuntó Cristóbal.

—Bueno, pero es un comienzo —señaló Alberto incorporándose para coger una cerveza—. Nuestra misión no es meter a Nicolás en la cárcel. Lo que tenemos que hacer es poner en conocimiento de alguien esta situación. El documento ya es una prueba para que alguien nos escuche.

—Creo que deberíamos hablar con Gustavo Lozano. —Cristóbal también se había abierto una cerveza—. Él seguro que sabría cómo actuar.

—¿Y quién te dice que no está metido en la operación? —dijo Alberto apuntando a Cristóbal.

—No lo sé. No le pega.

—Es el socio director —comentó Berta haciéndose una coleta con su pelo largo—. Aunque parece un abogado honrado, no podemos arriesgarnos. La operación de GlobalHerz es demasiado grande. Es posible que conozca esta segunda parte.

Los tres se quedaron mirando la mesa.

—¿Entonces...? —preguntó Cristóbal mirando a Berta y Alberto.

La respuesta no era fácil.

—Un cebo.

Las palabras de Berta quedaron suspendidas en el ambiente. Los abogados estaban mirándola. Ella les devolvió la mirada.

—El documento tiene que ser un cebo.

—Explícate.

—Ahora no tenemos nada, ¿verdad? —preguntó Berta, y siguió sin esperar respuesta—. Pero eso Nicolás no lo sabe. Sabe que viste el documento. Si le lanzamos el cebo de que tenemos el documento que demuestra que él hizo el montaje para bajar el precio de Petrospaña, lo creará.

—¿Por qué?

—Porque también sabemos que perdió las llaves —intervino Cristóbal—. Podemos autoincriminarnos para que él vea que la cosa va en serio. Si le decimos la verdad, él tratará de pararnos. Podemos amenazarle con que vamos a contárselo a alguien.

—No lo veo —dijo Alberto.

—Mañana le llamo de forma rutinaria. Para charlar sobre la opa y los últimos acontecimientos. Soy periodista. No cantaré mucho. El objetivo es que él tenga la sensación de que hay más gente que se huele que algo raro está pasando. Es un abogado, no un profesional del delito. Es probable que no aguante la presión. Puede que dé otro paso en falso. Como dice Cristóbal, luego puedes lanzarle tú el cebo. Que sepa que lo sabes. Puedes decirle que tienes más pruebas que le incriminan.

—¿Y qué conseguimos?

—Que se asuste.

—No me gusta. No sabemos cómo puede reaccionar. Se está jugando mucho —dijo Alberto mientras se recostaba en el sofá.

—Venga, abogado. No te va a matar —sonrió Berta.

—Es fácil decirlo. Solo me tiene a mí en el punto de mira. Y no hay más que ver lo que han hecho con la plataforma petrolífera.

—¿Crees que han sido ellos? —preguntó con sorpresa Cristóbal.

—¿Lo dudas?

—Desde luego, es una coincidencia muy extraña. Se ha derramado lo justo para crear el pánico, pero que no le cueste una fortuna a Petrospaña. Piensa que si el vertido hubiese sido una catástrofe incalculable y GlobalHerz comprase la petrolera, tendría que asumir una multa descomunal. Eso no le interesa.

El silencio que se hizo en la casa era indicativo de que los tres daban vueltas a la nueva situación. Alberto recordó sus años de carrera. Sin duda no quería ejercer la abogacía para tener que estar jugándose la vida.

—Es la única opción —sentenció Cristóbal mirando a su amigo.

Alberto se levantó y miró por la ventana con las manos en los bolsillos. Se sintió muy cansado. Las aceras frías de Madrid reflejaban la luz de la luna. El tráfico había disminuido.

—No estoy orgulloso de lo que estoy haciendo. Nicolás es un socio de mi despacho y GlobalHerz, un cliente al que me debo. El secreto profesional me obliga a guardar silencio sobre cosas así.

—Te equivocas —dijo Berta mientras se ponía a su lado—. La justicia te obliga a que lo denuncies. Y los miles de accionistas que se están viendo perjudicados por las estratagemas de estos tiburones que, por llevarse unos millones más, pasan por encima de las normas. Estás haciendo lo correcto. Supongo que no es lo que habías soñado cuando pensaste en ser abogado, pero las cosas han venido así.

La periodista puso una mano en el hombro de Alberto.

—Está bien. Mañana llamas a Nicolás y según lo que ocurra, veremos si le lanzo el cebo —susurró el abogado.

Un taxi pasó por la calle. En la acera contraria una «sombra» susurró.

—Vaya, habrá que averiguar quién es esa palomita.

—¡Mateo, Mateo! El teléfono va a despertar a la niña.

El consejero delegado estaba profundamente dormido y solo los golpes de su mujer le sacaron de sus sueños.

—Te has dejado el móvil en el salón y está sonando —dijo la joven esposa.

Mateo Blasco se levantó rápidamente y llegó al salón antes de que el teléfono dejase de sonar. Era la línea de seguridad. Pasaban quince minutos de las cinco de la mañana.

—Buenos días, señor. —La voz de Olav sonaba fuerte y despierta.

—Buenas noches.

—Eh, sí, bueno, sé que es un poco temprano, pero me ha llamado el amigo mío que siguió ayer a su abogado y me ha parecido interesante lo que me ha contado.

—Dime.

—Alberto Spínola, después de salir ayer del despacho a eso de las nueve y media de la noche, se fue a un apartamento en la calle Trafalgar. Allí estuvo unas dos horas. En el apartamento vive una atractiva joven.

—¿Me ha despertado para decirme que el abogado fue ayer a tirarse a su novia?

—No, señor. El abogado se fue del apartamento a eso de las once y media de la noche. Iba acompañado de otro joven, probablemente un compañero del bufete.

—¿Y qué? ¿Habían hecho un trío o qué? Joder, no tengo tiempo para acertijos.

—La inquilina del apartamento es una tal Berta Salgado —dijo Olav dejando que Mateo asimilase el nombre.

—La verdad es que me suena, pero no caigo en quién es.

Olav sonrió tan fuerte que se escuchó por el teléfono.

—Mi amigo ha hecho los deberes y ha encontrado que Berta Salgado es una periodista del diario *Financiero*.

Mateo sintió un escalofrío. No sabía si era de miedo o de enfado.

—¿Algo más?

—Estoy llegando al aeropuerto. Estaré en Madrid a las 13 horas. Le llamaré. Yo me haré cargo de seguir al abogado. ¿Quiere que estemos también con la periodista?

Mateo pensó un segundo.

—De momento no, pero que tu amigo no se vaya muy lejos.

—Está bien.

¿Qué hacían dos abogados con una periodista?

—Put a prensa —masculló Mateo entre dientes mientras aplastaba una botella de agua.

El ritmo de trabajo en el despacho para Nicolás empezaba a descender. Dentro de pocas semanas, cuando la opa llegase a su fin y GlobalHerz tuviese en su poder el control de Petrospaña, el abogado debería decidir si darse el capricho de continuar el sabático que había sido interrumpido o volver a la actividad normal del despacho y dejar para más adelante su descanso. «Te veo algo estresado. Deberías irte a la playa en cuanto todo esto acabe», le había dicho Gustavo Lozano delante de unos *gin-tonics* en Castellana 8. Nicolás siempre había tenido una especial relación con Gustavo. Le tenía en gran estima y su opinión sobre él como profesional era muy positiva. Pero ahora su socio no podía ni imaginarse la tensión a la que estaba siendo sometido Nicolás. Haber cruzado la línea de la legalidad le había supuesto un golpe a su conciencia que afectaba a otros aspectos de su vida. Pero, encima, saber que, por su culpa, toda la operación podía quedar al descubierto era algo que no podía soportar. Un error infantil. Imperdonable en un hombre de clase e inteligencia.

La tensión se había acrecentado aquella mañana cuando Mateo Blasco le había puesto en antecedentes. Alberto Spínola y otro abogado del despacho que todavía no estaba identificado habían estado por la noche en el apartamento de Berta Salgado, periodista de *Financiero*. Ahora sí que estaba jodido de verdad. ¿Podía estar Alberto hablando con la prensa? ¿Cómo había atado los cabos? El joven abogado siempre le había parecido muy listo. Pero ahora se estaba pasando.

—Señor Verde, tiene usted el teléfono descolgado y no puedo pasarle una llamada —dijo Sonia, su secretaria, apareciendo en la puerta. La vuelta de Nicolás había incrementado el volumen de trabajo de la secretaria. Ella esperaba que el socio se marchase pronto y así volver a jornadas menos estresantes.

Nicolás colocó el auricular en su lugar y miró a la pantalla.

«Capullo», pensó Sonia asegurándose de no decirlo en alto. Sonó el teléfono y Nicolás descolgó.

—Es una periodista. Dice que quiere hablar con usted. —La voz de Sonia sonó a través del auricular.

—Que llame a Reyes. La prensa debe pasar por su filtro.

—Eso mismo le he dicho yo, pero ha insistido. Ha dicho que usted le dijo que le llamase si necesitaba algo.

—¿Cómo se llama?

—Es Berta Salgado.

Nicolás sonrió. Quizá no debía hablar con ella. Tendría que andarse con cuidado.

—Está bien. Pásamela.

Dos tonos después, la llamada estaba en el teléfono de Nicolás.

—No está bien saltarse a Reyes —dijo el abogado sonriendo.

Al otro lado del teléfono la voz de Berta sonó cálida y sonriente, aunque con un punto de tensión.

—Entonces no llego a hablar contigo ni de broma. ¿Cómo estás?

—Pues con mucho trabajo.

—Eso lo decís todos.

—La opa está llevando mucho tiempo. Las cosas se han complicado. Bueno, qué te voy a decir a ti, si me entero de muchas de las noticias a través de tu periódico.

—¿Hay novedades?

—Sabes que no puedo contarte nada.

Berta insistió para resultar de lo más creíble. De cara a Nicolás debía parecer una conversación en la que conseguir algo de información.

—Anda, Nicolás, cuéntame algo, que estoy canina de noticias.

—Entonces no has llamado a una buena fuente.

—Oye, por cierto, ahora ya confiaréis en sacar adelante la opa.

—¿Por qué lo dices?

—Se os está poniendo todo de cara. Las acciones de Petrospaña han caído en barrena por el boicot y el derrame de crudo.

—Circunstancias de la vida.

—Pero han sido golpes de suerte para GlobalHerz. Cualquiera podría pensar que han sido ellos los cerebros de los ataques —dijo Berta sonriendo—. Les ha salido perfecto.

El segundo de silencio que hubo en la línea hizo que Berta tragase saliva esperando la reacción de Nicolás. Se lo imaginó tenso. Con la mirada perdida en la pared de su despacho y queriendo que se lo tragase la tierra.

—Sí, es verdad, cualquiera podría pensarlo —dijo Nicolás riéndose en lo que parecía una actuación.

—¡Qué locura! —dijo Berta—. Bueno, que no me quieres dar ninguna noticia, ¿no? Cómo eres, Nicolás. Así no me voy a ganar el sueldo.

—Soy abogado. Tengo que estar callado para que mis clientes estén tranquilos.

—Ja, ja, ja —rio Berta—. Debe de ser duro saber tantas noticias por las que un periodista mataría y no poder contarlas.

—Seguro que tú tienes mucha información por la que un abogado mataría —contestó Nicolás.

Berta sintió un escalofrío. Se puso en guardia. ¿Sabía algo el abogado o había sido un comentario al aire?

—En eso tienes razón —quitó importancia Berta—. Bueno, como veo que no te saco nada, no te molesto más. Gracias por haberme atendido.

—Ya siento no poder contar nada. De todas formas, a ver si se tranquilizan un poco las cosas y te invito a comer un día.

—Estaría encantada.

—Diré a mi secretaria que te llame para buscar un hueco en la agenda.

—Magnífico.

—Adiós.

—Adiós.

Nicolás tamborileó sobre su mesa. Llamó a Mateo Blasco. Había que dar novedades. Como si fuese un lacayo. Bueno, en definitiva, eso era.

A Mateo Blasco no le había gustado comprobar que Berta Salgado podía estar metiendo demasiado las narices. Una insinuación en la prensa de que GlobalHerz estaba detrás del boicot a Petrospaña y el asunto habría acabado. Ahora se estaban jugando algo más que comprar una maldita compañía. Mandó un mensaje de móvil a Olav. «Un escarmiento.»

Cristóbal y Alberto se vieron en el cuarto de la impresora grande. Allí el ruido tapaba cualquier tipo de conversación y a nadie le resultaba extraño ver por allí a los juniors imprimiendo contratos o sentencias interminables.

—Tío, estoy como un flan —dijo Cristóbal mientras colocaba más papel en la impresora.

—No seas exagerado. Todavía no hemos hecho nada. No hay por qué temer —contestó Alberto.

—Eso lo dices tú. Ayer me jugué el pellejo robándole las llaves a Nicolás. Si me llega a haber pillado, estoy sentenciado.

—Ya te hemos dicho que estuviste genial —sonrió su amigo—. Pero deja ya de recordarnos lo valiente que eres.

—No, lo digo porque esta gente no se andará con chiquitas. Hay mucho en juego. Supongo que no querrán que unos pipiolos metidos a espías les jodan el invento.

—No te va a pasar nada.

—¿Vamos a quedar hoy?

—He quedado con Berta —dijo Alberto.

Cristóbal le miró con una sonrisa y la boca medio abierta.

—¡Ajá! Sabía que te gustaba.

—¿Qué dices? Nadie está hablando de eso. Hemos quedado para... para..., bueno, para contrastar datos de lo de GlobalHerz.

—Ya. Seguro. Tío, esa pibita está loca por ti. Se lo noté ayer en su casa. Le molas. Y ella es bastante guapa, para qué negarlo.

—Déjate de idioteces.

—Ja, ja, ja... —se carcajeó Cristóbal—. Bueno. Ya me contarás.

Alberto sonrió y negó con la cabeza dando por imposible hacer entrar en razón a su amigo.

—Lo que tú digas.

El local estaba a reventar. Como todos los fines de semana. A Alberto le hubiese gustado ir un martes o un miércoles, pero los viernes, aunque había mucha gente, el ambiente en La casa del Abuelo era extraordinario. La taberna era un clásico de Madrid. Tenía más de un siglo de vida y se había convertido en una parada obligada para gente de la zona y turistas. En alguna ocasión tuvieron la tentación de subir los precios ante la gran cantidad de extranjeros que les visitaban, pero entonces habrían perdido la clientela castiza. Por ello, mantenían sus gambas y sus vinos dulces a unos precios asequibles. Aunque a Alberto le pillaba algo lejos de su casa, por lo menos una vez al mes le gustaba pasarse por la taberna.

A Berta le costó llegar en taxi. El tráfico en la zona de Huertas y la plaza de Santa Ana era horrible un viernes por la noche.

—Perdona, llego tarde.

El abogado estaba acodado en la barra de la taberna. No quería decirle que llevaba más de media hora esperando. Él había preferido adelantarse para conseguir un buen lugar.

—No te preocupes. ¿Qué tal el cierre?

—Los viernes, si te organizas bien, siempre son más tranquilos.

Alberto no se consideraba un buen observador, pero tenía la impresión de que Berta se había maquillado. No mucho. Lo justo para estar un poco más guapa sin parecer que necesitaba de la pintura para lograrlo. Estaba atractiva. Los ojos, sin aditivos, captaban la atención de quien hablase con ella. Algunas pecas que poblaban su cara le daban un aire más juvenil del que ya ofrecía su rostro.

—Bueno, ¿a qué se debe la invitación? —preguntó Berta.

El abogado sonrió interiormente. Ella sabía que no se trataba de algo profesional. Por eso había salido antes del periódico y había pasado por casa para arreglarse.

—Creo que no empezamos con buen pie las primeras veces que nos conocimos y he pensado que sería necesario empezar de nuevo —dijo el abogado ofreciendo su mano.

Berta miró sonriente, cerró los ojos y suspiró.

—Creo que tienes razón —dijo estrechando su mano—. Ya estabas perdonado.

Ambos se rieron y pidieron las especialidades de la casa.

La conversación se fue alargando. Alberto había cortado de raíz cualquier intento de Berta de hablar sobre GlobalHerz, Petrospaña, Nicolás Verde o cualquier otro asunto de trabajo y había dirigido todas sus preguntas a conocer algo mejor a Berta. Los dos se divirtieron. La sonrisa de Berta desarmaba al abogado. Ella disfrutaba con las ocurrencias de Alberto y con sus ganas de no meter la pata diciendo algo

inconveniente.

—Estoy un poco cansada —dijo la periodista al llegar la medianoche.

—Vaya, eres como Cenicienta. ¿Quieres que pidamos un taxi?

—No. Creo que un paseo nos puede venir bien para despejarnos.

—Como quieras.

Después de pagar la cuenta, los dos jóvenes salieron del local. El bullicio en la calle era impresionante. Era lógico que los turistas se quedasen prendados del ambiente madrileño.

Callejearon durante un rato. Subieron por la calle Montera. «No es la mejor calle de Madrid. Ya lo siento», dijo Alberto. «No me voy a escandalizar», respondió Berta. Las prostitutas les miraban como a dos paseantes fuera de lugar. Alberto se paró repentinamente ante una tienda de zapatos que mantenía encendida la luz de su escaparate.

—No creo que sean tu estilo —bromeó Berta.

Alberto sonrió casi con desgana, lo que llamó la atención de la periodista.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es que quería ver esos zapatos. Vamos —dijo Alberto cogiendo la mano de Berta ante la sorpresa de esta.

La periodista se sintió algo avergonzada. Hacía tiempo que no salía con nadie, pero nunca había perdido el punto romántico de cuento de hadas. Le gustaba cuando un chico le tomaba la mano. Lo normal era que un tío se saltase esos pasos y fuese a por trofeos mayores. Alberto casi tiraba de ella. Llegaron a la Gran Vía. Alberto ajustó el paso y comenzó a cruzar cuando el semáforo para peatones llevaba unos segundos parpadeando. Apuró hasta el final y cruzaron al otro lado de la calle. Cuando llegaron a la otra acera, Alberto cogió a Berta por la cintura con fuerza y la atrajo hacia sí. La cara de la joven no podía reflejar mayor sorpresa. Pero no le importaba. Cerró los ojos cuando Alberto acercó los labios a los suyos. Cuando estaba a punto de besarla, el abogado le dio un beso en la mejilla y la abrazó. Berta no sabía muy bien cómo reaccionar. Alberto le susurró:

—No hagas ningún movimiento extraño. Haz como si estuviésemos acaramelados.

—Pero ¿qué dices? —dijo Berta, que intentó zafarse del abrazo de Alberto sin conseguirlo.

—Nos están siguiendo.

Berta hizo un amago de girarse, pero Alberto la mantuvo abrazada con firmeza.

—¿Quién?

—El hombre del abrigo azul y la gorra de béisbol.

—¿El que está sentado en el banco del otro lado de la calle? ¿Pero cómo nos va a estar siguiendo?

—Venía detrás de nosotros. Se ha sentado cuando hemos cruzado.

—¿Por eso has parado en la tienda de zapatos?

Alberto separó un poco a Berta y se quedó mirándola a los ojos como si fueran dos enamorados. Estaba preciosa.

—Me ha parecido verle alrededor de la taberna. Luego le he visto detrás de nosotros. Sonríe y abrázame.

Berta tardó una décima de segundo en entenderlo. Puso la mejor de sus sonrisas y volvió a abrazar a Alberto.

—Está hablando por el móvil —dijo Berta casi sin mover los labios y sin disimular el miedo que recorría su cuerpo.

—Ya lo veo.

—¿Cómo?

—En el escaparate que hay a tu espalda. Por eso he parado aquí. Pero creo que no está hablando. Creo que está haciendo fotos. Por eso mira hacia el lado y el móvil queda hacia nosotros. No podemos seguir más tiempo así. Ni siquiera las parejas de novios se paran tanto tiempo en la calle a darse un abrazo.

Berta le besó en la mejilla.

—Estoy improvisando.

Alberto sonrió.

—Cuando el semáforo se ponga verde para los coches, empezamos a andar. Eso le retendrá unos segundos. Tranquila. Como si no supiésemos nada. Pero con paso ágil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

En cuanto el disco se puso verde y los coches empezaron a pasar, Alberto y Berta se pusieron en marcha. Ganaron algo de tiempo. Aunque no pudieron ver si aquel hombre había reanudado la marcha, siguieron como si estuviese pisándoles los talones.

—¿Dónde vamos? Lo mejor sería parar en cualquier restaurante o bar y meternos allí. A lo mejor solo quiere tenernos a la vista —jadeó Berta.

—Nos está siguiendo un tipo. No me voy a quedar a esperar a ver qué intenciones tiene. Ya hemos visto de qué son capaces los de GlobalHerz.

—¿Crees que nos va a hacer daño?

—No lo sé, pero a mí ya me está fastidiando la noche.

—¿Cuál es el plan?

—Espistarle.

La calle Fuencarral presentaba un aspecto poco esperanzador para sus intereses. No había mucha gente y la poca luz que daban las farolas era suficiente para impedirles pasar desapercibidos. Alberto incrementó un punto el paso.

—Buen día para ponerme tacones.

—Estás muy guapa.

—Era lo que necesitaba oír. Se va a dar cuenta de que estamos huyendo.

—Hay que llegar a la zona de Malasaña. Por allí podemos callejear y meternos en cualquier garito. Será difícil que nos encuentre. Ven. —Alberto pasó su brazo por el

cuello de Berta y le dio otro beso en la mejilla. El movimiento fue suficiente para comprobar que su perseguidor había recuperado el terreno perdido y parecía que se acercaba con menos precauciones de las que se esperaba de un sicario.

—Está pisándonos los talones —dijo Alberto.

—¿Le has visto la cara?

—No. La gorra le hace sombra y creo que lleva bigote postizo.

¿Dónde podían ir? Tenía que ser un lugar donde pasasen desapercibidos. Tendría que estar lleno. Un viernes no era difícil, pero no las tenía todas consigo.

—¿Sabes dónde está La Vía Láctea? —preguntó Alberto.

—¿A qué viene eso ahora?

—Es un bar. Está un par de calles más arriba. Vamos a dar un pequeño rodeo para poder callejear. En la próxima nos metemos a la izquierda. En cuanto hayamos doblado la esquina, corre como si fuese lo último que fueses a hacer en tu vida.

—No es muy esperanzador.

—No te quedes atrás. ¿Preparada?

Sin esperar respuesta, Alberto se metió por la calle San Vicente Ferrer y empezó a correr seguido de Berta. Tenían poco tiempo hasta que el tipo que les seguía llegase a la esquina y descubriese que no eran dos enamorados en romántico paseo, sino que corrían como posesos. A los pocos metros giraron a la derecha para volver a girar a la izquierda por la calle de la Palma. Los jóvenes que había en las aceras les miraban sorprendidos y se apartaban ante la carrera del abogado y la periodista. Cuando alcanzaron la calle San Andrés, Alberto miró hacia atrás y vio que el hombre estaba corriendo y les ganaba terreno. Se metieron por la calle de Velarde y entraron en La Vía Láctea de forma atropellada. Cerró la puerta. Le pareció que habían logrado dar esquinazo a su perseguidor.

«Gracias a Dios», pensó Alberto. El local estaba como siempre. Lleno de gente hasta los topes, oscuro y con la música como único protagonista.

—¡Vamos al fondo! —gritó Alberto a la periodista, que no podía casi respirar del esfuerzo. Berta se abrió camino hasta el fondo del local. La Vía Láctea había sido un clásico de la movida madrileña y seguía siendo un punto de reunión para muchos amantes de la música ochentera y de todas las épocas.

Se colocaron en una esquina al fondo del local. El bar tenía a reventar las dos plantas de las que constaba. Berta se apoyó en la pared. Le faltaba el aire.

—¿Estás bien? —preguntó el abogado casi chillando para hacerse escuchar por encima de la música.

Berta asintió con la cabeza, aunque le hubiese gustado gritar que estaba hecha una mierda.

Se acercó al oído de Alberto.

—¿Quién es ese tipo?

El abogado se encogió de hombros. No sabía quién era ni le había podido ver la cara, pero la llamada que había hecho Berta por la mañana a Nicolás y los

acontecimientos que estaban sucediendo en las últimas horas hacían pensar que GlobalHerz o quien fuese les había puesto en el punto de mira.

—¡Lo malo es que ya saben que estamos juntos! —dijo Alberto.

—¿Estamos en peligro?

—¡Desde luego, no estamos a salvo!

El entorno no era el mejor para analizar la situación y atar cabos. Ahora era momento de salir de allí sanos y salvos.

—¡Qué hacemos! —gritó Berta.

Alberto miró su móvil, que estaba sin cobertura. Le hubiese gustado enviar un mensaje a Cristóbal para advertirle. A lo mejor él también estaba en peligro.

—¡Esperar! ¡Creo que le hemos despistado, así que podemos estar aquí un rato y luego comprobar que no hay moros en la costa! —dijo Alberto sin dejar de mirar la entrada del local por si su perseguidor asomaba la cabeza.

Una hora y media después empezaron a cerrar el bar. El abogado no recordaba que, pese a su fama, era de los bares que antes cerraban sus puertas. Sin embargo, Alberto tenía la confianza de que estaban a salvo.

—¡Aprovechemos el grupo de rezagados! ¡Así saldremos entre más gente!

Dejaron el local con otras diez personas, la mayoría de ellas habían excedido su capacidad de aguante con el alcohol y alguno se tropezó con el pequeñísimo escalón que daba paso a la calle. Alberto miró a ambos lados de la calle de Velarde.

—Vamos —dijo cogiendo por el hombro a Berta y protegiéndose con la oscuridad que ofrecían las paredes. Avanzaron sin prisa. Como una pareja normal. Berta temblaba mezcla de frío y de miedo—. Tenemos que llegar otra vez a Fuencarral. Allí hay más gente y podemos estar más seguros. Incluso podremos hacernos con un taxi que nos...

Antes de terminar la frase unos brazos como cadenas de hormigón les rodearon por detrás del cuello y les taparon la boca. De un empujón los metieron en un portal que estaba entornado. El hombre empujó a la pareja dentro del portal y los jóvenes cayeron sobre las escaleras. Berta se hizo un corte en la ceja y empezó a sangrar. Iba a llorar, pero antes de hacerlo el hombre la encañonó con una pistola.

—No habléis —dijo la voz con un fuerte acento de país del este de Europa.

Alberto y Berta se quedaron mirando al suelo caídos sobre los escalones.

—No me gusta que me hagan correr —dijo el hombre cambiando la pistola de la nuca de Berta a la de Alberto. Llevaba silenciador. El abogado entendió a la gente que era capaz de cagarse en una situación así. Creyó que había llegado el final. No era momento de héroes. Él no era un héroe. Solo era un abogado. Además un júnior. Un jodido júnior—. Me gustaría pegaros un tiro a cada uno y liquidar el asunto. Pero os voy a dejar vivir... de momento.

Se acercó a la oreja de Berta manteniendo la pistola en la nuca del abogado.

—No quiero que sigas metiéndote en asuntos que no son de tu incumbencia. Si sigues investigando cosas que no debes, es probable que una bala no sea lo último

que te meta en la boca cuando te mate. ¿Entendido?

Allí nadie había dicho ni un nombre, pero Berta había entendido a la perfección a lo que se refería.

—¿Lo has entendido?!

Berta asintió mientras notaba como las primeras lágrimas empezaban a resbalar por las mejillas. El hombre cogió a Alberto por el pelo, giró la cabeza y la puso a escasos centímetros de su cara. El hedor que desprendía el pasamontañas con el que iba cubierto casi le hizo vomitar. Cogió la pistola y le introdujo el silenciador en la boca.

—Y tú, abogaducho de mierda, dedícate a tus juicios y deja de hacerte el importante. ¿Entendido?

Alberto asintió con la mirada mientras buscaba una oración en su memoria para el que parecía el momento final.

—Si habláis de esto con la Policía o con quien sea, estáis muertos. Te voy a dejar un recuerdo para que no olvides lo que te he dicho.

El hombre bajó la pistola. Tapó la boca de Alberto. Le cogió el dedo meñique de la mano izquierda y lo retorció hasta que sonó un crujido. El grito del abogado quedó ahogado en la mano del sicario. Alberto quería vomitar de dolor.

—No grites, nenaza —dijo el hombre—. Y ahora, aquí quietecitos hasta que pase un rato.

Se levantó y salió del portal sin que Alberto ni Berta se atreviesen casi ni a respirar. El abogado consiguió incorporarse y apoyar la espalda en la pared. Agarró a Berta y la acercó hacia él. La periodista empezó a llorar desconsoladamente.

Alberto la abrazó.

—**H**ay que llamar a la Policía.

Cristóbal había ignorado los avisos de Alberto para que no se acercase a su casa. No sabían si tenían a su amigo en el radar. Sin embargo, era lógico pensar que si les habían estado siguiendo, Cristóbal también estaba entre los vigilados.

—Imposible —dijo Alberto mientras se rascaba la escayola que cubría su dedo meñique—. No me arriesgo. Nos matarían.

—El tema es más serio de lo que pensábamos y está claro que hemos dado en el clavo. Ellos están asustados.

—Aquel tipo no parecía estar asustado.

—Es un matón de poca monta.

—Es un profesional.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe mi dedo.

Cristóbal seguía dando vueltas por el apartamento de Alberto. Trataba de aparentar seguridad, pero sabía que él podía ser el siguiente.

—¿Cómo está Berta?

—Se fue a dormir a casa de una amiga. Dijo que se había caído. Pocas explicaciones. Compramos un tranquilizante en una farmacia veinticuatro horas, así que creo que dormirá hasta tarde.

—¿Qué tal ayer?

—Casi nos matan.

—Digo antes —sonrió Cristóbal.

Alberto volvió a mirar su escayola.

—Lo pasamos bien. Es una chica estupenda.

—¿Estupenda? Tío, esa chica es un cañón. Yo que tú no me andaría con rodeos. Te gusta y le gustas. Eso es evidente. No pierdas el tiempo. ¡A por ella!

—No sé si estaría bien visto en el despacho...

—Sería raro.

—A Reyes le daría un infarto —comentó Alberto, lo que produjo que los dos amigos se riesen con ganas.

Pero el miedo estaba detrás de cada palabra. Estaban localizados, marcados y amenazados. La cosa no pintaba muy bien.

—Insisto en que deberíamos ir a la Policía —dijo Cristóbal todavía secándose alguna lágrima de risa.

Alberto se pellizcaba el labio y pensaba en las posibilidades, más bien escasas, de que alguien les tomase en serio.

—No nos harían caso.

—Te han roto un dedo y a Berta le han abierto una ceja. Además tenemos el documento que robamos del ordenador. Alguien tiene que escucharnos.

—Tú lo has dicho. Lo robamos. Puede que incluso terminemos nosotros en la cárcel.

—¿Y si Berta lo publica?

—Cristóbal..., ¡que no tenemos nada! Y Berta no creo que esté con ganas de meterse en más historias. Si por ella fuese, creo que le daría igual que GlobalHerz se hiciera con Petrospaña o con lo que quisiese.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿También te da igual?

—Me han puesto una pistola en la nuca y me han roto un dedo.

—Creí que eras un valiente.

—Quiero vivir.

—¿A qué precio?

—Al que sea.

—Nos van a matar igual.

—¿Por qué dices eso?

—Lo único que nos salva es el tiempo —dijo Cristóbal golpeándose el pecho.

—¿Por qué nos van a matar?

—Porque sabemos que ellos estaban detrás de todo el entramado. Si no os mataron ayer, ten por seguro que no lo van a hacer en unos días. Por lo menos hasta que se hagan con Petrospaña y pase un tiempo prudencial.

Alberto miró a su amigo con los ojos entrecerrados.

—Piénsalo —dijo Cristóbal poniéndose en cuclillas frente a él—. Ahora no quieren llamar la atención. Matarnos a cualquiera de los tres atraería los focos sobre Kline & Burbridge y la opa. Hasta el más tonto ataría algún cabo si muere un abogado que ha estado en la operación o una periodista que ha informado sobre la opa. Alguien podría hacer preguntas. Por eso nos mantienen vivos. La amenaza fue creíble, ¿no?

Alberto volvió a mirarse la escayola y se frotó la nuca, donde todavía sentía el frío del silenciador.

—No lo dudes.

—Sería suficiente para manteneros callados hasta que termine la opa. Y después, pasado un tiempo... —Cristóbal colocó el índice y el pulgar como si fuesen una pistola—, pum y pum. Eliminados.

—¿Y tú?

—Pum... Eliminado.

El abogado sopló el cañón de la pistola imaginaria.

—Así de fácil, Alberto. Tú mismo lo has dicho. Son profesionales. El tiempo se

nos está acabando. Hay que ir a la Policía.

—A la Policía no podemos. Supongamos que investigan y no encuentran nada. El documento no es prueba suficiente. Y el pistolero no nombró a GlobalHerz ni a nadie. Nosotros sabíamos a qué se refería, pero es nuestra palabra contra la de un fantasma. Si no descubren nada, pasará un tiempo y entonces, pum, pum y pum.

Cristóbal agachó la cabeza. Su amigo tenía razón.

—Necesitamos pruebas. Y que sean concluyentes, aplastantes, definitivas... —dijo Alberto.

—¿Y cómo las logramos?

—Hace falta una confesión.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Torturar a Nicolás hasta que confiese? Podemos poner un anuncio en el periódico de Berta. «Se busca socio de bufete internacional para confesar complot. Razón: Juzgado de Plaza de Castilla.» Seguro que hay muchos voluntarios.

—No. Habrá que lanzar un órdago.

—Tío, no tenemos ni una carta buena.

—Pues ellos tendrán que creer que llevamos «solomillo».

La tarjeta volvió a darle algún problema. La había utilizado tantas veces que estaba ya desgastada. No era como la que tenía un empleado normal. Era una tarjeta de visita subida de categoría.

—No se preocupe, don Nicolás. Yo le abro —dijo la recepcionista de GlobalHerz.

El abogado mostró su sonrisa de galán y no dejó de mirarla hasta que pasó el turno. Era muy guapa. Subió en el ascensor que iba directamente hasta la planta noble y al que solo tenían acceso unas pocas personas. En la puerta del elevador estaba esperándole la secretaria de Mateo Blasco.

—Señor Verde, acompáñeme, por favor.

—Te he dicho mil veces que me llames Nicolás, Francesca.

—Como usted diga, señor Verde —contestó la ayudante con la frase que utilizaba siempre. Dio dos golpes en la puerta y entró sin esperar respuesta.

Mateo Blasco tenía un despacho que era la envidia de todo el edificio y de sus competidores. Tenía una vista inmejorable de Madrid que se extendía hasta la sierra.

—Siéntate, amigo —ofreció el consejero delegado—. ¿Cómo estás?

—Cansado, algo nervioso y preocupado.

—Son muchas cosas para un abogado.

—No son pocas.

—La operación está a punto de terminar. Va a ser un éxito y, entonces, podrás descansar con un buen ingreso en tu cuenta corriente.

—He visto lo que le habéis hecho al chaval.

Mateo se quedó mirando a través de la cristalera como si la conversación no fuese con él.

—Hoy ha llegado al despacho con el dedo meñique roto. Dice que se cayó en un bar. Sin embargo, tiene toda la pinta de que es un trabajo de tus amigos.

—Yo no tengo amigos que hagan cosas así.

—Dijiste que les ibas a dar un escarmiento. ¿Qué le ha pasado a la chica?

—Por lo que sé, está bien.

Nicolás apoyó los codos en sus rodillas y se mesó el cabello.

—Mateo, no puedes ir por la vida amenazando a la gente. Al final pueden salir nuestros nombres en algún lado.

El consejero delegado se acercó al sillón donde estaba sentado Nicolás. Sacó las manos de los bolsillos y dijo:

—¿Sabes lo que te falta para triunfar definitivamente en la vida, querido Nicolás? —y sin esperar respuesta dijo—: Agallas. Sí, huevos. Te faltan, joder. En operaciones como la que pusimos en marcha hace tres meses no se pueden dejar cabos sueltos. Y

si alguno se suelta por sí mismo, hay que atarlo de nuevo... o se elimina. El mundo es mucho más complicado de lo que la gente se piensa. Pero ellos quieren que siga siendo complicado. No quieren enterarse de lo que pasa. Quieren que seamos nosotros los que nos movamos por arriba y ellos quedarse con las migajas que caen de la mesa.

Nicolás le miraba con la cara en la palma de la mano.

—Queda muy poco, Nicolás. Solo hay que aguantar unos días y todo habrá terminado. Te llevarás la gloria y el reconocimiento y yo tendré la petrolera que nos falta para ser un jugador de talla mundial.

—¿Qué pasará con el abogado y la periodista?

Mateo se quedó mirando a los ojos de Nicolás durante unos segundos. Entonces empezó a reírse y la carcajada fue en aumento. Nicolás no se explicaba qué pasaba.

—Jodido abogado. Ja, ja, ja... Por un momento casi me trago que te importa lo que le pase a esos dos mequetrefes. Ja, ja, ja... Me has asustado.

—No quiero que nos pasemos con ellos.

Mateo cambió su semblante y se puso de rodillas frente a Nicolás con un gesto de seriedad.

—Has hecho un trabajo magnífico. No solo preparando la compra, sino limpiando la mierda jurídica y cubriéndonos las espaldas con los movimientos posteriores. Pero eso te lo voy a pagar. Ya pasaste la raya hace tiempo. Ahora estás en el lado de los que triunfan y no preguntan qué pasará con el enemigo.

—No son el enemigo.

—Hazme caso. Sí lo son. Gracias a la torpeza que cometiste ellos tienen un hilo del que tirar. No sabemos si son capaces de hacerlo, pero podrían. Una línea en el periódico, un comentario en una reunión, una denuncia a la Policía y tendríamos todas las de perder. Es imposible que alguien nos relacione con el documento y con el vertido, pero te aseguro que no quiero comprobar hasta dónde pueden llegar. Si no atienden a razones, habrá que... ocuparse.

Nicolás devolvía la mirada con frialdad. Estaba cansado.

—Me habían dicho que eras un abogado sin escrúpulos. Que debíamos contar contigo para una operación como esta. ¿Vas a tener remordimientos de conciencia ahora? Sé que no. No eres bueno... —dijo Mateo mientras Nicolás le miraba a los ojos—. Eres el mejor. Yo lo sé... y tú lo sabes.

El abogado pestañeó dos veces. Se levantó.

—Tranquilo, Nicolás. Es cuestión de poco tiempo.

El abogado sonrió.

—Es verdad —corroboró Nicolás, y estrechó la mano de Mateo—. La victoria está cerca.

El abogado abrió la puerta y, antes de salir Mateo, dijo con voz profunda:

—Y tu nombre quedará en los libros.

Nicolás siguió por el pasillo sin darse la vuelta.

Nicolás pidió al taxista que le dejase en la embajada de Estados Unidos. Le gustaba hacer ese tramo de la calle Serrano. La remodelación que había terminado pocos meses antes hacía más agradable el paseo por sus aceras. ¿Por qué habían ampliado unas aceras y las otras no? El abogado supuso que era más rentable para el ayuntamiento. En un lado había más bares dispuestos a pagar las tasas por desplegar una terraza durante todo el año.

El abogado caminaba con las manos en los bolsillos. Había perdido la fuerza que le caracterizaba. No había sido el mismo desde que había aceptado encargarse de los trabajos sucios en la opa. ¿A cambio de qué? Dinero y gloria. Aquel pensamiento se hacía más pesado en aquella calle que olía a abogacía. Nicolás siguió su camino. Recordó aquel verano. Su primo. La fama. Los meses en Nueva York. Su ascenso. La sociatura. El dinero. El sabático. La opa.

Sin darse cuenta llegó hasta la sede del Colegio de Abogados. Se quedó parado ante la puerta. En aquella entrada parecía que se paraba el tiempo. Entró. Subió los siete escalones que daban paso a la biblioteca. La informática, las bases de datos digitalizadas y el acceso a internet hacían impensable la existencia de bibliotecas en las que se acumulasen los tomos de grandes juristas. Las consultas eran ahora más rápidas y eficaces. Nicolás miró las estanterías llenas de distintas teorías. El derecho no era una ciencia exacta y, probablemente, era la materia que mejor aguantaba un debate. «No es pacífica la doctrina...» Era la frase con la que comenzaba cualquier tratado jurídico que se preciase. Nicolás disfrutaba con los latinajos, las frases hechas, las fórmulas jurídicas... Miró aquellas estanterías repletas de sabiduría. Recordó algunas tardes de mayo en las que había ido a estudiar en aquellas mesas para ver si se le pegaba algo. Nicolás había sido un soñador. Había idealizado desde joven la figura del abogado como un caballero, algo loco y de actitud risueña que siempre iba a luchar por ayudar a los demás. Los retratos de algunos decanos de aquel colegio de abogados le miraban desde la pared. Parecía que le reprochaban su actuación desde el más allá. Los lienzos eran oscuros y los decanos tenían expresión de honda sabiduría y demostrada caballerosidad. Un cuadro llamó su atención. Se acercó para observarlo con más detenimiento. Era el retrato del último decano. Era distinto. Lleno de luz y color y con unos trazos lejanos del realismo. Con su inconfundible pajarita el decano observaba desde su mesa de trabajo. Nicolás se quedó mirando el cuadro. Recordó la única vez que había tratado con aquel decano. Había intercambiado algunas palabras con él en una fiesta que había organizado un despacho internacional cuando abrió sus puertas en Madrid. Le había resultado simpático.

«Me gustaría volver a ser uno de los vuestros», susurró Nicolás alargando la

mano hasta casi tocar el lienzo.

«**H**ay documentos que demuestran su participación en una trama ilegal en el caso Petrospaña. Panteón de Hombres Ilustres. 23.00 horas.»

La nota apenas ocupaba un par de líneas, pero sacudieron el corazón de Nicolás. ¿Quién se la mandaba? Seguro que había sido Alberto.

—¿Quién ha mandado este sobre, Sonia? —preguntó Nicolás sosteniendo en su mano el sobre marrón sin remite.

—Lo ha traído un mensajero —contestó lacónicamente la secretaria.

Nicolás volvió a meterse en su despacho. Se sentó y releyó por enésima vez la misiva. Estaba nervioso. Las cosas se estaban poniendo cada vez peor. Él había dejado un cabo suelto por el que podía desmadejarse toda la trama. Llamó a Alberto. Una secretaria contestó al teléfono.

—¿No está Alberto? —preguntó con extrañeza Nicolás.

—No ha venido hoy. Ha llamado porque estaba enfermo.

—Gracias.

Nicolás buscó el número de móvil del abogado. Llamó pero estaba apagado. No dejó mensaje.

El socio se hundió en el sillón y tapó la cara con sus manos temblorosas.

La Facultad de Derecho seguía teniendo un aroma inconfundible. Aunque ya no se podía fumar en sus instalaciones, las paredes desprendían el olor del tabaco que se había consumido entre aquellas paredes durante décadas. Todo parecía estar igual de viejo. La sensación que experimentó Nicolás al franquear la puerta era difícil de explicar. Los alumnos que transitaban por el edificio parecían jovencitos imberbes. Eso quería decir que se estaba haciendo mayor. Mirando a todos lados como si fuese un novato el primer día de clase, Nicolás avanzó hasta los tabloneros donde se encontraban colgadas las notas de los parciales. Buscó en las clases de cuarto. Grupo A. Clase 426.

Subió los escalones con decisión pero con parsimonia. Miró el horario colgado en la clase. Coincidió. Abrió la puerta. Entró en la clase. Apenas había una decena de alumnos que ni giraron la cabeza para ver quién entraba. Se sentó en la última fila. Tenía el abrigo puesto. Cruzó las piernas.

Allí estaba. Daba la clase sentado. Como siempre. Leyendo un manual que apenas habría incorporado novedades procesales. Era probable que él no hubiese cambiado nunca de manual.

Casimiro Arcilla, el hombre que le había convertido en lo que era.

Nicolás tuvo ganas de gritar y advertir a aquella decena de alumnos de que sus carreras corrían peligro. Aquel profesor podía succionar sus ilusiones como si fuese el ángel de la muerte. «¡Salid de aquí!», quiso gritar.

Durante muchos años había disfrutado de su condición de abogado de negocios. Dinero a raudales ganado con su esfuerzo y su dedicación. Pero todo había crecido abonado por el estiércol de una traición a unos principios. Una traición que había consumado ayudando a cometer un delito. Una línea que nunca pensó que iba a traspasar.

Tenía los ojos cargados de lágrimas.

Se levantó y caminó hacia la tarima. Un lugar sagrado que otorgaba autoridad y presumía sapiencia. Y ahora estaba siendo violada, como en los últimos treinta años, por un profesor que no sentía respeto por la enseñanza. Un profesor que volcaba en el aula todo su desengaño y frustración.

Nicolás sintió que él mismo estaba viviendo aquellos pasos por el pasillo del aula como una terapia. Su conciencia vomitaba rencor. Nadie tenía la culpa de que él hubiese renunciado a unos ideales, pero aquel decrepito profesor había empuñado el arma que había matado sus ilusiones.

Cuando Nicolás subió a la tarima, el profesor levantó la vista de las páginas del manual como si volviese de un mundo lejano. Se sorprendió al ver que alguien

interrumpía su clase. Antes de que pudiese decir nada, Nicolás le agarró del jersey con firmeza y le miró a los ojos.

—Usted apretó el gatillo y mató mis sueños —dijo Nicolás marcando cada palabra.

Se dio la vuelta y salió del aula. En aquella clase se quedó su fantasma.

Cristóbal aparcó el coche casi en la misma puerta del Panteón de Hombres Ilustres. La calle Infanta Isabel estaba más oscura que de costumbre. Al menos eso le pareció a Alberto. La periodista iba sentada en el asiento trasero. Había sido imposible dejarla en casa. «Si nos la jugamos, nos la jugamos todos», había dicho. Aparentaba fuerza y valentía, pero la realidad era que un miedo atroz recorría todo su cuerpo. Lo mismo ocurría con los dos abogados.

—¿Tenemos claro el objetivo? —preguntó Cristóbal mientras dejaba en el coche llaves de casa, cartera y todo lo que le podía molestar en caso de tener que salir corriendo.

—Arrancarle una confesión —contestó Berta—. Lo tenemos claro.

Alberto les miró con profundidad. Como el líder que manda un comando a la batalla con escasas posibilidades de que salgan vivos.

—Es el momento de echarse atrás si alguno no quiere venir —dijo—. No sabemos lo que nos podemos encontrar ahí fuera.

Un silencio se apoderó del interior del coche.

—Alberto, es Nicolás. Un abogado. No es un asesino en serie —quitó dramatismo Cristóbal.

—Vamos —animó Berta.

Los tres jóvenes bajaron del coche. Las ropas oscuras les ocultaban con bastante eficacia en una noche cerrada en la que ni tan siquiera la luna parecía querer ser testigo de una acción suicida.

Una pequeña gasa delataba la herida que había sufrido Berta en la frente. La escayola acompañaba a Alberto, mientras que un brillo de miedo en los ojos anunciaba el temor de Cristóbal.

Bajaron el pequeño tramo de la calle Julián Gayarre y llegaron ante la verja colorada y pesada que impedía el paso de visitantes al Panteón de Hombres Ilustres más allá de las seis de la tarde. Alberto tomó la cadena y el candado y deshizo los nudos. La seguridad en aquel monumento de Patrimonio Nacional brillaba por su ausencia. Alberto había conocido aquel lugar por casualidad y en ninguna de las ocasiones en que lo había visitado había visto algún guarda de seguridad. Tampoco había visto nunca a un visitante que no fuese él mismo. El Panteón de Hombres Ilustres era una construcción neobizantina que quedaba fuera del recorrido turístico habitual. Su origen databa del siglo XIX, pero un proyecto original como claustro de una gran iglesia fue perdiendo fuelle hasta que quedó abandonado a su suerte. Lo habían abierto al público hacía pocos años y no era una parada habitual de turistas y

visitantes.

Un jardín rodeaba el panteón en el que habían estado enterrados españoles de gran impacto político y social. «Ahora solo los reconocerían como calles de Madrid», pensaba Alberto. Sagasta, Eduardo Dato, Ríos Rosas, Argüelles..., el listado no era muy amplio, pero sí completo. Los monumentos funerarios eran espectaculares y ocupaban tres de las galerías que abrazaban el jardín interior.

Cristóbal empujó la verja y subió las escaleras mientras Alberto y Berta vigilaban la calle. No había nadie. La señal de Cristóbal dio luz verde a sus amigos. Subieron y entraron en el panteón. La construcción no era muy grande, pero los techos altos y los monumentos funerarios otorgaban al lugar una solemnidad de la que realmente carecía.

—Vaya sitio. Esto asusta —dijo Cristóbal mirando la tumba de José Canalejas, en la que dos personas esculpidas en mármol trasladaban el cuerpo del político asesinado.

—Esperaremos allí —dijo Alberto señalando la tumba de Eduardo Dato, donde una mujer de luto alzaba una cruz sobre la efigie del político en su lecho de muerte.

—¿Vendrá? —preguntó Berta.

—No lo dudes —contestó Alberto.

A los pocos minutos, un ruido en la entrada demostró que el abogado no se equivocaba. Berta saltó del susto. Nicolás Verde asomó la cabeza en la galería. Miró a un lado y a otro y descubrió en la penumbra tres sombras junto a la tumba de Eduardo Dato. Caminó lentamente hacia ellos. Cuando ya había avanzado varios metros, descubrió la identidad de las tres personas que le esperaban.

—Lo suponía —dijo el socio.

—¿Quién iba a ser? —preguntó Alberto.

—Tenía confianza en que fueses leal y no removieses este asunto.

—¿Leal? ¿A quién?

—A tu socio —dijo Nicolás.

Berta y Cristóbal asistían al diálogo con expectación.

—¿Mi socio? ¡Y una mierda, Nicolás! —subió el tono Alberto—. No eres mi socio. Eres un abogado que ha cometido un delito y eso no puedo permitirlo.

—¿Un delito? ¿A qué te refieres?

—Sabemos que estás involucrado en una trama cuyo objetivo era hacer descender el precio de las acciones de Petrospaña para que GlobalHerz comprase la compañía. Has ido muy lejos.

—¿Y puedes demostrarlo?

—Claro que podemos.

Nicolás miró a Alberto y negó con la cabeza. Luego miró a Berta y terminó con los ojos puestos en Cristóbal.

—No podéis demostrar una mierda de una cosa que es falsa.

—Tenemos un documento sacado de tu ordenador que demuestra que conocías la

maniobra orquestada en internet.

—No está bien sacar cosas del ordenador de otra persona.

Alberto notó que su miedo se transformaba en ira.

—¿Cómo has podido hacerlo, Nicolás? Te has traicionado a ti mismo. ¿Qué hay del abogado que quisiste ser?

—No vayas a la fibra sensible. Soy un abogado y me debo a mi cliente. Yo solo trabajo para dar a mi cliente el mejor asesoramiento —dijo Nicolás con media sonrisa en los labios.

—Déjate de palabrería barata, Nicolás. Dime, ¿lo has hecho por dinero o solo por vanidad?

Nicolás había acostumbrado su vista a la oscuridad. Intuía los ojos de Alberto cargados de ansiedad.

—No hay pruebas —repitió Nicolás—. Ni una prueba de nada.

Berta dio un paso adelante.

—Mi periódico va a publicar que GlobalHerz y Kline & Burbridge conspiraron para reducir el precio de las acciones de Petrospaña. No solo es la campaña en internet, sino que tenemos pruebas de que el derrame de la planta petrolífera fue un sabotaje urdido desde GlobalHerz —anunció Berta. El «farol» estaba echado. Cristóbal tragó saliva y Alberto apretó los puños.

—¡Espero que pueda demostrar eso, señorita!

La voz de Mateo Blasco llenó la galería. Berta se asustó y Alberto miró a Cristóbal. Nicolás ni se inmutó. El directivo apareció por la entrada y sus pasos resonaron con aplomo. Detrás de Mateo, Alberto adivinó una figura que se quedó a cierta distancia. Al final de su brazo colgaba una pistola. Alberto tragó saliva.

El empresario se colocó junto a Nicolás, que sonrió.

—De verdad que espero que pueda demostrarlo, señorita. Porque si publica eso, va a vivir el resto de su vida bajo una montaña de demandas, querellas y todo un infierno de acciones legales. ¿Puedes contratar un abogado, pequeña? Porque tus amiguitos también van a tener que responder a muchas preguntas sobre su secreto profesional y la confidencialidad debida al cliente.

Los tres amigos tuvieron ganas de mirarse, pero eso hubiese denotado inseguridad. Había que jugarse el todo por el todo.

—Si es mentira lo que dice Berta, ¿por qué está usted aquí, Mateo Blasco? —dijo Alberto.

Mateo miró al suelo. Sonrió. Miró a Nicolás y se frotó ligeramente la nariz. Empezó a caminar hacia Alberto. El abogado quiso dar un paso hacia atrás, pero el monumento funerario se lo impedía. Mateo se paró justo delante del abogado y le susurró:

—¿Con quién coño te crees que estás tratando, niño de mierda? ¡Olav!

El eslavo se acercó, se plantó frente a Alberto y le propinó un brutal puñetazo ayudándose de la culata de la pistola. Antes de que Cristóbal o Berta reaccionasen,

Olav les apuntó con la pistola.

Alberto estaba en el suelo. No era médico, pero debía de tener el tabique roto. La sangre brotaba de la nariz como si fuese un manantial. El sicario se agachó y agarró a Alberto de las solapas del abrigo. El abogado estaba mareado y casi no podía tenerse en pie. Mateo habló con la sonrisa en los labios.

—¿Por qué dices mi nombre con tanta claridad?

Olav le quitó el abrigo y arrancó los botones de la camisa de Alberto. Un micrófono de pequeñas dimensiones estaba pegado a su pecho con esparadrapo. Olav tiró del cable y sacó la grabadora a la que estaba conectado. Terminó de cachear al abogado y entregó la grabadora a Mateo. El empresario asintió y miró a Berta y Cristóbal. El asesino, como si cumpliese una orden de su amo, arrancó la ropa de Cristóbal. Otro micrófono quedó al descubierto. Llegó donde Berta. El instinto de supervivencia brotó sin control y la joven lanzó las uñas a la cara de Olav. El ataque duró poco, ya que el sicario le puso la pistola en el cráneo. Parecía que no iba de broma. Berta cejó en su impulso. Olav la agarró del jersey y lo desgarró. Un micrófono salía de una de las copas del sujetador. Olav sonrió como un perro en celo, arrancó el micrófono y empujó a Berta, que cayó al suelo. Alberto se agachó y la tapó con su abrigo.

Olav entregó los tres micrófonos con sus correspondientes grabadoras a Mateo.

—Hay que ser ingenuos —dijo mientras tiraba losartilugios al suelo y los pisaba hasta destrozarlos—. ¿De verdad pensabais que saldríais de aquí con estas grabaciones? Inútiles.

Nicolás observaba desde unos pasos más atrás. Mateo se agachó y miró a Alberto.

—Podrías haber sido un buen abogado. Un gran abogado. Si no hubieses metido las narices donde no debías. Creí que con el escarmiento que os dio Olav se os quitarían vuestras ideas quijotesacas de la cabeza. Pensaba dejarlo pasar. Incluso comprar vuestro silencio con unos cientos de miles de euros. Pero veo que no. Ahora me obligas a que solucionemos esto de una forma..., ¿cómo decirlo?..., más drástica —dijo mientras simulaba una pistola y la amartillaba en la frente de Alberto.

—Todavía está a tiempo... —balbuceó Cristóbal.

—¿De qué? —dijo Mateo mirando con desprecio al abogado.

—De comprar nuestro silencio.

El empresario negó con la cabeza.

—Lo siento, chaval, pero el tiempo se ha acabado.

—La gente hará muchas preguntas cuando nos encuentren muertos —susurró Berta desde el suelo.

—Nadie ha dicho que vayan a encontraros —dijo Mateo provocando la sonrisa de Olav.

Alberto miró a Nicolás y le espetó:

—¿Tú lo vas a permitir, Nicolás?

El socio sonrió. Arqueó las cejas y movió la cabeza afirmativamente.

—No esperaba esto de ti. Primero robas y ahora vas a ser cómplice de asesinato.

Nicolás volvió a sonreír. Miró a Mateo y le dijo:

—Ya que nos los vamos a cargar, creo que merece que le saques de su error.

—¿Qué error? —preguntó Berta.

Mateo se ajustó las gafas.

—Creo que es justo —dijo Mateo mientras retrocedía un par de pasos—. Nicolás aceptó participar en esta conspiración porque es un buen abogado. Hace lo que le pide su cliente. Él se ha encargado de limpiar rastros y ayudar a encajar el puzzle jurídico. Pero él hizo lo que le pedimos. La compra de GlobalHerz nos va a convertir en un monstruo que pueda competir a nivel mundial. Como comprenderéis, no íbamos a permitir que la avaricia de unos mierdas de accionistas minoritarios frustrase nuestro plan de expansión. Así que urdimos un plan para abaratar las acciones.

—Y salió bien —asintió Nicolás con una sonrisa de oreja a oreja.

Mateo le puso una mano en el hombro.

—Así es. Y no solo la conspiración en internet llamando a boicotear a las petroleras españolas. Ese golpe fue magnífico. Pero lo del derrame en la plataforma petrolífera fue... sublime. Nos ha salido muy bien. Nosotros lo ideamos y lo pusimos en práctica. Siento tener que decirlo, pero somos unos genios.

Alberto abrazaba a Berta mientras Cristóbal se encontraba detrás de ellos tratando de mantener la compostura en el último momento.

—¿Y vais a manchar vuestras manos de sangre con tres asesinatos? —dijo Alberto con el semblante cargado de ira.

Mateo miró a Olav.

—Las manos se las manchará él. Pero siento desilusionarte. No vais a ser los primeros. Ya hemos tenido que borrar de la partida a algunas personas. —Chasqueó la lengua—. Pobre ingeniero y su familia.

—¿Qué ingeniero? —preguntó Alberto.

—Olav secuestró a la familia de un ingeniero de la planta. Le obligamos a realizar un vertido controlado. No era cuestión de que la compra de Petrospaña nos saliese deficitaria. Tuvimos que deshacernos de ellos. Pero son daños colaterales. El mundo es así. Las empresas crean puestos de trabajo y riqueza. Para ello deben ser más y más grandes y competitivas. Siento haberte jodido la exclusiva, guapa, pero nadie puede saber que esto ha ocurrido.

—La verdad terminará saliendo a la luz —tartamudeó Berta aterida de frío.

—Siento desilusionarte, princesa. La verdad descansa mejor guardada en un sótano cubierto de oscuridad que pudriéndose a la luz. Y vosotros no estaréis para contarlos —dijo Mateo mientras se anudaba la bufanda.

—¿Cuánto te ha costado, sabandija? —escupió Cristóbal.

—No, no, no..., por favor. No perdamos las formas. Al fin y al cabo, somos caballeros. ¿Costarme? Poco si lo comparamos con lo que nos vamos a embolsar. Te

aseguro que mi bonus por cerrar la operación supera con creces lo que se gasta la empresa en estos asuntos.

—¿Y tú cuánto te vas a llevar, traidor?

La pregunta dirigida a Nicolás la formuló Alberto. Siempre había confiado en que el socio no estuviese implicado. Había deseado que él se hubiese equivocado al ver la pantalla y que el documento que habían sacado del ordenador fuese un error.

—Lo suficiente.

—¿Para qué?

—Para ahorrarme un año de trabajo en esta carrera infernal que supone ser socio de un despacho internacional.

—Bueno, dejémonos de sentimentalismos —intervino Mateo—. Lo siento, chavales. No debisteis meteros en juegos de mayores. Nosotros vamos a llevarnos Petrospaña a un precio razonable y vosotros no estaréis para verlo. Olav, elimínalos —dijo Mateo mirando al sicario.

Los tres amigos se apiñaron. Vaya forma y lugar para morir. Cristóbal no tenía fuerzas ni para salir corriendo. Para qué. Olav le dispararía antes de que hubiese dado tres pasos. Había llegado el final. Alberto abrazó a Berta más por el miedo a que el asesino intentase algo con ella que por temor a morir. La periodista cerró los ojos y unas lágrimas empezaron a caer por sus mejillas. Pensó que Mateo tenía razón en una cosa. El asunto les había ido grande. No tendrían que haberse metido en ello.

—Espera que nos vayamos —dijo Mateo dándose la vuelta—. La sangre me marea.

Unas luces azules invadieron la galería mientras sonidos de frenazos rodeaban la manzana. Un helicóptero sobrevolaba la zona y un haz de luz barría el jardín que rodeaba el panteón. Mateo se quedó petrificado.

—Pero qué cojones... —susurró el empresario—. Olav, no les has registrado bien.

—Sí lo hice —gruñó el tipo mientras se abalanzaba sobre los tres jóvenes y volvía a cachearlos con una mano mientras con la otra empuñaba el arma—. Están limpios, señor.

«Habla la Policía. Salgan con las manos detrás de la cabeza y sin hacer ningún movimiento sospechoso. Les estamos apuntando y la zona está rodeada. No intenten nada.» El sonido metálico del megáfono llegó con claridad hasta la galería.

—Pero entonces cómo coño...

Mateo se quedó petrificado. En una décima de segundo los ojos se le habían inyectado en sangre. Los dientes estaban a punto de crujir por la fuerza con la que tenía apretada la mandíbula. Los puños estrujaban el aire junto a su abrigo. Un pequeño tic en el pómulo demostraba que Mateo estaba fuera de sí. Masculló entre dientes:

—Hijo de puta...

Nicolás se había abierto el abrigo y un micrófono asomaba por su camisa.

—Todo ha terminado, Mateo. La Policía está fuera y con ellos el juez Alonso.

El abogado agachó ligeramente la cabeza dirigiéndose al micrófono.

—¿Lo habéis grabado con claridad?

«Con absoluta claridad», respondió el megáfono.

—No podía permitir que te salieses con la tuya, Mateo.

—¿Con la mía? ¡Hijo de puta, estás tan pringado como yo! ¡Te vas a ir directo a la cárcel, maldito traidor!

Cristóbal no supo explicar después cómo reaccionó tan rápido, pero se lanzó sobre Olav en cuanto se percató de que el sicario levantaba el arma apuntando a Nicolás. El disparo retumbó como una explosión. El socio cayó al suelo de espaldas. El grito de Berta ahogó el sonido de la cabeza de Olav aplastándose contra uno de los angelotes de mármol que sujetaban el escudo de España a los pies de Eduardo Dato.

Alberto se levantó y corrió hacia Nicolás, que se agarraba el estómago tratando de que no se le escapase la vida. El joven abogado puso su mano sobre la herida mientras el socio gritaba de dolor.

—¡Tranquilo, Nicolás! Seguro que hay una ambulancia ahí fuera. Venga, aguanta. ¡Mateo, joder, ayúdeme! —gritó Alberto.

Pero el consejero delegado miraba la escena como si estuviese en otra realidad.

—¡Manos arriba! ¡Al suelo! ¡Todo el mundo quieto! —La cascada de gritos de los geos llenó la estancia. Mateo Blasco cayó al suelo placado por uno de los policías. Alberto no se movió y empezó a gritar:

—¡Un médico! ¡Un médico!

Entre tanto tumulto Nicolás consiguió articular alguna palabra.

—Alberto, lo siento —balbuceó—. Sé un buen abogado.

—¿Por qué no viniste a decírmelo? Hubiese sido más fácil. Te hubiésemos podido ayudar...

—Hacía falta una confesión —susurró Nicolás.

Alberto asintió.

—Pide perdón a mis socios. Perdón, perdón. Y perdóname tú. Puedes ser un gran abogado. No dejes que un Casimiro de la vida te convierta en un capullo como yo.

Antes de que Alberto pudiese contestar, varios sanitarios apartaron al abogado y rodearon a Nicolás para tratar de estabilizarle. Las gasas y el betadine saltaban por los aires. Un policía tumbó a Alberto en el suelo al igual que a Mateo, Berta y Cristóbal.

—¡Nos lo llevamos. Vamos. Vamos! —gritó un miembro del equipo médico mientras sacaban a Nicolás a toda prisa hacia la ambulancia.

—¡Este está muerto! —gritó un sanitario después de buscar pulso sin éxito en el cuello de Olav. Cristóbal se estremeció.

Cuando la situación estuvo controlada, el juez Alonso entró en la galería. No paró ni a mirar a Mateo, que iba esposado. Se acercó a los tres jóvenes que estaban sentados. Miró al jefe de los geos y preguntó:

—¿Los abogados y la periodista?

El policía asintió y les ayudaron a levantarse.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó el juez encendiendo un cigarrillo.

Los tres jóvenes respondieron afirmativamente, pero con los cuerpos temblorosos por el frío y la descarga de adrenalina.

—Ha estado cerca, pero ha valido la pena —dijo el juez—. Espero que Nicolás se ponga bien.

—¿Cómo es posible que..., cómo...? —tartamudeó Berta.

El juez asintió entendiendo la pregunta.

—Nicolás me llamó esta tarde. Somos viejos amigos de la facultad. Me contó que estaba de mierda hasta el cuello. Al principio me extrañó su proposición. Lograr una confesión de Mateo Blasco. Así los pillaríamos a todos.

—¿Por eso le dijo a Mateo que viniese? —preguntó Alberto.

—Así es. Nicolás nos dijo que Mateo podía venir acompañado de un pistolero. Era un riesgo. Él estuvo dispuesto a correrlo. Le atormentaba lo que había hecho y estaba decidido a jugarse la vida. «Me vale la pena», me dijo. Si no llega a ser por él, no habríamos descubierto este asunto. Bueno..., y por vosotros. ¿Por qué no fuisteis a la Policía?

Los tres amigos se miraron.

—No nos hubiesen creído —respondió Cristóbal mirando a Alonso.

El juez escudriñó al abogado y dio una última calada.

—En eso tienes razón. Bueno, tendréis que pasar por comisaría para hacer una declaración.

—¿Podría ser dentro de un par de horas? —preguntó Berta.

—Supongo que no hay problema. ¿Por qué?

—¿Me deja su móvil?

El juez le alargó el teléfono. Berta tecleó un número. Tardó poco en contestar.

—Andrés, voy para la redacción. Para las máquinas. Abro el periódico.

La portada del periódico estaba todavía calentita cuando Berta, Cristóbal y Alberto se sentaron a desayunar después de varias horas de declaración en comisaría.

—Tres desayunos con de todo —pidió Cristóbal a la camarera del VIPS.

La noche había sido muy larga.

Andrés Roca se había puesto en plena ebullición cuando Berta le dio varias pinceladas de la noticia mientras Cristóbal conducía hacia la redacción. El artículo había salido de corrido y los dos abogados habían aportado detalles a la noticia. El equipo de cierre se había puesto con entusiasmo a cumplir las órdenes que Andrés bramaba en una redacción casi vacía. «Un perfil de Mateo Blasco», «Busca datos sobre el vertido», «¿Cuándo coño fue la subida de impuestos?», «Traedme otra jodida foto de ese cabrón»... Al final, *Financiero* había puesto en la calle seis páginas sobre el caso. El resto de los periódicos apenas había llegado a cazar un breve teletipo de agencias confuso e inconexo.

Dos horas antes habían recibido la noticia. Nicolás había fallecido sobre la mesa de operaciones.

Alberto daba vueltas a su café.

—Nos salvó la vida. Si no llega a ser por él, estaríamos muertos.

—Pero no te olvides de que, por su culpa, llegamos hasta allí —dijo Cristóbal.

—No es momento para reproches —dijo Berta—. Al final quiso hacer lo correcto y eso es lo que vale.

—Tienes razón —asintió Cristóbal.

Berta bebió un poco de zumo de naranja.

—¿Qué haréis ahora? —preguntó con una sonrisa, aunque con el cansancio reflejado en sus ojos.

—Supongo que seguiré en el despacho —dijo Alberto.

—Yo lo mismo. Espero que no nos echen por haber perdido a GlobalHerz como cliente. ¿Y tú?

—Supongo que seguiré buscando noticias.

—Ahora puedes vivir de esta historia. Escribe un libro, imparte conferencias, rueda una película... —se rio Cristóbal.

—Es una posibilidad —le devolvió la sonrisa Berta—. Te pondré a ti como el héroe de la historia.

—Estarías diciendo la verdad —apuntó Cristóbal.

Los tres soltaron una carcajada.

AGRADECIMIENTOS

Son muchos los abogados que me han instruido en asuntos técnicos y jurídicos para escribir la novela. A todos ellos, mi agradecimiento sincero. Cualquier error, equivocación, incongruencia o flagrante desatino en materia jurídica en la trama es error mío y solo mío, puesto que no puse la necesaria dedicación en mis estudios de derecho en la «Complu».

Quiero tener un recuerdo especial para todos los maquettadores, dibujantes, informáticos, cámaras, técnicos, realizadores, comerciales, fotógrafos, documentalistas, secretarías y demás equipo de apoyo de los medios en los que he desarrollado mi profesión. Su dedicación, trabajo y buen hacer permite que los periodistas que firmamos las noticias nos llevemos una gloria innmerecida que debería recaer en ellos. A todos, gracias.

Gracias a mi madre, que insistió para que estudiase derecho aunque quisiese dedicarme al periodismo; a mi padre, por la libertad que siempre me ha dado, y a mis hermanos, por su amor y ayuda constante.

Mi agradecimiento a Marisa, que echó una mano con mis hijas cuando tenía que encerrarme a escribir, y a Moncho y Carmen, que me acogieron en su restaurante Carmen, en Sanxenxo, en las calurosas tardes de verano.

Mi afecto a Andrés Rojo, quien creyó en mí desde antes de que naciera esta novela y me recomendó un camino que, casualidades de la vida, he terminado por recorrer.

Un guiño a los que leyeron y corrigieron mi novela. Sus aportaciones han sido cruciales.

Gracias a Jesús García, José Luis Martínez-Almeida, Eduardo Campos y Mercedes Asorey.

Mi agradecimiento también a Carmen Fernández de Blas y a Javier Ponce por la clase de edición y toda su ayuda.

Un recuerdo especial lleno de profundo agradecimiento a José María García-Hoz, que me dio mi primera oportunidad en el mítico Grupo Recoletos, y a Jesús Martínez de Rioja, que confió en mí para llevar la información sobre bufetes en el diario *Expansión*.

Y todo esto no hubiese sido posible sin María, mi mujer, la más exigente «editora». Una frase suya se convirtió en el motor de esta novela: «Tú lo que tienes que hacer es terminar el libro». Solo ella sabe y comprende el esfuerzo que ha supuesto esta aventura. Gracias, mi amor.



Borja Martínez-Echevarría (Madrid, 1975) ha ejercido siempre como periodista pese a haberse licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Después de una etapa en *Expansión TV*, donde llegó a ser el corresponsal en la Bolsa y presentó el programa *Abogados*, pasó al diario *Expansión* para encargarse de la información sobre despachos de abogados. Allí formó parte del equipo fundacional del suplemento «Jurídico». También ha trabajado para *El Confidencial*, el semanario *Alba* y el diario *Negocio*.

En la actualidad dirige y presenta el programa *Abogados* en Gestiona Radio y es socio de Pérez + Partners, donde realiza labores de asesoramiento estratégico a firmas de abogados. Su conocimiento y capacidad de análisis sobre el funcionamiento del opaco mundo de los bufetes le han convertido en una referencia dentro de la información jurídica.

En su primera novela, Martínez-Echevarría —conocido como Borja Mee en el mundo de los bufetes— nos descubre los entresijos del trabajo en un despacho de abogados especializado en el mundo de los negocios.